Con la vida a cuestas

Benjamín Recacha García

Con la vida a cuestas

Benjamín Recacha García

© Benjamín Recacha García, 2015
http://benjaminrecacha.com
http://elviajeaalgunaparte.wordpress.com

Diseño e ilustración de portada:
Fran Recacha

Nota del autor

Estás a punto de empezar a leer una novela como tantas otras, con planteamiento, nudo y desenlace; un protagonista, una coprotagonista y personajes secundarios que les plantean conflictos.

Cada libro es único y especial, pero éste, además, tiene una peculiaridad no muy habitual en las obras de narrativa: incluye contenidos "extra".

Me explico. Escribí la novela con la idea de crear diversos personajes secundarios que interactuasen con más o menos intensidad con el protagonista, Alberto. A la mayoría los doté de una historia personal que no tenía por qué ser significativa para la trama principal, aunque sí estaba relacionada con la idea fundamental del relato: todos cargamos con una vida a cuestas.

El caso es que esos personajes y sus historias ganaron quizás demasiada presencia, con lo que corría el riesgo de distraer más de la cuenta a algún que otro lector.

Durante el proceso de edición decidí que esas historias secundarias no podían desaparecer, porque aunque a algunos de mis "lectores cobaya" en efecto les estorbaban, a otros les gustaron, las consideraron incluso un punto fuerte de la novela. Así que tomé una decisión intermedia y creo que bastante original: las ubicaría al final del libro, para que quien quisiera leerlas pudiera hacerlo siguiendo una referencia desde el punto donde las situé en un principio. De este modo, quien prefiriese no prestarles atención podría continuar con la lectura lineal.

Con la vida a cuestas, pues, tiene 256 o 286 páginas (tomando como referencia la versión en papel). Vosotros decidís.

En realidad, tiene más, porque durante los próximos meses iré incorporando contenidos adicionales en el blog de la novela: elviajeaalgunaparte.wordpress.com. Me encantará veros por allí.

Que disfrutéis de la lectura.

Dolor

1. La decisión

Hacía seis meses que Alberto había perdido a su hijo. Un accidente de tráfico terrible provocado por un coche que se puso a adelantar donde no debía. Alberto se lo encontró de frente, a 80 kilómetros por hora, sin posibilidad siquiera de dar un volantazo. Pasó dos semanas en coma y dos meses más en el hospital recuperándose de múltiples fracturas y varias operaciones.

La semana anterior a recibir el alta María le dijo que se marchaba, que no podía soportar el dolor que le producía continuar juntos en un hogar vacío, porque así lo sentía, vacío sin Eloy.

—No seré capaz de recuperar las ganas de vivir y acabaré muriendo. No te culpo de lo que pasó, ni te pido que me comprendas, pero nuestra vida en común ya es imposible.

Alberto escuchó a la que había sido su pareja desde los veinte años. No respondió ni intentó detenerla cuando salió por la puerta de la habitación. No sentía nada. Desde el accidente no había sentido nada. Era como si estuviera viviendo la vida de otra persona, como si aquel cuerpo postrado en una cama de hospital no fuera suyo y aquello fuera un paréntesis en su vida real. Cuando saliera de allí todo volvería a la normalidad. Regresaría a casa y allí estarían María y Eloy.

Pero no fue así. El día que su hermana lo fue a buscar algo empezó a fallar. Sintió que algo se le rompía por dentro. Un crujido profundo, intenso.

—Adela, no estoy bien. No puedo salir de aquí todavía —murmuró.

Estaba temblando. Su hermana lo abrazó y él rompió a llorar.

Adela se instalaría con él por unos días, hasta que fuera capaz de desenvolverse por sí mismo, pero a los cinco minutos de entrar en casa comprendió por fin las palabras de María. Sería incapaz de recuperar las ganas de vivir. “Vámonos de aquí”. El instinto de supervivencia había hablado por él, así que acabó mudándose a casa de su hermana.

Un mes después de dejar el hospital regresó al trabajo. Pensó que tener la mente ocupada le ayudaría a salir del pozo de tristeza y apatía en que se hallaba atrapado. En casa de Adela lo trataban muy bien, y aunque tener cerca a su sobrina, una adorable niña de cinco años, le dibujaba una sonrisa de vez en cuando, la mayor parte del tiempo le recordaba demasiado a su hijo perdido. Cuando

el dolor se hacía insoportable tenía que huir a la calle, donde deambulaba sin rumbo durante horas. Así que hizo de tripas corazón y volvió a la oficina. Por poco tiempo, pues a las pocas semanas lo despidieron acogiéndose a un ERE.

Seis meses después del accidente, ahí estaba, sentado frente a la pantalla del ordenador, con los dedos sobre el teclado, escribiendo la primera entrada de un blog de Wordpress con la configuración por defecto.

"Me acabo de quedar en paro. Mi mujer me ha abandonado. Mi hijo de seis años murió en un accidente de tráfico. No sé si voy a ser capaz de salir adelante. En realidad, no sé si quiero salir adelante. Mi vida ahora mismo es lo suficientemente detestable como para no tener ilusión por vivirla.

No me apetece especialmente estar aquí, pero, respondiendo a un impulso, he sentido la necesidad de desahogarme y por eso me he puesto a teclear. No sé si volveré a hacerlo.

Llevaba medio año sin hacer nada de forma impulsiva. ¿Será una buena señal? ¿Significará que me queda fuerza vital en esta alma destrozada? Quienquiera que lea esta estupidez quizás no lo descubra nunca… Puede que ni yo mismo lo haga."

Se había trasladado a un estudio de alquiler. Su hermana, agente inmobiliaria milagrosamente con trabajo, se había encargado de encontrar un inquilino para su casa, ubicada en un barrio residencial a las afueras de Barcelona. Alberto tenía claro que no pensaba volver al que había sido el hogar de su familia. Recuperó cuatro cosas y le dijo a Adela que hiciera lo que quisiera con el resto. En algún momento de los meses anteriores María se había llevado lo suyo y buena parte de lo que pudiera recordar a Eloy.

Mientras releía el post que acababa de publicar y valoraba la opción de borrarlo, se sorprendió tarareando la canción que sonaba en la radio. "Dejarse llevar suena demasiado bien. Jugar al azar, nunca saber dónde puedes terminar... o empezar…" ¿Pretendía comunicarle algo? Acabó de escuchar el tema completo, 'Copenhague', de Vetusta Morla, y tuvo un nuevo impulso. Se levantó de la silla y corrió a la librería donde su hermana había colocado el gran atlas que él no se habría molestado en recuperar. Lo puso sobre la mesa, buscó la doble página con el mapa político de la Península Ibérica, cerró los ojos y señaló un punto con el dedo… "Villafranca del Bierzo… Siempre había querido visitar León. Pues allá voy".

Para volver a dar una oportunidad a la vida tenía que empezar de cero. Adela lo entendería. Era la persona más comprensiva del

mundo.

De no ser por Adela, Alberto estaba seguro de que no habría sido capaz de volver a abrir los ojos a la vida. Seguía viéndola a diario; comían juntos y hablaban de temas intrascendentes, aunque ambos sabían que el recuerdo doloroso continuaba latente, dispuesto a salir a la superficie con la mínima excusa. A Adela le dolía en el alma contemplar aquella mirada vacía de esperanza, y ahora no se quedaba nada tranquila dejando marchar solo a su hermano. No le convencía en absoluto la justificación que había utilizado para poner tierra de por medio. Comprendía que quisiera olvidar, alejarse del lugar que le recordaba continuamente que había sido padre y compañero. Y ya lo había hecho: se había mudado. Entendía que necesitara más tiempo para reflexionar, incluso le parecía bien que se tomara unas vacaciones. Pero aquello no eran unas vacaciones. Se iba, quizás para siempre, y no sólo le entristecía que pusiera distancia entre ellos, sino que le preocupaba que el recuerdo doloroso del que huía lo pudiera atrapar por sorpresa donde no tendría a su hermana para apoyarse.

—No me voy a otro planeta. Estaremos en contacto continuamente. Os enviaré fotos y, quién sabe, si me instalo por un tiempo podéis venir a verme en vacaciones.

—Ojalá. Sabes que nada me haría más feliz que recuperaras la ilusión. Por eso no puedo oponerme a que te vayas. Aunque me duela, me alegro porque vas a hacer algo que requiere un gran esfuerzo de voluntad, y eso es buena señal.

Con la indemnización por el despido y la del accidente, y el ingreso mensual del alquiler de su casa tenía recursos económicos suficientes para ir tirando, y Alberto no planeaba lanzarse a una vida de lujo y despilfarro.

—¿Y cómo te vas?

—En coche.

—Pero… —Adela no se atrevía a recordarle el accidente, pero su hermano no había vuelto a conducir desde entonces.

—No te preocupes, iré con cuidado. Si pretendo recuperar la normalidad va siendo hora de volver al volante.

—¿Y con qué coche?

—Me he comprado un Ibiza de segunda mano. Apenas tiene 15.000 kilómetros. Está casi nuevo. —Hizo una pausa y tomó las manos de su hermana—. Mira, por mucho que cueste, no quiero seguir siendo el pobre desgraciado que ha perdido a su hijo y al que ha abandonado su mujer.

—Cuídate. Te quiero, lo sabes, ¿verdad? —Alberto era la

persona a la que más admiraba en el mundo. Él sentía ese amor incondicional en su mirada, triste por no poder hacer nada más para reconfortarlo.

—Claro que lo sé.

—Bien, pues ¡que no se te ocurra desaparecer del mapa!

No pudo ocultar las lágrimas por más tiempo. Alberto la rodeó con los brazos y sintió que el amor de su hermana era un buen motivo para salir adelante.

—Estaré bien —susurró al tiempo que le besaba el pelo.

Pensó en lo fuerte que era aquella mujer pese a su aspecto delicado. Siempre había sido ella la que miraba de frente a la vida, asumiendo los golpes antes que nadie y abriéndose camino. Lo hizo cuando enfermó su madre, cuando poco después un infarto fulminante se llevó a su padre, y ahora lo había vuelto a hacer, cuidando de su hermano mayor.

2. La partida

Aquel 14 de mayo hacía un día ideal para iniciar un viaje por carretera. La primavera aparecía en todo su esplendor tras una semana de lluvias y frío. Alberto había cargado una maleta y una mochila con el portátil en el coche y arrancó rumbo a León. No había hecho planes ni reservado alojamiento alguno. Cuando llegara a Villafranca buscaría dónde instalarse. No tenía prisa, así que probablemente haría alguna parada intermedia, quizás en La Rioja o en Soria.

Aunque un par de días antes ya había conducido por ciudad, no era lo mismo salir a carretera abierta, con todos aquellos vehículos rodando a toda velocidad. Al tomar la autovía en dirección Lleida se sentía como un conductor novato, casi incapaz de mantener la trayectoria. A medida que aumentaba la velocidad el coche se le iba hacia los lados. No podía controlar el volante, y al ver que el velocímetro marcaba 80 kilómetros por hora sintió vértigo. Se pegó a la derecha, y pronto se encontró con un camión delante que avanzaba con lentitud exasperante. Los otros coches pasaban a toda velocidad por su izquierda, y su falta de decisión para adelantar provocaba que los que llevaba detrás se le avanzaran. Estaba seguro de que los otros conductores se burlaban de él y empezó a sudar por los nervios. Estaba bloqueado. Tenía la sensación de llevar a Eloy en el asiento de atrás y era incapaz de iniciar la maniobra de adelantamiento. Los nervios estaban mutando en una ansiedad creciente, y así estuvo un rato que se le hizo eterno, hasta que, con gran alivio, avistó un área de servicio.

“Entra ahí, te tomas algo tranquilamente y te relajas. Tenemos un largo camino por delante y no vas a abandonar a la primera dificultad”.

La cafetería estaba prácticamente vacía. Pidió una caña de crema y chocolate y un café con leche y se sentó en una mesa junto al ventanal que daba al aparcamiento. En una esquina vio la pegatina que informaba de que el local disponía de red wi-fi gratuita y sacó el portátil de la mochila. Le iría bien tratar de distraerse un rato.

Abrió el correo y se sorprendió sintiendo un pellizquito de entusiasmo al comprobar que tenía dos notificaciones de Wordpress: ‘A Lorena le ha gustado tu entrada’ y ‘Lorena ha comentado tu entrada’. Inmediatamente abrió la segunda:

“Hola, lamento que la vida te esté maltratando de la manera que cuentas. Evidentemente, no voy a poder paliar tu dolor, pero quiero que sepas que no estás solo, que hay mucha gente que busca sentido a su existencia, que busca las razones que le empujen a un nuevo comienzo. Escribir es una buena terapia. A mí me funciona. También me han abandonado y, como tú, tampoco sabía si tendría fuerzas para seguir adelante… No sé si leerás mi comentario, pero si lo haces te repito que no estás solo. Un abrazo.”

Alberto estuvo tentado de responder: “Estoy atrapado en un área de servicio, incapaz de continuar el viaje con el que pretendo descubrir algún sentido a mi vida. Creía que podría hacerlo, pero no puedo engañarme: conducir es demasiado doloroso”. En lugar de eso, pulsó sobre el nombre de la visitante cuyo avatar mostraba el rostro de Susan Sarandon caracterizada como Louise y aterrizó en ‘Un paseo por la vida’.

3. Lorena

Lorena tenía tres empleos: por las mañanas limpiaba en el aeropuerto de El Prat. Cuatro horas de lunes a viernes. Por las tardes atendía en una tienda de ropa de L'Hospitalet de Llobregat, y los fines de semana era encargada en una panadería del centro de Barcelona.

La tarde del domingo era el único momento libre de la semana, que aprovechaba para estar con su hijo Raúl, que acababa de cumplir cinco años. Tenía la sensación de que no lo estaba criando ella. Suerte de sus padres… Pero tampoco había otra opción. No en aquel momento de su vida. Necesitaba el dinero; tres empleos que le proporcionaban poco más de mil euros mensuales que necesitaba hasta el último céntimo. No se quejaba. De hecho, en aquel momento de su vida, agradecía esa sobreocupación. Desde que el cabronazo de Matías la dejara, sin explicación, no podía pasar más de cinco minutos a solas sin empezar a martirizarse. Necesitaba mantenerse ocupada. Lo peor eran las noches. No se acostumbraba a dormir sola en una cama tan grande, y aunque permitía a Raúl dormir con ella, no era lo mismo. Sí, sabía que estaba educando a un niño consentido, un niño que dormía con su madre y al que sus abuelos le concedían todos los caprichos. No tenía fuerzas para enfrentarse a ello, no en aquel momento de su vida. ¿Quién podía reprocharle a un niño de cinco años que no se acostumbrara al abandono de su padre? "¿Cuándo volverá papá?", le preguntaba cada noche. "No lo sé… Ha tenido que marcharse a trabajar muy lejos". Una mentira que el propio niño sabía que lo era, pero que evitaba a Lorena tener que dar explicaciones que no quería, no en aquel momento de su vida.

Estaba cabreada. Odiaba a aquel desgraciado…, pero quería superarlo. Él no se merecía tener el poder de condicionar su vida. Requeriría su tiempo. De momento, se encontraba en la fase de no querer pensar en él, y si bien no siempre lo conseguía, procuraba mantener su mente ocupada. En el trabajo era fácil distraerse, y estar en contacto con otras personas le ayudaba. Pero en casa tenía que buscar algo.

La televisión le producía náuseas, con la lectura acababa por desviar la mente hacia su tragedia personal, escuchar música o la radio también eran actividades solitarias que acababan fracasando. La solución la encontró en la escritura y, concretamente, en la

escritura por Internet. Una noche empezó a expresar sus inquietudes sobre un papel y al acabar se sintió liberada, así que llegó a la conclusión de que quizás compartiéndolas con más gente la terapia sería más efectiva. Y eso hizo. Abrió un blog para, al principio, poner a parir a su ex y, conforme iba escribiendo artículos, exponer todo tipo de pensamientos. Tras cada "sesión" se iba a dormir mucho más relajada, y por la mañana iniciaba la rutina diaria pensando en lo que escribiría por la noche.

Pronto se dio cuenta de que otras identidades virtuales, personas que en su mayoría ocultaban sus miedos e inseguridades tras imágenes y nombres falsos, que se refugiaban en la compañía a distancia, se interesaban por lo que ella escribía, hasta que alrededor de su "paseo por la vida" se conformó una comunidad numerosa de almas maltratadas, desconsoladas, desesperanzadas, necesitadas de comprensión. De esta forma, Lorena se convirtió sin pretenderlo en una especie de consejera vital a cuyas palabras se agarraban para querer volver a creer en su futuro. Y eso, definitivamente, le ayudó a recuperar la confianza y la seguridad en sí misma.

Aquella noche, en su habitual ronda por la blogosfera, descubrió por casualidad a una nueva alma perdida. Su historia era terrible: su hijo había muerto en un accidente, su mujer lo había dejado y para colmo acababa de quedarse en paro. ¿Cómo confortar a alguien que lo ha perdido todo? Le dejó un mensaje. Con otras personas había funcionado. Sentir que no estás solo, que hay más gente que conoce el sabor del dolor para el que no existe analgésico que funcione, es el primer paso para agarrarse al hilo con el que coser las heridas. A ella le había servido. A muchos de sus amigos virtuales también, pero no recordaba un caso tan terrible como el de aquel anónimo que acababa de abrir un blog sin título, sin datos de contacto, sin nada más que aquel texto que ella tomó como un grito de auxilio, ahogado, casi sin intención de que fuera escuchado, que parecía escrito más para sí mismo que para ser leído por otros. Pero cuando uno publica algo en Internet sabe que, por vasta que sea la red, cabe la posibilidad de que se cruce en el camino de alguien.

4. El primer encuentro

Las mesas del área de servicio empezaron a abarrotarse de viajeros que necesitaban llenar el estómago antes de proseguir su ruta. Mientras, Alberto había quedado abducido por las historias que explicaban los parroquianos del blog de Lorena. Nunca habría imaginado que hubiera tanta gente necesitada de exponer sus tragedias personales.

Alberto estuvo tentado de dejar su propio comentario, pero no acababa de decidirse y al apartar la vista de la pantalla durante un instante se dio cuenta de que hacía mucho que no era el único cliente del local. Comprobó la hora en el portátil y no pudo creer que ya llevara tanto tiempo allí.

—Qué tal, amigo. Ni siquiera a la hora de comer podemos olvidarnos del trabajo, ¿eh?

Un hombre que debía de tener entre cuarenta y sesenta años, imposible de determinar porque era de aquellas personas que en un momento de su vida se hinchan por todas partes y ya no cambian de aspecto, se sentó justo enfrente de él.

—No le importa que me siente aquí, ¿verdad? Están todas las mesas ocupadas y como he visto que en ésta sólo había una persona, he aprovechado la oportunidad, antes de que se me adelantara otro.

Era un hombre bajo y corpulento, demasiado corpulento para el traje en el que iba embutido. Antes de acabar de instalarse se quitó trabajosamente la americana, que colgó del respaldo de la silla. La camisa blanca mostraba dos grandes zonas mojadas alrededor de las axilas y tenía la cara redonda alarmantemente colorada.

Alberto habría preferido continuar solo. Esperó que al menos no pretendiera darle conversación.

—Hace calor, ¿eh? Pero se agradece, después de tantos días lloviendo. Por fin ha llegado la primavera —sentenció el desconocido, mostrando una sonrisa radiante bajo un mostacho que sostenía una nariz redonda como una patata—. Dígame, amigo. ¿A qué se dedica?

Alberto hizo una mueca de fastidio y empezó a pensar en cómo librarse de aquel tipo sin parecer un maleducado.

—Ya veo. Es un hombre de pocas palabras. No se preocupe, que yo tengo por los dos —y estalló en una estruendosa carcajada que resonó en todo el restaurante, provocando que varias cabezas se

giraran en busca de su procedencia. Al tipo no pareció importarle mucho—. Permítame que me presente. Soy Miguel Luján, agente comercial especializado en máquinas de café.

Dicho esto, se echó hacia adelante para acercarse a su compañero de mesa, dispuesto a compartir algún valioso secreto.

—¿Ve aquella máquina detrás de la barra? —susurró y, mirando fijamente a los ojos de Alberto con los suyos bien abiertos y las cejas arqueadas, se fue retirando hacia su postura inicial mientras se señalaba el pecho con ambos dedos índice.

El fastidio empezó a dejar paso al desconcierto. Aquel hombre descarado parecía un personaje de teleserie que había escapado del guión, resistiéndose a caer en el olvido de un cajón.

—Y, dígame, ¿con quién tengo el placer de compartir mesa y qué es eso tan importante que le impide siquiera tomarse unos minutos de descanso para reponer fuerzas? Déjeme adivinar…

El comercial cerró los ojos y, con los codos apoyados en la mesa, empezó a frotarse las sienes, hasta que al cabo de unos segundos volvió a abrirlos y, señalando a su vecino, sentenció:

—Es un escritor famoso, de ésos que se empapan de la realidad cotidiana para crear sus mejores obras. —Entonces calló de golpe y lanzó una mirada de complicidad a Alberto antes de proseguir—. Oh, disculpe. Qué torpe soy. No me he dado cuenta hasta ahora de que he interrumpido su momento de inspiración. Siga, siga, no se preocupe por mí. Le prometo que no volveré a molestarle.

Por un momento Alberto respiró aliviado, aunque enseguida cayó en la cuenta de que no tenía sentido seguir buceando en aquel "paseo por la vida". Tenía que comer algo y, sobre todo, tenía que afrontar el serio problema en el que se encontraba: no iba a ser capaz de continuar con el viaje al volante. Cerró el portátil y siguió con la mirada a aquel tipo tan curioso, que parecía ajeno al desaliento. Se había levantado para llenar su bandeja en el *self-service* y ya estaba conversando con la mujer que le precedía en la cola. Alberto se sorprendió sonriendo.

Se levantó en busca de un bocadillo de jamón y una cerveza y cuando regresó a la mesa se encontró con el agente comercial devorando animadamente un plato de macarrones con queso que no tenían aspecto de ser precisamente deliciosos. Después le tocaría el turno a las albóndigas a la jardinera y a una generosa porción de tarta de chocolate.

—¡Hombre, mi amigo escritor ha decidido llenar el buche! Bien hecho, pero… ¿Un bocadillo? Perdone que le diga que ésa no es manera de alimentarse. ¿Por qué no se pide un menú? Mire —dijo

señalando orgulloso el plato ya huérfano de macarrones—. 9,95. Conozco a una de las cocineras y le aseguro que sólo utilizan productos de calidad.

Alberto miró con desconfianza las albóndigas y se reafirmó en la decisión de haber elegido el bocadillo de jamón con queso brie fundido.

—Prefiero el bocadillo. No tengo mucha hambre.

Miguel Luján quedó petrificado durante un segundo; como si aquellas palabras hubieran surgido de una estatua. Pero acto seguido volvió a mostrar su radiante sonrisa y celebró con entusiasmo que su compañero de mesa fuera capaz de hablar.

—Mira qué bien. El escritor también utiliza el lenguaje oral. Permítame que le diga que, pese a que por mi aspecto no lo pueda parecer, soy un excelente lector. He leído todas las novelas de Ian Fleming y de Agatha Christie varias veces. Mire… —Se puso a rebuscar en su maletín, del que extrajo tres libros: *Asesinato en el Orient Express*, *Muerte en el Nilo*, y *Goldfinger*—. Nunca salgo de casa sin mis detectives de confianza.

Soltó una nueva carcajada, guardó los libros y se puso a devorar las albóndigas, acompañándolas de generosos trozos de pan empapados en la salsa jardinera. Mientras, Alberto empezó a comerse el bocadillo sin demasiado entusiasmo.

—Dígame, ¿sobre qué trata su próxima novela? —preguntó Miguel Luján sin levantar la vista del plato—. Por cierto, ¿me va a decir usted su nombre o es que viaja de incógnito?

—Me llamo Alberto y siento decirle que no soy escritor.

No fue una respuesta muy amable, aunque Alberto ya se había resignado a tener que aguantar durante un rato más al charlatán.

—Vaya… Bueno, no pasa nada. Encantado de conocerle, Alberto. —Dicho lo cual le alargó una mano rematada por cinco dedos cortos y regordetes, que Alberto encajó con desgana—. Entonces, si no es escritor como parece… a no ser que me esté engañando… —dijo con expresión perspicaz— ¿A qué se dedica?

Alberto suspiró y pensó: “En fin, un poco de charla no me va a matar”, antes de contestar:

—Me he quedado recientemente en paro y he decidido viajar en busca de nuevas oportunidades.

—Ah, sí, el paro… Menuda lacra. No pretendo hacerle hablar de política, pero permítame que le diga que no hay derecho a lo que está pasando en este país. Se lo digo así de claro. Llevo treinta años trabajando para la misma empresa, dotando de las mejores máquinas de café del mundo a miles de establecimientos de toda

España. Siempre con la verdad por delante, recomendando a cada uno lo que se pudiera permitir sin renunciar a la mejor calidad, porque no se imagina la amplísima gama de máquinas que existe. Siempre había conseguido colocar máquinas de todos los precios, desde las más sencillas hasta las más sofisticadas, pasando por productos de gama media, como el de este restaurante, por ejemplo. Por cierto, no olvide tomarse un café. No lo habrá probado mejor en otra área de servicio. Bueno, sí, si son clientes míos, sí.

Volvió a reír sin atisbo de vergüenza por las miradas ajenas. Alberto, más que desconcertado, empezaba a sentirse fascinado por el desparpajo de aquel hombre sin complejos, que no dudaba en contarle su vida a un desconocido.

—Disculpe… Como le decía, desde hace cuatro o cinco años es imposible vender las máquinas de gama alta. Imposible del todo. Y la triste realidad es que ya sólo consigo colocar las más sencillas, y muy de vez en cuando. Tengo que recorrer el doble de establecimientos para vender una tercera parte que antes y a un precio más reducido, así que como se puede imaginar, actualmente no nado precisamente en la abundancia. Con los buenos ingresos que había llegado a tener… —El velo de la nostalgia recorrió su mirada—. En fin, no queda otra que seguir trabajando, siempre con una sonrisa a punto, y en continua "reinvención" —sentenció con un deje sarcástico.

—En mi empresa hicieron un ERE, aprovechando que la reforma laboral les permitía despedir sin dar explicaciones, y aquí estoy, decidiendo qué hacer con mi vida.

"¿Por qué se lo cuentas?", se preguntó.

—Van a dejar el país en la miseria más absoluta —lamentó el vendedor, moviendo la cabeza de un lado a otro para evidenciar su malestar—. Pero ¿sabe qué? —Y volvió a mirar a Alberto directamente a los ojos—. No podemos dejar que nos derroten. Hemos de seguir luchando cada día para tener una existencia digna. No podemos caer en el desánimo. Escúcheme, amigo. Eso es lo que quieren, que nos desanimemos, que perdamos toda esperanza y aceptemos cualquier cosa que nos quieran imponer. Yo no permito que pase un día sin haber sonreído varias veces. Aunque reconozco que cada vez, conociendo historias como la suya, me cuesta más. En mis viajes tengo la oportunidad de cruzarme con todo tipo de personas, y últimamente no hago más que escuchar de esas bocas desconocidas y maltratadas por la vida verdaderos dramas. Lo único que yo les puedo ofrecer es comprensión, solidaridad… y sonrisas. —Bajó la mirada hacia el plato y engulló la penúltima albóndiga.

Alberto jamás habría imaginado que un tipo como aquél le pudiera generar cierta complicidad. Aunque le incomodaba su locuacidad, parecía un buen hombre; transparente y sincero. Tomó un sorbo de cerveza y siguió masticando pesadamente.

Miguel Luján estaba sumido en sus recuerdos. No había vuelto a abrir la boca más que para acabar con las albóndigas y sus complementos, y ahora estaba apurando la porción de tarta.

—Amigo, deje que lo invite a un café. Si le parece bien nos lo podemos tomar en la terraza. ¿Tiene usted prisa?

Desde luego que no, no tenía prisa alguna por volver a ponerse al volante, así que, "¿por qué no?", aceptó la propuesta.

—¿Y a dónde se dirige? Si es que me lo puede decir —preguntó el comercial una vez instalados junto a una mesa de plástico con vistas a un pequeño parque infantil y a la gasolinera.

—Verá… —Alberto atisbó de repente la solución a su problema. Era un plan totalmente improvisado y repleto de incertidumbre, pero decidió ponerlo en marcha—. El coche me ha dejado tirado. Lo compré recientemente, de segunda mano, y no consigo arrancarlo, así que voy a tener que llamar al servicio de asistencia para que me devuelva a Barcelona. Es una buena putada.

—A lo mejor podría acercarle a algún sitio.

Alberto había acertado en la suposición de que aquel hombre se ofrecería a llevarlo.

—No, no se preocupe, no quiero abusar de…

—Ni abusar ni leches. Dígame hacia dónde va y yo lo acerco todo lo que pueda.

—¿Hacia dónde va usted?

—A donde me lleve la carretera. —Y esbozó una nueva sonrisa; la enésima del día.

—Mi idea era llegar a León, pero me conformo con hacerlo a Lleida. Allí ya buscaré un sitio para pasar la noche y decidir qué hago cuando tenga la cabeza más despejada.

—¿Cómo que a Lleida? Usted y yo hoy cenamos en La Rioja. Me conozco los mejores rincones para comer bien y dormir a pierna suelta a buen precio.

Recordando los macarrones y las albóndigas Alberto no estaba seguro de que aquellas palabras fueran garantía de calidad, pero el objetivo estaba cumplido. Su plan espontáneo había echado a rodar y no tendría que conducir más para proseguir el viaje. Sólo le quedaba llamar a Adela para que recogiera el coche cuando pudiera. Le diría que no acababa de funcionar bien y que no quería arriesgarse a quedarse tirado en un viaje tan largo. Además, había

conocido a un tipo extremadamente amable que se había ofrecido a llevarlo.

Para saber más sobre la historia personal de Miguel Luján, lee 'El vendedor'

5. Nájera

Tal y como había prometido Miguel Luján, aquella noche cenaron y durmieron en La Rioja, en Nájera, un bonito pueblo con varios edificios singulares y un agradable paseo junto al río Najerilla. Durante el trayecto Alberto atendió con resignación y paciencia a las inacabables anécdotas de aquel hombre que, por encima de todo, necesitaba ser escuchado. Le explicó su historia personal: que era padre de dos mujeres increíbles, independientes, excelentes estudiantes, la envidia de Llanes. Le aseguró que no guardaba rencor a su exesposa, a la que había conocido cuando trabajaba de camarera en uno de los restaurantes donde había colocado la mejor máquina Astoria. "La enamoré con este piquito de oro", recordó con una sonrisa que desprendía una buena dosis de melancolía. Tampoco odiaba al adinerado abogado por el que ella lo había dejado. O eso dijo. Y para reforzar esa idea se esforzó en acentuar su inevitable sonrisa, aunque los ojos transmitieran otra cosa.

Aquellas revelaciones de quien tras quince años no había superado aún el abandono y lo suplía con una vida de entrega al trabajo, trasladaron a Alberto a los días de felicidad junto a María, antes de ser padres, y siéndolo. La punzada continuaba siendo muy dolorosa. ¿Perdonaría él a su compañera? ¿Comprendía su reacción? ¿Habría sido posible continuar juntos? Se lo había preguntando muchas veces, y lo seguiría haciendo, era inevitable. Hacía el esfuerzo por ponerse en la piel de ella, y entendía que el dolor la hubiera empujado a marcharse, pero le reprochaba la forma como había acabado todo. Tantos años juntos, siendo felices, borrados de un plumazo.

Pensar en su marcha llevaba asociado inevitablemente el recuerdo de Eloy, que lo invadía todo y le obligaba a llorar las lágrimas que ya no tenía. ¿Cuánto tiempo puede continuar latiendo un corazón destrozado?

Llegados a Nájera, Miguel llevó a su pasajero a un bonito hostal. Antes cenaron en un restaurante, donde Alberto disfrutó de la cocina riojana, de aspecto y sabor infinitamente más apetitosos que el menú de un área de servicio, convenientemente regada con vino de la tierra. Sólo le faltaba al vendedor la ayuda del alcohol para acabar de desenrollarle la lengua. Sorprendentemente, la conversación fue amena, alejada de pasados tristes y nostalgia. La

combinación de la agradable velada, la buena comida, y un entorno acogedor por descubrir, ayudó a Alberto a dormir a pierna suelta. A la mañana siguiente se despertó temprano y salió a pasear antes del desayuno. El revitalizante aire fresco y el murmullo saltarín del río Najerilla le ayudaron a tomar una nueva decisión.

—Qué tal, amigo, ¿cómo ha dormido? —le preguntó Miguel cuando apareció por el comedor del hostal armado con la primera sonrisa del día.

—Muy bien. ¿Y usted?

—Yo siempre duermo bien. Y ahora a reponer fuerzas. Ya verá qué desayuno tan completo —dijo, señalando a las mesas en que aguardaban los manjares—. Por cierto, ¿ya ha pensado hasta dónde quiere llegar hoy?

—Tengo buenas noticias para usted: no me va a tener que llevar a ningún sitio porque me voy a quedar por aquí unos días. Me apetece conocer un poco mejor este lugar.

El agente comercial no pudo evitar que una expresión de contrariedad apareciera en su rostro.

—Bueno… Le confieso que lo lamento. No el hecho de que se sienta usted a gusto, por supuesto, sino que no vaya a acompañarme más. No es fácil encontrar buenos compañeros de viaje. —Alberto no tenía la impresión de haberlo sido—. En fin, entonces aprovecharemos el desayuno para celebrar esas buenas sensaciones que le ha proporcionado La Rioja. —La tristeza dejó paso al entusiasmo de nuevo.

Un rato después se despedían con un abrazo. A Alberto le incomodó el arranque afectuoso del hombre, pero también sintió una pequeña punzada de culpabilidad por “abandonar” a quien le había ofrecido su ayuda sin dudar y que estaba dispuesto a llevarlo a donde él le pidiera. Se dio cuenta de que incluso creyéndose el ser más desgraciado del mundo había otras personas que se sentían tan solas como él y necesitaban, agradecían incluso, el frío calor que proporcionaba su compañía. Unos oídos que escuchasen, unos ojos que aguantasen la mirada. El viejo Mercedes arrancó y, mientras desaparecía calle abajo, Alberto pensó que cuando parase en un área de servicio recordaría al risueño vendedor de máquinas de café.

Hacía un precioso día de primavera que invitaba a pasear sin prisas y a saborear el entorno, así que Alberto fue callejeando por un casco antiguo que transpiraba historia y acabó desembocando otra vez en el espacio abierto junto al río. Vio que había un puente peatonal sobre las aguas y decidió subirlo para tener otra

perspectiva del entorno. A lo largo del paseo había varios bancos, donde se sentaban algunas personas mayores que disfrutaban del sol.

Le llamó la atención una anciana que se encontraba en el más cercano. Podía distinguir sus facciones con claridad. Profundas arrugas surcaban su rostro y tenía el pelo completamente blanco, recogido en dos largas trenzas que reposaban en su pecho y casi le llegaban hasta la cintura. La nariz aguileña y unos ojos oscuros de mirada profunda acababan por darle el aspecto de una india americana. Vestía un abrigo de colores vivos y sonreía de forma plácida. Sin embargo, su apariencia no era lo más llamativo, sino el hecho de que estaba rodeada de una multitud de gatos de todos los colores y tamaños, que la acompañaban en su baño de sol primaveral. Parecía una estampa sacada de un cuento.

Estuvo un rato observándolos. Contó hasta veinticuatro gatos. Los más jóvenes jugaban a revolcarse o a perseguir moscas y mariposas, mientras que los adultos descansaban junto a la anciana, ya fuera en el mismo banco, sobre sus piernas, o enroscados a sus pies. La mujer los acariciaba y les susurraba palabras que diríase que los animales comprendían, aunque la mayor parte del tiempo simplemente reposaban en silencio. Al cabo de unos minutos la anciana decidió que era hora de marcharse, así que se incorporó y, apoyada en un bastón de madera, con pasos cortos y pausados, y rodeada de gatos, se dirigió hacia uno de los callejones que se perdían en el interior del pueblo.

Cuando el último de los felinos fue engullido por la oscuridad del callejón, Alberto despertó de su hechizo y decidió regresar al hostal mientras se preguntaba por la historia de la anciana y sus gatos. De repente tuvo ganas de escribir sobre ello. Hacía tiempo que no se sentía tan animado y quería aprovechar la inspiración, así que recordó que tenía un blog y que podía ser un buen sitio para expresar esas buenas sensaciones. Quizás en unos días necesitara recuperarlas, cuando volvieran a esfumarse las ganas de seguir adelante. Quizás leer una reflexión surgida desde la calma y el bienestar de una soleada mañana que le había calentado el alma, le ayudara a recordar que aún era capaz de encontrar un sendero que se abriera paso entre la maleza para conducirlo a algún lugar donde fuera posible convivir con el dolor.

De camino a la habitación, donde le esperaba el ordenador portátil, Alberto tenía que pasar por la plaza de Santa María, donde se ubicaba el Monasterio de Santa María la Real. Contemplando el edificio de elevadísimos muros y amplios contrafuertes sintió

curiosidad por visitar su interior. Se acercó a la puerta y asomó la cabeza.

—Buenos días. —Una joven de aspecto agradable, sentada tras una pequeña mesa, esperaba la llegada de nuevos visitantes—. ¿Quiere entrar al monasterio? En cinco minutos empieza una visita guiada. Se hace sólo por reserva, pero si quiere lo cuelo en el grupo.

Le guiñó un ojo en un sorprendente gesto de complicidad. Alberto no pudo rechazar la oferta.

—Venga, me apunto.

—Muy buena decisión. —La muchacha le dedicó una sonrisa radiante—. Son 3,50 euros. ¿Va usted solo?

—Sí.

—Estupendo. ¿Me podría decir de dónde viene? Es para la estadística de turismo —le aclaró al tiempo que hacía una extraña pero graciosa mueca y cambiaba el tono de voz. Era de esas personas que irradian simpatía natural, que no necesitan esforzarse para resultar agradables.

—Soy de Barcelona.

—Bonita ciudad. Demasiado grande para mi gusto, pero merece mucho la pena recorrerla detenidamente. Personalmente, me maravilla el Parque Güell —explicó mientras entregaba al visitante el tíquet y un folleto con la información más relevante del monasterio.

—Sí, Gaudí fue un genio…—Alberto estuvo tentado de seguir charlando, pero inmediatamente reprimió el impulso y, con una mirada tímida, casi avergonzada, se disculpó para dirigirse hacia el lugar donde empezaba a reunirse el grupo que participaría en la visita guiada.

Un par de minutos después un chico de unos veinticinco años, desenfadado y de mirada viva, daba la bienvenida a los turistas.

—Hola, mi nombre es Juan Martín, y voy a ser su guía durante la visita a este precioso monasterio. Estoy seguro de que les va a encantar. ¿Sabían ustedes que Nájera fue reino durante la Edad Media? ¿Y saben qué dio origen al monasterio? Pues la culpa la tuvo algo que encontraron en una de las cuevas de la montaña sobre la que, en parte, se apoya la estructura de este edificio. A ver, ¿alguien se atreve a decir qué fue lo que encontraron, que tanto entusiasmó a los dirigentes de la época?

—¿La figura de la Virgen? —aventuró un hombrecillo calvo, armado con una enorme cámara fotográfica que colgaba de su cuello de forma que amenazaba con arrastrarlo hacia el suelo en cualquier momento.

—¡Premio para el caballero! —Las risitas se extendieron por todo el grupo—. Y si les pregunto qué virgen era, seguro que lo aciertan, ¿eh? —Se oyeron más risas mezcladas con voces que murmuraban "Santa María"—. El hallazgo forma parte de una leyenda, así que la figura que verán ustedes en la cueva junto a la que se instaló el Panteón Real, evidentemente, no puede ser la original… Pues bien, en el año 923 el rey pamplonés Sancho Garcés I, en colaboración con Ordoño II de León, conquista Nájera a los musulmanes y la deja en manos de su hijo García Sánchez. Los reyes de entonces eran muy dados a esas cosas. En vez de pisos, coches o un viaje a las Canarias, regalaban ciudades y reinos. Y los hijos tan contentos, claro. —La mayoría de asistentes estaban encantados por tener a un guía tan gracioso, aunque un par de hombres de aspecto solemne no se inmutaban con las gracias del joven—. Al año siguiente Abderramán III arrasa Pamplona, de manera que García Sánchez se traslada a Nájera, denominándose desde entonces rey de Nájera-Pamplona.

Alberto disfrutó de la visita. Durante una hora la observación de aquellas piedras históricas, de las tumbas reales con sus estatuas yacentes, del Claustro de los Caballeros, del retablo del Altar Mayor de la iglesia, de la ornamentación de puertas, arcos y columnas, y las didácticas y simpáticas explicaciones del guía —al que despidieron con una sonora ovación—, le permitieron aparcar su desdicha.

—¿Le ha gustado la visita? —le preguntó la chica de la recepción cuando se disponía a cruzar la puerta de salida tras un educado gesto de despedida.

—Eh… Sí, mucho. Gracias. Ha sido muy interesante.

—Juan se gana a todos los turistas. Tiene mucho desparpajo.

—Tú sí que tienes desparpajo, guapa. —La irrupción del guía acentuó la sonrisa de la joven, que, a juzgar por la expresión de su cara, ya estaba acostumbrada a los piropos de su compañero.

—Ay, Juan, tú siempre bromeando.

—Dígame, amigo, ¿no le parece adorable la sonrisa de esta mujer?

Alberto contempló aquellas dos caras jóvenes y risueñas, despreocupadas, ignorantes de los golpes implacables que depara el destino. Pensó en el cosquilleo que aquel muchacho descarado debía de sentir en el estómago al asistir a la sonrisa sincera que sus piropos provocaban en su compañera. Pensó en lo especial que ella debía de sentirse por despertar tal admiración.

Alberto recordó cómo conoció a la que había sido su compañera

durante media vida. Se acordó de cómo flirteaban y rememoró su propio cosquilleo. Recordó lo feliz que había sido, cómo rieron y disfrutaron el día de la boda, una boda especial, diferente, sin papeles, sólo para ellos y sus más allegados, una celebración que valía la pena recordar, pero que al hacerlo ahora le causaba un dolor intenso… Y entonces su mente siguió volando y lo llevó a cuando María le comunicó que estaba embarazada. Recordó cómo bailaron y rieron, rieron y bailaron, y el dolor que le producía ese recuerdo le obligó a morderse la lengua. Pero no fue nada comparado con lo que sintió al proseguir con su viaje indeseado por la memoria, con lo que sintió al recordar el nacimiento de Eloy, un momento de felicidad indescriptible, y que ahora le hacía rugir de dolor.

No podía seguir allí. Alberto luchaba por evitar aquella tortura; era una batalla perdida y no quería que dos jóvenes risueños y felices fueran testigos de su derrota, así que huyó con el paso acelerado al tiempo que el recuerdo lo llevaba al infame día del accidente, al momento en que dejó de ser él, el instante en que aquel hombre tan feliz y risueño como ahora lo era Juan, el joven guía, desapareció para siempre. Alberto cerró los ojos y apretó los dientes y los puños. Cerró los párpados con toda la fuerza de la que fue capaz, como si así pudiera borrar el recuerdo, y apretó los dientes tan fuerte que parecía que le iban a saltar en mil pedazos. Entonces, el líquido salado que notó en los labios le descubrió que todavía le quedaban lágrimas por llorar.

6. Volver a ser alguien

El bloguero anónimo no había vuelto a dar señales de vida. Lorena tenía la esperanza de que la respuesta que había dejado a su terrible confesión le animara a buscar consuelo en otras personas golpeadas por la vida, como habían hecho tantos seguidores de su blog. Quizás se lo estuviera planteando y aún no se había decidido a dar el paso. No era tan sencillo abrir un corazón destrozado. Las personas necesitamos comprensión. Percibir la empatía de los demás nos ayuda a superar las dificultades, pero no todo el mundo está dispuesto a exponerse a las miradas ajenas. También había conocido casos de quienes tras dejar un comentario a alguno de sus textos no habían vuelto a aparecer. Eran mensajes duros, que transmitían una ausencia absoluta de esperanza. Alguno incluso la criticaba por exponer sus sentimientos de una forma tan abierta: "Ya tengo que soportar demasiado con lo mío como para tener que leer las desgracias de los demás. ¿Acaso pretendes que te compadezca?".

Aquella noche no se sentía inspirada para escribir una nueva entrada. El día había sido particularmente asqueroso en el trabajo. Qué día no lo era. Quizás es que había momentos en que era más consciente de que limpiar en un aeropuerto no podía ser más que asqueroso. Últimamente no le bastaba con trabajar de forma compulsiva para encontrarse bien. Aunque "bien" no era la palabra correcta. Nunca se había sentido "bien"; simplemente, no sentía, y ése era todo el bienestar que requería para no pensar en la mierda de vida que tenía. Ahora, en cambio, empezaba a levantar cabeza. Ya volvía a experimentar algo que se acercaba a la ilusión por hacer otras cosas.

Desde hacía días le costaba mucho más abstraerse en el trabajo, de forma que cuando iba de aquí para allá en el aeropuerto vaciando papeleras, limpiando porquerías variadas del suelo o lo que hiciera falta, metida en aquel denigrante uniforme gris, era plenamente consciente del desprecio con el que la miraban. Eso en el caso de que la mirasen, porque normalmente no existía para aquella gente que con toda seguridad se consideraba infinitamente mejor que cualquiera que se rebajase a ganarse la vida limpiando lo que otros ensuciaban. Ya no soportaba las miradas de superioridad y asco que le dedicaban las señoras elegantes y las que seguían creyéndose lo suficientemente jóvenes para embutirse en minúsculas minifaldas y menear las caderas a bordo de tacones

infinitos. Ya no podía ignorarlas y les aguantaba la mirada con la misma expresión de desprecio.

Por la mañana, su supervisor, un tipo anodino y repelente, le había llamado la atención después de presenciar uno de sus enfrentamientos visuales. “Señora Vázquez, espero no tener que volver a recordarle que su trabajo aquí es limpiar sin que los usuarios del aeropuerto lleguen siquiera a darse cuenta de su existencia”. Menudo gilipollas. Con gusto le habría hecho tragar el palo de la fregona.

Hasta apenas unos días antes se había comportado como una empleada ejemplar. Hacía su trabajo de forma mecánica y ocupaba su mente con las historias que le contaban los visitantes de su blog o pensando en el artículo que escribiría por la noche, pero había llegado el momento en que empezaba a cuestionarse su situación. Ya no era simplemente un alma en pena, destrozada, y dolida con la vida, sino que incluso había iniciado un proyecto con el que ayudaba a otras personas. Volvía a ser alguien. Y esta vez era alguien fuera de su círculo familiar. Si lo pensaba, era mucho más de lo que había logrado durante su vida anterior, la de esposa ejemplar, madre ejemplar, mujer ejemplar, responsable, atenta, coqueta, sonriente… A la mierda tanta ejemplaridad.

Pensando en los demás, en lo correcto, lo único que había conseguido era ser abandonada por su “amante” esposo. Cuando descubrió que tenía unos cuernos talla XXL —después de todo, a Matías le iban las jóvenes no tan ejemplares—, el señor se largó sin atreverse a dar explicaciones. Al principio Lorena se culpó por ser tan gilipollas. Tras tantos años de fidelidad incondicional había perdido buena parte de su amor propio, así que se empeñó en buscar el fallo en ella misma. Ella tenía que ser responsable de que aquel cabrón la hubiera engañado. Ahora, sin embargo, estaba recuperando el orgullo y se seguía culpando, pero no por haber fallado en su matrimonio, sino por no haber sido ella la que abandonara a un tipo que lo único que le provocaba ya eran náuseas.

Después de todo, sí que había quedado algo bueno de sus largos años como mojigata: Raúl, su hijo, un niño adorable por el que valía la pena todo el sufrimiento vivido.

Aquella noche, pues, no escribiría una entrada, pero sí que tentaría de nuevo al anónimo que había perdido a su hijo, su esposa y su empleo. Que volviera a creer en la vida era todo un reto para Lorena, inmersa de lleno en su papel de motivadora virtual.

“Veo que no has contestado a mi comentario. Tengo que decirte

que es algo que me produce cierta inquietud. Tu post es una mezcla de grito ahogado de socorro y mensaje de despedida. Tenía la esperanza de que hubiera más de lo primero. He leído muchos textos parecidos. Yo misma he sido la autora de algunos de ellos, y tengo que decirte que recibir la comprensión de personas desconocidas me ha ayudado a superar esos momentos terribles…, como el que tú estás sufriendo. Conseguir que mujeres y hombres golpeados cruelmente por la vida hayan vuelto a querer vivir me hace sentir útil. Es más, te confieso que a veces creo, cada vez más, que mi propio sufrimiento ha valido la pena si sirve para atenuar el de otras personas. No te pido que seas mi amigo, ni que sigas mi blog. Ni siquiera que respondas a mis comentarios. Sólo te pido una cosa: dime que sigues ahí y que lo vas a intentar.

Un abrazo.”

7. El miedo a sentir

Cuando Alberto abrió los ojos era de noche. Se despertó desorientado, incapaz de recordar por unos segundos dónde se hallaba y qué estaba haciendo allí. Poco a poco recordó la visita al monasterio, la breve conversación con la joven de la entrada y la intervención del guía zalamero…, y cómo huyó presa de la desesperación. De repente sintió un hambre terrible. Tenía que ser de madrugada. Por la ventana penetraba la tenue luz de las farolas y no se oía más que a algún grillo lejano.

Estaba tumbado sobre la cama y tenía frío. Llevaba allí desde las dos de la tarde. Tras deambular por las callejuelas como un zombi, los pies lo condujeron hasta el hostal. Subió a su habitación, se quitó los zapatos y se tumbó hecho un ovillo, abandonándose a la autocompasión hasta quedarse dormido.

Lo vivido el día anterior le parecía haberlo soñado. Era habitual que soñara con su hijo y que tuviera horribles pesadillas, aunque nunca relacionadas con el accidente que se lo arrebató, porque su mente había borrado aquel día funesto. Cuando despertaba empapado en sudor, y a menudo gritando, en ocasiones suspiraba aliviado de que no hubiera sido más que un sueño…, pero enseguida la implacable realidad le golpeaba con toda su crudeza, y entonces se sentía vacío. La certeza de que jamás volvería a ver a su hijo era infinitamente peor que la pesadilla.

Aún no eran ni las cuatro. ¿Qué iba a hacer hasta que el resto de la humanidad empezara a despertar? Vino a su mente el blog de Lorena, la mujer que había contestado al mensaje que había escrito en su propio blog como resultado de un impulso cuyo sentido ahora no entendía. Encendió el portátil y, como siempre, lo primero que hizo fue abrir la bandeja de correo electrónico. Allí estaba, un nuevo mensaje de Lorena… “¿Que si sigo aquí y si lo voy a intentar?”

Alberto permaneció con los ojos clavados en la pantalla, inmóvil, durante unos minutos que se hicieron eternos, decidiendo si contestar o no aquellos mensajes. El silencio era absoluto. Ya ni siquiera se oía al grillo. Continuaba notando fresco y entonces cayó en la cuenta de que la ventana estaba abierta. Se incorporó para cerrarla, pero en vez de eso, la abrió de par en par y se asomó a la tranquila noche de Nájera. “¿Quiero intentarlo?” Abajo, en la plazoleta que se extendía frente al hostal, dos gatos que caminaban

perezosamente percibieron la presencia de aquel humano noctámbulo y, tras una fugaz mirada, prosiguieron su despreocupado paseo.

Alberto pensó de nuevo en la anciana. Recordó su expresión relajada, ajena a preocupaciones. Él también quería sentirse así. "¿Lo voy a intentar?" ¿Qué sentido, sino, tenía el viaje que acababa de emprender? ¿Iba a tirar la toalla antes de siquiera probarlo? El recuerdo era una carga muy pesada de la que no creía ser capaz de liberarse. "Tendrás que aprender a convivir con ella", se dijo. Cerró por fin la ventana y volvió al ordenador habiendo tomado una resolución.

Pulsó sobre el enlace que lo conducía al comentario de Lorena y escribió una escueta respuesta: "Sigo aquí. Lo voy a intentar."

Pasó el resto de la noche inmerso en el blog de aquella mujer que se preocupaba por las vidas de quienes habían dejado de creer en su propio futuro. Sus textos transmitían fuerza. Escribía sin rodeos, de forma contundente, expulsando los demonios que la perseguían, y respondía de igual forma, sin falsas promesas y deseos vacíos, pero con calidez, a los comentarios de quienes habían llegado hasta allí en un último intento por darse una segunda oportunidad.

A las 7.30 apagó el portátil, se dio una ducha y bajó a desayunar.

Aquella mañana se sentía relajado. Era como si la crisis del día anterior lo hubiera vaciado de todo lo que aún necesitaba expulsar y ahora por fin dispusiera de espacio para empezar a llenarse de nuevas experiencias. Eso al menos era lo que quería creer.

Volvía a hacer un día estupendo, ideal para pasarlo al aire libre, así que pensó en dirigirse a la Oficina de Información Turística para preguntar por sitios interesantes que visitar en los alrededores. En el hostal le dijeron que abría a las 10 y como todavía faltaba un rato decidió acercarse al paseo junto al río y sentarse a tomar el sol mientras se dejaba arropar por el murmullo del agua. Se acomodó y cerró los ojos. La caricia de los tibios rayos de sol en el rostro y el suave sonido de la corriente del Najerilla conformaban una atmósfera de lo más agradable, así que no le costó nada relajarse.

—Buen día, joven. —El inesperado saludo evitó que Alberto acabara durmiéndose. Al abrir los ojos y girar la cabeza tuvo un pequeño sobresalto: allí estaba la anciana de pelo blanco acompañada por su inseparable tropa gatuna—. No se asuste, que no hacen nada. Son muy cariñosos —afirmó al tiempo que acariciaba a un pequeño gato blanco con una graciosa mancha

negra alrededor de un ojo, que se había instalado entre sus brazos —. ¿Le importa que me siente aquí? Ya he perdido la cuenta de los años que hace que disfrutamos del sol matinal en este banco.

—No, por supuesto, siéntese —aceptó un Alberto al que los gatos parecían estar tomando cariño. Dos de ellos ya se habían frotado contra sus piernas.

El aspecto de la mujer era exactamente el mismo que el del día anterior. Las dos largas trenzas, aquella sonrisa que transmitía paz, el abrigo lleno de parches de colores, el bastón de madera…

—Ayer me di cuenta de cómo nos observaba desde el puente —reveló a su compañero, recostada contra el respaldo, con las manos apoyadas sobre el bastón y los ojos cerrados—. No se preocupe, no me molesta en absoluto. Soy muy consciente de lo peculiar de mi apariencia… y de mi compañía —dijo, acentuando su sonrisa.

Alberto notó cómo el calor subía hasta sus mejillas, y no era causado por el sol. Balbuceó algo parecido a una disculpa y empezó a pensar en algo inteligente que decir que estuviera alejado de los tópicos que tantas veces tenía que haber escuchado aquella mujer. Sin embargo, fue ella la que volvió a hablar.

—Tienes que abrir el corazón. Eres demasiado joven para arrastrar tanta tristeza.

Alberto se quedó de piedra. Aquellas palabras, pero sobre todo la mirada intensa que la anciana le había dirigido al tiempo que las pronunciaba, las había sentido como la sacudida de un terremoto de 9 grados en la escala Richter. Todo en su interior comenzó a agitarse. De repente tenía calor, y frío. Se sentía invadido en su intimidad, pero a la vez fascinado, sorprendido, dolido y aliviado. No sabía cómo gestionar aquel volcán de sensaciones. La mirada de la mujer era limpia, rezumaba comprensión, pero Alberto no fue capaz de sostenérsela. El miedo, el temor a sentir, acabó imponiéndose, así que se alejó de allí de forma precipitada murmurando alguna triste excusa. La anciana no pareció molestarse. Volvió a recostarse en el banco y cerró suavemente los párpados para recibir el sol matinal con una sonrisa en los labios.

¿Aquella mujer era real? A Alberto le costaba mucho creer en lo que acababa de experimentar. Desconfiaba de todo lo que se alejaba de la ortodoxia. No creía en la medicina alternativa, ni en la parapsicología, detestaba a los que hacían negocio aprovechándose de las debilidades emocionales de quienes buscan respuestas, llamaba charlatanes a futurólogos y sanadores, así que era absolutamente escéptico ante la posibilidad de que alguien a quien no conocía de nada supiera cosas de su vida.

Pero lo cierto era que había pasado. El tono y la firmeza de aquellas palabras y, sobre todo, la mirada, una mirada que transmitía certeza, no dejaban lugar a dudas. Por mucho que quisiera negarlo, la anciana sabía qué lo torturaba. Pero él no estaba preparado para desnudar su alma ante nadie. Ignoraba si lo estaría algún día, e ignoraba si quería estarlo.

Ya de nuevo oculto entre las callejuelas, a salvo de aquel oráculo de pelo blanco, el sonido del teléfono móvil devolvió a Alberto a la realidad tangible. Era su hermana.

—Hola, Adela. ¿Qué pasa?

—Hola, hermanito. No pasa nada. Simplemente quería saber de ti, que si no llamo yo ya me podía quedar esperando. —Alberto agradeció escuchar aquella voz siempre reconfortante.

—No exageres, que hablamos hace un par de días.

—Sí, y no precisamente para tranquilizarme. Por cierto, ayer recogimos el coche. No parece que le suceda nada raro. Lo trajo Gerard y no le notó nada.

—Pues mejor así. No sé, igual estaba frío o yo qué sé. No tengo ni idea de mecánica, sólo sé que a mí no me transmitía confianza.

—Bueno, vale, no pasa nada. ¿Y por dónde andas?

—Estoy en La Rioja, en Nájera, un pueblo muy bonito —"donde habita una bruja de cuento que lee la mente", pensó, sintiendo un escalofrío.

—Ah, muy bien. ¿Vas a quedarte mucho por ahí?

—No sé. Hace muy buen tiempo y hay muchas cosas interesantes que ver. Supongo que pasaré unos días más y luego seguiré el viaje.

—Vale. Eso sí, prométeme que vas a estar bien y que si tienes algún problema me vas a llamar. —Adela, siempre tan preocupada por él, aunque la última cosa que se le pasaba por la cabeza era preocupar a su hermana pequeña.

—Descuida, estaré bien —mintió.

Hablar con su hermana ejercía de analgésico. La tormenta interior desatada por las palabras de la anciana parecía haber amainado, al menos de forma momentánea, así que retomó el plan inicial y, aún con la cabeza dándole vueltas al incidente, se encaminó hacia la Oficina de Turismo.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. Permítame un segundo. Es que acabo de llegar.

Al ver la cara de la muchacha, Alberto quiso que lo tragara la tierra. Era la misma que le había atendido el día anterior en la entrada del monasterio.

—Ah, pero si es usted. —Ella parecía alegrarse por el reencuentro—. Ayer se fue de manera algo precipitada. No tenía muy buen aspecto. ¿Ya se encuentra mejor?

—Sí…, sí, estoy mejor —aventuró, con la esperanza de que aquello zanjara el interrogatorio.

—Lo celebro —sonrió—. Así que hoy tiene ganas de conocer algo más de nuestro bonito pueblo y sus alrededores. ¿No es así?

—Pues sí… ¿Qué me recomiendas?

—¿Ha estado en los monasterios de San Millán de la Cogolla?

—No. ¿Se puede llegar en transporte público?

—Por supuesto, pero… —Se le iluminó la expresión, como si acabara de tener una gran idea—. Acabo de recordar que a Juan hoy le toca hacer de guía allí.

—¿Juan?

—Sí, el chico tan simpático que les enseñó ayer Santa María la Real.

—Ah, vale, cómo iba a olvidarlo.

—Si quiere lo llamo y le pido que se pase por aquí a recogerle. Luego vuelve usted en autobús, si le parece bien.

Desde luego, se notaba que aquello era un pueblo. Anda que en Barcelona alguien le iba a hacer un ofrecimiento parecido.

—No sé, no quisiera… —El recuerdo de la escenita del día anterior no era precisamente agradable, pero, por otra parte, si quería empezar a comportarse como una persona normal no podía ir evitando el contacto con la gente amable que se cruzaba en su camino.

—No se hable más. Ahora mismo lo llamo.

La conversación telefónica fue breve. Aquellos dos se entendían muy bien. En los menos de dos minutos que duró la llamada ella no paró de sonreír. Los ojos le brillaban. Se notaba que le gustaba hablar con su compañero… o novio. Alberto ya estaba bastante seguro de que entre ellos había mucho más que el típico compadreo de dos buenos compañero de trabajo. Ella era risueña por naturaleza, pero aquella sonrisa revelaba información extra.

—Enseguida viene. Hemos tenido suerte, empieza el turno a las 11.

—Muchas gracias, pero no hacía falta que os tomarais la molestia.

—Que no es ninguna molestia. A Juan le encanta charlar, ya se daría usted cuenta ayer —volvió a acentuar la sonrisa—, así que en realidad acompañándolo le hace un favor a él. Además, no le conviene negarse a nada de lo que yo le pida —sentenció con una

sonrisa pícara y guiñando un ojo.

A Alberto le incomodaban las muestras de cariño ajeno. No podía evitar el pinchazo de amargura que a veces acababa transformándose en una auténtica tortura. Se sacudió aquella sensación y buscó en su mente algo con lo que escapar de ella:

—¿Conoces a la anciana que va acompañada siempre por un montón de gatos?

—Claro, todos la conocemos en Nájera —respondió con expresión más divertida que extrañada. Alberto se preguntó si aquella mujer estaría alguna vez enfadada—. Circulan todo tipo de historias sobre ella, pero yo creo que es adorable. ¿Se ha fijado en que siempre está sonriendo?

"Como tú", pensó Alberto, "por eso te cae tan bien". Inmediatamente rememoró la expresión insondable de la anciana y la sentencia que lo había sacudido de la cabeza a los pies. "No siempre sonríe". Sintió un nuevo escalofrío, pero logró controlarse.

—Sí. Los dos días que llevo aquí la he visto tomando el sol junto al río, rodeada de gatos, y me ha llamado la atención.

—Normal, como a todo el mundo que la ve por primera vez. No crea que es usted el primer turista que me pregunta por ella. —Adoptó entonces la expresión de quien está a punto de revelar un misterio fascinante—. Hay quien dice que es bruja. —Alberto, escéptico, no pudo evitar, sin embargo, un ligero sobrecogimiento al escuchar aquellas palabras—. Yo no lo sé. Cuando era niña ya la veía paseando por el pueblo y sentada siempre en el mismo banco junto al Najerilla, y ya me parecía viejísima. Dicen que tiene más de cien años, y que no envejece más gracias a la magia. —El relato prometía; la muchacha era buena narradora—. Mi madre me explicaba que la mujer vivía en los bosques del Valle de Baztán y que participaba en aquelarres donde las brujas adoraban al diablo. Ya se sabe que con Franco esas cosas estaban perseguidísimas, así que la metieron en la cárcel, donde, según cuentan, pasó más de veinte años. Cuando la dejaron libre se vino aquí, pero fíjese que le hablo de los años 60. Mi madre era entonces una niña. Mi abuela me contó que al principio nadie se atrevía a relacionarse con ella, ni siquiera a acercársele. Cuando llegó llevaba la cabeza rapada y la acompañaba un único gato, negro como el carbón. Nadie recuerda dónde se instaló, sólo que al poco tiempo ya lucía una melena blanca como la nieve y que una manada de gatos la seguía a todas partes.

Hizo una pausa. Gesticuló con la mano para que Alberto se acercara y, bajando la voz, añadió:

—¿Se ha fijado en el enorme gato negro que le anda siempre cerca? —Alberto había visto gatos de todos los tamaños y colores, no sabía a cuál de ellos se refería—. Pues dicen que es el mismo que la acompañaba cuando llegó al pueblo… hace cincuenta años… ¿No es escalofriante? —concluyó, arqueando las cejas y abriendo unos ojos como platos.

La "revelación" había conseguido captar toda la atención de Alberto y, teniendo en cuenta su propia experiencia con la mujer, cierta inquietud sí que sentía. De todas formas, estaba seguro de que en aquella historia había mucho más de leyenda que de realidad.

—A mí me parece fascinante. Me encantan las historias de misterio, incluso de miedo. Aunque si quiere que le diga la verdad, no creo que ningún gato pueda llegar a vivir cincuenta años por muy bruja que sea la dueña —sentenció, añadiendo una carcajada deliciosa.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el dicharachero guía que iba a llevar a Alberto a San Millán.

—¡Hombre, pero si ha llegado el señor lirón!

El joven le dedicó una sonrisa burlona y saludó a Alberto.

—Así que KITT va a tener hoy un pasajero.

—¿KITT? —preguntó el "pasajero".

—Sí… El coche fantástico, ¿lo recuerda?

La joven emitió una sonora carcajada.

—¿Algo que objetar?

—No, claro que no —seguía riendo.

Alberto lo entendió todo cuando Juan abrió la puerta de un Citröen dos caballos amarillo con matrícula de seis cifras, sin letras.

—¿Seguro que funciona?

La pregunta ofendió al orgulloso propietario de aquella reliquia motorizada. Como represalia, se mantuvo en silencio durante los cinco primeros minutos del recorrido.

8. El trayecto

El trayecto hacia el Monasterio de Yuso transcurría en silencio. Alberto no podía evitar sentirse algo incómodo junto a aquel extraño que, aunque había demostrado sobradamente tener la habilidad de meterse a la gente en el bolsillo, lo había visto huir cariacontecido. Debía de pensar que era un tipo "rarito". Antes del accidente él también era ingenioso y comunicativo. Ahora, sin embargo, le costaba entablar conversación con un extraño y ser ocurrente era una de las cosas que menos le apetecía en el mundo.

—¿Le parece que funciona?

Para Juan Martín cinco minutos de silencio eran algo insoportable.

—¿Cómo?

—El coche, que si ya se ha convencido de que funciona.

—Ah, sí, claro. Se nota que lo cuidas bien.

—Era de mi abuelo. Cuando se jubiló decidió que no volvería a conducir y me lo regaló. Era chófer de autobús, ¿sabe? Se pasó la tira de años yendo y viniendo de Logroño. Acabó un pelín harto de carretera… Eso sí, me puso una condición: que lo tratara tan bien como lo había hecho él. Cuarenta años tiene el "jovencito".

—Seguro que tu abuelo estará orgulloso.

—Él no es muy de exteriorizar las emociones, pero yo sé que está encantado. No conduce, pero no se crea que eso significa que vaya andando a todas partes, qué va. Cada dos por tres me pide que lo lleve. —El joven sonrió—. Y yo sospecho que no son más que excusas para volver a montarse en su coche.

—Está bien que mantengas esa buena relación con tu abuelo. —Alberto no pretendía alargar la conversación, pero no quería parecer antipático.

—Pues sí, es un gran hombre. —Juan hizo una pausa, con la mirada fija en la carretera, aunque su mente había viajado al pasado—. Verá, mis padres murieron en un accidente de avión cuando yo tenía cinco años. Mis abuelos se hicieron cargo de mí, así que mi abuelo más que abuelo es un padre.

—Lo… lo siento. —Alberto no entendía por qué aquel joven desconocido tenía que contarle aquello. ¿Qué señal inconsciente había emitido su cerebro para que se creyera con el derecho a involucrarlo en un asunto tan íntimo? ¿Acaso iba contando él por ahí que su hijo había muerto? Notó cómo el enfado crecía en su

interior—. ¿Falta mucho? —rugió.

—No… —Juan lo miró extrañado—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. —Alberto se arrepintió de haber sido tan brusco—. Es que no he descansado muy bien.

El joven captó el mensaje, de manera que decidió mantenerse callado durante el resto del viaje. Total, en diez minutos llegarían al monasterio y podría dar por cumplido su compromiso con Laura.

Aquel silencio era aún más incómodo que la conversación sobre la muerte de los padres del muchacho, sobre todo porque Alberto sabía que era el causante, así que su cabeza le decía que sacara otro tema para que su acompañante no lo tomara definitivamente por asocial.

—Perdona, no quería ser tan borde.

—No pasa nada, no se preocupe. Todavía no he aprendido a distinguir qué le puedo contar a quién. Pienso que mi vida le interesa a todo el mundo. Se habrá dado cuenta de que hablo bastante…

—Sí, bueno. Está bien. Tengo curiosidad por saber una cosa. Tú y esa chica tan simpática…

—Laura. ¿Qué? ¿Si estamos juntos?

—Sí, eso. Ya sé que no me importa.

—Qué va, si no me molesta. Al contrario, me encanta sacar el tema. ¿Quién no estaría encantado de presumir de tener una novia como ella?

—Pues sí, parece muy maja.

—Lo es. ¿Y usted, cómo es que viaja solo? ¿Está aquí por trabajo?

Las temidas preguntas personales.

—Sí, tengo que resolver unos asuntos.

La evasiva sonaba ridícula, pero de tan evidente Juan optó por la prudencia. Estaba claro que aquel hombre no quería hablar sobre su vida.

—Así que también trabajas de guía en el Monasterio de Yuso. —Alberto hizo un nuevo intento de entablar conversación recurriendo a un tema menos comprometido. Hablar sobre el tiempo lo guardaba como último (y desesperado) cartucho.

—Ya ve. Uno tiene que buscarse la vida. La incontinencia verbal también puede ser una cualidad, y en este caso es la fuente de mis ingresos. Afortunadamente, por estos lares no hay tanta gente con facilidad de palabra, apasionada por la historia y con algo de gracia. Le voy a ver entre los visitantes a Yuso, ¿verdad?

—Sí, claro. Si tú eres el guía el recorrido seguro que será muy

divertido.

Alberto disfrutó del resto del día, empapándose de historia y cultura en un entorno natural privilegiado. Aquella Rioja era muy diferente de la que creía conocer. La viticultura era sólo uno más de los muchos encantos de una tierra llena de tesoros. Le sorprendía sobre todo que hubiera tantos bosques y montañas, en cuyo entorno se ubicaban de forma armoniosa pueblos y monumentos. El Monasterio de Yuso era imponente, pero le impresionó aún más el de Suso. Aquel pequeño tesoro de piedras viejísimas que se aguantaban en precario equilibrio, encaramado sobre la ladera de la montaña, y en cuyo interior austero se hallaban esqueletos de quienes lo habitaron hacía más de mil años, consiguió trasladarlo en el tiempo hasta sentirse parte de la historia.

Disfrutó de la comida y el vino riojano en San Millán de la Cogolla y bien entrada la tarde, sin prisas y sin agobios, regresó en autobús a Nájera. Las últimas horas de luz las pasó leyendo un libro que le había regalado su hermana el día de su despedida: *El viaje de Pau*. “Léelo. Te gustará. El protagonista también emprende un viaje, y como en tu caso, se trata de mucho más que un simple desplazamiento físico”. Tras la lectura, que, efectivamente, captó su interés, cenó un bocadillo en el hostal y se acostó temprano.

9. El recuerdo

—Papa, ¿por qué los coches tienen ruedas?

—Pues para poder correr por la carretera.

—Ah… ¿Y tienen motor?

—Claro, si no, no podrían moverse.

—¿Y por qué hay que ponerles gasolina?

A Alberto la etapa del por qué empezaba a hacérsele un poco larga. Aquel niño no se cansaba nunca de preguntar, y a menudo repetía las preguntas.

—Pues porque los coches beben gasolina. Tú cuando tienes sed bebes agua, ¿verdad?

—Sí, y zumo.

—Ya. Pues los coches necesitan beber gasolina para funcionar.

—Ah… ¿Y yo puedo beber gasolina?

Alberto y María estallaron al unísono en una sonora carcajada. Las ocurrencias de su hijo no eran para menos. Eloy, divertido ante la reacción de sus padres, insistió:

—¿Si bebo gasolina me convertiré en un coche? —preguntó entre risas.

—Pues a lo mejor. Deberíamos probarlo…

—¡Alberto! No le digas eso al niño. Sólo falta que le des ideas.

—¡Sí, yo quiero gasolina!

—No, hijo. Era una broma. Las personas no podemos beber gasolina.

—¿Por qué no?

La pregunta era inevitable.

Alberto giró la cabeza sólo un segundo, lo suficiente para no darse cuenta de que en aquel mismo instante un coche que circulaba en sentido contrario invadía su carril para adelantar. El grito desgarrador de María lo despertó justo antes del impacto. En su mente quedó grabada la sonrisa de un niño feliz al que no volvería a ver nunca más. Se acurrucó en la cama y dejó que las lágrimas brotaran en silencio en la madrugada de aquella habitación solitaria.

Lo que acababa de soñar era la primera señal de que en algún lugar de su cerebro se almacenaba la información que temía recuperar, y no se veía con la fuerza suficiente para soportar que saliera a la luz.

Sin embargo, Alberto no quería rendirse. Sucumbir al dolor y a

la tristeza era lo más fácil y seguramente lo humanamente comprensible, pero una vocecilla en su interior le decía que seis meses después tenía que encontrar la manera de salir adelante. Entregarse al llanto era una forma de liberar la presión, pero no le hacía sentirse mejor. Era un desahogo callado que incrementaba su tristeza. Entonces se le apareció fugazmente el blog donde había escrito aquel primer mensaje ambiguo y se agarró a aquel pensamiento. "Eso es. Escribe sobre ello. No te tragues más ese dolor que está haciendo que te apagues". Encendió el ordenador y se puso a escribir:

"Temo que he empezado a recordar. Nadie puede sobreponerse a la noticia de que su hijo ha muerto. A mí me lo dijeron casi tres semanas después de que ocurriera, estando en la cama de un hospital, sin poder moverme, habiendo sobrevivido milagrosamente al mismo accidente que se lo llevó a él. En aquel momento deseé no haber despertado del coma, pero no fui capaz de asimilar la pérdida. No lo hice del todo hasta regresar a casa, dos meses más tarde.

Ahora creo que me encuentro peor que nunca… porque he empezado a recordar.

Mi mente borró el accidente. Es posible que sea una especie de mecanismo de defensa. Si no lo recuerdas es como si no hubiera pasado. Ojalá fuera así, pero para que funcionara como un verdadero escudo ante las desgracias debería haber borrado los seis años que compartí con él. Ahora que las imágenes de aquel día han empezado a volver preferiría mantenerlo en la oscuridad.

Recuerdo estar preparando una excursión y lo siguiente fue despertar en la cama de un hospital, lleno de cables e incapaz de moverme. Pero acabo de soñar con lo que pasó. Es la primera vez. Ha sido una escena corta, justo los segundos previos al impacto, y ahora no puedo borrar de mi cabeza la cara sonriente de Eloy. Una cara adorable, simpática, divertida, ajena a la inminente desgracia. Tener la certeza de que no volveré a ver esa sonrisa es insoportable. ¿Qué puedo hacer?".

10. Rossell

Para Rossell el puente aéreo continuaba siendo la mejor manera de desplazarse entre Madrid y Barcelona. Tenía conocidos —no amigos, porque en el mundo de los negocios los amigos son un lujo innecesario y casi siempre engorroso— que se habían pasado al AVE y que hablaban maravillas de su comodidad y funcionalidad. Sin embargo, él lo había probado y se quedaba con la *business class*. A menudo la hora escasa que duraba el trayecto era su única oportunidad de descanso, y qué mejor manera para aprovecharla que bien estirado en una amplia y cómoda butaca de avión donde disponer de algo de tranquilidad, lejos de niños llorones, adolescentes charlatanes y viejos que, por el hecho de serlo, se creían con el derecho de molestar a gente tan ocupada como él recordando batallitas que no interesaban a nadie.

Mientras repasaba un informe rutinario en la sala privada donde sólo unos pocos privilegiados estaban autorizados a esperar el embarque, Rossell recibió la llamada que debería haberse producido varias horas antes, coincidiendo con la apertura de la Bolsa de Tokyo. Teniendo en cuenta el retraso, no podía esperar buenas noticias.

En la sala había dos peces gordos a los que conocía, pero con los que no solía intercambiar más que los educados saludos de rigor. Rossell no era una persona demasiado sociable. Cogió el teléfono de última generación y cuando pulsó la pantalla para contestar se vio interrumpido por el grito de contrariedad de uno de sus vecinos. El muy inútil acababa de tirar la botella de cava que tenía en la mesita y se había puesto perdido el pantalón. Además, la copa se había hecho añicos contra el suelo. A los pocos segundos entró el encargado del servicio para evaluar el alcance del incidente e inmediatamente avisó a una azafata y a una limpiadora.

—Rossell. —Siempre contestaba al teléfono con su apellido.

—Los holandeses se nos han adelantado. No me explico cómo disponían de la información, pero nada más abrir han empezado a comprar acciones de forma compulsiva. No hemos podido reaccionar a tiempo…

—Ahórrate los lamentos. Llevábamos semanas preparando la operación y acabas de tirar 30 millones a la basura. No te molestes en regresar. Estás despedido. Pero no te preocupes, seguro que los holandeses te ofrecen algo.

Rossell cortó la comunicación, dejó el móvil sobre la mesita y se sirvió una copa de cava que se acercó con gesto aparentemente relajado a los labios. Dio un pequeño sorbo al tiempo que fijaba la mirada en las tareas de limpieza de la botella derramada y la copa rota. La "víctima" había ido al lavabo y estaba seguro de que regresaría con un traje nuevo. En El Prat cuidaban mucho aquel tipo de detalles. Advirtió entonces que la mujer que recogía los cristales del suelo lo estaba mirando descaradamente con expresión de desprecio. Aquello no se lo esperaba. Una vulgar limpiadora se atrevía a desafiarlo. Rossell no entendía por qué la gente era tan decepcionante. Muñoz sólo tenía que ceñirse al plan que habían preparado minuciosamente durante semanas, pero había sido incapaz de cumplir su papel; aquella mujer debía limitarse a limpiar un pequeño incidente de los que suceden cientos cada día en un aeropuerto y, sin embargo, ahí estaba, acusándolo con la mirada no se sabe bien de qué.

—¿Qué mira?

La mujer no contestó. Durante un instante pareció que iba a hacerlo, pero finalmente bajó la mirada y continuó con su trabajo.

—Eso es, siga limpiando y deje de importunar a la gente que tiene obligaciones importantes.

Aquello fue demasiado. Lorena lanzó el recogedor contra el suelo de forma violenta, lo que provocó que los cristales que acababa de retirar saltaran por los aires, esparciéndose por toda la sala. Rossell se tapó la cara y giró la cabeza instintivamente, mientras que el otro ocupante abrió unos ojos como platos, asistiendo incrédulo a la escena. El encargado del servicio entró precipitadamente, justo a tiempo para contemplar cómo la empleada se dirigía al poderoso ejecutivo sin miramiento alguno.

—Se cree muy importante, ¿verdad? Le encanta restregarle a la gente lo importante que es, los millones que gana, los trajes que se gasta, los viajes que hace. Le encanta humillar a quienes están por debajo, como a ese empleado al que acaba de despedir sin inmutarse o a mí misma, una despreciable mujer de la limpieza que se atreve a mirarlo a la cara, esa cara estirada, inexpresiva, inalterable, esa cara tan "importante"…

—¡Vázquez! ¡Salga de aquí ahora mismo! ¡La quiero en dos minutos en mi despacho!

Lorena se dirigió a la puerta, manteniendo la vista fija en Rossell, quien le aguantaba la mirada con una sonrisa entre admirada y burlona dibujada en los labios.

—Le ruego que acepte mis más sinceras y avergonzadas

disculpas. Le prometo que no volverá a suceder. Tenga por seguro que no. Esa mujer acaba de firmar su carta de despido.

Al encargado del servicio, un tipo ante todo muy servicial y carente de amor propio, sólo le faltaba arrodillarse y suplicar clemencia. Rossell no admitía las insubordinaciones, pero si había algo que detestara aún más era la sumisión incondicional. Aquel tipo le producía asco. Prefería con mucho la mirada retadora de la mujer y el impacto de aquellos cristales diminutos a las babas que amenazaban con caer de la boca del perro faldero.

—Bien, acaben de limpiar este desastre y déjenme trabajar tranquilo, por favor.

—Enseguida, no se preocupe. Le reitero mis disculpas.

El desprecio de Rossell hacia aquel hombre iba en aumento. No podía explicárselo, pero el contraste creciente con la empleada rebelde hacía que incluso empezara a echarla de menos. Sus dos compañeros de sala se habían relajado y aparecieron las sonrisas y los comentarios jocosos.

—Vaya con la leona. Menudo carácter. No me importaría hacerle un trabajito, como favor para bajarle los humos.

—Pues menudo favor. Ya te gustaría que te lo hiciera ella a ti, porque la verdad es que la tía está un rato buena.

Los dos cerdos sebosos buscaban a Rossell con la mirada para hacerlo cómplice de sus comentarios. Quizás en otro momento lo hubieran encontrado, pero no en aquél. Se sentía incómodo. Quería creer que era por el fiasco de la operación en Tokyo. Miró el reloj. Aún faltaban veinte minutos para el embarque. Demasiado tiempo para pasarlo en compañía de aquellos individuos, así que decidió salir a estirar las piernas.

Rossell no estaba acostumbrado a que la gente le plantara cara. Lo temían, como debía ser. Le había costado muchos años de trabajo labrarse una reputación que de ningún modo podía permitirse perder, pero el incidente con aquella mujer había activado una tecla que hasta el momento no sabía que tuviera. Se acababa de dar cuenta de que aborrecía la docilidad y la sumisión. Era poderoso, todos lo sabían. Le gustaba serlo. Le gustaba que a una señal suya, si hacía falta, el mundo se parase. Pero la reacción de la empleada le había hecho recuperar del fondo de su mente la certeza de que lo que ella se había atrevido a decirle a la cara era lo que la inmensa mayoría de quienes formaban parte de su vida pensaban pero no se atrevían a verbalizar. Estaba rodeado de cobardes. No le importaba que lo fueran. De hecho, lo que pensaran los demás le traía sin cuidado, pero empezaba a cuestionarse si ése

era el tipo de relaciones que quería seguir manteniendo el resto de su vida. La reflexión se había colado en su cerebro sin pedir permiso y no se sentía cómodo. Detestaba tener preocupaciones que interfirieran en lo verdaderamente importante: su trabajo.

11. Lanzando piedras

Alberto no podía sacarse la cara sonriente de Eloy de la cabeza. Mirara donde mirara, ahí estaba. Si cerraba los ojos, ahí estaba. Y la soledad, desde luego, no le ayudaba. Pensó que lo mejor era proseguir con su viaje. Empezaba a aborrecer aquella habitación y sentía que prolongar su estancia en Nájera no le iba a reportar nada positivo, así que sería su último día allí. Compraría un billete de bus a Logroño, donde tomaría el que lo llevaría a León.

Aquella mañana hacía frío. El sol quedaba entelado por una fina capa de nubes altas, de modo que, junto al río, la temperatura era aún más fresca. Alberto llevaba apenas cinco minutos sentado en el banco y ya tenía los pies helados. Decidió dar un paseo. Pensó entonces que por qué iba a esperar un día más a marcharse, si lo podía hacer ya. A las malas, si no llegaba a tiempo para tomar el autocar a León, pasaría la noche en Logroño.

Se incorporó, en parte aliviado por no haberse encontrado con la anciana de los gatos, aunque inconscientemente los pasos lo habían llevado hasta allí precisamente con la esperanza de localizarla para acabar de escuchar lo que había empezado a decirle y que tanto lo había alterado. Es curioso cómo funciona la mente. Aquello que tememos puede ser también lo que nos atrae.

En aquella reflexión andaba enfrascado cuando al dar los primeros pasos de vuelta al hostal se dio cuenta de que justo al borde del cauce del Najerilla un muchacho lanzaba piedras planas y redondeadas corriente arriba, intentando hacerlas rebotar contra la superficie del agua. Alberto recordó cuando él hacía lo mismo. Le parecía que hubieran pasado siglos.

El joven alternaba los lanzamientos con las caladas que daba a lo que parecía un porro. Lo veía de perfil, suficiente para atisbar la expresión de preocupación resignada que invadía su rostro. No debía de tener ni veinte años.

De repente, giró la cabeza y se encontró con la mirada de Alberto, que no reaccionó a tiempo para disimular. Al muchacho no pareció importarle ser observado. Claramente, estaba resignado. Dio otra calada, volvió a mirar hacia el río y lanzó otra piedra. Dos, tres, cuatro, cinco… “No está mal”, pensó Alberto. Entonces sintió el impulso de imitarlo y los pasos lo llevaron junto a él. Sin decir una palabra se agachó en busca de piedras adecuadas. El joven lo miró sin modificar el gesto, asumió con naturalidad la reacción de

su improvisado compañero de lanzamientos, y siguió a lo suyo. Calada al porro, pedrada contra el agua.

Tras unos tres primeros intentos lamentables, Alberto consiguió al cuarto que su piedra diera un bote. Sonrió. El siguiente fue aún mejor, y unos cuantos lanzamientos más tarde ya casi parecía un profesional. Sin pronunciar ni una palabra los dos lanzadores habían iniciado una competición sin premio. Las piedras salían despedidas de sus manos de forma alternativa, y bastaron sólo unos minutos para que de sus gargantas surgieran gritos de satisfacción y gruñidos de decepción. La expresión de ambos había cambiado por completo. La preocupación y el hastío habían dejado paso a la excitación competitiva. Alberto había entrado en calor, ya no recordaba el frío en los pies. Ahora tenía las manos y el corazón calientes y notaba cómo con cada pedrada salía despedida también un trocito de su tristeza inmensa.

Por fin el joven hizo una pausa, miró a su rival y le ofreció el porro con una casi imperceptible sonrisa en los labios. La reacción instantánea de Alberto fue rechazarlo, pero inmediatamente cambió de opinión y alargó la mano para aceptarlo. “Por qué no”, se dijo. Desde sus años universitarios no había vuelto a fumar maría… María…

Aquel nombre le causaba dolor y nostalgia a partes iguales. La conoció en una de aquellas fiestas de jóvenes tan idealistas como inconscientes. Entre cerveza y cerveza y algún canuto compartido, descubrieron que sus visiones del mundo convergían, y también acabaron convergiendo sus lenguas. Fueron buenos tiempos.

Tras una primera calada titubeante, Alberto se animó a dar una segunda, aspirando con decisión aquella esencia rancia de sabor amargo con la esperanza de que atenuara su propia amargura. Se sentó junto al joven y le devolvió el canuto. Permanecieron un rato así, contemplando el relajante fluir del río, que Alberto percibía más relajante con cada minuto que pasaba, y compartiendo el humo milagroso. Fue el muchacho quien rompió el silencio:

—Lanzas bien.

—Sí, supongo. Me faltaba algo de práctica, pero no ha estado mal.

—Estoy jodido.

La expresión sombría regresó al rostro del joven y Alberto, que se sentía muy a gusto flotando en la nube a la que lo había subido la marihuana, empezó a ponerse en alerta. Aunque en aquel momento estuviera más receptivo, no le apetecía en absoluto escuchar otro drama.

—La he cagado y mi novia no quiere volver a verme.

—¿Por qué me lo cuentas? Últimamente a la gente le da por contarme sus desgracias, y te aseguro que no soy psicólogo.

Tras unos segundos de silencio en que los dos seguían mirando al agua, el muchacho volvió a hablar.

—Tienes razón. Perdona. —Se incorporó dispuesto a marcharse —. Ha sido un placer lanzar piedras contigo.

Dio media vuelta y empezó a caminar hacia las callejuelas. "¿Por qué eres tan borde?". El pensamiento brotó, incontrolado, del cerebro de Alberto y le siguió una pregunta, que verbalizó sin ser apenas consciente:

—¿Qué le has hecho?

El joven giró la cabeza.

—¿Cómo?

—A tu novia. ¿Por qué no quiere volver a verte?

El muchacho suspiró y regresó junto al río.

—Me pilló chateando con una amiga. —"Menuda tragedia", pensó burlonamente Alberto—. Y, la verdad, estábamos tonteando bastante… En realidad era mi ex. —"Pues sí, la has cagado de lleno"—. Pero yo no quiero nada con ella. Lo dejamos hace dos años y sólo hablamos de vez en cuando por Whatsapp o por Facebook. A mí me gusta Araceli.

—Tu novia se llama Araceli.

—Sí. No sé qué hacer… Verás, tío, yo la quiero, la quiero de verdad, pero no sé cómo explicarle que lo del chat con mi ex no era más que un juego, una tontería. Te juro que entre Alicia y yo no hay nada.

—Alicia es tu ex.

—Sí. Está muy buena y es muy simpática, pero no es una chica que sirva para ser novia de nadie.

Alberto estalló en una sonora carcajada. Era la primera vez que escuchaba una estupidez semejante. "Una chica que no sirve para ser novia de nadie". Una manera muy elegante de llamarla poco menos que zorra.

—¿De qué te ríes, colega? Yo no le veo la gracia por ninguna parte.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis?

—No te pases, pavo, que pronto cumplo diecinueve.

—Disculpa. Creo que antes de tratar de solucionar tus problemas sentimentales deberíamos presentarnos. Yo soy Alberto.

Le alargó la mano, que el joven estrechó al tiempo que respondía:

—Míkel.

—Encantado de conocerte, Míkel. ¿Por qué tonteabas con tu ex por Internet si a quien quieres es a tu novia? No tiene mucho sentido, ¿no crees? —La marihuana había conseguido que los niveles de sociabilidad y lucidez de Alberto aumentaran considerablemente.

—Sí, ya lo sé. Soy un imbécil. Pero la cuestión es que yo quiero a Araceli y no sé qué hacer para que me perdone. Esta noche no he podido dormir dándole vueltas al asunto. Me dijo que no quería volver a verme, que la olvidara y que ni me atreviera a enviarle mensajes de Facebook ni *whatsapps*.

—Te voy a ser sincero, Míkel: lo tienes muy chungo.

—Ya… —Dejó caer la cabeza pesadamente y volvió a fijar la mirada en la corriente.

—Pero no está todo perdido. —Míkel giró la cabeza ligeramente y miró a Alberto con interés.

—¿Qué puedo hacer?

—No conozco a Araceli, ni sé cómo era vuestra relación, pero por mi experiencia con las mujeres te puedo decir que las reacciones en caliente no tienen por qué ser definitivas. Seguramente en estos momentos ella debe estar poniéndote verde y si aparecieras por su casa te lanzaría una maceta a la cabeza o, en su defecto, te fulminaría con la mirada, pero si realmente la quieres y te arrepientes de tu cagada tienes que intentar hacer las paces.

—Pues claro, pero ¿cómo?

—No seas impaciente. —Sin saber por qué, Alberto se sentía cómodo intentando ayudar a aquel chico. Por fuerza tenía que ser efecto de la droga—. Lo primero que yo haría es enviarle un mensaje al móvil muy sencillo, un “Lo siento. Te quiero” o algo por el estilo. Un primer contacto que no pueda interpretar como un intento de justificación y que no suene desesperado. Tendrás que ser paciente. No insistas si no obtienes respuesta, que es lo más probable. Puedes intentar hablar con alguna amiga suya, siendo muy sincero con ella, reconociendo tu culpa y haciéndole ver lo arrepentido que estás. Y el último paso sería demostrar a tu novia que realmente la quieres. Seguro que hay algo a lo que no se pueda resistir, que le haga ablandarse, y que sólo tú sabes. Sorpréndela, pero sin agobiarla. Tiene que ser algo único pero a la vez natural. Ah, y por supuesto, lo más importante: elimina todo rastro de tu ex en tu vida. Si finalmente te perdona y te vuelve a pillar, aunque sólo sea saludándola por la calle, entonces sí, despídete de ella para siempre.

Hacía mucho que aquel Alberto llevaba desaparecido, oculto bajo capas y capas de tristeza y melancolía. Se convenció de que la "culpa" de haberlo recuperado, aunque sólo fuera momentáneamente, la tenía la marihuana. Por su mente empezaron a cruzarse montones de recuerdos de las muchas peleas y reconciliaciones que había vivido con María. Discusiones en que ambos se dejaban llevar por sus firmes convicciones, que acababan con caras serias, con reproches e incluso con alguno de los dos saliendo por la puerta. Un ramo de flores, un helado de chocolate, la canción o la película favorita del otro solían bastar para que la paz regresara al hogar. Alberto echaba de menos aquellas discusiones. Cómo dolía saber que nunca se repetirían.

—Muchas gracias, tío. ¿Qué puedo hacer por ti?

Alberto pensó un instante.

—¿Te queda alguno de esos "cigarrillos mágicos"?

12. Pensamientos perturbadores

Rossell decidió pasar los últimos minutos antes del embarque hojeando alguna revista en el *duty free*. Confiaba en desterrar así los pensamientos perturbadores. Firmeza y nada de titubeos eran dos de sus máximas. En la jungla en la que se movía a diario como pez en el agua la duda estaba terriblemente penalizada, y si había logrado escalar hasta el lugar más alto de la cadena trófica había sido gracias a no mostrar el más mínimo signo de debilidad. Los "cadáveres" que había ido dejando a su paso se contaban por centenares. Tenía, pues, montones de enemigos ansiosos por descubrir un punto débil sobre el cual atacar. Pero eran cobardes, así que mientras se mantuviera firme podía estar tranquilo.

Un estruendo repentino lo sacó de sus pensamientos y le obligó a buscar dónde se había originado. No pudo evitar un escalofrío al reconocer a la limpiadora que se había enfrentado a él hacía cinco minutos. Acababa de salir de un despacho dando un sonoro portazo, para a continuación derribar una papelera cuyo contenido había quedado esparcido por todo el suelo. No contenta con ello, había propinado varias patadas a vasos de refresco y envoltorios.

—¡Maldito hijo de puta!

Lorena vanzaba dando largas zancadas y concitando la atención de todo aquel que se encontrase en un radio de cien metros. Durante una milésima de segundo Rossell tuvo la impresión de que sus miradas se cruzaban. Le dio un vuelco el estómago y se le aceleró el pulso. Aquello no era admisible. No había nada que alterase al ejecutivo, pero el temor a revivir el desagradable incidente con la ya exempleada era superior a su capacidad de autocontrol. Afortunadamente para él, cuando parecía que no tendría escapatoria, la mujer siguió su camino maldiciendo y golpeando el mobiliario del aeropuerto. Lo más sorprendente para Rossell fue darse cuenta de que al sentimiento de alivio lo acompañó una gota de decepción. Hacía mucho que no experimentaba sensaciones tan primarias. Aquella mujer aparentemente tan vulgar había despertado una parte de él que había permanecido durante mucho tiempo dormida. Pero aquello no era conveniente.

13. La confesión

Cuando Míkel se fue, convencido de que la reconciliación con su novia sólo era cuestión de tiempo, Alberto decidió permanecer un rato más lanzando piedras al río. Conforme se acercaba el mediodía el cielo se había ido despejando y los rayos de sol ahora sí calentaban de verdad. Probablemente acababa de pasar el mejor rato desde el accidente. Estaba de buen humor. Imaginaba la escena del reencuentro entre los dos muchachos, con él temblando de preocupación e inseguridad y ella con cara de "a la primera cagadita estás listo".

Antes de marcharse, Míkel había insistido en enseñarle un par de fotos de Araceli que llevaba en el móvil. "¿Cómo voy a renunciar a esta preciosidad? Y no es que sea sólo guapa. Es que además es una tía superinteligente y muy buena persona. Ni loco vuelvo a encontrar una tía como ella".

Sonriente y en brazos todavía del acolchado escenario en el que flotaba gracias a la marihuana, Alberto se dispuso a emprender el camino de regreso al hostal para recoger sus cosas, pagar la cuenta, y poner rumbo a un nuevo destino. Al incorporarse y girarse estuvo a punto de perder el equilibrio y caer en las frías aguas del Najerilla, no por culpa de la droga que llevaba años sin probar, sino por lo que vio apenas a tres metros de distancia, que lo hizo tambalearse. Allí estaba la anciana con su ejército felino. Lo miraba fijamente, con la misma expresión amable y la sonrisa dibujada en los labios. Alberto tuvo el impulso de huir de nuevo, pero algo lo retenía allí, clavado al suelo. Aunque su yo consciente le decía que se marchara, sentía la necesidad de acabar escuchando lo que le había empezado a decir el día anterior, y tenía curiosidad por saber algo más de aquella mujer. ¿Qué hacía allí rodeada de gatos? ¿Sería realmente una bruja?

—Todos se hacen las mismas preguntas que te estás haciendo tú. —La anciana se recostó en el banco, con una mano sobre el bastón y la otra sobre el gato que se había tumbado en su regazo. Cerró los ojos con la cara expuesta a los suaves rayos del sol de mayo—. No soy ninguna bruja, no tengo poderes mágicos ni satánicos, y ninguno de estos gatos tiene más de quince años, una edad muy respetable para cualquier gato, dicho sea de paso. —La inquietud y el asombro se esfumaron a la vez al escuchar aquellas palabras. Después de todo, parecía que aquella mujer no tenía de

extraordinario más que el aspecto—. Siéntate aquí, tenemos una conversación pendiente.

Quizás si no hubiera fumado, Alberto habría encontrado la excusa para rechazar la invitación y evitar exponerse a la mirada de quien pretendía asomarse a su interior. Pero aquella mañana las circunstancias eran diferentes: la parte curiosa y receptiva de su conciencia se estaba imponiendo a la prudente y desconfiada. Así que, aquel hombre golpeado cruelmente por la vida se sentó junto a una mujer que, por muy duro e injusto que hubiera sido el destino con él, acumulaba injusticia y crueldad equivalentes a las diez vidas más terribles que pudiera imaginar.

Si quieres conocer la historia completa de la anciana, lee 'La bruja'

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Por qué a mí?

Después de escuchar durante un cuarto de hora un relato sobrecogedor, Alberto aprovechó una pausa de la anciana, quien sin duda sentía todavía el dolor de aquel pasado terrible, para preguntar. No tenía nada claro cómo procesar aquella historia de muerte, torturas, intolerancia, rechazo, y al mismo tiempo un instinto de supervivencia fuera de la comprensión de quienes no han conocido el terror. Aquella mujer menuda a la que se lo habían arrebatado todo, había sobrevivido al horror de las cárceles franquistas. Una vez libre y abandonada a su suerte, sin más compañía que la de un puñado de gatos, había logrado sobreponerse al rechazo de una sociedad cruel.

La anciana, que había permanecido la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados, dejándose acariciar por el sol, suspiró al oír las preguntas y miró a Alberto.

—No suelo explicar mi historia. Pocas veces lo he hecho, pero de vez en cuando, cuando encuentro a alguien tan perdido como tú, un joven que debería disfrutar de la vida pero que, sin embargo, permanece sumido en el más oscuro y profundo de los pozos, pienso que quizás le pueda ayudar escucharla. —Hizo una pausa—. A lo mejor tú también quieres contarme tu historia.

De golpe, todas las alarmas se dispararon. "No, no, no. ¿Mi historia? No, no, no. No puede ser, no". Alberto se sentía invadido y se estaba poniendo muy nervioso. Podía negarse educadamente y marcharse, pero desde su interior luchaba por salir a la superficie una respuesta muy diferente.

—Piénsalo, pero antes de contestar deja que acabe de contarte la mía. Aquella noche en el calabozo fue la peor de mi vida. Había regresado al que había sido mi hogar, donde había ayudado a tanta

gente y donde había recibido tanta gratitud, pero de aquello no quedaba nada. Los recuerdos me torturaban, y con el paso de las horas no distinguía qué era real y qué formaba parte de una pesadilla. Me vi a mí misma tirada en aquel suelo húmedo y mugriento, desnuda, con el cuerpo magullado y la cara destrozada, como aquel día de veinte años atrás. Volví a sentir el mismo dolor, el físico y el del corazón. Recordé a Aritz, el hombre dulce y valiente que me robaron, y lo volví a ver en aquel maldito cadalso, expuesto como un trofeo de caza y apedreado por la cobardía de quienes habían sido nuestros vecinos… —Edurne tenía la mirada perdida, fija en algún punto indefinido, en algún punto del pasado —. Por la mañana me soltaron y huí al bosque. Pronto me daría cuenta de que tampoco allí iba a estar en paz. Cobijo y alimento no me faltaban. Desde muy joven había aprendido a apreciar los recursos que proporciona la naturaleza, así que sabía cómo obtener lo necesario para sobrevivir. Lo que no tuve en cuenta fue que una persona viviendo sola en el bosque, por muy prudente que fuera, antes o después sería fuente de todo tipo de historias.

—¿Y los gatos?

—¿Cómo?

—Los gatos que la acompañaban al llegar a Elizondo. ¿Qué pasó con ellos? ¿Lo supo usted?

—Pues claro que lo supe. Se vinieron conmigo al bosque del Baztán. La mañana que salí del calabozo estaban allí esperándome los tres. Bueno, en realidad eran ya cuatro. Por la noche debió unírseles Carbón.

—¿Carbón?

—Sí, es el nombre que le puse porque era tan negro que parecía que al tocarlo fuera a manchar.

—¿Todos los gatos tienen nombre?

—Por supuesto.

Alberto echó un vistazo a aquella amplísima familia gatuna. Pensó que él sería incapaz de recordar ni la mitad.

—No he olvidado ni uno solo de los nombres de quienes han sido mi familia durante todos estos años. Los que ves aquí son sólo los miembros más jóvenes, pero hubo muchos más antes que ellos.

La anciana hablaba con cariño sincero de aquellos animales. Los humanos no le habían causado más que sufrimiento y dolor, un dolor mezquino y desproporcionado. Le explicó cómo los propios vecinos del que había sido su pueblo pronto empezaron a hacerle la vida imposible, hasta que los grises, otra vez ellos, hicieron el trabajo sucio.

El final completo del relato de la anciana, en 'Edurne'

—Aparecieron de madrugada, deslumbrando con sus linternas, asustando con los ladridos rabiosos de sus perros, disparando al aire. Me desperté sobresaltada, y otra vez rememoré el pasado. No tenía miedo, no, estaba aterrorizada. Agarré a Carbón y salí de allí corriendo. Por nada del mundo iba a permitir que volvieran a hacerme lo mismo que aquella otra mañana. Anduve durante días, hasta que una noche me colé en el remolque del camión que me trajo a Nájera. Era una mañana soleada. Me acerqué al río y me senté aquí mismo. Cerré los ojos, dejando que el sol me bañara la cara, y me puse a escuchar el sonido del agua. Entonces sentí que por fin había encontrado la paz.

La mujer se quedó en silencio. Alberto notaba que en su interior se llevaba a cabo una cruenta batalla entre la razón y el corazón. Quería liberarse del dolor que lo corroía por dentro mientras buscaba una salida que su cerebro le negaba. La anciana le acababa de relatar una historia terrible. ¿Cómo podía haber sobrevivido? Aunque no era eso lo más increíble, sino el haber sido capaz de reconstruir una vida hecha trizas. "Pero mírala, Alberto, es una vieja rodeada de gatos que se pasa el día sentada en el mismo banco. ¿Cuánto de real hay en la historia que te ha contado?". "No, basta de recelos, basta de huir. Esta mujer supo desde el primer momento qué me pasaba y estoy seguro de que su vida ha sido tan horrible como explica".

Alberto la miró. Se encontró con aquellos ojos sabios, profundos, de un azul casi transparente. Sintió que le hablaban, que le decían que debía dejar salir todo aquel dolor, que la vida siempre ofrece nuevas oportunidades, por frágiles que parezcan. Sintió que lo desnudaban, que exploraban su mente y que era inútil oponer resistencia. Se sintió muy cansado, agotado de aguantar, de aparentar normalidad, de apartar la mirada, de no querer reconocer que su vida había quedado hecha añicos unos meses atrás.

—Mi hijo murió en un accidente de tráfico hace medio año.

La anciana, sin dejar de mirarle a los ojos, sin decir palabra, apartó los gatos de su regazo, se acercó a él y le ofreció un abrazo más reparador que la más potente de las medicinas.

14. El desahogo

“La vida es una mierda. Sí, sé que no descubro nada nuevo. Lo escribo para reafirmarme en ello. Es un estercolero del que los miserables no podemos escapar. Lo tienen todo muy bien montado para que vivamos con la falsa ilusión de que es posible, pero la puta verdad es que no. Cuando una cree que existe una pequeña opción de sacar el cuello de la ciénaga, la realidad se manifiesta con toda su crudeza para recordarnos cuál es el lugar que nos corresponde. Y aquí estoy, quejándome amargamente de que por culpa de un maldito individuo al que le sale la pasta por las orejas, uno de ésos para los que una mujer de la limpieza no es más que un ser inferior sin permiso para pensar, que debe limitarse a limpiar la basura que los ricachones como él dejan caer…, por culpa de ese capullo he perdido mi trabajo de mierda. Porque he tenido la osadía de mirarle a la cara, y ya se sabe que los esclavos no deben mirar a la cara de sus amos.

No he podido contenerme. Es algo que me supera. Hace unos años me habría callado. Habría asumido que la realidad es así. De hecho, ni siquiera me habría planteado la indignidad que supone que un tipo hable de millones como quien habla de caramelos. Pero ahí estaba él, despidiendo a un subordinado por teléfono porque había fracasado una operación millonaria en la Bolsa. Sin inmutarse, entre sorbo y sorbo de cava del que cobran a cien euros la botella. Él, por supuesto, lo tenía gratis, como merecen los buenos viajeros VIP. Es una cuestión de clases, de categoría humana: los ricos son buenos y requieren de los servicios más exclusivos; los pobres somos escoria que debemos satisfacer sus necesidades. Y si la escoria se rebela, a la puta calle.

¿Pero sabéis qué? Esta vez no voy a volver a caer hasta el fondo de la ciénaga. Me voy a mantener a flote y voy a seguir braceando con la idea tozuda de salir de ella. Me he rebajado demasiadas veces, he permitido que me ninguneen demasiado tiempo, he recibido demasiadas bofetadas, y me ha costado demasiadas lágrimas darme cuenta de que merezco vivir dignamente. Limpiando la mierda de los demás sentía que, más allá de lo desagradable del trabajo, me estaban pisoteando.

Estoy harta de que me traten como a una cucaracha. Y lo que tengo que deciros hoy aquí es que no debéis permitir que nadie lo haga. No sois escoria. Sois personas con inquietudes y deseos, y lo

mínimo que deberíamos esperar del mundo en el que vivimos es que se nos permita soñar con llevarlos a cabo. Yo voy a hacerlo. Y, para empezar, voy a buscar a ese tipo indecente para presentároslo, para que pongáis cara a la indignidad que dirige el mundo. Seguro que conocéis montones de ejemplos, no sólo los que nos vienen a todos a la cabeza, sino de experiencias personales. Os invito a que los compartáis.

Por cierto, si los tipos forrados de pasta son despreciables, mucho peores son los gusanos complacientes que se arrastran a sus pies. Os presento a uno, mi exjefe, un gilipollas integral".

Lorena sintió una sensación de alivio muy liberadora cuando pulsó en 'Publicar'. Sabía que ilustrando el post con la foto de su exjefe podía buscarse problemas, sobre todo por la descripción que la acompañaba, pero había tomado una decisión: decir y hacer lo que le viniera a la cabeza sin pensar en las consecuencias. Actuando de la forma como se supone que deben hacer las personas prudentes y obedientes no le había ido nada bien, así que ¿por qué no mandar a todos los que se lo merecieran a tomar por saco?

Redención

15. El autocar

Sentado en la penúltima fila, en el asiento junto a la ventana, Alberto rememoró sus años universitarios, cuando un viaje en tren o en autobús le provocaba cosquillas en el estómago. Aquellas salidas de fin de semana con los amigos, que se sabía cómo y dónde empezaban, pero no cómo y a menudo dónde acababan.

Por primera vez en mucho tiempo se sentía en paz. Había tenido muchas horas para pensar mientras esperaba la llegada del autocar, prevista para las 3 de la madrugada.

El encuentro con la anciana había servido de catarsis. Era la excusa que necesitaba para soltar lastre. En realidad sabía que nunca llegaría a estar verdaderamente en paz, que lo máximo a lo que podía aspirar era a aprender a convivir con el dolor, pero eso sólo sería posible si primero aprendía a aceptar ese dolor, y aquella mañana había dado un paso muy importante, el primero, en ese camino.

Qué mujer tan increíble. Al pensar en ella Alberto dudaba de si era real, de si aquellos encuentros no habían sido producto de su imaginación. Sí, la chica de la Oficina de Turismo le había hablado de ella, pero nadie los había visto juntos. ¿Qué sentido tenía la aparición de un personaje tan pintoresco, inquietante y oportuno a la vez? Pero no, claro que era real. Su relato sobrecogedor, su mirada penetrante, aquellos gatos que él mismo había acariciado… El abrazo. Notaba aún la fuerza sorprendente de aquellos brazos aparentemente tan frágiles, viejísimos, alrededor de su cuello y de su espalda. “Cuando te sientas perdido, cuando estés convencido de que no hay salida, recuerda este abrazo”. No lo olvidaría jamás.

Mientras miraba por la ventana el motor empezó a rugir. Era el sonido que marcaba el inicio de una nueva etapa, en la que volver a mirar a la vida de cara y a no permitir que el peso aplastante del pasado le impidiese avanzar.

El vehículo iba prácticamente lleno. Venía desde Barcelona, cargando con el equipaje y el peso de quién sabe cuántas historias tristes, cuántos finales y cuántos comienzos condenados al fracaso. Sin embargo, la llamita que había empezado a prender en el corazón de Alberto lo llevó a dedicar también un pensamiento a los otros comienzos, los que se originan en esa euforia interior que nos convierte en invencibles.

Tres filas más adelante, en los asientos del otro lado del pasillito,

y a pesar de la hora que era, una pareja de jóvenes conversaba animadamente. Transmitían aquella euforia. Chico y chica. No parecían novios, sino más bien amigos de los de toda la vida que se reencuentran tras un tiempo para contarse todas las novedades y, de paso, arreglar el mundo.

Un poco más allá dos chavales pasaban el rato jugando a cartas, enfrascados en una competición apasionante. Por lo menos para ellos lo era. Alberto recordó entonces el pique que había mantenido unas horas antes con aquel muchacho, desesperado por haber perdido a la novia. Sonrió.

Casi todas las filas estaban ocupadas en sus dos asientos. No era el caso de la de Alberto. Había buscado una fila con los dos asientos libres. Sólo quedaban las del fondo, las que en las excursiones del cole se reservaban los cabecillas de la clase, los gamberretes que osaban encender algún cigarrillo para fumarlo a escondidas. Se acordó entonces de que llevaba encima un canuto de maría y se le dibujó en el rostro una sonrisa traviesa, como el niño que acaba de hacer una trastada y está seguro de que nadie más que él lo sabe.

Pensando en el canuto estaba cuando se sentó a su lado una chica muy joven a la que no había visto llegar. Tenía la respiración alterada y parecía nerviosa. Se cubría la cabeza con la capucha de una sudadera ancha.

—Por favor —le susurró con un acento que sonaba a extranjero —, no mires por la ventana.

Alberto, evidentemente, hizo lo contrario de lo que le pedía. No parecía haber nada especial, aparte del paisaje que ya conocía, es decir, el andén de la estación de autobuses, casi desierta ya, aunque…, sí, de repente había más movimiento. Un par de tipos apartaban a la gente, los cuatro gatos que quedaban, que habían bajado del autocar y aún no se habían marchado. Zarandearon a algunos, como si buscaran a alguien, mientras miraban a todas partes con ojos nerviosos y cara de mala leche. Se comunicaban mediante gritos y gruñidos, que enseguida quedaron diluidos entre la gente indignada por su comportamiento y acabaron perdiéndose en la lejanía, una vez que el autocar inició su marcha.

—¿Quiénes son? —preguntó Alberto, que mediante una sencilla deducción había llegado a la conclusión de que la joven tenía algo que ver con aquellos tipos.

—Mejor no preguntes. Estoy cansada, así que voy a intentar dormir un poco.

Alberto optó por la prudencia, pero la idea de que aquella muchacha que no debía tener más de veinte años anduviera metida

en problemas serios y ahora estuviera sentada a su lado fingiendo que dormía, lo inquietaba. Aunque la capucha le tapaba el pelo y parte de la cara, y a pesar de los signos evidentes de cansancio en el rostro, se veía que era muy guapa.

Alberto empezó a hacer elucubraciones. “Tiene pinta del Este. No es española, desde luego. Por el acento diría que es rusa. ¿Estará huyendo de la mafia? Porque aquellos tipos tenían pinta de matones. Y es tan joven…” Lo que estaba claro era que no había subido a aquel autocar porque tuviera familia en León. Alberto echó una última mirada furtiva a su vecina y aunque empezaba a sentir el peso de los párpados decidió ponerse a leer. *El viaje de Pau* también trataba sobre una huida, aunque de un tipo previsiblemente menos peligroso.

16. Perros falderos

Aquella tarde Rossell no había hecho más que ver a perros falderos. Solícitos, meneando el rabo, con la lengua fuera y los ojos ansiosos por recibir la golosina de recompensa por ser tan serviciales. La diferencia es que los perros se comportan así instintivamente, son felices contentando a su amo, corriendo en busca de la pelotita y recibiendo caricias y palmadas en el lomo, mientras que los humanos falderos lo hacen por conveniencia y cobardía.

Los humanos tienen un cerebro que se les supone capaz de razonar, que los dota de una personalidad y de un criterio. Pero no, los que rodeaban a Rossell habían renunciado a tales capacidades. Se contentaban con menear el rabo y soltar baba porque se suponía que lo conveniente era dar siempre la razón al jefe. No recordaba la última vez que alguien había defendido un argumento propio en su presencia, tampoco la última vez que había reflexionado sobre ello. No era algo que le preocupara. No hasta aquel día. Pero la realidad era que no tenía socios, ni consejeros, ni analistas. Sólo tenía perros falderos, sirvientes que se peleaban por llevarle el café y reírle las gracias.

Miró a su alrededor. Las mesas del restaurante estaban ocupadas por gente de éxito, como él. Personas a las que les sobraba el dinero y requerían un servicio exclusivo y excelente, que se rodeaban de otros triunfadores y de los que acuden al calor del triunfo con la esperanza de que los mantengan.

Paseó la mirada por sus acompañantes. Dos parejas acomodadas gracias al generoso sueldo de él en un caso y de ella en otro. Altos ejecutivos que no se cuestionaban nada de lo que hacían, que no pensaban en las consecuencias de sus actos, que no veían en sus subordinados nada más que carcasas con aspecto humano. Miró a su pareja, una rubia despampanante que había conocido dos semanas antes en un bar de copas de los que el agua del grifo se paga a precio de Dom Pérignon. ¿Por qué estaba con ella? Aparte de que estaba buenísima y follaba como una diosa no sabía nada más. Bueno, sí, se llamaba Andrea y le reía todas las gracias, aunque él no tuviera noción de estar siendo gracioso. Un perro faldero más.

Se fijó en las camareras, porque todas eran chicas jóvenes guapas y aparentemente simpáticas. No podía saber si lo eran en realidad, porque resultaba evidente que la sonrisa la llevaban soldada. En cuanto el contenido de una copa bajaba a un tercio de

su capacidad acudían solícitas a rellenarla. Cada cierto tiempo se acercaban a las mesas para preguntar si todo estaba a gusto de los señores, mostrando una dentadura magnífica, blanca y reluciente, enmarcada por unos labios rojos y carnosos. Más perros falderos. Aunque en este caso lo eran por obligación contractual…, como las limpiadoras del aeropuerto, como aquella limpiadora enrabiada que había perdido su empleo por atreverse a desafiarlo.

Rossell nunca hacía aquellas reflexiones. Él no tenía remordimientos ni se cuestionaba el funcionamiento del sistema que propiciaba que el mundo fuera como era y que a él tan bien le iba. No entendía, pues, por qué había empezado a hacerlo, pero la cuestión era que lo estaba haciendo y que de repente todo lo que lo rodeaba le parecía falso y totalmente insatisfactorio.

17. El incidente

—¡No, por favor, no! ¡Déjame! ¡Socorro!

Los gritos de la joven alertaron a todos los pasajeros y al conductor, que frenó en seco y detuvo el autocar en el arcén de la autopista. Decenas de cabezas curiosas, algunas más alarmadas que otras, aparecían por encima de los asientos.

—¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? —preguntó el chófer, que ya se acercaba por el pasillo.

—¿Estás bien? —Alberto, que había estado dormitando, se incorporó de golpe, con el pulso acelerado por el susto. Necesitó unos segundos para ubicarse y comprender que la muchacha había tenido una pesadilla.

—Sí, sí, perdón. No pasa nada.

—¿Seguro que está bien? —insistió el chófer, que ya había llegado al final del pasillo.

—Sí, de verdad. Sólo ha sido una pesadilla.

—Muy bien. Falsa alarma. Continuamos con la excursión. En un par de horas llegamos, pero antes pararemos a repostar y tomar un café.

El conductor regresó al volante y los pasajeros siguieron comentando la jugada durante unos minutos, hasta que las voces volvieron a apagarse y reaparecieron los ronquidos y el rugido sostenido del motor. Alberto escuchaba un sonido más, uno nuevo que para el resto de viajeros pasaría desapercibido: los sollozos apagados de su acompañante. Aquello lo incomodaba, pero lo incomodaba todavía más su incapacidad para reaccionar y ofrecer un mínimo consuelo a la joven.

Con gran esfuerzo de voluntad consiguió girar el cuello tímidamente para mirarla. Allí estaba, acurrucada en el asiento, con la cabeza entre los brazos, llorando en silencio. Alberto se atrevió a alargar la mano y ponerla suavemente sobre su espalda, transmitiendo toda la ternura de que era capaz. Aquella chica podría ser su hija, la hija que nunca tendría, a la que nunca podría consolar después de su primer desengaño amoroso. Levantó la cabeza, con las lágrimas descendiéndole por las mejillas, revelando la mirada más indefensa y desesperanzada de la que aquel hombre había sido testigo en su vida. Seguidamente se tumbó sobre el regazo de él, cerró los ojos y se envolvió con aquella mano que le proporcionaba el calor que jamás había sentido.

Cuando Alberto abrió los párpados de nuevo, empezaba a amanecer. El autocar había parado en un área de servicio.

—Estamos a una hora de León. Quien quiera puede bajar a tomar un café, ir al lavabo, en fin, las cosas que se hacen en las áreas de servicio. En veinte minutos seguimos.

Más o menos la mitad de los pasajeros optó por bajar. La joven despertó y se encontró con los ojos de Alberto.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café?

La muchacha asintió y se incorporó. Alberto pudo ver entonces por primera vez aquella melena larguísima, de un rubio tan claro que casi parecía blanco. Un rasgo inconfundible, fácilmente reconocible, de modo que no le extrañaba que hubiera querido ocultarlo si pretendía pasar desapercibida. Ella captó la mirada y volvió a subirse la capucha.

—¿Tienes un cigarro?

Alberto se acordó del canuto.

—No, no fumo.

Lo guardaba como recurso de emergencia.

Antes de poner un pie fuera, la joven asomó la cabeza para asegurarse de que no la estaba esperando alguno de los matones de Yuri. Sabía que si la atrapaban iba a desear no haber nacido. Instintivamente se palpó sobre el muslo derecho, donde escondía la navaja que, llegado el caso, le evitaría el sufrimiento. Esperaba no tener que recurrir a ella, pero tanto como aquella posibilidad le preocupaba el no ser capaz de usarla. “¿Me corto el cuello o me la clavo en el pecho? ¿Acertaré en el corazón?”. En cosas así pensaba mientras se palpaba el pantalón.

Alberto se dio cuenta de las precauciones que tomaba la joven antes de bajar del autocar, pero decidió esperar a estar sentados en torno a un café para preguntarle. No le gustaba inmiscuirse en la vida de los demás, probablemente porque a él tampoco le gustaba que le preguntaran por la suya, pero era evidente que la muchacha necesitaba ayuda. Antes de entrar en la cafetería consiguió un cigarrillo de uno de los chicos que había estado jugando a cartas.

—Espera un momento, necesito fumar y ahí dentro no me van a dejar.

Alberto se quedó de pie junto a ella, sin saber muy bien qué hacer. Los chavales que le habían proporcionado el cigarrillo también estaban fumando mientras charlaban animadamente y de vez en cuando lanzaban miradas poco disimuladas a la diosa que les había pedido tabaco. Ella correspondía a su indiscreción con alguna sonrisa. Seguro que sería lo primero que contarían de aquel viaje a

sus colegas.

—Los tipos de la estación te estaban buscando, ¿verdad? —Alberto eligió finalmente no esperar al café.

Se tomó su tiempo para contestar. Miró a Alberto, pero sólo un instante. Enseguida desvió la mirada para fijarla en ningún punto en concreto, mientras apuraba el cigarrillo.

—No quieras saber nada sobre mí. Es demasiado peligroso.

Dicho esto, lanzó la colilla, dio media vuelta, y entró en la cafetería. Cinco minutos más tarde estaban los dos sentados en torno a dos tacitas de café del que no augura precisamente exóticos viajes por el mundo del aroma y el sabor.

—Quizás yo no pueda ayudarte, pero la policía…

Aquella palabra, "policía", le hizo saltar como un resorte. Dejó de menear el café con aquella cucharilla minúscula y miró directamente a los ojos de Alberto.

—¿La policía? La policía no va a hacer nada por mí. ¿Quieres saber cuántas veces me han detenido y lo "bien" que me trataban antes de devolverme a…? Ya estoy hablando demasiado, y no te conviene. Gracias por tu interés, de verdad, pero no, no puedes hacer nada por ayudarme.

Alberto fue el primero en apartar la mirada. Se sentía estúpido por meter las narices en algo que le quedaba muy grande. Nunca podría imaginar el infierno por el que había tenido que pasar aquella muchacha.

—¿Eres rusa? —Le solía ocurrir, para romper la tensión soltaba alguna ridiculez—. Es lo que me ha parecido por tu acento y…

—¿Y qué?

Alberto había conseguido controlarse a tiempo, pero la joven no se iba a conformar.

—¿Qué más?

—Es una tontería. Suelo hacerlo, decir tonterías en el momento menos oportuno, pero ahora me da corte. Parezco un adolescente idiota.

Ella sonrió. Era agradable hacerlo cuando salía de forma natural. Podía contar con los dedos de una mano las veces que recordaba haber sonreído.

—¿Te gusta mi pelo? —Lo había pillado—. No se ven muchas melenas como la mía por aquí, ¿verdad?

Alberto se sentía intimidado por aquella mirada que no correspondía a una chica tan joven. Sus ojos, verdes, bellísimos, eran los de una mujer cansada. La sonrisa estaba allí, en aquel rostro que pese a todo lo sufrido no había perdido por completo el

rastro de inocencia de quien apenas ha superado la adolescencia, pero los ojos permanecían tristes, una tristeza que Alberto percibió perenne.

—A los hombres españoles os vuelven locos las melenas rubias. —Y dicho esto se levantó y empezó a caminar sin dejar de mirar a su acompañante—. Ahora vengo.

Alberto se quedó imaginando la vida terrible de una niña separada de su hogar y obligada a prostituirse. Era su principal hipótesis. Aquella forma de hablar, aquella mirada de quien ya lo ha vivido todo y no espera nada del futuro le dejaba pocas dudas. Sin embargo, y por mucho que la desesperanza se hubiera adueñado de ella, había reunido el coraje necesario para huir y buscar una nueva oportunidad.

Él también lo había intentado, lo estaba intentando, darle otra oportunidad a la vida. Dos almas perdidas en busca de su camino. Pensó en la anciana de los gatos. A su manera, ella había encontrado ese camino, único para cada persona, y lo había ayudado a él a mantener encendida la llamita de la esperanza. Ahora sentía que tenía que ayudar a la muchacha.

Ya era la hora de volver al autocar, pero no regresaba. Alberto pensó en ir a buscarla al lavabo justo cuando apareció con la capucha puesta y una sonrisa enigmática en los labios.

—Va, que nos quedamos en tierra.

Alberto se dirigió a la puerta preguntándose qué significaba aquella sonrisa. Había avanzado unos metros, ya en el exterior, cuando oyó un grito sofocado. Se dio la vuelta a tiempo de ver cómo un tipo había agarrado a la joven y la empujaba hacia una zona apartada del aparcamiento. Con una mano le tapaba la boca, mientras con la otra empuñaba una pistola con la que le presionaba sobre la cintura.

Cuando desaparecieron tras la esquina del restaurante, sin pensar en lo que hacía, fue tras ellos. Antes de doblar la misma esquina tropezó levemente con una barra de hierro que parecía que hubieran olvidado en aquel lugar para que él la cogiera. Eso hizo. Notaba la adrenalina disparada. El corazón le iba a mil y sentía un golpeteo incesante en las sienes. Tenía mucho calor. Allí estaban. La muchacha forcejeaba, resistiéndose a entrar en el coche. El matón la empujaba sin miramientos y le golpeaba con la culata de la pistola en la cabeza. No era momento de evaluar los riesgos. Alberto contaba con el factor sorpresa a su favor. Agarró la barra con firmeza y cargado de decisión y una rabia que ignoraba poseer se abalanzó como un rayo sobre su objetivo. Al matón lo alertó un

reflejo en el retrovisor. De un violento empujón se quitó a la joven de en medio y se giró en una fracción de segundo con el arma a punto. Demasiado tarde. La barra de hierro aterrizó sobre su cabeza con la rabia acumulada de medio año de pesadilla e instantáneamente cayó fulminado.

—¡Cómete ésa, maldito hijo de puta!

Alberto estaba pletórico, presa de una excitación que lo hacía sentir capaz de derrotar a un ejército de matones como el que yacía en el asfalto sobre un charco de sangre que iba expandiendo su perímetro.

—¡Corre, sube!

La fugitiva había encendido el motor y apremiaba a su salvador. No pensaba esperar a que aquello se llenara de policías cargados de prejuicios y preguntas. Era una chica lista y tenía claro que la forma más segura de huir era tomando prestado el vehículo de su perseguidor.

Alberto se encontraba en trance, no veía más que aquel cuerpo inerte —¿Estaría muerto? ¿De verdad lo había matado él?—, aquel desgraciado que había pagado por tantos meses de frustración, de dolor no asimilado, de una realidad cruel, injusta, imposible de aceptar. La adrenalina empezó a regresar a sus niveles habituales, el corazón volvió a encajar en su ubicación natural, las sienes dejaron de recibir golpes, la respiración se fue acompasando.

—¡Sube al coche de una puta vez!

La voz apremiante le llegó desde mil Kilómetros de distancia, lo justo para hacerle levantar la vista y encontrarse con un BMW negro con la puerta trasera del lado derecho abierta. Una chica muy joven con el pelo corto lo miraba desde el asiento del conductor.

—Pero ¿qué te pasa? ¿A qué esperas? ¡Tenemos que largarnos de aquí cagando leches!

Alberto reaccionó por fin. Su cerebro le advertía que algo no encajaba, pero acabó entrando en el vehículo y cerró la puerta.

—¿Llevas aún la barra?

Alberto se miró la mano derecha y soltó asustado aquella arma homicida cuyo extremo estaba teñido de sangre. ¿Era él un asesino? La euforia había desaparecido por completo.

—Bien, vámonos.

La joven puso la primera, soltó el freno de mano, y aceleró, dejando tras de sí la víctima más inesperada de una noche que cambiaría para siempre las vidas de aquel padre huérfano de hijo y aquella muchacha huérfana de pasado y de presente que, sin embargo, no se resignaba a perder también el futuro.

Desde el suelo unos ojos nublados de sangre los vieron marchar, pero los párpados pesaban tanto…

Alberto se sentía terriblemente cansado. Le costaba horrores mantener los ojos abiertos, pero su cerebro no le permitía entregarse a los brazos de Morfeo hasta que no aclarara qué era lo que no encajaba. La conductora permanecía en silencio, nerviosa y asustada todavía. Cada pocos segundos se tocaba el muslo. En unos minutos respiraría aliviada y empezaría a ser consciente de lo acertada que había sido la decisión de subir a aquel autocar, invirtiendo parte del dinero que había conseguido sacarle al último cliente, un viejo asqueroso que le habría entregado el alma si se la hubiera pedido. Pero no, aquellos degenerados no tenían alma. Miró por el retrovisor y su mente se alejó de los negros pensamientos. Sus ojos se cruzaron con unos ojos confusos, tan tristes como los suyos, que la estudiaban con atención.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

De repente la pieza encajó.

—¡El pelo! ¡Eso es! —Alberto recordó la preciosa melena rubia y la echó de menos—. ¿Por qué lo has hecho?

Ella se tocó aquella cabeza que parecía haber sido víctima de una plaga de langostas, con mechones desigualados por todas partes.

—Tenía que hacerlo. Esa melena formaba parte de un pasado que detesto. No quiero volver a sentir nunca más las miradas asquerosas de hombres asquerosos que se corren con sólo pensar en ese pelo largo y rubio rozando sus asquerosos cuerpos. No sabes las cosas que me han obligado a hacer desde que tenía 14 años por culpa de mi “precioso” pelo y mis “preciosos” ojos verdes. Si pudiera arrancármelos también…

—Lo siento mucho…

Los párpados de Alberto empezaban a cerrarse, pero antes de sucumbir al sueño el retrovisor le mostró una lágrima que descendía lentamente hasta fundirse con una sonrisa cargada de ternura.

—Me llamo Irina. Gracias por haberme salvado la vida.

Alberto no vio la mano sobre la pierna. No era verdaderamente consciente de lo muy cerca que la muchacha había estado de morir.

Para saber más sobre la historia personal de Irina, lee ‘La niña de los ojos verdes’

18. Furia

No había sido una buena idea. Rossell se había dejado camelar por Andrea. A ella le hacía ilusión pasar la noche en un hotel, le ponía cachonda la idea de beber champán mientras se lo montaban en el jacuzzi. No dijo que no. Al contrario, llamó a su chófer privado y cuando subieron a la limusina le indicó claramente "al Ritz", donde una de las suites exclusivas, reservadas a clientes exclusivos como él, estaba siempre a su disposición. No se resistió a los jueguecitos de ella, que no pensaba esperar a llegar a la habitación para empezar la fiesta. Era imposible resistirse, pero la verdad es que si bien su cuerpo estaba allí, respondiendo convincentemente a los estímulos de su acompañante, su mente andaba muy lejos, en territorios hasta entonces inexplorados por un tipo casado con el éxito.

El primer sorbo de champán le sentó bien, las burbujas jugueteaban con su cuerpo por dentro y por fuera, pero cuando Andrea se sentó sobre él, le puso las tetas en la cara y empezó a verter el precioso jugo de uva francés sobre ellas, haciéndolo resbalar hasta su boca, no pudo continuar. Aquella comedia no tenía sentido. Por primera vez en la vida se sentía el absurdo protagonista de una película en la que todos competían por obtener sus favores, lo único que les importaba era lo que él podía proporcionarles. Rossell no mantenía ni una sola relación humana.

Cuando salió del jacuzzi Andrea no lo podía creer. Se pasaba horas ideando los juegos sexuales más excitantes para que el interés de Rossell por ella no decayera. No siempre se tenía la suerte de pescar uno de los peces más gordos. Le había tocado la lotería y tenía que exprimir las ganancias del premio durante el máximo tiempo posible, así que cuando Rossell se levantó y la dejó sola en el agua, su principal preocupación era que no se hubiera hartado de ella.

—Estás cansado, ¿verdad, cariño? Vamos a la cama y deja que te dé un masaje relajante. Ya verás cómo cuando despiertes te encontrarás fenomenal.

Rossell la miró con asco. Sí, detestaba a aquella mujer sin más ambición en la vida que ser el juguete sexual de un tipo bien forrado de pasta. ¿Qué le pasaba a la gente? ¿Acaso todos habían perdido el amor propio?

Sentía cómo la furia se abría paso en su interior, una furia que

se retroalimentaba por el hecho de ser consciente de que le molestaba profundamente una realidad que 24 horas antes era la única aceptable. Le cabreaba haber empezado a reflexionar para darse cuenta de que su vida era una farsa.

—Me largo. La habitación está pagada. Te dejo un talón con el que te sobrará para seguir viviendo a todo trapo mientras cazas al próximo gilipollas.

Cuando Rossell salió de la suite Andrea corrió expectante hasta el sofá, donde había dejado caer el talón. Miró las cifras que su examante había escrito y se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. “Bueno, tendré que continuar con la fiesta yo sola”, se dijo, mientras cogía la botella de champán y empezaba a beber a morro, sin preocuparle en absoluto que buena parte del contenido se derramara sobre su cuerpo desnudo.

19. Paz

Había amanecido e Irina seguía conduciendo sin tener ni idea de adónde iban. Sólo había una cosa en su cabeza: poner tierra de por medio hasta llegar a algún sitio en el que no la conociera nadie, donde no alcanzaran jamás los malditos tentáculos de Yuri y sus secuaces. Lo malo era que se trataba de unos tentáculos muy largos, no podía saber cuánto.

Ahora que había tomado las riendas de su vida, que por primera vez era una persona independiente, le venía a la memoria aquella niña asustada como nadie que no hubiera vivido una situación parecida podría imaginar. Una chiquilla aterrorizada hasta el punto de ser incapaz de quejarse, de oponer una mínima resistencia. Tras darse cuenta de que aquellos tipos no tenían escrúpulo alguno ni el más remoto indicio de humanidad, supo que cualquier cosa que hiciera o dijera les serviría de excusa para hacer con ella barbaridades aún peores de las que ya había sufrido; no se atrevía a imaginarlas.

Pero después de seis años de esclavitud había encontrado aún no sabía dónde el coraje necesario para escapar y comprobar si otra vida era posible. Bueno, otra vida no, la vida, porque hasta entonces no era consciente de haber sido poseedora de una.

Irina se había relajado por fin y notaba cómo el sueño empezaba a abrirse camino. Miró por el retrovisor y allí estaba durmiendo profundamente aquel tipo tan normal que, sin embargo, era responsable de haber mantenido abiertas las puertas hacia su libertad. Se había jugado la vida por salvarla, sin conocerla de nada, sin tener ni idea de a quién había osado enfrentarse. Más les valía que el matón estuviera fiambre, que nadie pudiera relacionarlos con el incidente. En cualquier caso, no tenía la más mínima intención de averiguarlo.

Necesitaba dormir, pero la apremiaba más aún el deseo de fumar. Paró el coche en un camino de tierra junto a la carretera y se puso a buscar en la guantera. Era posible que el sicario de Yuri guardara tabaco o alguna otra sustancia. Desde luego, cosas había.

Estuvo revolviendo hasta dar con un pequeño paquete que tenía toda la pinta de ser marihuana. Se le iluminó el rostro. Sólo faltaba que hubiera papel de liar. Lo había. Y un mechero. También. Los siguientes minutos los dedicó a liarse el porro que más disfrutaría en toda su vida. Se lo fumó sentada en la hierba, con la espalda

apoyada en el tronco de un manzano silvestre desde donde gozaba de una panorámica fantástica. Ella no lo sabía, pero los rayos del sol de aquella preciosa mañana primaveral se reflejaban en las azulísimas aguas del embalse de Luna y al fondo aparecían las montañas de Babia. Por primera vez en la vida sintió paz. Por primera vez sintió que la vida podía merecer la pena.

20. El creyente

La escena tenía toda la pinta de ser el resultado de un ajuste de cuentas. No había mucho que investigar, a no ser que aquel tipo al que habían abollado el cráneo sobreviviera para explicar los detalles. Cuando la ambulancia llegó, ya había perdido mucha sangre. Ingresó en el hospital en coma y tras la primera evaluación los médicos no eran capaces de aventurar una posible evolución.

La víctima no llevaba documentación encima. En el lugar de los hechos sólo encontraron una pistola, cargada pero sin usar, que obviamente era suya, pero ni rastro del arma con la que había sido golpeada. Los agresores, porque estaba claro que como mínimo eran dos, sabían lo que hacían: habían huido con el vehículo de la víctima y se habían llevado la prueba del delito. Sin embargo, no acababa de cuadrar el hecho de que hubiesen abandonado el cuerpo sin asegurarse de que no tendría oportunidad de delatarlos. Ese exceso de prisa tan poco profesional podía significar que se habían asustado o que el ataque no estaba previsto.

Probablemente aquel tipo fuera un matón. En su largo caminar entre la escoria de la sociedad, el inspector García había conocido a muchos como él. Seguramente tuviera merecido el castigo, pero su deber profesional y de buen cristiano era hacer todo lo que estuviera en sus manos para esclarecer lo ocurrido. A menudo se preguntaba por qué Dios permitía que el mundo estuviera gobernado por la maldad, pero tras tantos años de buscar respuestas, había asumido que debía tener sus motivos y que él tenía que limitarse a cumplir con su obligación.

Desde muy joven supo que sería policía. Quizás el camino más lógico para servir al Señor habría sido el sacerdocio, pero García era un hombre de acción. Desconfiaba de que el mal dirigiera los pasos de sus esclavos a las parroquias, y no podía quedarse de brazos cruzados. Sería él mismo quien saldría a las calles en busca de las almas descarriadas. Una misión loable, pero, como descubrió con el tiempo, demasiado idealista. Próximo ya a los sesenta, aquel ímpetu por enseñar el camino correcto a quienes se habían desviado de él había sido sustituido por una actitud mucho más pragmática. Su prioridad ahora era proteger a los inocentes de los elementos perversos, a la manera de los policías: retirando las manzanas podridas de la circulación.

García estudió el escenario con detenimiento, como hacía

siempre. El incidente se había producido en una zona apartada, pero quedaba en el campo de visión de la gasolinera. Quizás hubiera suerte con alguna cámara de seguridad. Por supuesto, habría que preguntar a los empleados del turno de noche, tanto de la gasolinera como de la cafetería. Probablemente no conseguiría pistas fiables, pero de vez en cuando sonaba la flauta.

Mientras tanto, unos kilómetros hacia el noroeste, el sonido de un teléfono móvil despertaba a Alberto. Irina dormitaba fuera, tumbada junto a un manzano silvestre.

21. Vacaciones

Lorena decidió desconectar unos días y aprovechar el tiempo. Llevaba demasiado atrapada en una rutina que sí, mantenía su mente alejada del recuerdo de su estúpido matrimonio, pero le impedía por completo atisbar el más mínimo signo de felicidad. Ni siquiera estaba disfrutando de su hijo. Así que por primera vez pidió unos días de fiesta en la panadería y en la tienda, avisó en el colegio de Raúl y puso rumbo a Tenerife aprovechando que en temporada baja había buenas ofertas y que, sobre todo, en el aeropuerto podían ser unos cabrones, pero por lo menos habían cumplido con el finiquito y la indemnización por despido. "¿Sabes qué? Estoy harta de quejarme y de pelearme con el mundo. Para una vez que tengo algo de dinero le voy a dar buen uso".

"Si en algo estamos de acuerdo todas las que compartimos este espacio es que la vida es injusta. El mundo se ha confabulado en nuestra contra y no hay nada que podamos hacer para cambiarlo, así que lo único que nos queda es el derecho al pataleo, quejarnos amargamente para desahogarnos y compartir las penas. Pues no. Eso se acabó. Se acabó el victimismo, el lamentarnos por ser unas pobres desgraciadas predestinadas a sufrir, sufrir y sufrir. La vida es injusta, sí (¿os lo había dicho ya?), y eso es suficiente castigo como para encima martirizarnos y regodearnos en nuestra desgracia.

Me voy de vacaciones. Al carajo ese destino. Me han despedido, ya os lo conté el otro día. Pues he decidido que con la indemnización me voy a regalar las mejores vacaciones de mi vida. Me voy con mi hijo, y os puedo asegurar que voy a dejar que me cuiden y que me voy a reír como no lo he hecho en mucho tiempo. Ya os contaré".

22. Yuri

El inútil de Sergei la había cagado. Hacía bien en no contestar al teléfono, porque si lo que tenía que decirle era que no había sido capaz de atrapar a la chica, estaba sentenciado. Ya daría con él, por mucho que pretendiera esfumarse. Nadie escapaba de Yuri Tikhonenko. Si su putita favorita pensaba que podía hacerlo se iba a dar de bruces con la realidad. Yuri estaba verdaderamente contrariado. La osadía de Irina suponía un insulto muy grave a su autoridad. Podía darse por muerta, aunque tenía que reconocer que le iba a costar acostumbrarse a la pérdida de aquella belleza. La había visto hacerse mujer, y poco tenía que ver la Irina actual con aquella niña asustada que le enviara seis años antes Pashutin desde la madre patria.

Yuri no sentía afecto por nadie. "Los sentimientos hacen débiles a los hombres". Recordaba muy bien el durísimo entrenamiento que tuvo que superar para acceder al KGB. Allí lo habían convertido en lo que era: una máquina perfecta, calculadora, fría, implacable, siempre a punto para tomar la decisión adecuada en el momento oportuno.

Y si no sentía afecto por nadie, ¿qué diablos significaba aquella incómoda punzada en el estómago? Había aparecido de golpe, unas horas antes, cuando el maldito Sergei lo había llamado para comunicarle, con voz temblorosa, que Irina había escapado.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció uno de sus subordinados. Yuri le lanzó una mirada que amenazaba con fulminarlo si es que lo que tenía que comunicarle no era verdaderamente importante. Odiaba que le hicieran perder el tiempo.

—Disculpe, señor. Hemos encontrado a Sergei. —La expresión de Yuri recuperó el interés—. Está en un hospital de León, en coma.

—Prepara el helicóptero.

Una vez más la red de informadores del "empresario" ruso había funcionado. Untar a la policía, a los agentes adecuados en puestos estratégicos, era la mejor inversión que podía haber hecho. En ocasiones incluso llegaba a sorprenderle el grado tan elevado de fidelidad que podían conseguir unos pocos billetes y algún pago en especie.

23. Un nuevo comienzo

—¿Dónde estamos? —Alberto había salido del coche, con un móvil en la mano, y admiraba el paisaje sentado junto a Irina, quien por fin había abierto los ojos. La había estado observando un rato, sin atreverse a despertarla.

—Ni idea. Paré para descansar un poco y me dormí aquí mientras fumaba. —Reparó entonces en el teléfono—. ¿Has hablado con alguien? —De pronto temía que aquel tipo hubiera decidido llamar a la poli.

—No, no es mío. Estaba en el coche y me ha despertado una llamada. He pensado que a lo mejor tú sabes quién es el Yuri que pone en la pantalla —le informó al tiempo que le acercaba el aparato. El rostro de la joven adquirió una expresión sombría.

—Por desgracia, demasiado bien lo sé. No hace falta que te lo diga, pero ni se te ocurra contestar si llama otra vez.

—Claro que no. ¿Me vas a contar quién es Yuri? Creo que alguna explicación merezco después de haberme convertido en un fugitivo de la justicia por ti.

Irina, aún tumbada en la hierba, lo miró otra vez con aquella expresión mezcla de agradecimiento y ternura.

—Tienes razón, pero créeme si te digo que es mejor que no sepas nada. Yo estoy decidida a abandonar el pasado para siempre, a intentarlo por lo menos, así que… —Hizo una pausa, como si de repente hubiera tenido una gran ocurrencia—. Hagamos un pacto.

La muchacha se sentó junto a Alberto. Le brillaban los ojos, de un verde que bajo la luz del sol no parecía posible. Eran los ojos más bonitos que había tenido la fortuna de admirar. “¿A qué monstruo se le ocurriría hacer daño a semejante preciosidad?” fue el absurdo pensamiento que cruzó por su mente, como si la belleza fuera escudo contra la maldad.

—Empezaremos desde cero. Será como si no tuviéramos pasado, como si iniciáramos una vida nueva. Tú no me preguntarás a mí y yo no te preguntaré a ti. No quiero saber nada, no necesito explicaciones. Sólo necesito creer que ahí delante hay una vida que merece la pena ser vivida. Y necesito que me ayudes a mantener la esperanza. Sé que es egoísta por mi parte, que ya has hecho por mí más de lo que hará nadie nunca, pero eres lo único a lo que agarrarme.

Irina no era consciente de la vulnerabilidad que transmitían sus

palabras. Era como un cachorrillo al que uno desea abrazar y proteger. Alberto no había tenido tiempo de analizar con la cabeza fría la situación en que se encontraba, pero quería abrazarla y proteger a aquella niña que estaba sola en el mundo, mucho más sola que él mismo. Él se sentía solo y vacío, pero no lo estaba; tenía una hermana que lo quería con locura y que, sin duda, estaría sufriendo por no poder hacer nada para ayudarlo. Irina, en cambio, era el ser más solitario del mundo. Aquellos ojos imposibles suplicaban su ayuda, su complicidad para iniciar un nuevo recorrido libre de un pasado insufrible que necesitaba olvidar, igual que él. ¿Cómo negarse?

—Está bien, lo pasado, pasado está.

—Gracias… Todavía no me has dicho tu nombre.

—Alberto.

—Gracias, Alberto. Eres muy buena persona.

Irina le regaló un beso en la mejilla y un abrazo que la joven habría prolongado indefinidamente. Nunca había abrazado a nadie ni nadie la había abrazado por puro cariño. Sus abrazos nada habían tenido que ver con el afecto. Alberto, en cambio, se estaba acostumbrando a aquellas conexiones reparadoras, que lo hacían reconciliarse con el mundo.

—¿Sabes que no soy tan buena persona como crees? —Irina escuchaba, todavía con la cabeza apoyada en el hombro de Alberto y los ojos cerrados—. Es probable que estés abrazando a todo un despiadado asesino.

La muchacha no pudo reprimir la risa. Alberto la apartó suavemente y la miró divertido.

—¿De qué te ríes? —La risa iba en aumento y empezaba a contagiársela—. Soy un asesino despiadado —sentenció, y ambos estallaron en carcajadas.

Con cada una de ellas su memoria se iba vaciando de recuerdos oscuros, dejando espacio para los que estaban por venir. En aquel lugar tan increíble, rodeados de naturaleza salvaje, los nuevos recuerdos por fuerza tenían que ser buenos.

—Mierda… —murmuró, rompiendo el encanto.

—¿Qué pasa?

—La maleta, me la he dejado en el autocar. —Se incorporó y corrió hacia el coche—. Menos mal… —suspiró aliviado al mirar en el asiento de atrás.

—¿Qué narices te pasa?

—Había olvidado por completo el equipaje. Ni siquiera recordaba que al bajar en el área de servicio cogí la mochila con

toda la documentación y el portátil.

—Joder, tío. No me des esos sustos. Parecía que era algo de vida o muerte.

24. La excursión

El Hotel Guacamayo Azul hospedaba básicamente a jubilados que viajaban en grupos organizados. Les encantaba la fiesta y que los llevaran de excursión. Lorena envidiaba su capacidad para divertirse. Ella, en cambio, por más que lo intentaba, no era capaz de soltarse, mantenía un grado de amargura que le impedía disfrutar plenamente de la estancia, y eso que Tenerife era tan extraordinario como había imaginado. Había visto montones de imágenes del Teide, pero tenerlo allí mismo, al alcance de la vista, era insuperable.

Por lo menos Raúl sí lo estaba pasando bien. Había pocos niños, un par de alemanes y un holandés, pero le daba igual, pasaba las horas jugando en la piscina y había necesitado menos de un día para convertirse en la principal atracción de los jubilados, a la vez que en un pequeño incordio para algunos trabajadores. Al niño le parecía muy gracioso desenrollar el papel higiénico por el suelo de los pasillos; también lanzarlo balcón abajo. “Mira, mamá, son serpentinas gigantes”. “¡Raúl! ¿Qué haces? ¡Nos van a echar del hotel!”. El problema era que a Lorena se le escapaba la risa mientras reñía a su hijo por sus ocurrentes travesuras.

Los jubilados le habían tomado tal cariño que al segundo día un grupo de ellos convenció a Lorena para que se apuntaran a la excusión que iban a hacer al Parque Nacional de las Cañadas del Teide. Por muchas pegas que puso, le fue imposible negarse. Incluso le llegaron a plantear que fuera sólo el niño si a ella no le apetecía salir y así se podía relajar a gusto disfrutando de las instalaciones del hotel. Raúl, que, acostumbrado a sus abuelos y a las amistades de éstos, se sentía como pez en el agua entre gente mayor, no tenía problema alguno en aceptar la propuesta. “Sí, hombre, cojo vacaciones para pasar tiempo con mi hijo y a las primeras de cambio lo voy a dejar en manos de la dicharachera banda del abuelo cebolleta”.

Aquella gente necesitaba bien poco para celebrar una buena fiesta. Desde que el autocar arrancó se pusieron a cantar las mismas canciones que ella recordaba de sus excursiones escolares: vamos a contar mentiras, las sardinas y el gato, los elefantes en la tela de araña… Raúl estaba entregado a la causa y cuando de vez en cuando algún abuelete hacía una variación subidita de tono a la letra se reía con el mismo entusiasmo que lo hacía el sector

femenino del grupo. “Esta gente sí que sabe cómo dejar las preocupaciones en casa”, pensaba una Lorena que aunque se esforzaba por mostrar la mejor de sus sonrisas, seguía con la mente en otra parte. Decir que iba a reír y a disfrutar era muy fácil, pero había que ser capaz de hacerlo. Así que, después de un rato, desistió en el intento por desinhibirse y decidió buscar el entretenimiento en Internet. Abrió el correo y, como era previsible, se encontró con un montón de comentarios en respuesta a su último post. La gran mayoría eran de felicitación por su valentía. Sus seguidores estaban seguros de que había tomado la mejor decisión y le deseaban que fuera muy feliz. “Me gustaría estar convencida de eso, pero de momento lo único cierto es que me he gastado una buena pasta que pronto echaré en falta”.

En aquel momento tuvo un *flash*. Recordó el mensaje que había dejado en el blog del tipo que había perdido la esperanza tras la muerte de su hijo. ¿Habría respondido? Entró en Wordpress. Buscó en el menú de comentarios recientes y, efectivamente, ahí estaba: “Lo voy a intentar”. Fue entonces cuando por primera vez en aquellas vacaciones Lorena sonrió de forma sincera. “Cómo me alegro de leerlo”.

25. La Cueta

—¿Quieres conducir?

La pregunta pilló a Alberto desprevenido. Inmediatamente recordó su frustrado intento por volver a ponerse al volante y, lo que es peor, recordó el accidente. Otra vez la cara sonriente de Eloy… A Irina no le pasó inadvertido el dolor en el rostro de su compañero.

—¿Qué te pasa? ¿No tienes carnet? No te preocupes, a mí me gusta conducir. Me relaja. Por si te hace sentir mejor, te confieso que tampoco tengo carnet. —La revelación en realidad no era sorprendente, pero consiguió relajar la expresión de Alberto, que sonrió tímidamente.

Durante varios kilómetros la carretera bordeaba el embalse, elemento más característico de la comarca leonesa de Luna. Todos los pueblecitos de la zona llevaban aquel mismo apellido y Alberto pensó que sería por el lago. Le parecía un nombre precioso para un paraje tan bonito, aunque el origen no tuviera nada que ver con el astro, sino con el idioma que hablaban los astures antes de la llegada de los romanos. Alberto no tenía ni idea de ello. A él le bastaba con disfrutar del paisaje.

Desde hacía algunos minutos el escenario había cambiado. Irina había tomado un desvío a la derecha y ahora la carretera, tan estrecha que sólo cabía un vehículo, se adentraba entre montañas aún más remotas. “Estás en Babia” rezaba un cartel adornado con un curioso dibujo.

—¿Adónde me llevas? —preguntó un intrigado Alberto.

—No tengo ni idea. Lo más lejos posible. Donde no nos pueda encontrar nadie.

—Pues si de perdernos se trata, creo que lo estás haciendo muy bien. Dudo que por aquí lleguemos a ningún sitio.

No tardaron en descubrirlo. Apenas un par de kilómetros después apareció ante ellos una pequeña aldea: La Cueta, según la señalización situada a la entrada. La carreterita se adentraba entre las casas, superaba un pequeño río, y terminaba en una diminuta explanada junto a la destartalada iglesia.

—Parece que hemos llegado —anunció Irina.

—Quién me iba a decir a mí que iba a acabar en Babia, pero además de verdad.

Era mediodía y el sol radiante que los había acompañado

durante buena parte del trayecto empezaba a quedar oculto tras amenazantes nubes grises. No iban a necesitar más de cinco minutos para recorrer la aldea y Alberto empezó a preguntarse qué harían después. Lo invadió un ataque de realismo pragmático que le obligaba a hacerse preguntas tan obvias pero ignoradas hasta entonces como "¿qué pinto yo aquí? ¿Acompañar a esta chica en su huída hacia adelante es lo que quiero hacer? ¿Hasta cuándo? ¿Tiene dinero o me tengo que hacer cargo de ella? ¿Dónde vamos a dormir? ¿De qué vamos a vivir? ¿Qué va a pensar la gente que nos vea juntos?"

—Mira qué bonito. Este lugar es ideal para empezar de cero, ¿no crees?

Estaba claro que ella no se hacía las mismas preguntas.

—¿Qué te pasa? Estás pensativo. ¿No te gusta el pueblo? Podemos buscar otro sitio. La verdad es que no parece que aquí haya mucha actividad, así que quizás sería mejor ir a un lugar un poco más movido.

Irina dirigió la mirada hacia las montañas que rodeaban La Cueta. Cerró los ojos y llenó los pulmones de aquel aire puro.

—Necesitaba algo así. ¿Sabes lo que es vivir permanentemente encerrada? ¿Llegar a un punto en que, ciega de estimulantes, no sabes si es de día o de noche? —Irina seguía con los ojos cerrados. Alberto escuchaba; era la primera vez que le contaba aquello a alguien—. Te acabas acostumbrando. En realidad no recuerdo el momento en que dejé de echar de menos la luz del sol... Yo de niña vivía en el campo. A veces sueño con las praderas verdes de mi país en primavera. Eran inacabables, pero no había montañas como éstas. No las he soñado nunca porque nunca las había visto. —Miró a Alberto—. Ahora sé que las he estado echando de menos toda la vida.

Aquella mirada lo desnudó. Sintió algo muy parecido a la primera vez que habló con la anciana de los gatos. Era como si le hubiera leído el pensamiento. Como si le estuviera diciendo: "Sé que esto es una locura, que lo razonable sería que cada uno siguiera su propio camino, que estoy siendo egoísta. Sé todo eso y entenderé que te vayas, pero, por favor, no lo hagas. He estado sola toda la vida y no podría soportar seguir sola ahora que he hecho lo más difícil, algo que ni yo misma me creía capaz de hacer".

—Mira, ahí hay algo parecido a un bar. Quizás nos den de comer.

Irina sonrió.

En La Cueta no estaban acostumbrados a recibir turistas a finales

de mayo, así que los paisanos que se juntaban en la cantina tras las tareas de la mañana callaron de golpe al ver entrar a aquella pareja de extraños. Alberto se sintió tan incómodo como siempre que se sabía observado. Irina estaba muy acostumbrada. Que la observaran únicamente le producía asco.

—Hola, buenos días —saludó tímidamente Alberto. Los tres hombres que se apoyaban en la barra, con un vaso en la mano y una botella de sidra a poca distancia, murmuraron una respuesta y los siguieron con la mirada de forma poco disimulada hasta verlos tomar asiento en torno a una vieja mesa de madera. Entonces retomaron la conversación. El dueño del bar, un hombre corpulento de unos cincuenta años, de aspecto relajado, se les acercó.

—Qué tal, ¿visitando la zona? —preguntó mientras limpiaba la mesa con una sucia bayeta húmeda.

—Sí, quería enseñarle Babia a mi sobrina.

"¿Sobrina?" Irina casi salta de la silla al escuchar aquello. Alberto no sabía por qué lo había dicho. Estaba absurdamente nervioso y se veía empujado a buscar una justificación que nadie le había pedido.

—Ya… ¿Qué les pongo?

—Un par de bocatas, ¿no…, Lidia?

"¿Lidia? ¿Pero qué le pasa a este idiota?" Parecía que lo estuvieran sometiendo a un tercer grado, y era evidente que no iba a resistir ni la primera pregunta.

—Sí, "tío". Un bocata está bien. De jamón, si puede ser.

—Cecina leonesa. Mucho mejor que el jamón, se lo aseguro. —El hombre asistía divertido a la extraña interpretación de aquel tipo que se removía incómodo en la silla. No tenía ni idea, ni le importaba, lo que se trajeran entre manos aquellos dos, pero ya tenían algo de qué hablar cuando se marcharan. Le aburrían los mismos temas de conversación de siempre: el tiempo, el ganado, las disputas entre vecinos, la crisis y el fútbol. De ahí no salían, así que chismorrear un poco sobre dos forasteros sería entretenido.

—Dos de cecina, entonces. El mío con tomate untado en el pan, si puede ser.

—Catalanes, ya veo. Por aquí vienen bastantes, sobre todo en agosto. El pan con tomate no falla. ¿Para la señorita también? —El tabernero se excedió en el examen visual. Había reparado en la belleza inusual de la joven y no pudo (o quiso) evitar recrearse. "Otro cerdo seboso. En España hay una plaga", pensó Irina.

—Sí, por favor. Para mí el tomate más "jugoso" que tenga.

El tono alarmó a Alberto, que la miró con cara de monja

escandalizada ante la insolencia de una adolescente, y ruborizó al hombre, que apartó automáticamente la mirada. Los lugareños, que seguían la escena de reojo, soltaron un "hala" mal disimulado. La repulsión que sentía Irina hacia quienes la miraban de aquella manera que no dejaba margen alguno a la mala interpretación, había aprendido a exteriorizarla recurriendo a la insolencia. Normalmente los cerdos sebosos huían con el rabo entre las piernas, aunque a veces se ponían gallitos y la cosa acababa en bronca. En esta ocasión no habría conflicto.

A los cinco minutos tenían los bocadillos en la mesa. Los comieron en silencio. El comentario de la joven había tensado el ambiente. El tono utilizado y la expresión en su cara recordaron a Alberto la mirada que lo había intimidado hacía sólo unas horas en el área de servicio, justo antes de que decidiera cortarse la melena. Se preguntó si aquellas reacciones eran algo más que un mecanismo de defensa, hasta qué punto una vida carente de compasión y sensibilidad le había afectado al carácter. Tenía que ser muy complicado incorporarse a la sociedad después de tanto tiempo cautiva en un mundo de abusos, crudeza, desprecios y violencia física y psicológica. No se le podía exigir delicadeza y tolerancia, y menos cuando muy probablemente estaba hipersensibilizada respecto al lenguaje corporal que percibía en los hombres que reparaban en ella.

Alberto se levantó para pagar la cuenta en el momento en que entraba en el local una joven casi tan rubia como Irina. Debía de tener su edad. Sus ojos no eran verdes, sino del mismo azul transparente que había hurgado en su corazón apenas un día antes, desde un rostro surcado por incontables arrugas (rayas las llamaba Eloy… Ay, Eloy, aquella sonrisa…), a orillas del Najerilla.

No podía ser de allí, sus facciones no correspondían, pero el acento no dejaba lugar a dudas.

—Hombre, Ana, qué agradable visita. —El tabernero y el resto de hombres se alegraron sinceramente de verla—. ¿Está mejor tu abuela?

—Sí, mucho mejor. Esa mujer está hecha de la roca de la Peña Ubiña, así que va a hacer falta algo mucho peor que una gripe para quitarla de en medio. Acabaréis los cuatro en el agujero y ella seguirá triscando por el monte.

Los hombres estallaron en una sonora carcajada de asentimiento y empezaron a enumerar uno por uno los diferentes males que los aquejaban.

Alberto pagó y buscó con la mirada a Irina, esperando que se

incorporara para salir los dos juntos de allí. Enseguida se dio cuenta de que había quedado hipnotizada por la muchacha. No podía creer haber ido a parar a aquella aldea perdida para encontrarse con una chica que estaba segura de que tenía que ser del Este, aunque no conservara el más mínimo acento que la delatara. Sus facciones estilizadas eran inconfundibles, igual que la palidez de la piel, aquel pelo tan rubio como el suyo, los ojos clarísimos… Sin embargo, la gesticulación y la forma de expresarse eran lo que sin duda uno esperaría de alguien criado en un lugar como aquel.

—Vamos, Iri… Lidia.

Al escuchar otra vez aquel nombre Irina desvió la atención hacia Alberto con cara de reproche. "¿Quieres dejar ya esa estupidez?", le espetó telepáticamente. Se despidieron con un discreto "hasta luego", que quedó diluido entre las risas de los parroquianos, y salieron del local. Ana, que era el centro de la animada charla, también había reparado en aquella joven de aspecto tan parecido al suyo y se preguntaba qué haría allí.

Ya en el exterior Irina se sentó en el murete que protegía el pequeño puente sobre el río Sil, que nacía en aquellas montañas, y se encendió un porro.

—¿Quieres? —le ofreció a Alberto, que de nuevo empezaba a darle vueltas a la cabeza.

—No, gracias. ¿No crees que fumas demasiado de eso?

—Me relaja…, "tío". —Otra vez aquella mirada intimidante que la hacía parecer por encima del bien y del mal—. ¿Por qué narices lo has hecho? Perdona que te diga que ha sido muy ridículo. —Hizo una pausa—. No vuelvas a llamarme Lidia.

No lo explicó, pero así era como la llamaba un degenerado que la requería cada vez que visitaba el maldito antro de Yuri. "¿Te gusta, Lidia?" "Te voy a dar lo que te mereces, Lidia". "¿Sabes, Lidia? Hoy estoy especialmente cachondo, así que vas a tener que ser muy buena conmigo". Y siempre con aquella sonrisa despreciable. "Maldito hijo de puta, si te tuviera delante ahora te la aplastaba contra la cara con un buen pedrusco". Alberto advirtió la expresión sombría, teñida de rabia, y creyó que él era la causa. Un casi inaudible "lo siento" se le escapó entre los labios.

—Hola, chicos.

Los dos giraron la cabeza a la vez. Allí estaba la muchacha del bar, observándolos con expresión curiosa.

—Espero no molestar, pero no he podido evitar fijarme en vosotros ahí dentro y, la verdad, no tenemos muchas visitas por estas fechas. Perdona mi atrevimiento —dijo mirando a Irina—,

¿eres rusa?

Un incómodo silencio se apoderó de la escena, y cuando la joven estaba a punto de disculparse y marchar, Irina contestó:

—¿Por qué quieres saberlo? —La pregunta no ocultaba cierto recelo.

—Tienes razón, soy una maleducada. Deja que me presente. Me llamo Ana, y no acostumbro a ir por ahí acosando a la gente con preguntas indiscretas. —Tenía una mirada transparente, no sólo por el color de los ojos, sino porque transmitía sinceridad—. Yo soy rusa. Bueno, ya no. Mis padres leoneses me adoptaron a los siete años y no he vuelto por allí.

"¡Claro, es eso!" fue el pensamiento simultáneo de Irina y Alberto. La muchacha relajó la expresión antes de tomar la palabra:

—Soy bielorrusa, pero hace seis años que vivo en España.

—Muy bien. Pues me alegro de tan feliz e improbable coincidencia. —Y sin dar lugar a respuestas, añadió—: Si buscáis alojamiento mi tío tiene una casa rural aquí mismo, detrás de la iglesia. Es la última casa del pueblo, junto al camino que conduce al nacimiento del Sil. Si os gusta andar por la montaña os aconsejo la excursión.

—Pues igual nos acercamos —empezó a decir Alberto, sin demasiado convencimiento—, ¿no, Li…?

—Irina —lo interrumpió—. Parece mentira que sigas equivocándote con mi nombre, "tío". —Esta vez la riña fue acompañada por una sonrisa—. Claro que iremos. Estoy segura de que no vamos a encontrar un sitio mejor.

—Estupendo. Nos vemos allí, entonces.

Para conocer la historia personal de Ana, lee 'La niña rusa'

26. Rencor y secretos

Aquella noche Irina y Alberto compartieron mesa con Ana, Pedro y Marga. A sus ochenta y tres años, la mujer acababa de superar una gripe bastante virulenta, “un catarrillo” lo llamaba ella para justificar que aún convaleciente hubiera vuelto a hacerse cargo de la casa. “Mamá, no se te ocurra ponerte a cocinar”, le advertía Pedro, cuando ya estaba ocupada con las patatas y las acelgas que acababa de recoger del huerto. “Ay, calla, hijo. Cuando esos chicos prueben mi cocido no van a querer comer otra cosa”. Pedro sabía que era una batalla perdida, así que se retiró murmurando el recurrente “esta mujer no tiene remedio”, y la dejó hacer.

Durante la cena los dos forasteros hablaron muy poco y escucharon con atención. La historia de Ana fue el tema estrella, de modo que acabaron la velada sabiendo que el descubrimiento de La Cueta, a los pocos meses de llegar a España, y de una abuela y un tío que nunca imaginó tener, significó el inicio de unas vacaciones inolvidables. Aquello puso fin a la apatía de la niña y a la desesperación de sus padres, que ya se creían incapaces de proporcionarle la felicidad que tanto deseaban para ella.

Ellos regresaron a Madrid tres días después. La cara de Ana perdió la alegría de golpe al ver que preparaban las maletas. “Dejadla unos días más, hija, y la venís a buscar el fin de semana”. La niña vio el cielo abierto y se agarró a las palabras de su abuela como a un clavo ardiendo. “Por favor, mamá. Prometo que haré caso a la abuela y al tío y que haré los deberes”. Andrea y Julián no tenían duda alguna de que cumpliría su palabra. Habían esperado nueve largos meses para verla sonreír y aunque sabían que la echarían de menos cada mañana al levantarse y cada tarde al volver del trabajo, no se veían con ánimo de borrar aquella ilusión por fin hallada. “Ya ves, hija. Gracias a mi nieta rusa voy a verte mucho más a menudo”. Exactamente cada fin de semana de aquel verano en el que al llegar el domingo por la tarde regresaban a Madrid con el asiento trasero vacío.

Y desde entonces así fue cada verano y el resto de periodos vacacionales. Cuando estaba en Madrid, Ana contaba los días que faltaban para el siguiente puente festivo. Si hubiera dependido de ella se habría escapado a Babia cada fin de semana, pero tuvo que aprender a conformarse. Su devoción por La Cueta no decrecía con la edad, sino todo lo contrario. Cuando entró en la adolescencia

seguía prefiriendo con mucho los veranos junto a su tío y su abuela en la montaña a quedarse con sus amigas y tontear con chicos. Pero no era una joven asocial ni aburrida, ni mucho menos.

En La Cueta tenía la oportunidad de conocer a un montón de gente, los turistas que se alojaban en la casa rural, la mayoría de los cuales compartían su mismo amor por la naturaleza. Enseguida congeniaba con los visitantes más jóvenes, a quienes no dudaba en llevar de excursión por los rincones que ella había descubierto aquel primer verano y que no se cansaba de redescubrir, porque cada vez era diferente.

—Es una excelente relaciones públicas —bromeó Pedro.

—Un día de éstos empiezo a cobrarte comisión —contestó Ana, burlona.

—Y yo los tres meses de pensión completa que te ahorras por tu cara bonita.

—Oye, que la casa es mía y mientras esté yo aquí mi nieta no paga —advirtió Marga, acostumbrada a aquellos juegos entre tío y sobrina.

—Gracias, abuela. Menos mal que te tengo aquí para vigilar a este ogro desalmado.

—Este año has venido antes, ¿no? —intervino Alberto, que se iba contagiando del buen humor que reinaba en la casa.

—Bueno, es que las vacaciones de las universitarias empiezan antes. En realidad estoy de exámenes. El jueves tengo el último, así que mañana me bajaré en bus y volveré a subir el fin de semana, entonces sí, para todo el verano, si no me queda ninguna, claro…, aunque le pese a mi tío —apostilló, sacándole la lengua a Pedro, que se hizo el ofendido.

Irina escuchaba atenta. Ella también había experimentado una sensación especial al bajar del coche, también notaba que aquel era un lugar especial donde, por qué no, iniciar una nueva vida. La de Ana había empezado trece años atrás e Irina la envidiaba por ello. La admiraba por disfrutar de aquella familia, pero a la vez sentía un irracional rechazo por el mismo motivo. Sabía que era injusto, pero no podía evitar pensar que aquella chica rusa había disfrutado de lo que ella no había tenido nunca.

Pensaba que sus padres también la tendrían que haber dejado en un orfanato. No habría pasado mucho tiempo hasta que una pareja española acomodada se hubiera enamorado de sus ojos verdes y su preciosa melena rubia platino. Ana tenía su misma edad, aunque a ella la vida la había tratado mal y parecía mayor. Así que, quién sabe, si las cosas hubieran sido diferentes quizás estaría ahora

ocupando su lugar, estudiando, gozando de aquella casa en verano, conociendo a gente buena… Odiaba a sus padres. Apenas recordaba sus caras, pero si algún día llegara a reencontrarse con aquel hombre mezquino e ignorante que la vendió por un puñado de monedas estaba segura de que lo miraría con desprecio y le escupiría a la cara. Apenas pensaba ya en aquello. Hacía años que su familia estaba enterrada en las profundidades de la memoria, pero el relato de Ana le había hecho retroceder en el tiempo y recuperar sensaciones que le oprimían aquel corazón destrozado tantos años atrás.

—¿Y qué estudias? —preguntó Alberto.

—Ciencias Ambientales. Este año acabo el tercer curso y, si todo va bien, el que viene me gradúo.

Aquel cuento de Disney era demasiado para Irina. Los celos y la creciente sensación de rechazo la estaban corroyendo por dentro. Necesitaba salir de allí, dejar de escuchar la bonita historia de aquella pobre niña que ahora era la joya más preciada de la familia y del pueblo. Ella también lo había sido. Dos veces. La primera significó perder aquella familia triste y miserable, la única que había tenido. La segunda, pocos días después, supuso abrir las puertas del mismísimo infierno. “Incluso a vivir en el infierno se acostumbra una”. La joven se palpó el muslo. La navaja seguía en su sitio. Se había excusado discretamente, mostrando un paquete de Lucky (que había rellenado de canutos), y ahora fumaba despacio, sentada en una roca junto al río, mientras contemplaba cómo se iba apagando el día.

Cuando Alberto la vio salir tuvo el impulso de acompañarla. Había asumido el papel de tutor y se sentía responsable de ella. Pero se encontraba a gusto entre aquella gente. Una agradable velada en familia, bien regada con vino de la tierra y orujo casero, que no quería que acabase tan pronto. “Estará bien, no te preocupes. Sólo ha salido a fumar”.

La charla se alargó unos minutos más, en los que Ana habló de su proyecto, el que pensaba utilizar para el trabajo de fin de carrera. A grandes rasgos, tenía que ver con la recuperación de los dos mayores mamíferos depredadores ibéricos: el oso y el lobo, cuya expansión durante los últimos años tantas reticencias estaba encontrando entre los ganaderos y tan poca complicidad por parte de las administraciones. La joven colaboraba con organizaciones ecologistas que trataban de hacer pedagogía en el ámbito rural y que denunciaban la permisividad de los gobiernos regionales con las batidas de caza, los furtivos y las trampas que, por suerte,

acostumbraban a encontrar los agentes rurales y los voluntarios ecologistas antes de que llevaran a cabo su funesto cometido.

Ana estaba convencida no sólo de los indudables beneficios que el oso y el lobo comportaban para el ecosistema, sino también de la oportunidad de desarrollo económico que su protección llevaba implícita, sobre todo por el creciente atractivo turístico que tenía un entorno natural sano, salvaje y lo más rico posible en biodiversidad. Pedro compartía ese mismo punto de vista. De hecho, era el principal aliado de su sobrina en el desarrollo del proyecto.

—Pero no creas, que no todos los empresarios de turismo rural comparten la idea. No pocos continúan anclados en la creencia de que lobo y oso son enemigos irreconciliables del hombre y, por tanto, cuanto más lejos mejor, y el hecho de que las instituciones las gobiernen políticos tan poco sensibilizados con el medio ambiente no ayuda nada. Para ellos la riqueza natural reside en las vacas y las ovejas pastando apaciblemente en laderas verdes junto a riachuelos de aguas cristalinas. Eso sí, sólo en su curso alto, porque si bajamos unos kilómetros ya no son tan transparentes. Para esa gentuza no somos más que pueblerinos pintorescos que cuidamos del jardín donde pasar relajados fines de semana.

—Bueno, jóvenes, vamos a cambiar de tema, que como mi hijo se siga calentando, no va a dejar títere con cabeza. Lo conozco como si lo hubiera parido.

Las palabras de Marga provocaron el regreso de las sonrisas, cosa que un relajado Alberto, en quien la influencia del alcohol se hacía evidente, aprovechó para preguntarle por el secreto de su eterna juventud, lo que dio origen a más risas.

Mientras tanto, Irina, sentada en la roca, fantaseaba sobre cómo habría podido ser su vida. Quería borrar el pasado, pero no podía evitar que la asaltaran las despreciables imágenes de sexo enfermizo de las que había sido esclava durante tanto tiempo. Aspiró fuerte aquel humo ácido y amargo, como si eso fuera a borrar los recuerdos.

—Vaya, qué casualidad. Has elegido mi roca. Siempre que necesito estar sola me vengo aquí a darle vueltas a la cabeza. El sonido del río y de los pájaros me relaja y me ayuda a pensar con más claridad.

El primer impulso de Irina ante la llegada de Ana fue de rechazo, pero enseguida se dio cuenta de que aquello no tenía sentido. Ella no tenía nada que ver en su desgraciada vida. Le ofreció una calada, más por educación que por creer que pudiera apetecerle; no daba el perfil de fumadora de marihuana, así que se

sorprendió cuando la joven alargó la mano, aceptó el porro con naturalidad, y se sentó en la piedra contigua. Estuvieron así unos minutos, fumando mientras observaban las aguas oscuras del Sil y el cielo estrellado, limpio por completo de las nubes que habían descargado una pequeña tormenta un par de horas antes.

—¿No tienes frío? —preguntó por fin Ana. Llevaba puesta una sudadera, mientras que Irina había salido de la casa en manga corta. Notaba el aire frío de la montaña, pero se encontraba a gusto.

—No, me gusta sentir el fresco.

—Vaya, ya veo que no eres friolera. Siendo rusa yo debería tolerar mejor el frío, pero la verdad es que en cuanto se esconde el sol ya estoy poniéndome un jersey o la chaqueta, aquí incluso en verano.

La muchacha dejó escapar una risa algo forzada. Estaba claro que pretendía ser agradable y establecer cierta complicidad, pero a Irina le costaba bajar las defensas. Nunca nadie había intentado socializar con ella sin que hubiera detrás una intención oscura. Además, no podía sacarse de la cabeza el rechazo que le producía su historia con final de color rosa. Así que se limitó a emitir un lacónico "ya".

Ana había conocido a muchos chicos y chicas desde que frecuentaba La Cueta. Con unos había intimado más que con otros, aunque en general todos los visitantes estaban encantados ante la perspectiva de hacer una nueva amiga, tan activa y simpática, durante las vacaciones.

Desde que la vio en la cantina de Luis sintió la necesidad de conocer a aquella chica de mirada enigmática. Parecía de su misma edad, aunque aquellos ojos eran los de una persona mucho mayor. Preciosos, hipnóticos, pero escondían algo mucho peor que la tristeza. Reflejaban el pesar de quien no espera nada de la vida, de quien ha superado el punto en que ya no siente el sufrimiento de una vida insufrible.

De modo que cuando los forasteros salieron de allí no dudó en seguir el impulso (solía hacerlo) y fue tras ellos. Ahora, por fin, estaban las dos solas y Ana sentía el mismo cosquilleo en el estómago que cuando conoció a Yolanda. Pero ahora no iba a cometer el mismo error. Desde aquel primer desengaño se había guardado mucho de exteriorizar sus sentimientos. Estaba segura de que si Yolanda hubiera sido un chico todo habría podido ser muy diferente, pero aunque lo había intentado, a ella no le gustaban los chicos. Se había dicho a sí misma que lo de Yolanda quizás había sido un capricho y que tenía que hacer como todas sus amigas, que

tonteaban con los compañeros del instituto. Pretendientes no le faltaban. Salió con un par de los chicos más guapos, casi empujada por sus amigas, que la habrían tomado por loca de haber rechazado semejantes "oportunidades".

Si quieres saber qué pasó entre Ana y Yolanda, lee 'El primer desengaño'

En aquellas citas incluso se dejó robar algún beso, pero no, lo único que esperaba de ellos era compartir unas risas. A los diecisiete Ana no tenía dudas acerca de su sexualidad, pero las tenía todas sobre cómo acertar cuando se fijaba en una chica.

Volvía a sentir el cosquilleo, sí, el mismo que había evitado durante casi cinco años, pero a pesar de su carácter espontáneo e impulsivo, esta vez no iba a cagarla. Además, no podía lanzarse a la piscina en base a lo que de momento no era más que una atracción física, por mucho que estar cerca de Irina le pusiera la piel de gallina. Imaginaba cómo debía ser el contacto con su cuerpo, sentir aquella mirada de un verde profundo como el mar llena de pasión y sentir sus manos acariciándola, suave y despacio…

Se le escapó un suspiro. Irina lo oyó, giró la cabeza, y se encontró con la mirada tímida y algo ruborizada de una joven inocente, ajena a la maldad que mueve el mundo. Se dio cuenta de que Ana apenas sabía nada de la vida, de que no era más que una muchacha que había llevado una vida bastante común, la misma que tantísimos otros adolescentes, la misma que a ella le había sido robada.

—Así que Alberto es tu tío. —Ana creyó que si hablaban no se le notarían tanto los nervios—. Fíjate, otra casualidad. Yo también paso el verano con mi tío.

Ante el silencio de Irina, se atrevió a preguntar algo aún más personal:

—¿Te adoptaron también en un orfanato?

"Si yo te contara", pensó Irina, pero aunque la marihuana la había relajado bastante, su respuesta fue cortante:

—La verdad, no me apetece hablar del pasado.

Ana se había quedado sin argumentos y decidió volver a la casa arrastrando su frustración.

27. Un encuentro inesperado

El día había acabado estando bastante bien. Lorena había disfrutado visitando el "reino de Echeyde", como les había explicado el guía que llamaban los guanches al Teide, un paisaje fascinante que, sin embargo, a una parte del grupo de jubilados no parecía haberle impresionado demasiado, pues no dejaron ni por un segundo las bromas y las chanzas. Otros, en cambio, no pararon de hacerse fotos, en muchas de las cuales aparecía Raúl. Lorena se imaginaba a los hijos y nietos de aquellos abuelos turistas preguntándoles por el niño al que abrazaban sonrientes.

Pensaba en ello mientras cenaba en el comedor del hotel. Raúl había acabado y se había ido a la mesa de un grupo de señoras que lo adoraban. Lo habían reclamado y él, que se encontraba en su salsa haciéndolas reír, no se había hecho de rogar.

El estruendo de las carcajadas llamó la atención de Lorena y cuando desvió la mirada se encontró a su hijo bailando sobre la mesa con gesto triunfal. "Vaya tela con las abuelas", pensó a la vez que se disponía a llamar la atención a Raúl. No pudo hacerlo, porque lo que vio en aquel instante la dejó de piedra. "No puede ser él. Es imposible. Por fuerza tiene que ser otra persona". Pero no, sí que era él, aquel maldito desgraciado que había provocado su despido. Allí estaba Rossell, paseando por el comedor junto a un tipo trajeado que parecía estar enseñándole las instalaciones.

Lorena no sabía qué hacer. Su lado inconformista le pedía guerra, que fuera hacia él y lo dejara en evidencia ante todo el mundo, que supieran que era una persona sin alma. Pero su parte racional, que también la tenía, le aconsejaba cordura, que no montara otro numerito. Total, que presa de la indecisión y la sorpresa no podía apartar la mirada de aquel cabrón y pasó lo que tenía que pasar. Rossell y su acompañante se detuvieron a mitad de comedor, atraídos por las risas de las abuelas, y en su escaneo visual la mirada de Rossell se cruzó con la de Lorena.

Tras un segundo de extrañeza durante el que su cerebro buscó en los registros recientes de la memoria, el alto ejecutivo se quedó blanco y, una vez más, demasiadas ya en demasiado poco tiempo, lo invadieron los nervios y la inseguridad. Su primera reacción fue la de invitar a su interlocutor a continuar con el paseo y salir de allí como si no hubiera reconocido a la mujer, pero no, no podía huir. Él era Miquel Rossell. No le tenía miedo a nada ni a nadie, sino

todo lo contrario, y no había obstáculo que no lograra superar.

Cuando Lorena vio que se despedía del hombre trajeado y que se acercaba directo hacia ella sintió que le daba un vuelco el corazón. Hasta el momento había logrado controlarse, pero aquel tipo arrogante estaba jugando con fuego. Total, ya no la podían despedir y, después de todo, en caso de conflicto estaba segura de que tendría de su parte a los "Amigos del Estanque Dorado" al completo.

Rossell llegó a la mesa donde Lorena había empezado a comerse una copa de helado de vainilla y turrón intentando disimular su estupor, apartó una silla a su izquierda y, ante la mirada atónita de la mujer, se sentó.

—Eres la última persona que esperaba encontrar aquí —le soltó con una sonrisa.

A Lorena se la comían los demonios, pero no estaba preparada para semejante exhibición de descaro y aún no conseguía reaccionar. Se había quedado con la cucharilla vacía en la boca, como si pudiera extraer helado de ella.

—Creo que la primera vez que nos vimos no nos presentaron formalmente —prosiguió Rossell—. Entiendo que las circunstancias no invitaban a ello. Soy Miquel, aunque todos me conocen por mi apellido: Rossell. Permíteme que te diga que sin el uniforme estás irreconocible. El cambio es espectacular.

Y dicho esto le extendió la mano derecha. Lorena alucinaba. No podía creer que alguien fuera capaz de tal gala de cinismo. Ignoró la mano y por fin reaccionó.

—¿Sabes qué haría con enorme gusto? —preguntó mirando directamente a los ojos de su interlocutor y ofreciéndole la mejor de sus sonrisas.

Rossell se relajó. Creía que su desconcertante táctica de aproximación había funcionado y se le escapó una sonrisa de bobo.

—Te escucho.

Lorena le mostraba una boca preciosa adornada por unos dientes blancos perfectos y enmarcada en unos carnosos labios rojos.

—De buena gana te escupiría a la cara. Me quedaría tan a gusto…

A Rossell le cambió la expresión. Ahora mostraba desprecio, asco. De ningún modo había previsto aquella reacción barriobajera, pero, claro, ¿qué se podía esperar de una mujer de la limpieza que ni siquiera era capaz de asumir la naturaleza de su trabajo? Unos instantes después volvía a exhibir su habitual expresión de seguridad y autosuficiencia.

Lorena no había abandonado ni por un segundo la sonrisa. Ahora, además, no era una pose. Sonreía satisfecha de sí misma. Había visto la perplejidad y la ofensa en los ojos de aquel tipo acostumbrado a que nadie se atreviera a importunarlo. Ella ya lo había hecho dos veces. Porque ella no era como los demás, había aprendido a defender su orgullo, y las apariencias no la impresionaban en absoluto.

Sin embargo, Rossell no se iba a dar por vencido tan fácilmente.

—Vale, ya lo has dicho. Estoy dispuesto a reconocer que puede que me lo merezca, pero también estoy seguro de que no vas a hacer algo que estropearía esa boca tan preciosa. Después de todo, ella no tiene la culpa de mis errores.

A Lorena se le escapó un bufido acompañado de una breve carcajada. "¿Pretendes ligar conmigo? Qué tío más patético". Eso fue lo que pensó, pero no lo dijo, y Rossell interpretó la reacción de Lorena como una invitación a seguir con el jueguecito.

—Todavía no sé cómo te llamas, ni a qué se debe tan feliz coincidencia.

—Me llamo Lorena, y te aclaro que la coincidencia para mí no es nada feliz. Estoy bastante cabreada contigo, señor "estoy forrado y por eso creo que puedo conseguir lo que se me antoje". —Esta vez no esperó respuesta y continuó hablando—. Quizás no sepas aún que he perdido mi trabajo por tu culpa y que a mí no me sale el dinero por las orejas para que una nimiedad semejante no me afecte.

Lorena se había ido acalorando, de forma que había empezado a acompañar las palabras con gestos. Rossell no pudo evitar que la vista se le desviara hacia el escote del sugerente vestido veraniego. "No parece posible que sea la misma mujer del aeropuerto", se descubrió pensando, cada vez más atraído por ella. Lorena se dio cuenta y eso la encendió aún más.

—¿Qué coño miras?

Esta vez fueron las otras mesas las que se fijaron en ella. No pretendía llamar la atención de aquella manera, así que cuando vio todas aquellas caras mirándola con expresión de "¿qué pasa?" sintió que le subían los colores. Puso cara de "estoy bien", sonrisa de niña buena, y todos retomaron sus conversaciones, incluso Raúl, que continuaba entreteniendo a sus septuagenarias canguros.

—Desde luego, nadie podrá reprocharte falta de carácter.

Lorena no respondió. Hacía tiempo que había perdido la vergüenza, pero estaba de vacaciones, en un hotel repleto de turistas, ejerciendo de madre, y no quería que la tomaran por una

verdulera.

—Hagamos una cosa —prosiguió Rossell—. No sabía que te habían echado.

Mentía. Sí lo sabía, la había visto salir hecha una furia de aquel despacho. Puso su mejor cara de hombre comprensivo, cosa que en absoluto estaba acostumbrado a hacer, y siguió hablando:

—Quizás pueda hacer algo por ti. Asumo mi parte de culpa en el incidente, aunque tendrías que reconocer que tú no estuviste lo que se dice prudente. —Lorena lo miró con suspicacia. "A ver qué me quiere vender este charlatán", pensó—. Da igual, el caso es que tengo muchos contactos en empresas de toda España y podría hacer gestiones para que te incluyan en algún proceso de selección de personal. No te puedo garantizar nada porque no va conmigo lo de colocar a gente sin conocer su verdadera valía. Por lo que sé de ti, tienes una gran ventaja, que es a la vez un inconveniente: tu carácter.

Hizo una pausa para valorar si debía o no decirle lo que estaba pensando. Lorena escuchaba con atención, sin decidir aún cómo debía reaccionar. Jamás se le habría pasado por la cabeza que el mismo cabrón que había provocado su despido le estaría hablando de proporcionarle un empleo. Pero bueno, el sólo hecho de haber topado con él ya era inimaginable.

Rossell decidió abrirse a aquella desconocida que lo odiaba, que había demostrado que podía ser muy desagradable y que, sin embargo, ejercía sobre él un magnetismo inexplicable:

—No estoy acostumbrado a que la gente se atreva a ser sincera conmigo. Todos se muestran sumisos y acatan mis órdenes sin rechistar. Nunca nadie ha osado expresar desacuerdo por miedo a disgustarme. —"¿Por qué te estoy contando esto?", se repetía mentalmente—. Hasta hace poco eso me gustaba… Bueno, no sé si me gustaba, simplemente debía ser así. Si he triunfado en el mundo de los negocios es porque siempre he hecho lo que había que hacer, sin pensar en los efectos colaterales. Me pagan por obtener resultados. En mi mundo no existen las excusas. Si no consigues el objetivo para el que has sido contratado, si no cumples con aquello que habías asegurado que harías, hay que asumir el fracaso y sus consecuencias. No sé si es justo, nunca me lo había planteado en esos términos, no tiene sentido hacerlo.

—¿Por qué me explicas esto? ¿Pretendes acaso que me compadezca de ti? ¿Que me solidarice con una vida tan "dura"?

—No, claro que no. No sé por qué te lo cuento, yo nunca me había cuestionado mis actos, y menos en el ámbito profesional. Lo

que pasa es que desde nuestro incidente en el aeropuerto no he parado de darle vueltas a la cabeza haciéndome un montón de preguntas que me incomodan, que no me permiten seguir adelante como antes. Verás, me he dado cuenta de que no me gusta la manera en que me relaciono con el mundo. Estoy… —miró hacia el techo, buscando la palabra que mejor definiera lo que quería expresar— aburrido. Eso es, me aburre la forma como me trata la gente. Estoy harto de tanto servilismo, de tanta falsa admiración, de que nadie se atreva a llevarme la contraria, no porque estén de acuerdo conmigo, sino por pura hipocresía. Es muy aburrido que todos se inclinen a tus pies, aunque sepas que cuando les des la espalda les faltará tiempo para echar pestes de ti. Fuiste tú quien abrió esta caja de Pandora. No sé por qué ni por qué ahora. Y no me siento nada cómodo pensando así. Mi vida era plácida hasta que se inició esta tormenta interna que no sé adónde me lleva.

Lorena lo miraba tratando de descubrir dónde estaba el truco. No tenía ningún sentido que un desconocido forrado de pasta se le sincerara de aquel modo. Intentaba decidir cómo responder, si mandarlo a paseo definitivamente o si alimentar la conversación. Tenía sentimientos encontrados. Debía odiar a aquel tipo, pero en cambio le agradecía el ataque de franqueza. Ya le parecía una persona normal, desprovista de su armadura de acero y sin la careta que lo mantenían a salvo del mundo real. Aunque sus problemas eran ridículos en comparación con los de cualquier persona que cada mañana al despertarse preferiría seguir dormida para no tener que afrontar una vida de mierda, ahora lo veía de carne y hueso, un ser vulnerable como otro cualquiera. Además, aquella era la conversación más adulta que había mantenido en siglos, su ex nunca le habló así. Su ex no decía más que obviedades insustanciales, a las que ella asentía como una estúpida sin cerebro.

—Ahora te voy a explicar algo yo. Ya que tú has hecho este esfuerzo que todavía estoy intentando descifrar qué propósito tiene.

—¿Qué…?

—Déjame hablar; es mi turno.

Lorena inspiró y miró a Rossell directamente a los ojos, con expresión resuelta. El ejecutivo sintió un escalofrío. Aquella mujer era muy diferente a las que estaba acostumbrado a tratar. Las que conocía por su actividad profesional eran tan frías y calculadoras como él o bien solícitas subordinadas sin personalidad. Las que se le acercaban fuera del ámbito laboral únicamente pretendían meterse en su cama. Carecían por completo de amor propio y de inquietudes intelectuales. “Nunca me había molestado nada de eso. ¿Por qué

ahora sí? ¿Qué ha cambiado?". La respuesta la tenía delante. Aquella mujer era un torbellino. Tenía un potencial que ni ella misma sospechaba. Transmitía energía, pasión, convencimiento en su manera de ver las cosas y, sí, también poseía una belleza real, muy distinta a la de aquellas veinteañeras con máscara de maniquí y a la de las perfectas mujeres de negocios que habían aprendido a ser tan implacables e inexpresivas como los tiburones con los que tenían que competir en un océano en apariencia calmado pero despiadado bajo las aguas. Él nunca había prestado atención a las mujeres como Lorena. No formaban parte de su mundo.

—Tengo un blog. Sí, una página en Internet donde la gente escribe sobre lo que le apetece, cuelga fotos…

—Sé lo que es un blog. —Rossell acababa de sincerarse como no lo había hecho hasta entonces ante nadie y ella se le ponía a hablar de blogs.

—Vale, es que has puesto una cara un poco rara. Bueno, lo que te quería contar es que al principio el blog era un desahogo. Lo utilizaba básicamente para poner a parir a mi marido. La típica historia, salió un día a por tabaco y no volvió. Le iban más las jovencitas. Pero eso no es lo importante, no pienses que pretendo dar lástima. Ya lo tengo superado. El caso es que pronto empecé a recibir mensajes de personas, sobre todo mujeres, que habían pasado o estaban pasando por situaciones parecidas, así que no tardé en convertirme en una especie de Elena Francis 2.0. He ayudado a mucha gente o, por lo menos, creo que mi historia personal ha podido ayudarla. Me han explicado todo tipo de situaciones, pero hasta ahora nunca me había encontrado con un caso como el tuyo. La soledad del ejecutivo millonario, ese pobre incomprendido que lucha por recuperar su identidad humana. Si te digo la verdad, no creo que consiguieras despertar muchas simpatías. Si quieres, puedo hacer la prueba en mi blog.

Vale, se estaba vengando. Era parte del peaje a pagar por intentar parecer buena persona. Lorena siguió hablando:

—En serio, hace cuatro días escribí que iba a ir a por ti. Estaba furiosa y resuelta a desenmascararte, así que dije a mis seguidores que te buscaría, pondría tu foto, y explicaría qué clase de desalmado eres. Fíjate qué casualidad haber tropezado contigo aquí, en mi primera semana de vacaciones desde no sé cuándo. No he decidido aún si se trata de un regalo del cielo o de un castigo.

—Pues espero que no sea lo segundo.

Aquella mujer no estaba impresionada en absoluto. No intentaba agradarle ni llamar su atención. No le decía lo que se suponía que él

quería oír, y no temía por las consecuencias. También era verdad que no tenía nada qué temer. Ya había perdido su empleo.

—Hola, mama. ¿Quién es este señor? Es un poco raro. ¿Por qué lleva ese trapo en el cuello?

—¡Raúl! —A Lorena se le escapó la risa. Su hijo tampoco era un modelo de discreción.

—Hola, chaval. Me llamo Miquel, y este trapo del cuello es una corbata. Tienes razón, es un poco raro, así que me la quito ahora mismo.

Dicho y hecho. Se desanudó la corbata y en un arranque de espontaneidad se la colocó en la cabeza al niño.

—Ahora eres un indio —le dijo en tono solemne.

—¡Un indio! —exclamó Raúl entusiasmado, e inmediatamente salió corriendo agitando los brazos y gritando como un auténtico apache.

La escena impactó a Lorena. Mientras asistía divertida al encuentro cayó en la cuenta de que era la primera vez que veía a un hombre que no fuera su abuelo comportarse así con Raúl, con aquella naturalidad, sin las barreras que el pudor impone entre un niño y un adulto desconocido. Le gustó.

Para Rossell fue también una novedad. Los niños formaban parte de un universo paralelo con el que él no interactuaba. Ni siquiera se había mostrado cariñoso con sus sobrinos. Podía poner la excusa de la distancia, pues su hermano y su cuñada vivían en un rancho perdido en Indiana. Llevaban una vida que para él era de otro planeta. Los había visitado un par de veces en los últimos diez años. Sí, la distancia y modos de vida tan opuestos podían servir de excusa, pero la verdad era que para Rossell la palabra niño era sinónimo de molestia insoportable. Cuanto más lejos estuvieran, mejor. Sin embargo, aquella breve interacción había sido agradable. Se había sentido a gusto colocando su corbata en la pequeña cabeza de pelo alborotado. Lo que demonios fuera que le estaba ocurriendo estaba operando cambios profundos en el Miquel Rossell que él conocía.

La conversación se prolongó durante un rato más. Hablaron de sus trabajos, sobre todo él, pues atender en una tienda y una panadería a tiempo parcial no daba para muchas explicaciones. Así, Lorena supo que estaba compartiendo sobremesa y champán (Rossell insistió en invitar y pidió la misma botella que había sido el origen del incidente en el aeropuerto. “Brindo por aquella botella derramada, sin la cual no estaríamos ahora aquí”. “Muy gracioso”, contestó una Lorena ya relajada y que había decidido que semejante

casualidad tenía que responder por fuerza a un motivo positivo para ella) con uno de los hombres de negocios más influyentes y poderosos de España.

El hotel, por ejemplo, formaba parte de una cadena internacional de la que él era el accionista principal. Normalmente no arriesgaba su dinero, pero aquella empresa era una gran oportunidad de inversión y no la había dejado pasar. De vez en cuando le gustaba comprobar por sí mismo que los estándares de calidad de cada uno de los hoteles asociados se mantenían en el nivel máximo, y el de Tenerife era su debilidad.

—El nombre no me convence en absoluto, pero los especialistas en marketing dicen que tiene gancho. La verdad es que el negocio funciona —explicó a una Lorena que escuchaba con atención mientras estudiaba el lenguaje no verbal. Había leído bastante sobre el tema en los últimos tiempos y sabía que los gestos a menudo revelaban más información útil que las palabras.

El prestigio profesional Rossell lo había logrado gracias a labores de asesoramiento financiero y empresarial. Lo contrataban las principales firmas multinacionales para llevar a cabo las operaciones más importantes y delicadas, en las que no podía cometerse el más mínimo error.

—Ya veo que para ti la crisis es un cuento chino —lo interrumpió Lorena.

—Si te soy sincero, no he trabajado nunca tanto como en estos últimos años.

En aquella charla Rossell tenía la extraña pero agradable sensación de que podía hablar con total libertad porque su interlocutora no tenía capacidad de influencia en su mundo. Algo así era lo que sentía. Había decidido dejar de lado el imprescindible tacticismo habitual, así que tras una breve pausa continuó soltando la lengua:

—Verás, no es ningún secreto, aunque los gobiernos occidentales se guardan mucho de que se difunda por las vías tradicionales: la crisis es un invento de los que están forrados para seguir ganando dinero. —Hizo una pausa, que aprovechó para acomodarse en la silla—. Es cierto que empiezo a cuestionarme algunas cosas de mi vida, pero te garantizo que no me vas a encontrar mañana en una manifestación contra la casta. Vivo muy bien y quiero seguir haciéndolo, y son esas empresas y esos bancos que se están forrando a costa de la gente quienes me pagan, muy bien, por cierto, por hacerlo posible.

—Qué asco… —Lorena recuperó la sensación de rechazo

respecto a aquel tiburón que durante un rato había mutado en delfín, pero que al fin y al cabo seguía siendo un escualo sediento de sangre.

—Pues sí, seguramente tienes razón. A los que se mueven por las altas esferas no les interesa en absoluto lo que pasa en la calle, en la vida de la gente normal. Pero ¿quién ha dicho que el mundo sea justo?

—¿A ti te importa?

La pregunta sonaba a ultimátum, era la última oportunidad que Lorena le concedía para que demostrara que quedaba algo humano en su interior. Rossell sentía verdadero interés por aquella mujer e intuía que una respuesta equivocada significaría el portazo definitivo. Tardaba en contestar, así que Lorena retomó la palabra:

—Has dicho que vas a intentar que me admitan en algún proceso de selección. ¿Es lo que quieres hacer de verdad o no ha sido más que una manera burda de sentarte aquí para…? —se detuvo.

—¿Sí?

—¿… ligar conmigo?

A Rossell le importaba una mierda lo que le pasara a la gente. Siempre había defendido que quien no tiene nada es porque no ha hecho lo suficiente para tener algo. Él había trabajado mucho y muy duro para llegar donde estaba, nadie le había regalado nada, así que no sentía lástima por los perezosos ni por los que se creían con el derecho a vivir de la sopaboba. Sin embargo, no parecía que el perfil de aquella mujer respondiera al de una perezosa. Quizás mereciera una oportunidad. Pero ¿por qué le había dicho aquello? ¿Era verdad que lo que pretendía realmente era llevársela a la cama? Sentía una extraña atracción física hacia ella, no lo podía negar, pero había algo más. Era como si estuviera en deuda, no por haber sido la causa de su despido, sino por haber sido quien había accionado la espoleta que había desencadenado la tormenta interior que lo estaba trastornando.

No sabía si todo aquello desembocaría en un cambio para celebrar o más bien en una pesadilla, pero no, definitivamente no se había sentado en aquella silla porque quisiera ligar.

—En general no me importa lo que le pase a la gente, pero a ti te quiero ayudar. No sé aún bien por qué, pero noto que puede ser una buena idea.

Por el momento a Lorena le bastó aquella respuesta. Parecía sincera. Después de todo, no podía pretender cambiar la mentalidad de un hijo de puta en una hora.

Las septuagenarias decidieron que ya era momento de irse a dormir. Una de las mujeres le acercó a Raúl en brazos. El pobre no aguantaba ya los párpados abiertos. Para sorpresa de Lorena, Miquel se ofreció a subirlo a la habitación.

—Lo dejo en su cama y me voy; sin última copa.

Lorena sonrió agradecida. Su cerebro hervía de información, sensaciones, ideas y contrastes, pero, en cualquier caso, tenía que reconocer que había sido una buena noche.

28. La investigación

Esta vez había habido suerte: una de las cámaras de la gasolinera había grabado la escena, no directamente, pero se apreciaba con la suficiente nitidez para entender qué había sucedido. Bastante más difícil iba a ser identificar a la pareja que había huido en el coche. García empezaría con los interrogatorios aquella misma tarde. Quizás con una ampliación de las imágenes y el adecuado retoque digital consiguieran refrescar la memoria de algún empleado.

El inspector de buena gana habría dejado tranquilos a aquellos dos jóvenes que habían tenido la suerte de librarse del matón. Era evidente que la agresión se había producido en defensa propia. El tipo había mostrado mucha valentía (y una gran dosis de inconsciencia) para liberar a la chica. Pero no podía hacerlo. Su deber era localizarlos. Se trataba de testimonios clave para descubrir qué había detrás del incidente.

García esperaba que el matón sobreviviera. Tenía un pálpito, y por su propia experiencia sabía que la intuición era el mejor aliado posible. Después de cuarenta años, si algo había aprendido era que un detective sin intuición resulta tan útil como un bombero sin valor o un artista sin talento. Por fortuna, Dios le había surtido de una buena dosis.

La intuición lo había llevado a ordenar vigilancia permanente en la habitación del hospital. Sabía que si el individuo formaba parte de una organización criminal procurarían que guardara silencio para siempre.

Sin embargo, la intuición no era infalible, o no, al menos, ingrediente suficiente para abordar todas las posibilidades. García no había previsto que los tentáculos de la organización a la que pertenecía Sergei Bazarevitch tuvieran ramificaciones que alcanzaran a un departamento policial tan modesto como el suyo.

Cuando Yuri Tikhonenko obtuvo la información sobre el estado de salud de Sergei y llegó a la conclusión de que el riesgo de sacarlo de allí superaba con creces el que estaba dispuesto a asumir, tuvo muy claro que sólo había una opción: no podía permitir que despertara del coma. Probablemente no lo hiciera, a tenor del pronóstico, y probablemente aun despertando no recordaría nada, pero en aquel negocio lo único válido eran las certezas, y lo cierto era que un sacrificio a tiempo siempre era la mejor decisión. Un par de llamadas bastarían para hacer posible que uno de sus hombres

entrara un minuto en la habitación para despedir como merecía al camarada Bazarevitch. Él lo esperaría en el coche a una distancia prudencial del edificio, regresarían al helicóptero discretamente oculto en un aeródromo clandestino cercano, y en un par de horas estarían de nuevo en casa.

El inspector García esperaba al primero de los testigos en su despacho cuando le sonó el móvil. Antes de contestar supo que no eran buenas noticias, así que el anuncio de la muerte del tipo ingresado en el hospital no lo pilló por sorpresa. Aparentemente, no había sido capaz de sobreponerse al coma. Probablemente habría sido lo que habría acabado pasando, pero para él aquello era la prueba inequívoca de que detrás del incidente en el área de servicio había un asunto más gordo.

Una vez más dio gracias al Señor por haber guiado sus pasos y continuó trabajando. Tenía que encontrar a los chicos antes de que lo hiciera la gente equivocada, y la clave estaba en identificar el vehículo.

En ese asunto Yuri les llevaba ventaja. Resuelto el primer obstáculo, el que podía dar lugar a engorrosas gestiones para quitarse de encima a la pasma, era el momento de dar caza a Irina. Todavía no se explicaba cómo se las había arreglado para deshacerse de Sergei con aquella contundencia. Tenía que reconocer que la joven estaba provista de un buen par de ovarios. Nunca lo habría imaginado. Siempre tan asustada, tan sumisa… Pues había sido capaz de cargarse a uno de sus mejores hombres, y había tenido las narices de huir en su coche. Estaba seguro de que ella era la responsable. Le estaba causando demasiadas molestias, pero pronto la tendría entre sus brazos por última vez. Llamó a uno de sus subordinados:

—¿Lo tenéis ya?

—Ha costado, porque la señal del localizador era muy débil, pero por fin la hemos podido situar en una zona al norte de León. Conforme nos acerquemos podremos concretarlo con más exactitud.

—Ya deberíais estar allí —reprochó con su habitual tono de exigencia nunca lo suficientemente satisfecha—. Quiero resultados esta misma noche. Este asunto se está alargando ya demasiado.

Y esa noche tuvo noticias. Sus hombres encontraron el localizador entre unos matorrales a la orilla del embalse de Barrios de Luna. Su primera hipótesis fue que el coche había caído al agua y de alguna forma el pequeño artilugio se había desprendido. Pero aquello no tenía sentido. No había ningún otro resto ni señal de un posible accidente, así que la única explicación coherente era que

alguien había encontrado el dispositivo y se había deshecho de él a conciencia. No había manera de saber dónde se encontraba el vehículo en aquel momento. A Yuri no le iba a gustar nada.

—¡Maldita hija de puta!

Aquella noche, la primera en La Cueta, Irina repasó mentalmente muchas cosas mientras esperaba que el sueño le venciera, estirada en la cama más cómoda que había probado en la vida. Las últimas 24 horas habían sido muy intensas. Le parecía que había transcurrido una semana desde que escapó. Había dejado un mundo tras de sí al que bajo ningún concepto iba a regresar, y se abría ante sí uno nuevo repleto de incógnitas.

Una de las cosas que recordó fue el momento en que trasteando en la guantera del coche dio con un cable muy fino. La curiosidad la llevó a estirar de él hasta que cayó en su mano un pequeño artilugio que emitía un centelleo intermitente. No le costó deducir que se trataba de un dispositivo localizador.

Antes de cerrar los párpados para entregarse definitivamente al merecido descanso, recordó la sensación de triunfo que había experimentado al lanzarlo con todas sus fuerzas barranco abajo, hacia las aguas azules de aquel lago inmenso. Imaginó de nuevo la cara de furiosa decepción que pondría Yuri al encontrarlo y rió otra vez, como lo había hecho por la mañana. “Jódete, cabrón”, fue su último pensamiento consciente.

En el piso de abajo Ana también pensaba, no en el viaje a Madrid y el examen, sino en Irina. Pensaba en lo tonta que era por colgarse de alguien con quien estaba claro que no tenía ninguna posibilidad, y pensaba en su mala suerte. De vez en cuando caía en la autocompasión. Y es que aunque el simple hecho de estar en La Cueta la hacía feliz, ya llevaba un tiempo que sentía que faltaba un ingrediente en su vida. Veía a sus amigas madrileñas presumir de novio, brillar de alegría cuando afirmaban con pleno convencimiento que habían encontrado al amor de su vida. Veía a las parejas pasear cogidas de la mano o agarradas de la cintura, decirse cariñitos al oído y mirarse como si nada ni nadie más en el mundo importara. Se preguntaba si ella experimentaría aquellas sensaciones algún día y en esos episodios autocompasivos lamentaba no ser una chica “normal”, una chica heterosexual que pudiera enamorarse de Guille, el compañero de clase con el que todo el mundo insistía en que hacía una pareja perfecta. Sabía que él estaba coladito por ella, varias veces había intentado declararse, pero Ana se había hecho la despistada y se las había arreglado para cambiar de tema.

Sabía que como lesbiana era un desastre, incapaz de asumir con naturalidad su sexualidad y no mantenerla oculta en un rinconcito al que apenas se atrevía a mirar. Cuánto daño le había hecho la incomprensión y el rechazo mudo de Yolanda…

Siempre dejaba el asunto para más adelante, ni siquiera lo había hablado con su familia, una familia moderna y comprensiva, y cada vez se le hacía más cuesta arriba abordar el tema. Aquella primera gran decepción la había vuelto precavida hasta la parálisis.

Se durmió sintiendo las caricias imaginarias de Irina.

29. Dudas

“Tengo la impresión de estar inmerso en un sueño. No en el sentido romántico de la palabra, no porque sea una situación idílica, sino porque no me parece que lo que estoy viviendo sea real. Es como si mi vida de verdad hubiera hecho un paréntesis para permitirme experimentar una especie de juego.

Si me veo desde fuera no acabo de creerme que este tipo que ha dejado de pensar continuamente en su drama personal para preocuparse por otros dramas personales sea yo. Temo que en algún momento la burbuja explotará y volveré a sumirme en el pozo de la nostalgia.

Estos últimos días he conocido a varias personas con historias realmente trágicas, tanto o más que la mía. Algunas son ejemplo admirable de superación, de adaptación a la realidad, lo que demuestra que las personas ansiamos, ante todo, vivir, por muy duro que haya sido el camino.

Otras buscan, como yo, un nuevo comienzo, y lo que más me sorprende es que he llegado a compadecerme de alguna de esas historias. De hecho, ahora mismo formo parte de una de esas vidas destrozadas desde antes de empezar a vivirla. Me ha pedido ayuda, que le acompañe en este nuevo inicio, y aquí estoy, viviendo una vida que no es la mía y que, pensándolo fríamente, no sé si quiero vivir.

Una pausa en este viaje que espero que no sea a ninguna parte”.

30. Segunda oportunidad

“Estoy muerta. Mi cerebro me pide que desconecte inmediatamente, pero no puedo acostarme sin antes escribir esto. Mañana seguro que lo veo de otra forma, y si lo dejo para entonces el post no reflejará lo que quiero expresar.

Cuando a una le suceden cosas como la que he vivido yo esta noche, cuesta mucho no creer en el destino, en las segundas oportunidades y en reflexiones recurrentes, como esa que dice que cuando una puerta se cierra otra se abre. Ya me entendéis.

No voy a dar muchos detalles porque ya he dicho que mañana seguro que lo veo de otra manera y tendría que editar lo que estoy escribiendo.

Sólo os diré que esta noche he tenido un encuentro especial, uno de ésos que se recuerdan para siempre, no necesariamente porque haya sido mágico ni maravilloso, sino porque ha sido del todo inesperado, muy desagradable a priori, pero realmente interesante al final.

A veces las segundas impresiones dicen mucho más de las personas que las primeras. Pero, de todas formas, esperaré a la tercera, que ya estoy bastante escarmentada.

Por cierto, muchas gracias por todos vuestros comentarios. Prometo responderlos uno a uno, pero no ahora. Me voy a dormir”.

31. Adaptación

Alberto e Irina necesitaron muy poco tiempo para comprobar que la vida en La Cueta era tan tranquila como habían imaginado. Sus escasos habitantes repetían día tras día las mismas rutinas, sin prisa y sin sobresaltos. La llegada de los forasteros era el hecho más noticioso, porque una pareja tan exótica daba para todo tipo de especulaciones. Pocos creían que aquellos dos fueran tío y sobrina. En cualquier caso, aquello no generaba más que algunos chascarrillos entre los parroquianos que se reunían en la tasca de Luis.

Al día siguiente de su llegada bajaron a Villablino, el pueblo más grande de la zona, a comprar ropa y calzado adecuado para la montaña. Alberto no sabía cuánto tiempo se prolongaría aquella especie de nube de irrealidad que había cubierto su vida. No es que en la maleta perdida en el autocar llevara mucha cosa, pero no podía pretender pasar con unos vaqueros, una camiseta, la chaqueta tejana y los mismos calcetines y el calzoncillo. Pronto tendría que lavar. Bastarían un par de días para que el aspecto de Irina fuera aún más sospechoso. Aquella sudadera vieja, los tejanos sucios y unas bambas que en un pasado lejano debieron ser blancas pedían a gritos la jubilación.

A Alberto no le hacía ninguna gracia usar un coche que, pese a todos los atenuantes y justificaciones que quisieran ponerle, era robado, pero era el único modo de desplazarse a un lugar donde hubiera tiendas.

—Irina, creo que deberíamos deshacernos de él —dijo al tomar asiento.

—No te preocupes, me he asegurado de que no puedan encontrarlo —respondió la joven mientras encendía el motor, exhibiendo una sonrisa enigmática.

Alberto prefirió no preguntar. Seguía sin atreverse a plantearle a Irina las cuestiones que tarde o temprano tendrían que afrontar. Ella mejoraba el ánimo por momentos, lejos de la sordidez que la había acompañado desde siempre. Disfrutar de aquel paisaje limpio, ignorante de la sucia realidad que dominaba el mundo, la reconciliaba con la vida, y Alberto había optado por dejarse llevar, aunque en su interior no pudiera deshacerse de la sensación de provisionalidad.

Además, Marga y Pedro eran unos anfitriones excelentes.

Trabajadores, sencillos, acostumbrados a ofrecer lo mejor de sí mismos pero sin agobiar. Sabían cómo hacer que los huéspedes se sintieran como en casa, y tenían una habilidad especial para amenizar las veladas en torno a uno de aquellos cocidos rotundos y exquisitos de la abuela o un cordero a la brasa que se deshacía en la boca, y que compartían en familia.

Si quieres saber más sobre la historia personal de los anfitriones de La Cueta, lee 'Marga y Pedro'

32. Empatía

Ana regresó a La Cueta con la sensación de libertad que le proporcionaba saber que ya no tenía que estudiar hasta después del verano. Si todo iba como hasta entonces, sólo pasaría el trago de los exámenes finales dos veces más para obtener el título universitario. Pero ahora tocaba disfrutar de las vacaciones en el lugar que daba sentido a su vida. Tenía montones de ideas para explicar a su tío y estaba nerviosa pensando en contárselas también a Irina, deseando que pudieran resultarle interesantes.

Irina… ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que se fuera?

Entró en la casa cuando Pedro estaba preparando la mesa para comer. "Llegas justo a tiempo", fue el saludo que recibió por su parte. Iba a responderle con una de sus habituales puyas, pero en ese instante apareció Irina en el comedor… y enmudeció. Sintió que el estómago se le encogía y un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Intentó pronunciar un simple "hola", pero la voz se le ahogó en la garganta. Simultáneamente, empezó a notar que las mejillas se le incendiaban, y acabó haciendo lo único que podía hacer para no acabar pareciendo una idiota integral: salir de allí farfullando una excusa ininteligible.

—¡Pero qué le pasa a esta niña, que ya ni siquiera saluda a su abuela!

Marga había aparecido justo a tiempo para asistir a la huida de Ana, y se encontró con la mirada asombrada de Irina, que a pesar de lo novedoso para ella, no necesitaba muchas explicaciones para entenderlo todo. Empezó a experimentar sensaciones hasta entonces extrañas. Aparte de la sorpresa por lo insólito de la situación, se sentía halagada por despertar un sentimiento tan fuerte y tan sincero en otra persona.

En el mundo del que había escapado lo único que había provocado era lascivia. Que una joven tan inocente se hubiese enamorado de ella —porque estaba segura de que eso era lo que ocurría—, que la deseara, la hacía sentir bien, era una especie de prueba que corroboraba que no estaba "rota", que seguía siendo humana.

Sus reticencias hacia Ana se desvanecieron. Sintió… ternura. ¡Ternura! Debía ser la primera vez que aquella palabra acudía a su mente. Y es que era también la primera vez que conocía a alguien enamorado. El amor estaba desterrado de su realidad. Y sintió

lástima. Se compadecía de Ana, algo que nadie había hecho en la vida por ella, una triste campesina usada como mercancía. Se compadecía porque la pobre no tenía la más mínima idea de lo mal que había elegido.

Aquella conclusión le llevó a un sentimiento extraño más: la empatía. Irina se puso en la piel de la joven, que aunque tuviera su misma edad, en su particular percepción temporal, la de quien ha odiado cada uno de los eternos segundos de su vida, era una niña. Una niña enamorada de una anciana sin esperanza que se dejaba llevar por un absurdo instinto de supervivencia. No recordaba haber empatizado anteriormente con nadie. Nadie lo había hecho tampoco con ella. En su mundo no existían la complicidad ni la comprensión, sólo el miedo. El miedo y aquel absurdo instinto de supervivencia.

Ana era lesbiana. Pensó en ello y por un momento sintió su soledad. Una soledad distinta a la que había padecido ella misma, porque aunque no imaginaba una vida más terriblemente solitaria que la suya propia, Ana vivía en un mundo aparentemente idílico del que se veía excluida por su sexualidad. Irina supo que Ana no había conseguido aún procesar el hecho de ser lesbiana. Algo en ella lo consideraba una anomalía y no se atrevía a revelarlo, de forma que peleaba por impedir que sus sentimientos afloraran, temerosa quizás del qué dirán. Los sentimientos, sin embargo, a veces resultan incontrolables, y en aquella ocasión le habían jugado una mala pasada.

A Irina no le habían permitido descubrir su sexualidad. Nunca había tenido la oportunidad de enamorarse ni de hacer el amor. Era una esclava sexual obligada a satisfacer las fantasías y perversiones de hombres sin escrúpulos. No era heterosexual ni homosexual. Jamás hasta aquel instante había valorado la posibilidad de enamorarse ni de que alguien se enamorara de ella. Odiaba el sexo porque hasta aquel día nadie había valorado ni por un segundo la posibilidad de proporcionarle placer.

Pobre Ana. Realmente no tenía ni idea de lo mal que había elegido. Irina sintió una cosa más. Sí, aquello debía ser lo que la gente llamaba mariposas en el estómago.

33. Atracción

Alberto había recibido aliviado el rechazo de Irina a acompañarlo de excursión a la Laguna de los Verdes, una de las más bonitas que se podían hacer en Babia, recomendación expresa de Pedro. Le apetecía estar solo y volver a sentir que ejercía cierto control sobre su vida. “Creo que deberías descubrir la vida que tú quieres vivir. Demasiado a menudo nos dejamos llevar por vidas que no deseamos, y eso acaba hundiendo a tantas personas que alguna vez tuvieron sueños…” Alberto pensaba en las palabras que Lorena había dejado en su blog como respuesta a su última reflexión. Él era una de esas personas, aunque lo suyo poco tuviera que ver con dejarse llevar; más bien se agarraba al primer tronco que pasaba junto a él para mantenerse a flote.

Estaba reaprendiendo a vivir, y en ese proceso era difícil saber qué correspondía a su elección y qué a la elección de otros. Tenía la impresión de que su vida actual formaba parte de la elección de otra persona, Irina, pero quizás debiera admitir que se trataba de una etapa necesaria en el camino. Puede que no fuera la vida que él habría elegido, pero vivirla le estaba ayudando.

De momento, allí estaba, sentado en la hierba, con la espalda apoyada en una roca, rodeado de flores y disfrutando de un espectáculo natural desconocido hasta entonces: aquella laguna que no podía tener un nombre más acertado, cubierta de una masa vegetal de un verde intenso que se mecía con el viento, muy por encima de la superficie del agua, y de la impresionante mole de roca calcárea que la protegía. El contraste era maravilloso, y más bajo un cielo azul tan brillante y luminoso.

Era un escenario ideal para avanzar en la lectura de *El viaje de Pau*, cuyas páginas destilaban amor por la naturaleza. Se había enganchado al libro y aprovechaba los ratos de soledad para leerlo. Su hermana le había hecho un buen regalo. Adela… Pobre, seguía sufriendo por él como cuando estaba convaleciente. Lo llamaba con frecuencia, decía que porque le gustaba que le contara sus andanzas, pero él notaba en su voz la preocupación, la tensión contenida, de quien no acaba de fiarse de que todo vaya bien. Era lo que él le decía, pero Adela lo conocía mejor de lo que se conocía a sí mismo.

Habían establecido una especie de acuerdo tácito: ella no le mencionaba lo muy preocupada que estaba ni lo bombardeaba con

los típicos “cuídate” o “llámame para lo que necesites” y él no mostraba incomodidad por las llamadas casi diarias. Aunque en realidad agradecía aquella atención. Aun siendo menor que él, ella siempre había ejercido de hermana mayor, y en aquel momento era lo único que lo mantenía en contacto con su origen. Por mucho que pretendiera olvidar lo que había pasado, su cerebro se empeñaba en lo contrario, y aunque las experiencias de los últimos días le habían acercado otros dramas personales que sin pretenderlo le habían enseñado a canalizar mejor su dolor, la voz de Adela seguía siendo reparadora.

Aquella mañana la conversación había sido diferente, más animada, porque Alberto tenía una novedad que valía la pena explicar. Siempre seleccionaba con cuidado la información que transmitía a su hermana, de modo que ella creía que el autobús lo había dejado prácticamente a las puertas de La Cueta, nada de coches tomados prestados a peligrosos matones, ni de prostitutas del Este que huían desesperadas de su inhumano cautiverio. Irina era otra huésped a la que había conocido compartiendo mesa, y si no había puesto rumbo aún al Bierzo era porque Pedro le había prometido ir a ver osos. “¿Osos? ¿En libertad?”, preguntó Adela asombrada. “Así es. Se ve que este es el sitio de España donde mejor se conservan”, le respondió.

Pedro y Ana formaban parte del equipo de voluntarios de la zona que se encargaban del censo anual de osos en Babia y Somiedo. Alberto se había interesado por el trabajo que realizaban en el Fondo para la protección de los animales salvajes (Fapas), y viendo la atención con la que escuchaba, Pedro le propuso que fuera con ellos a la observación que llevarían a cabo varios días después, cuando su sobrina hubiera regresado de Madrid.

A la joven era la actividad que más le entusiasmaba de todas las que tenían que ver con el proyecto de conservación del depredador cantábrico. No estaba abierta a turistas, así que Alberto e Irina, únicos huéspedes de la casa en aquel momento, tendrían el honor de gozar de un gran privilegio. Sería una experiencia digna de recordar. Recuerdos agradables que empezar a sumar a una memoria que lo acosaba aprovechando los momentos en que se encontraba con la guardia baja. La vida impostaba en que andaba metido había reducido esos momentos, manteniéndolo ocupado con pensamientos como “¿Qué dirá la gente de este pueblucho al verme con una chica que podría ser mi hija? ¿Qué historias se habrán montado a nuestra costa? ¿Qué pensarán realmente Pedro y Marga?”.

Si reflexionaba fríamente sobre ello, le parecía ridículo preocuparse por nimiedades como aquéllas. “Has perdido a tu hijo y te preocupa lo que piensen unos desconocidos sobre tu relación con una desconocida”. Pero la realidad era que Irina se estaba convirtiendo en un quebradero de cabeza. Era absurdo, pero cada noche al acostarse, con la joven en la cama de al lado, sentía una punzada de culpabilidad, como si estuviera cometiendo un acto reprobable, y la incomodidad iba en aumento.

Hacía un par de días que no soñaba con Eloy, o por lo menos no recordaba haberlo hecho. Su lugar en las pesadillas lo había ocupado el tipo al que destrozó el cráneo. Se le aparecía en forma de zombi hambriento, ansioso por devorarle el cerebro.

Tenía la tentación de llamar a la policía y confesar su crimen, pero no se atrevía a traicionar la confianza desesperada que había depositado en él Irina. Un chantaje emocional que ahora sabía que había aceptado sin convicción sincera, y que cada vez le resultaba más pesado.

Alberto emprendía el camino de vuelta cuando vio a una mujer sentada en una roca. La acompañaba un perro precioso, un Golden Retriever de los que tanto lucen en los anuncios, con un hermoso pelaje marrón clarito que invitaba a acariciarlo.

Al acercarse se percató de que la mujer escribía en una libreta. El perro se incorporó y se le aproximó para recibir una dosis de caricias. Cuando Alberto colocó la mano sobre su mullido lomo la dueña levantó la vista.

—Vaya, Íñigo, veo que has encontrado a quien te dedique las atenciones que yo no te presto..., pero no seas muy pesado.

—Te gusta, ¿eh?

Alberto disfrutaba hundiendo sus manos en aquel abrigo tan suave, e Íñigo se revolcaba de placer. Se fijó mejor en la mujer y se dio cuenta de que le resultaba familiar.

—Es un gamberro. Sabe que nadie se puede resistir a sus encantos.

Tenía una sonrisa muy agradable. Durante unos segundos se sostuvieron la mirada. Ella también lo estaba estudiando, tratando de recordar dónde lo había visto antes. Alberto empezó a sentirse incómodo, y entonces ella le habló.

—Yo te conozco… ¿Puede ser que estés alojado en La Cueta?

“Claro, es la nueva huésped”. Sólo la había visto fugazmente por la mañana, cuando él salía de la casa y ella bajaba a desayunar.

—Sí, por eso me sonabas también a mí.

La mujer continuaba sonriendo y mirándolo directamente a los

ojos. Debía rondar los cuarenta, y tenía un aspecto estupendo. Era de esas personas que dejan huella por donde pasan. Desprendía magnetismo, seguridad, frescura y la sensación de que cualquier cosa que dijera sería interesante. Alberto notaba que le subía el calor a la cara y tuvo que apartar la mirada. Se fijó de nuevo en el perro, que regresaba junto a la roca para tumbarse en la hierba.

—Íñigo es un nombre bastante original para un perro.

—Todo el mundo me lo dice, pero cuando les explico el origen suelen quedar encantados.

La mujer calló, sin abandonar su sonrisa traviesa, y dejando al extraño con la incógnita. Tenía un humor contagioso y Alberto se preguntó si siempre estaría tan contenta.

—¿Me lo vas a contar?

Ella rió, divertida.

—Le puse ese nombre en homenaje a uno de los personajes de mi novela favorita: *La princesa prometida*.

—¡Claro! Íñigo Montoya: "Tú mataste a mi padre, prepárate a morir" —parafraseó, en tono solemne.

Alberto había visto la película, una deliciosa historia de aventuras, muy divertida, con piratas, monstruos, villanos, caballeros, gigantes y, por supuesto, una bella princesa.

—Me encantó la peli, pero no sabía que hubiera un libro.

—Sí, la película está basada en la novela de William Goldman, un famoso guionista de Hollywood. El guion de 'Dos hombres y un destino' es suyo.

—Oh, qué buena. Es una de mis favoritas.

Alberto se sentía a gusto y dudaba entre reanudar la marcha o atreverse a sentarse junto a ella. Optó por avanzar un par de pasos y agacharse para acariciar otra vez a Íñigo, que estaba encantado de recibir tantas atenciones. Se tumbó boca arriba para que le rascara la panza.

—No tienes aspecto de fiero espadachín, amigo —bromeó.

La mujer volvió a reír.

—Es un caradura. Le encanta que lo mimen… A quién no —apostilló, haciendo coincidir de nuevo su mirada con la de aquel tipo tan majo.

Alberto volvió a sentir calor en las mejillas y un leve cosquilleo en el estómago, y otra vez buscó la forma de desprenderse de aquellas sensaciones durante tanto tiempo olvidadas.

—¿Eres escritora?

—Quiero creer que sí. Me gusta escribir, y parece que no lo hago mal.

—Ahora resultará que me he topado con una celebridad de las letras perdida en la montaña.

Rió de nuevo, y Alberto se sentía mejor con cada una de aquellas preciosas carcajadas.

—Qué va. No te preocupes, que no va a salir un paparazzi de detrás de un matorral.

—¿Te importa si me siento aquí? Pensaba volver ya a la casa, pero se me ha quedado la mano enganchada a tu perro.

La escritora sonriente se movió hacia un lado, aunque en la roca ya había espacio de sobras para dos personas.

—Me llamo Alberto —se presentó, ofreciéndole la mano.

—Encantada. Yo soy Rosa.

Tenía las uñas perfectamente arregladas, pintadas de rojo y adornadas con unas diminutas florecillas blancas. María también solía decorárselas. A veces dejaba que Eloy la ayudase. Alberto desechó aquella imagen que ahora le dolía con la misma intensidad que entonces le causaba ternura. Rosa guardó la libreta en la mochila.

—Ahora me voy a sentir culpable por haberte cortado la inspiración.

—Oh, no te preocupes. Llevo ya un buen rato aquí y creo que es hora de comer un poco. Cuando me pongo a escribir pierdo la noción del tiempo y me olvido incluso de las necesidades más básicas. Así que me ha venido bien que aparecieras, porque ahora me estoy dando cuenta de que el estómago me ruge como un tigre.

Otra carcajada. El perro se incorporó, excitado, y dio dos contundentes ladridos al ver que su dueña abría la mochila de la comida.

—Menudo glotón estás hecho… ¡Pero si tú ya te has zampado lo tuyo!

Íñigo la había abordado y le regalaba cariñosos lametones en la cara.

—Qué jeta tienes —le decía entre risas—. Ya sabes que no me puedo resistir.

El animal se retiró triunfal, con un hermoso trozo de longaniza entre los dientes.

—Ya has visto que soy un desastre imponiendo autoridad.

Alberto estaba desconcertado. Hacía mucho que no sentía nada parecido. Durante años sólo había tenido ojos para María, aunque de vez en cuando se le desviaran hacia alguna belleza que se cruzara en su trayecto. Pero sólo eran miradas, sin más pretensión que la de recrearse la vista, como quien admira un paisaje.

Rosa no era una de esas bellezas que obligan a desviar la mirada. Era guapa, pero sobre todo era atractiva. Había conquistado la atención de Alberto con su risa y con la naturalidad de sus movimientos.

Él llevaba mucho tiempo fuera de juego. Ni se le pasaba por la cabeza que pudiera sentirse atraído por otra mujer, y menos de aquella manera tan espontánea. Pero no había duda. Sentía que cuando reanudara la marcha, dejando a Rosa y a su perro allí, la echaría de menos. Desearía que llegara la hora de cenar para sentarse en la misma mesa, pues en el comedor de la casa sólo había una mesa grande alrededor de la cual se sentaban huéspedes y anfitriones, todos juntos.

—Esto es precioso. Es muy fácil inspirarse en un lugar así —constató Rosa, entre bocado y bocado de bocata de jamón—. ¿Quieres?

—No, gracias. Me acabo de comer uno.

Se sentía muy a gusto allí, pero, simultáneamente, incómodo. Empezaba a agobiarse pensando en que ella se daría cuenta enseguida del impacto que le estaba causando, y la inseguridad se apoderó de él. Así que decidió marcharse.

—Bueno, voy a ir tirando, porque como me quede un rato más sentado luego no va a haber quién me levante, y no creo que Íñigo esté dispuesto a llevarme a cuestas.

El perro lo miró y Rosa volvió a sonreír.

—No, no lo creo.

—Pues hasta luego, entonces. —Dudó un instante—. ¿Cenarás en la casa? —se atrevió finalmente a preguntar con timidez.

—Sí, claro —le respondió, dedicándole una sonrisa radiante que lo hizo temblar—. Anoche llegué muy tarde, pero hoy no me lo pierdo. Pedro y Marga tienen pinta de ser buenos compañeros de mesa, así que luego nos vemos.

Aquella mirada fresca, directa, sin complejos, lo hacía vibrar, pero no sabía aún cómo gestionar sensaciones tan potentes. Cuando empezó a alejarse de allí se lamentó por ser tan estúpido, incapaz de disfrutar de una compañía tan agradable.

Para conocer la historia personal de Rosa, lee 'La escritora libre'

34. Confesiones en la noche

Ana se sentía la persona más estúpida del mundo. Si Irina ya parecía particularmente reservada con ella, ahora además pensaría que era imbécil. La había vuelto a cagar… Decidió quedarse en su habitación hasta que creyó que los huéspedes habrían acabado de comer. No iba a ser capaz de sostenerle la mirada, así que lo mejor era evitar cruzarse con ella, como había hecho años atrás con Yolanda. Siempre huyendo.

Bajó a comer cuando Pedro ya estaba recogiendo la mesa:

—Estaba a punto de subir a buscarte. Cuando he vuelto de la cocina me ha extrañado no verte. Tú, que no perdonas ni una comida, y tu abuela me ha dicho que, por la forma como te has ido, parecía que hubieras visto un fantasma. ¿Te encuentras bien?

Ana intentó aparentar normalidad, así que se vistió con su habitual sonrisa y desparpajo con la esperanza de disuadir a su tío de hacer elucubraciones:

—No es nada, sólo que he llegado algo cansada del viaje, me he tumbado un rato y me he quedado frita. Va, déjate de historias y sírveme el rancho de la abuela.

—Que te he oído, niña. —La voz de Marga llegó desde la cocina —. Te voy a dar rancho yo a ti. —La mujer apareció en el comedor y miró a su nieta con fingida expresión de reproche—. Tendría que dejarte sin comer.

—Va, abuela, las dos sabemos que serías incapaz de semejante crueldad.

Marga se dejó vencer por la sonrisa y se acercó a abrazar a la joven.

—Ay, qué suerte tienes de que sea un trozo de pan y de que no pueda resistirme a esa carita que tienes de ángel.

—Eso, madre, tú sigue mimándola como a una bebé. Menuda consentida estás hecha —acusó Pedro a su sobrina en aquel familiar tono de burla que recibió por respuesta un brazo estirado con el puño cerrado excepto el dedo corazón, bien recto hacia arriba.

Y así, entre bromas, chascarrillos y el habitual buen humor que caracterizaba a aquellas reuniones, transcurrió la sobremesa. Ana olvidó por un rato lo que había pasado al encontrarse con Irina y volvió a ser la de siempre. Pero cuando su tío y su abuela retomaron sus tareas, el peso de la realidad cayó sobre ella. Sin distracciones a mano, sin charla analgésica a la que recurrir, el

corazón se volvía incontrolable, de modo que Irina ocupó de nuevo todo su pensamiento. "¿Por qué tengo que ser tan pringada?", se preguntaba. Una pregunta sin respuesta. El caso es que, pringada o no, aquellos tristes ojos verdes la desarmaban de forma irremediable.

Aquella noche Pedro y Rosa animaron la cena. La escritora encandiló a todos con su carisma, explicando mil anécdotas sobre sus viajes por España. Resultó que Pedro había leído un par de las aventuras de Nadia Montes, la investigadora que protagonizaba sus originales novelas. Cuando la visitante se registró la noche anterior se quedó dándole vueltas a aquel nombre y apellido. "Yo la conozco, pero ¿de qué?". La cara no le sonaba, de modo que tenía que ser por algo que hubiera leído, y no tardó en encendérsele la bombilla, así que no dejó escapar la oportunidad de sacar el tema en torno a la mesa.

—Creo que los aquí presentes no tienen ni idea de que están compartiendo cena con una celebridad —anunció.

Rosa levantó la cabeza, divertida y a la vez expectante. El resto se miraron unos a otros, algo extrañados. Alberto empezó a atar cabos.

—Si me permite nuestra nueva e ilustre huésped —automáticamente todos miraron a Rosa—, me gustaría transmitirle el honor que supone para esta humilde casa contar con la presencia de tan famosa escritora.

Rosa sonreía. Le divertía el tono ceremonioso utilizado por Pedro. Asintió con la cabeza, pero no dijo nada. El resto continuaba esperando la información que les faltaba para sentir el entusiasmo que se presupone al hecho de estar sentados junto a alguien famoso.

—Vale, veo que no tenéis ni idea. Ella es Rosa Carmona, la famosa creadora de Nadia Montes, el personaje que protagoniza las guías de viaje más entretenidas que se han escrito nunca —sentenció Pedro, poniendo sobre la mesa dos ejemplares.

"Aaaaaahhhh", pronunciaron al unísono Marga, Alberto, Irina y Ana, aunque únicamente Alberto había oído hablar de Nadia y las famosas guías.

—Pues resulta que sí eres una celebridad de las letras —le lanzó Alberto.

—Ya te dije que no. De los aquí presentes sólo me conocía Pedro, así que de celebridad nada. Digamos que escribir me permite vivir, y eso ya es mucho para cómo está el sector editorial hoy en día. No soy famosa, ni pretendo serlo, pero sí me considero una privilegiada por poder hacer lo que más me gusta: escribir y viajar.

—Cuánta razón tienes, hija mía. No hay mayor privilegio que ése. Estos ojos viejos que tengo ya no están para muchas alegrías, pero a poco que pueda me voy a leer alguno de esos libros tuyos, que tienen que ser interesantes de verdad.

—Pues yo también —se sumó Ana—. Más le vale a mi tío que me deje uno esta misma noche —dijo, señalando *El reino de las montañas*, el segundo volumen de la colección, ambientado en los Pirineos.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió con sorna, al tiempo que le acercaba el libro.

Pedro empezó entonces a preguntar a la escritora, que estuvo encantada de relatar su experiencia. Pronto se inició una animada charla sobre los lugares que unos y otros habían visitado, y Pedro aprovechó para recomendar los rincones de Babia y las comarcas vecinas que no podían dejar de aparecer en el libro en que Rosa estaba trabajando.

—Ay, hijo, no seas tan pesado. Como la muchacha tenga que hacer caso a todos los que se va encontrando como tú le va a salir una enciclopedia.

Las intervenciones de Marga, que se mantenía al margen de la conversación geográfica, provocaban las risas de todos. Era una mujer audaz sin proponérselo, parecía tener siempre a punto la frase oportuna para el momento adecuado.

Reinaba un ambiente relajado. Ana lo agradecía especialmente. Continuaba avergonzada, pero aquella charla simpática le evitaba torturarse por lo que sentía por Irina. Ella, Pedro y Rosa eran los más activos en la conversación.

Irina observaba. Tenía bien poco que aportar. Su historial de viajes se reducía al que había hecho desde Bielorrusia, y no precisamente para disfrutar del paisaje. Así que observaba, sobre todo a Ana. Estudiaba sus movimientos, su gesticulación viva y espontánea, sus expresiones transparentes. Irina se maravillaba por lo fácil que resultaba interpretarla. Aquella cara dulce lo decía todo de ella. Era una persona nerviosa, vivaz, inquieta, de las que se entrega en cuerpo y alma a lo que fuera que se propusiera. Se dio cuenta de que le gustaba mirarla y escuchar lo que decía. Se preguntó si ella habría podido desarrollar una personalidad parecida. Si también podría haber sido una chica alegre y apasionada. Si, como Ana, habría podido creer que la vida es un regalo que hay que disfrutar cada día.

Ana se daba cuenta de que Irina se fijaba en ella, pero procuraba evitar el cruce de miradas. Pensaba que si la observaba de aquella

manera quizás significaba que había algo más que simple curiosidad. Eso la ponía más nerviosa, pero a la vez le daba seguridad. De todas formas, el ridículo que había hecho unas horas antes era tan espantoso que no se atrevía a hablar con ella. La perspectiva de quedarse solas era tan emocionante como aterradora. No, no estaba preparada aún.

Alberto se encontraba a gusto. La cena deliciosa, como todas las que preparaba Marga, y el vino del Bierzo, tenían mucho que ver, pero sobre todo se sentía a gusto por poder disfrutar de la presencia de aquella sevillana de personalidad arrolladora. Rosa no necesitaba levantar la voz ni hacer aspavientos para concentrar la atención en ella, bastaba con que hablara. Tenía una voz melodiosa, de locutora de radio, y una capacidad innata para conseguir que lo que decía pareciera lo más interesante que uno había escuchado. Si escribía tan bien como hablaba sus libros debían ser adictivos.

A Alberto le gustaba aquella mujer. Estaba claro que se sentía atraído por ella, cosa que para la parte de él que le decía que debía continuar martirizándose, que todavía era demasiado pronto para pasar página, suponía una grave anomalía. También habitaba en su interior una parte que, con fuerza creciente, le animaba a escribir nuevos capítulos. “Ya has sufrido suficiente. Has llorado, te has maldecido y has maldecido al mundo entero, pero estás descubriendo que la vida sigue y que puede empezar a resultar interesante”, le susurraba ese yo vital, aún pequeño en comparación con el otro. Sin embargo, en aquel momento, alrededor de una mesa animada y divertida, Alberto lo notaba más grande. Quería que la sensación se prolongase, y empezaba a fantasear con la posibilidad de una charla a solas con Rosa.

La situación no tardaría en darse. Como siempre, Marga fue la primera en levantarse para recoger.

—Vaya, la jefa ha decretado el fin de la fiesta —bromeó Pedro.

—No digas tonterías, hijo. Podéis quedaros ahí todo el rato que queráis, pero si yo no me pongo a recoger ahora, luego no va a haber quien me levante de la silla, que una ya va teniendo una edad. Ya os daréis cuenta de que conforme uno se va haciendo más viejo le pasa como a los chiquillos, que le entra el sueño antes.

—Pues entonces va a ser que me estoy haciendo viejo, porque es pensar en la cama y echo tanto de menos no poder teletransportarme…

—O es que todavía eres un chiquillo —se burló Ana.

Pedro imitó las últimas palabras de su sobrina, en tono grotesco, provocando las carcajadas en la mesa, incluyendo las de la propia

Ana.

—Qué tonto eres —dijo.

—Definitivamente, hijo, no sé a quién has salido con esas payasadas —sentenció Marga.

Pedro se levantó de la silla y corrió a abrazar a su madre.

—Pues a quién voy a salir, a la reina de la fiesta en Babia —le respondió, colocándole dos sonoros besos en las mejillas.

—Estás fatal —le acusó, entre risas, Marga, haciendo un falso intento por apartar a su hijo. En realidad, estaba encantada con aquellas muestras espontáneas de cariño que le dedicaba con frecuencia.

Madre e hijo se pusieron a recoger la mesa e inmediatamente se les unió Ana, que de repente se veía expuesta a la posibilidad de tener que charlar directamente con Irina. Ayudar era la excusa perfecta para huir sin quedar en evidencia.

Irina comprendía la reacción de Ana y no quería ponerla en un aprieto, así que se excusó y salió fuera a fumar y a continuar dándole vueltas a sus sentimientos.

Alberto y Rosa se quedaron solos, hablando aún, entre sorbo y sorbo de vino, de sitios preciosos que visitar en España, aunque Alberto empezaba a pensar en lo placentero que sería recorrer otros sitios de la geografía humana que tenía delante. Un pensamiento perturbador que enseguida recibió la reprobación de la parte de él que seguía en duelo.

Unos minutos después Pedro, Marga y Ana, aliviada y a la vez decepcionada por que Irina no estuviera allí, se retiraron a descansar. Por un momento Alberto pensó en hacer lo mismo.

—¿Salimos? —sugirió Rosa.

A lo que no pudo negarse. Por mucho que aquel yo interior prudente, que empezaba a detestar, insistiera, el que se abría a la vida, regado generosamente de vino, era en aquel momento el que dominaba la escena. De modo que Alberto dejó paso a Íñigo, encantado ante la perspectiva de salir a la calle, y a su dueña, y los siguió.

Hacía una noche ideal para disfrutar al aire libre. Estaba despejado y la ausencia de luna dejaba al descubierto millones de estrellas, tantas que nadie podía decir que aquel cielo fuera negro.

—Esto es lo que más me gusta de viajar y pasar tanto tiempo bajo ese techo —dijo Rosa, señalando hacia arriba—, tener la posibilidad de contemplar esta maravilla de cielo nocturno, que en la ciudad ignoramos que exista.

Se sentó en un murete de piedra, mientras que Alberto jugaba

con Íñigo lanzándole un palo que el perro iba a buscar entusiasmado, seguro de que no existía actividad más divertida.

—¿Conoces las estrellas? Yo siempre que intento identificar alguna constelación no paso de la Osa Mayor —reconoció Alberto.

—Pues te puedo enseñar alguna más. Ven, acércate —lo invitó Rosa, golpeando con la palma de la mano el murete, justo a su izquierda.

Alberto reparó en que el corazón se le había acelerado y que volvía a aparecer el cosquilleo en el estómago. Hizo acopio de valor y se sentó donde le señalaba. Íñigo se le acercó y estornudó repetidamente, reclamando su atención. No estaba nada de acuerdo con aquel cambio de planes que lo dejaba sin su ración de palo volador.

—No seas pesado, Íñigo —le regañó dulcemente su dueña.

Alberto plantó la mano en la cabeza del perro y empezó a rascarla cariñosamente. El animal pareció entonces conforme con el cambio de actividad.

—Mira.

Rosa se inclinó hacia Alberto, hasta que contactaron hombro contra hombro. Alberto suspiró profundamente la fragancia de aquel pelo largo y rizado, que notó tan suave cuando le rozó el cuello y la cara.

La escritora señalaba hacia el océano de estrellas, invitándole a que se fijara en un punto concreto.

—¿Ves esa estrella que brilla tanto?

—Veo unas mil que responden a esa descripción.

Rosa rió y lo miró, con aquella expresión divertida tan irresistible.

—Lo capto. Intentaré ser más concreta.

Le agarró el brazo y lo dirigió al punto que le quería mostrar. A Alberto lo invadía un entusiasmo que le insuflaba vitalidad, que le recordaba lo excitante que puede ser la vida.

—¿Cree usted que hemos reducido ahora las mil estrellas a unas pocas menos? —preguntó, burlona, Rosa.

—Vale, creo que sé a qué estrella te refieres.

—¡Muy bien! Vamos a por el siguiente paso, pues.

Continuaba sosteniéndole el brazo en alto, muy suavemente, con las dos manos. Lo dirigió lentamente hacia la derecha. Ahora tenía la cabeza apoyada en su hombro. Alberto cerró los ojos para degustar aquel perfume delicioso con todos los sentidos. Apareció entonces en su mente la melena siempre despeinada de María. No recordaba haberla visto nunca utilizando un peine ni un cepillo, ni

siquiera un secador.

Cuando salía de la ducha se frotaba la cabeza con una toalla, tres o cuatro movimientos enérgicos; se pasaba luego las manos un par de veces, deteniéndose aquí o allí, nunca los mismos sitios, para hurgar brevemente con los dedos, y ya está. A Alberto le fascinaba aquella operación de resultado siempre perfecto, y se sentía privilegiado por ser el único que la presenciaba. No existía un pelo despeinado con más estilo que el de María. Echaba de menos su melena revuelta.

Aspiró de nuevo y se dio cuenta de que la fragancia que olía no correspondía a la imagen de su cabeza. Se sintió desolado, pero sólo un instante, el que precedió a la musicalidad de la voz de Rosa.

—¿Te has dormido? —Sonreía, como siempre.

—No… Perdona. Dime, te escucho.

—Iba a mostrarte la constelación de Andrómeda con la intención de impresionarte contándote la triste historia de amor de la princesa etíope y de su héroe Perseo, el asesino de Medusa. Como la gran mayoría de los mitos griegos, no acaba muy bien.

—Cuenta, cuenta. Algo he leído sobre mitología griega, pero estoy seguro de que contado por ti resultará mucho más interesante.

Rosa le había soltado el brazo, se había separado unos centímetros, y ahora lo miraba a los ojos, apenas a un palmo de distancia. Tenía la expresión resuelta de mujer que siempre sabe lo que quiere, de quien no se anda con rodeos, de quien domina las riendas de su vida. Era la clase de mirada que habría hecho huir a Alberto si no hubiera bebido tanto vino durante la cena.

La escritora estuvo unos segundos estudiando los ojos de aquel hombre. Le gustaba, se sentía atraída por él y sabía que él se sentía atraído por ella, pero notaba la presencia de una barrera invisible.

—Algunos dicen que soy un poco bruja. Sé que debe haber unos cuantos tíos por ahí que lo certificarían —rió, maliciosa—, pero no me refiero a esa clase de bruja, sino a la que es capaz de leer los pensamientos. —Hizo una pausa. Alberto escuchaba hipnotizado—. La realidad es mucho menos fascinante: soy observadora. Una escritora y periodista debe serlo. Me gusta fijarme en la gente y tratar de imaginar sus vidas.

En aquel momento apareció Irina por el camino que venía del río. Los saludó, pero no se detuvo. Alberto, que quería prolongar aquel momento de intimidad, lo agradeció. Le devolvieron el saludo y se desearon buenas noches. Irina entró en la casa.

—Por ejemplo —prosiguió Rosa—, trato de imaginar tu vida y la de esa chica tan guapa. Reconozco que es un ejercicio muy

interesante, pero también desconcertante, porque no logro encontrar una explicación satisfactoria a vuestra relación.

—Es mi sobrina, la hija adoptada de mi hermana —dijo Alberto, sin demasiada convicción.

—Ya… Disculpa que sea tan entrometida, pero no cuela —le soltó, mostrando una sonrisa traviesa.

Alberto estaba más desinhibido que de costumbre, pero no tanto como para confiar su historia a una desconocida.

—No quiero parecer grosero, pero insisto: es mi sobrina, y perdona que prefiera no profundizar en el tema.

—De acuerdo, como tú quieras, pero tengo un buen motivo para entrometerme. —Otra vez la mirada traviesa. Alberto sintió un escalofrío—. Verás… —Rosa le clavó los ojos—. Tú me gustas, pero independientemente de lo que pase con esa chica, veo en tus ojos algo profundo, un dolor intenso que quieres ocultar, pero no siempre puedes, y que te aísla, que, por ejemplo, no te deja estar aquí, ahora, al cien por cien.

Escuchando a aquella mujer Alberto recordó lo que le había dicho otra mujer, mucho mayor que aquélla, sólo unos días antes. No pudo evitar rememorar la perturbadora sentencia de la anciana: "Tienes que abrir el corazón. Eres demasiado joven para arrastrar tanta tristeza", y la conversación que mantuvieron el día que se despidió de Nájera.

"Le gusto. Ha dicho que le gusto". Aquella certeza lo devolvió al presente. Su yo luchador, el que pugnaba por vivir, le insistía que no podía pasar por alto aquel mensaje, que no podía esconderse en el caparazón una vez más. "Le gustas. Mírala bien. Es una mujer inteligente, divertida y atractiva que quiere estar contigo. No la decepciones. No te decepciones a ti mismo".

—Todos tenemos un pasado —respondió por fin Alberto—. Pero sólo es eso, pasado. Ahora quiero vivir el presente y tratar de construirme un futuro.

Se esforzaba por aguantar aquella mirada penetrante y por aparentar una seguridad que temía que con el paso de los minutos lo acabaría abandonando.

—Y tienes todo el derecho a hacerlo.

Se le acercó aún más. Alberto notaba cómo el aire que salía de la nariz pequeña y redonda, salpicada de diminutas pecas, de ella, chocaba contra su barba, que crecía desordenada desde el inicio del viaje. El ritmo cardíaco le había aumentado de nuevo.

—Me sentiría privilegiada si pudiera contribuir a que tu presente te proporcionara buenos recuerdos —susurró Rosa justo antes de

besar sus labios.

Más que un beso fue una caricia, un acercamiento para tantear el terreno. Alberto estaba inmóvil, tan emocionado como asustado, incapaz aún de reaccionar.

Rosa se retiró unos centímetros. Sonreía, y aquella sonrisa cálida y sincera proporcionó a Alberto el valor necesario para contraatacar. Ahora fue él quien buscó los labios de ella, que le esperaban entreabiertos. Tras ellos aguardaba, paciente, una lengua más cálida que la sonrisa que había anunciado su presencia. Se coló en la boca de Alberto y buscó a su tímida ocupante, despacio, muy suave, como si tratara de evitar asustarla. El contacto fue para él como una descarga eléctrica. Se dejó acariciar por aquella lengua tierna y cariñosa, que sabía a vino del Bierzo y a melocotón.

Alberto sintió crecer el deseo en su interior y se atrevió, con movimientos torpes, a rodear con los brazos a aquella mujer que le estaba redescubriendo caminos que él ni se había planteado la posibilidad de volver a recorrer. Le subió la mano derecha por la espalda hasta llegar al cuello y la nuca, cubiertos por largos mechones rizados que se espesaban cuanto más cerca de la piel y que invitaban a hundir los dedos en ellos.

La mano izquierda había descendido por la columna, y no se detuvo cuando ya no quedaba espalda por recorrer.

Rosa había empezado a acelerar la respiración. Su lengua se movía ahora con vigor, y sus labios mordían. Había agarrado la cabeza de Alberto y la atraía hacia sí, como si de ese modo sus besos fueran a llegar más adentro. Sentía que aquel hombre necesitaba que volvieran a enseñarle a amar, y en su interior aquella novedad le motivaba. Era como volver al primer beso, a la primera noche de exploración y descubrimiento. La excitación crecía en ella.

También en él. Se dejaba llevar, hasta que su mente traicionera lo trasladó a tantas noches como aquella, de caricias, besos apasionados y sexo delicioso junto a María, la mujer de su vida.

De repente se sintió extraño y terriblemente incómodo. Él no podía ser aquel tipo en brazos de otra mujer. Estaba traicionando a María. “No hagas caso. Ella es el pasado. Se fue y tienes derecho a rehacer tu vida”. Pero aquella voz apenas era ya audible.

Antes de que él dijera nada Rosa se había apartado y volvía a escrutar su mirada avergonzada y reveladora.

—Lo siento… —balbuceó Alberto.

—Sin duda, esa mujer dejó huella en ti. No sé qué pasó, pero no te preocupes, uno no puede vencer a sus sentimientos sólo con un

par de vasos de vino, aunque sea del Bierzo.

Rosa le pasó una mano cariñosa por la cabeza. Jugaba con un mechón rebelde que se resistía a quedarse detrás de la oreja.

—Aunque no te lo creas, una parte de mí te envidia —añadió, con la mirada perdida en los dedos que jugaban con el pelo de Alberto.

Él se sentía arropado por semejante muestra de comprensión. De hecho, había evitado que huyera de allí para refugiarse en la autocompasión.

—Yo nunca he amado a nadie de verdad ni me he sentido amada —continuó—. Nunca he conocido a nadie que valiera la pena amar. Sé que tú sí has experimentado ese amor y veo lo difícil que es superarlo. —Hizo una pausa de un par de segundos—. ¿Compensa lo vivido el sufrimiento posterior?

Alberto supo que se lo preguntaba de verdad, que esperaba una respuesta. Por primera vez, Rosa le pareció una persona vulnerable, y aunque los fantasmas del pasado habían vuelto, aquella reacción tan humana le devolvió la serenidad necesaria para darse cuenta de que su dolor era el síntoma de una vida que había sido feliz y plena. No todo el mundo podía presumir de algo así.

—Hay días que me pregunto si tiene sentido levantarse, que me duele tanto el pecho que estoy convencido de que voy a morir, y no me parece tan mala perspectiva… Pero también hay momentos de buenos recuerdos. Me estoy dando cuenta de que las mañanas difíciles cada vez se espacian más en el tiempo, mientras que los buenos recuerdos van ganando presencia y me noto con fuerzas para generar nuevos. No sé si compensa. La verdad es que no creo que nada compense tanto sufrimiento.

Dudó sobre si ser más explícito, y decidió callar. Rosa aceptó su respuesta, y lo besó en la mejilla con dulzura.

—Es hora de dormir.

Se levantó y empezó a alejarse hacia la casa, sin dejar de girar la cabeza para mirar a Alberto, que permanecía sentado. Íñigo, que había estado dormitando, se incorporó de un salto y fue junto a su dueña.

—Me alegro de haberte conocido. Gracias por este rato bajo las estrellas.

Alberto no dijo nada. Simplemente la siguió con la mirada hasta que entró en la casa. Desde la puerta ella se despidió con la mano y le dedicó una última sonrisa que no ocultaba una pizca de decepción.

Alberto pensó que era una mujer extraordinaria. “Y tanto que lo

es. Y tú eres un gilipollas”.

35. El viaje a alguna parte

Tras los primeros días en La Cueta, y después de haber recorrido los alrededores, a Alberto le apetecía reflejar de alguna manera las impresiones que le causaban los preciosos lugares que estaba descubriendo. Así que optó por ampliar el enfoque de su blog. Ya no escribiría sólo sobre sus sensaciones. Por fin le puso nombre: 'El viaje a alguna parte'; ilustró la cabecera con una bonita foto de La Cueta; y rellenó la página 'Sobre mí' con una breve declaración de intenciones: "La vida me ha llevado a tratar de descubrir si vale la pena vivirla, y mientras lo investigo dejo en este rincón retales de lo que voy encontrando por el camino".

Lo actualizaba casi a diario, con fotos de las rutas que hacía acompañadas de alguna reflexión. Lorena lo felicitó por aquel cambio de actitud. "Recorrer el camino es el mejor síntoma de que vale la pena", le dejó como respuesta a su texto de presentación.

Empezaron a visitarlo otros blogueros, atraídos por los bonitos paisajes de Babia y las breves pero profundas reflexiones que complementaban a las imágenes. A Alberto le sorprendió, aunque interiormente tuvo que reconocer que le gustaba aquel súbito aumento de notoriedad anónima. Lo que seguía sin pasársele por la cabeza era revelar su identidad.

Aquella mañana se había levantado más temprano que de costumbre. Lo que sucedió, o más bien no sucedió, la noche anterior, apenas le había dejado dormir, así que en cuanto amaneció saltó de la cama, se vistió, se lavó la cara, agarró la pequeña libreta y el boli que guardaba en la funda del ordenador portátil, y salió a la calle, donde lo recibió el revitalizante frío matutino de la alta montaña leonesa. Caminó ladera arriba, en busca de los primeros rayos de sol, que ya descendían por la colina, y se sentó a escribir en una roca plana con vistas a la aldea.

"Hola, María.

Anoche pensé en ti. Lo hago de vez en cuando, pero esta vez te colaste en mis pensamientos sin pedir permiso. Te echo de menos. Sería mentirme a mí mismo no reconocerlo. Echo de menos tu risa, tu pelo revuelto, tu aroma, tus besos. Echo de menos nuestras discusiones, tus enfados, tus reproches, las reconciliaciones en torno a una tableta de chocolate negro.

Te echo tanto de menos que me duele pensar en ti y, sobre todo, me duele la forma como te fuiste. Entonces no fui consciente de

cuánto me dolía, pero ahora sí. Ahora que noto que empiezo a ser una persona viva otra vez, que he dejado de ser un zombi, es cuando más siento el dolor por lo que pasó y cuando menos comprendo que me dejaras de la forma como lo hiciste.

Te tengo que pedir un favor. El último. Necesito que te vayas definitivamente. No puedo seguir adelante si tu recuerdo doloroso me visita a cada momento. Quiero avanzar, dejar atrás el pasado y ser capaz de construir nuevos recuerdos.

En esta aldea perdida tengo la oportunidad de empezar a hacerlo.

Ayer fue un día genial, el mejor desde que desperté en medio de la peor pesadilla que uno podría temer. Ayer me sentí vivo de nuevo, pero los recuerdos, tu recuerdo, me impidieron disfrutarlo.

Sé que es un camino largo, que nunca volveré a ser la persona que era, pero ayer tuve sensaciones que creía imposible recuperar y me sentí bien. Sentí que merezco esta segunda oportunidad, pero para aprovecharla necesito que tu recuerdo no sea más que eso, un recuerdo. Te pido que no me acoses, que no me impidas vivir. No sabes cuánto me duele escribirlo…"

—Vaya, resulta que no soy la única escritora por estos lares.

A Alberto le dio un vuelco el corazón. Instintivamente cerró la libreta y al levantar la vista sintió que perdía el control. Los nervios se apoderaron de él hasta el punto de no dejarle responder. Era como si lo hubieran pillado con las manos en la masa.

Rosa lo miraba, divertida, pero también algo desconcertada.

—Parece que hayas visto un fantasma. Perdona si te he asustado, no era mi intención.

Alberto logró controlarse por fin y devolver a su sitio al corazón, que amenazaba con salírsele por la boca.

—No…, no pasa nada. Es que no esperaba que nadie me encontrara aquí. Estaba tan absorto en mis pensamientos que…

Hizo una mueca extraña, que pretendía ser una sonrisa de complicidad. Rosa continuaba sonriendo, aunque se sentía culpable por haberle hecho pasar aquel mal trago.

—Siempre que puedo me levanto temprano para pasear con Íñigo. Cuando te he visto aquí sentado, libreta en mano, no he podido reprimir la tentación de rememorar nuestro primer encuentro.

Íñigo ya se había acercado a saludar al humano que tantas atenciones le había dispensado el día anterior. Alberto por fin se relajó, todo lo posible teniendo en cuenta el efecto que aquella mujer causaba en él.

—¿Quieres sentarte? —la invitó, golpeando con la palma de la mano sobre la roca, justo a su izquierda. Esta vez la sonrisa sí transmitía complicidad.

—Muchas gracias. Es usted muy amable. —Rosa miró entonces la libreta—. ¿Y qué escribes?

—Na… nada. —Volvía a estar absurdamente nervioso, como si ella pudiera leer a través del cuaderno cerrado—. No te preocupes, no te voy a hacer la competencia.

—Entiendo. Pensamientos secretos. Puedes estar tranquilo, que aunque me guste imaginar las vidas de los demás no soy chafardera.

A Alberto se le pasó por la cabeza hablarle del blog, pero desechó la idea de forma inmediata. Rosa lo miraba a los ojos, de la manera intensa y directa que a Alberto ya le resultaba familiar. Pero en esta ocasión no sonreía. Le sorprendió percibir en aquellos ojos marrones siempre risueños una pincelada de tristeza.

—Esta tarde, después de comer, me voy —anunció.

Aunque los rayos de sol ya bañaban la roca y la temperatura había subido hasta niveles muy agradables, a Alberto lo invadió un frío polar. Aquellas palabras le dolían intensamente.

—¿Tan pronto? No será por lo que pasó…

—No, no tiene nada que ver con lo de anoche.

Rosa volvió a acariciar la cara desolada de Alberto, como lo había hecho sólo unas horas antes.

—Tengo que seguir mi viaje. Aunque no lo parezca, estoy trabajando. He de acabar de escribir el libro y aún me faltan varios lugares por visitar.

—Te echaré de menos.

Las palabras surgieron solas. Ahora la mirada intensa y directa era la de él. Pensó que no se había dado cuenta de lo realmente guapa que era hasta que los rayos de sol no habían acabado de pintarle la cara, de colocar cada peca deliciosa en su sitio, y de colorear con mil matices su pelo. Alargó una mano para jugar con sus rizos, y así estuvieron unos segundos durante los cuales se paró el tiempo. El beso fue inevitable, pero esta vez, antes de que se encontraran sus lenguas, fue ella quien se apartó. Sentía algo extraño, una sensación hasta entonces desconocida, tan agradable como incómoda, que no quería que fuera en aumento. No quería echar de menos a nadie, no quería sentirse emocionalmente atada a nadie. Ella era una mujer independiente que vivía sólo el ahora.

—¿Nos vamos a desayunar? —propuso.

Alberto no entendía qué había pasado.

—Sí, claro, pero…

—Déjalo… Ha sido un error. —"¿Estás segura de eso?", oyó que le preguntaba una débil vocecilla interior.

El resto del día no volvieron a estar a solas. Rosa pasó buena parte del tiempo en su habitación, escribiendo, mientras Íñigo buscaba a Alberto para jugar. Irina se sumó a ellos. Entre lanzamiento y lanzamiento de palo estudiaba la expresión de él. Sabía que había pasado algo con la escritora simpática, pero prefirió no sacar el tema. Tampoco a ella le apetecía hablar de lo que sentía por Ana. En realidad, no lo acababa de tener claro. Así que pasaron el rato charlando sobre el perro, lo bonito que era el pueblo y otras cosas intrascendentes.

La comida fue agradable, animada como siempre por Pedro y su sobrina, con las intervenciones punzantes de Marga y las aportaciones de Rosa, que intentaba aparentar la misma espontaneidad de la velada, aunque en su interior se librara una batalla entre los sentimientos y la razón.

Después llegó el momento de la despedida. Rosa demostró lo buena huésped que era regalando un ejemplar de las aventuras de Nadia Montes a cada uno. No necesitaba hacerlo para ganarse unas simpatías que ya tenía. Pedro y Marga la invitaron a visitarlos siempre que quisiera.

—Acuérdate de hablar de La Cueta en tu próximo libro —insistió Pedro.

—Va, hijo, va, no seas pesado y deja a la muchacha tranquila, que ya sabe ella mejor que nadie sobre qué tiene que escribir.

—Descuidad, que La Cueta saldrá.

Repartió besos y abrazos, y se dio cuenta de que faltaba Alberto. En parte se sintió aliviada, pero, sobre todo, decepcionada, y cuando salió de la casa en busca del coche miraba hacia atrás, deseando encontrarlo. No esperaba verlo apoyado en el capó de su Seat León.

—Creías que ibas a escapar sin despedirte de mí —le regañó, burlón.

—Confieso que había llegado a creer que lo conseguiría —le contestó, de igual modo.

Íñigo corrió hacia él y le propinó un buen lengüetazo en la cara.

—Yo también te voy a echar de menos, amigo. —Miró entonces a Rosa—. No creo que vaya a encontrar nunca a nadie más simpático, dulce y cariñoso. No te olvidaré.

Ella sabía que no se refería al perro, pero no respondió. Se limitó a aguantarle aquella mirada que hablaba por sí sola. También la suya lo hacía, por mucho que ella le ordenara callar.

—Bueno, nos vamos.

Abrió la puerta trasera del coche para que entrara Íñigo. Cuando la cerró, y se dispuso a abrir la del conductor, Alberto se acercó.

—Me alegro de haberte conocido.

—Yo también.

Rosa apartó la mirada rápidamente, tomó asiento, y cerró la puerta. Alberto seguía allí cuando encendió el motor. Golpeó la ventanilla con los nudillos. Rosa la bajó. Alberto sostenía un papel doblado.

—Toma. Por si quieres leer lo que escribía.

Dudó un segundo antes de cogerlo, y en ese momento él se inclinó, metió la cabeza por el hueco y la besó en los labios, dulce y fugazmente.

—Buen viaje —le deseó antes de dar media vuelta y alejarse sin mirar atrás.

A Rosa le hervían el cerebro y el corazón. Desdobló la hoja y leyó: “elviajeaalgunaparte.wordpress.com”.

36. Las amantes

Ana estaba cada vez más obsesionada con Irina. Pensaba en ella a todas horas y empezaba a sentirse ahogada, incapaz de encontrar una salida, pues estaba convencida de que sus sentimientos no eran correspondidos. Era imposible. Quería que se le pasase, pero cada vez que la veía el pulso se le aceleraba de forma incontrolable.

Aquella tarde dejó que, como siempre que se sentía agobiada, los pies la guiaran a donde pudiera pensar con más claridad. No fue sorprendente, pues, que Irina diera con ella tan fácilmente.

—Si pretendías aislarte deberías ser menos previsible.

Sentada en "su" roca, la visita le hizo remover todo por dentro. Esta vez, sin embargo, Ana fue capaz de contestar.

—Ya ves, supongo que he acabado interiorizando la forma de ser de la gente de La Cueta. Somos animales de costumbres fijas, para lo bueno y para lo malo.

El corazón le latía a mil por hora. Notaba cómo le martilleaban las sienes y un calor creciente en la cara. Irina se sentó a su lado, en el mismo lugar donde ella se había sentado el día que se conocieron. Se iba a volver loca. Tragó saliva. En realidad sólo tragó aire, porque nunca antes había tenido la boca tan seca. ¿Qué pretendía aquella mujer que le estaba haciendo perder la cabeza? ¿Acaso quería martirizarla demostrándole que aun estando tan cerca era inaccesible? No podía disimular. El sentimiento que la abrasaba era demasiado doloroso como para pretender esconderlo. Necesitaba liberarse.

—Irina, tengo que… —Estaba temblando. Volvió a tragar aire y respiró hondo antes de continuar—. Quiero decirte que…

—Calla, déjalo.

Aquella reacción no la esperaba. Ana se quedó, una vez más, sin argumentos ante aquellos ojos implacables. Quedó a su merced y creyó que rompería a llorar como una niña asustada e indefensa. Pero Irina no dejó que se derrumbara:

—Mírame —ordenó en el tono más dulce que había empleado nunca.

Ana, impelida por una renacida chispa de esperanza, alzó una mirada tímida y avergonzada. Allí estaban, de nuevo, aquellos ojos sin cuya mirada estaba segura que acabaría perdiendo un trozo de su vida. Esta vez vio algo diferente en ellos. Además de tristeza y desesperanza vio dulzura. Aquellos tristes ojos verdes eran ahora

más bellos que nunca. Irina dijo algo más antes de que el tiempo se detuviera:

—Sólo quiero probar una cosa.

Posteriormente, Ana no recordaría aquellas palabras. Recordaría que Irina había dicho algo, pero no el qué. Sí recordaría, en cambio, con la misma exactitud que si lo hubiera grabado, el beso. Una y otra vez. Su mente se recrearía en aquel momento breve pero eterno, pero no sólo su mente, sino cada uno de los poros de su piel, aquella piel que se erizó de placer al sentir aquellos labios cálidos sobre los suyos, entusiasmados pero inexpertos y asustados a la vez, y que pareció desprenderse del cuerpo y levitar unos centímetros por encima cuando aquella lengua que le pareció que hervía se hizo espacio entre los labios para ir al encuentro de la suya, aún más inexperta y aterrada que los labios. Pero el miedo y la inexperiencia desaparecieron al instante y aquel primer beso fue el momento más feliz en la vida no sólo de Ana sino también de Irina. Para la desdichada campesina bielorrusa fue también el primer beso, el primero que dio por propia iniciativa y el primero que recibió de verdad, un beso cargado de amor y deseo, un beso tímido al principio, deliciosamente dulce, de los que vale la pena saborear.

Pero los besos no bastaban. Una vez abierto el tarro de las esencias, aquellos cuerpos jóvenes y hambrientos, que habían esperado tanto tiempo aquel momento, no se iban a conformar con un beso, por muy memorable que fuera. Se separaron un instante, lo justo para que Irina percibiera el deseo y el entusiasmo dibujados en los ojos de Ana, sensaciones muy parecidas a las que experimentaba, por vez primera, ella misma.

—Me ha gustado —le susurró—. No te puedes imaginar lo mucho que eso significa para mí.

Ana escuchaba hipnotizada. Irina podría haber dicho cualquier otra cosa y el efecto habría sido exactamente el mismo. Se habían besado, y había sido Irina quien había empezado. Sus ojos, sus labios, su cara y el cuerpo que la acompañaba, aquellas manos, su pecho…

En aquel momento su mundo se reducía a la mujer que estaba junto a ella. Un mundo tan pequeño y a la vez tan inabarcable. Le faltaban sentidos para procesar todas las sensaciones que aquella situación le producía. Irina, la enigmática forastera que había secuestrado su voluntad, se incorporó y le tendió una mano. Ana, sin poder ni querer apartar la mirada de aquellos ojos que la devoraban, la cogió y se dejó llevar. Si hubiera saltado al agua, ella la habría acompañado sin titubear. Pero no. Irina la guió hasta la

casa y antes de entrar le susurró al oído: “Llévame a un sitio tranquilo”. La simple cercanía de los labios le hizo vibrar de placer, y las palabras que, esta vez sí, escuchó con atención, le hicieron derretirse. Ana estaba fuera de sí, pero hizo un último ejercicio de autocontrol cuando entró en la casa. “Somos dos amigas que vamos a escuchar música y a hablar de nuestras cosas en mi habitación”, se dijo, como si pretendiera convencerse a sí misma.

—Hola, abuela. Siempre trabajando. ¿Por qué no sales a dar una vueltica y descansas un poco?

—Ay, mi niña. Pero si esto para mí no es trabajo. Cuidar de esta casa y de quienes la habitan es lo que he hecho toda la vida.

—A estas alturas ya no hay quien te cambie, ¿eh? —le dijo, depositando un amoroso beso en su mejilla—. Estamos en mi habitación. Si me necesitáis para algo me avisas.

—Anda, descuida. Vosotras pasadlo bien, que sois jóvenes.

Poco imaginaba Marga lo bien encaminadas que iban sus palabras.

Cuando entraron en la habitación todo lo que quedaba fuera de ella desapareció. Se entregaron al deseo en un juego sin reglas cuyo único objetivo era dar placer. Ana había fantaseado con la primera vez montones de veces, pero ni la más vívida de las fantasías podía compararse con el placer de la piel suave y caliente; de una lengua húmeda, ansiosa por explorar y hacer vibrar; de unas manos hambrientas por descubrir cada rincón de aquel cuerpo gemelo y, sin embargo, tan distinto; de unos ojos que la miraban a ella y sólo a ella, que le pedían más y que le prometían placer, placer y más placer. Porque Irina estaba entregada. Aquella joven deliciosa era su primera amante, la primera persona que quería que disfrutara del sexo y no que fuera un simple y sucio instrumento de desahogo.

Echó de menos su larga melena para acariciar con ella cada centímetro de la piel de Ana. Se conformó con hacerlo con las manos, con los labios, con la lengua, con los pezones. Ana jadeaba sin parar, como si en aquella habitación no hubiera aire suficiente para llenar unos pulmones que ahora respiraban deseo. Quería que Irina sintiera aquella misma felicidad, porque si la felicidad podía describirse mediante sensaciones, sin duda tenían que ser las que estaba experimentando en aquel momento. Y entonces Ana acariciaba, agarraba, lamía, frotaba, besaba, y su amante la apretaba contra sí más y más fuerte, como si de esa manera pudiera sentirla más cerca, más intensa, y saborear toda su esencia.

Por primera vez en la vida Irina estaba haciendo el amor. Por primera vez no se sentía violada. Por primera vez su vagina no

necesitaba lubricación artificial para hacer el dolor soportable. Por primera vez deseaba que unos dedos ajenos le acariciaran el clítoris, y cuando Ana lo hizo, despacio, con una delicadeza infinita, comprendió lo que era el placer.

Lo mismo sintió Ana, aunque el referente de aquellas sensaciones fuera tan distinto. Ana no lo tenía, más allá de las sesiones de sexo solitario que tan poco se parecían a aquello. Pero aun así, Ana había estado muchísimo más cerca del placer absoluto que ahora las poseía de lo que lo había estado Irina. En realidad, Irina, en sus cientos de experiencias sexuales sólo había sentido dolor e indiferencia. Aquel placer reparador era totalmente nuevo para ella. Y por primera vez deseó que aquellos dedos ajenos que la estaban volviendo loca la penetraran. Y cuando lo hicieron, explotó. Ambas explotaron, y sólo la música de Héroes del silencio que Ana había aprendido a disfrutar en los veranos de su adolescencia, y que en la casa estaban acostumbrados a que se escuchara mucho más allá de las paredes de su habitación, evitó que Marga pensara que aquellas dos jovencitas se habían vuelto locas, chillando de aquella manera.

37. Pistas

El inspector García tenía uno de sus infalibles pálpitos. Estaba seguro de que la pista era buena, así que se encaminó hacia aquel pequeño pueblo de la montaña leonesa convencido de que lo que encontraría sería decisivo para resolver el incidente en el área de servicio.

Los interrogatorios a los empleados de la cafetería y de la gasolinera le revelaron datos interesantes, como, por ejemplo, que a aquella hora de la madrugada solía haber movimiento por la llegada del autocar que cubría el trayecto entre Barcelona y León. Casi todos los días realizaba allí la última parada, cosa que aprovechaba la mayor parte del pasaje para ir al baño y tomar un café.

El siguiente paso, pues, fue contactar con la operadora de la línea, que enseguida le facilitó el contacto del chófer de aquella noche. La charla con él empezó de forma prometedora:

—¿Han encontrado ya al tipo que se dejó la maleta? Yo dije en la central que tenía que ser del hombre que acompañaba a la chica de la pesadilla. Después de la última parada juraría que no regresaron.

—¿La chica de la pesadilla?

—Sí. Comprenda que para mí es difícil controlar a todos los pasajeros, pero en éstos me fijé porque poco antes de parar la chica se despertó chillando. Parecía muy asustada… ¿Les ha pasado algo?

—No, no se preocupe. Lo que me está contando es muy interesante.

"A esto lo llamo yo colaboración policial". El chófer le aportó más datos útiles, como una descripción física, que la chica tenía aspecto y acento de algún país del Este, y que había subido sola en Logroño.

Nada más colgar volvió a visitar a Braulio, a ver si había logrado avances con las imágenes del vídeo de la gasolinera.

—Un día de estos te invito a cenar una buena mariscada —le dijo al comprobar que las descripciones que había obtenido del chófer se correspondían en un porcentaje muy alto con la más que razonablemente nítida foto que Braulio había extraído de la grabación.

—Si llevara la cuenta no te iba a dar el sueldo para pagarme mariscadas —respondió el sobreexplotado especialista informático.

—Ah, amigo, no sabes lo que te espera en el cielo. Dios es muy generoso con los buenos samaritanos, así que vas a tener marisco por toda la eternidad.

—Sí, ya… Anda, toma la foto y lárgate a salvar almas por ahí.

Y eso exactamente fue lo que se dispuso a hacer. Difundió la imagen, junto a un texto con la descripción más precisa que pudo obtener, por todas las redes de información policial con la esperanza de que algún compañero topara con ellos y previamente hubiera tenido en cuenta su alerta. “Demasiada casualidad, pero quizás el Señor desee que ocurra así”, pensó, con su habitual calma. Intuición, dedicación y calma. Eran los tres ingredientes básicos de su receta. Así que cuando desde la central le pasaron el parte del incidente en la montaña asturleonesa, con la descripción de la pareja que tan bien encajaba con lo que buscaba, no olvidó ser agradecido. “Bingo. Una vez más, gracias, Señor, por mostrarme el camino”.

38. La osa

La expedición emprendió la marcha antes del amanecer. Somiedo estaba cerca, pero después de aparcar el 4x4 tendrían que andar un buen trecho por la montaña hasta alcanzar los puestos de observación, todos ellos alejados de las rutas excursionistas.

Pedro iba al volante, y mientras conducía iba explicando a Alberto, sentado a su lado, los pormenores de la observación de la fauna salvaje. Ana e Irina dormitaban detrás. Ana, con la cabeza apoyada en el hombro de su… ¿amante? Sí, sin duda eran amantes, se sentía feliz, rememorando en modo de reproducción continua lo vivido la tarde anterior. A Irina se le había dulcificado el rostro, incluso sus ojos parecían menos tristes. Todavía no había empezado a pensar en las implicaciones que tendría en el futuro dejarse llevar por Ana. Se limitaba a sentir. Sentir… Aquello sí que era una novedad en su vida.

Las primeras luces de la mañana parecieron indicar a Pedro el momento de poner fin al trayecto motorizado. Cargaron con las mochilas y el equipo de observación y tomaron una senda apenas visible entre la maleza.

Caminaban en silencio. El sonido de la respiración y de las botas pisando piedras y hojarasca les servía de diapasón, marcando el ritmo pausado pero continuo de la ascensión. El aire aún frío del alba refrescaba los rostros y se clavaba en los pulmones, sensación que a Alberto le resultaba sanadora. Caminar por la montaña había sido una de sus aficiones favoritas, una más aplastada y enterrada por la tragedia.

Andaba, respiraba, y ahora también empezaba a notar el sudor en la espalda, y eso ocupaba sus pensamientos, junto con Rosa. No podía creer aún que se hubiera marchado de aquella manera, casi sin tiempo para empezar a conocerse. Tenía una sensación extraña. Por una parte estaba orgulloso por haberse dado cuenta de que era capaz de volver a sentirse atraído por una mujer, de volver a disfrutar de una compañía agradable. Pero también estaba triste. La echaba de menos y en parte se culpaba por no haber hecho lo suficiente para convencerla de que se quedara más tiempo.

Ella le había dicho que le gustaba, pero también se había asustado. ¿Era algo más que simple atracción física lo que había experimentado? En cualquier caso, él no había hecho todo lo posible por retenerla. Desde que se fue había consultado el blog a

todas horas, esperando su mensaje, aunque una parte de él estaba segura de que habría hecho una bola con el papel y lo habría tirado por la ventanilla.

Irina cerraba el grupo y sentía. Se sentía limpia, integrada en aquel escenario puro, libre como ella al fin de la mano perversa del hombre, acompañada por aquella joven tan pura como el paisaje, que a cada dos pasos se giraba para regalarle una de sus miradas cristalinas, repletas de felicidad e inocencia. No quería pensar en el futuro, no en aquel momento en que empezaba a vivir y a disfrutar de la libertad. No quería pensar en qué pasaría cuando se rompiera el hechizo, cuando Ana descubriera lo mucho que se había equivocado eligiéndola a ella. No quería pensar en ser sincera y honesta, en preguntarse a sí misma por sus sentimientos.

Quería disfrutar el momento, el frío en la cara y el dolor en los pies que le provocaban aquellas botas nuevas. Quería percibir la devoción de Ana. Un pensamiento egoísta, sí, pero que la hacía sentir única. Y quería saborear todas las sensaciones que le transmitía estar allí y saberse dueña de cada uno de los segundos de su tiempo.

Tras una hora larga de caminata Pedro se detuvo e indicó a sus acompañantes que aquél era el lugar desde el que intentarían observar a los osos:

—Debéis tener paciencia. Se desplazan por un territorio muy amplio, así que, aunque éste sea un buen sito para verlos, es perfectamente posible que tarden horas en aparecer o que no lo hagan. Esperemos que haya suerte. Para empezar, creo que estaréis todos de acuerdo en que es un buen momento para desayunar.

Antes de sacar los bocadillos, Pedro preparó el equipo, no fuera a ser que a los osos se les ocurriera exhibirse mientras reponían fuerzas.

El puesto de observación se encontraba en la vertiente norte de una montaña, parapetado tras dos grandes rocas desde donde manejar cámaras fotográficas, de vídeo y prismáticos sin temor a ahuyentar a los animales.

El sitio por el que en teoría debían pasar quedaba lejos, en la ladera de la montaña de enfrente, a unos 200 metros en línea recta, bastantes más en el caso de querer cubrir la distancia a pie, pues había que superar un barranco, el riachuelo que fluía abajo y el trecho de monte que separaba la distancia entre las aguas y la ruta que siguieran los plantígrados.

La mañana avanzaba despacio, pero ya había luz suficiente para ver con claridad lo que sucedía en la otra ladera, que el sol

empezaba a barrer de arriba abajo.

Alberto disfrutaba del paisaje a la vez que empezaba a invadirle la nostalgia. Se habían comido los bocatas de buen humor. Cuando acabaron, Pedro se instaló junto a las rocas y se acopló a los prismáticos mientras las chicas, algo apartadas, cuchicheaban y reían en voz baja. Alberto estaba algo sorprendido por el cambio de humor experimentado desde la noche anterior por Irina. Tenía la expresión más relajada y parecía haber abandonado el tono retador y cortante.

Mientras se dejaba llevar por la paz que le transmitían las montañas, María, otra vez ella, ocupó su pensamiento. Empezó a recordar las salidas por el Montseny, la Garrotxa y el Pirineo, cómo les gustaba recorrer los senderos, sentirse rodeados de naturaleza y disfrutar del paisaje cuando llegaban al final de la excursión, a menudo sentados el uno junto al otro. Volvía a notar el delicioso peso de la cabeza de ella apoyada sobre su hombro. María… Por mucho que pretendiera dejarla atrás, continuaba allí, y Alberto se preguntaba si el dolor de la tragedia podrían haberlo sobrellevado juntos. Quizás juntos habrían sabido encontrar las respuestas que a él se le escapaban. Su recuerdo lo mantenía atado al pasado. Aquello tenía que acabar.

Cómo habría disfrutado Eloy en aquel lugar, cómo se habría excitado ante la expectativa de descubrir osos en su hábitat. También él se coló en sus pensamientos. Lo vio abriendo camino, como hacía cuando era un enano de tres años y no dejaba que sus padres caminaran por delante. Lo vio preguntándole por cada una de las flores, insectos y animalillos que se iban encontrando, y escalando aquellas rocas que les servían de escondite.

Agitó la cabeza, como si así fuera a borrar aquellas imágenes perturbadoras, y justo en ese momento Pedro llamó la atención de todos: “Ahí están”, anunció en un susurro, con la emoción impresa en su rostro.

Cuando Alberto reaccionó las chicas ya se habían abalanzado sobre el puesto de observación.

—¿Dónde? —preguntó Irina.

Ana se había hecho con unos prismáticos y observaba, tan emocionada como si fuera la primera vez, a dos oseznos que jugaban revolcándose sobre la maleza mientras su madre avanzaba despacio guiándose por el olfato.

—Toma, Irina. —Ana le cedió los prismáticos—. Mira allí, justo a la izquierda de aquel arbolito.

—¡Los veo! —exclamó, provocando la mirada de reproche de

Pedro.

—No grites, que si nos oyen se irán —le susurró Ana, mientras dedicaba una mueca a su tío en demanda de comprensión.

—Ay, lo siento. Es que son tan bonitos…

Alberto opinaba exactamente lo mismo. Igual que la joven, era la primera vez que tenía la oportunidad de ver animales tan impresionantes como aquéllos en estado salvaje. Pedro le había dejado un telescopio y la sensación no tenía nada que ver con verlos en un zoo, donde pasaban la mayor parte del tiempo dormitando muertos de asco.

—¿Os habéis fijado en lo delgada que está la madre? —preguntó Pedro, que la había identificado como una de las hembras reproductoras nacida en la zona, que ya llevaba varias temporadas criando camadas—. Hace pocas semanas que han salido de la osera después de un largo invierno durante el que han nacido los cachorros. La han dejado prácticamente en los huesos.

—Es verdad, está delgadita —convino Irina, entusiasmada como no lo había estado nunca.

Ana, encargada de hacer las fotos, repartía su atención entre los plantígrados e Irina. También sentía entusiasmo, no sólo por la presencia de los animales. Tras unos minutos se acercó a Pedro, que iba tomando notas mientras grababa en vídeo a los osos, e intercambiaron algunas impresiones. Irina y Alberto no se despegaban de los artilugios de observación.

De repente la osa hizo un gesto muy extraño, como si algún objeto le hubiera impactado. Un segundo después escucharon una detonación.

—¡Hijos de puta! —maldijeron Pedro y Ana al unísono.

A Irina y Alberto les costó algunos segundos más entender que el animal había sido alcanzado por el disparo de un cazador furtivo.

Después de haber sido desplazada por el impacto, la osa se incorporó y salió corriendo con dificultades, pues el proyectil le había alcanzado en una de las patas traseras. Sus hijos intentaban seguirla, asustados, pero la madre lo estaba aún más, y huía despavorida, olvidando momentáneamente a sus oseznos. Corría enloquecida, tropezando a cada pocos pasos a causa de la herida.

Se escuchó una segunda detonación, y una tercera, pero un blanco en movimiento a aquella velocidad era muchísimo más difícil de alcanzar. Pedro ya estaba llamando a la Guardia Civil mientras intentaba localizar el origen de los disparos. Ana había salido corriendo montaña abajo, en un descenso casi suicida. Su tío sabía que nada la podría detener, así que después de gritarle una

vez, desistió. Irina salió tras ella. Alberto, en cambio, mantuvo la suficiente sangre fría para dejar el telescopio, coger unos prismáticos y empezar a barrer la ladera de enfrente de arriba abajo, seguro de que el maldito cazador acabaría apareciendo.

—¡Pedro, ahí está! ¡Míralo! ¡Será cabrón…!

Una figura solitaria armada con una escopeta iba ascendiendo por la montaña, hacia el lugar donde los oseznos se habían detenido, incapaces de comprender qué le había sucedido a su madre, que ya había desaparecido en el bosque. La llamaban desesperados.

—Me voy con las chicas —anunció Alberto, más preocupado por la reacción del furtivo cuando viera que lo perseguían, que por los osos.

En cuanto inició el descenso por la ladera el recuerdo del enfrentamiento en el área de servicio acudió a su mente. Volvía a tener la adrenalina a tope, el corazón desbocado y el golpeteo en las sienes. De nuevo hacía caso omiso al peligro que suponía plantar cara a un hombre armado. Por segunda vez en la vida se había puesto el traje de superhéroe para salvar a dos jóvenes indefensas. Alberto no conocía bien a Ana. Podía parecer la persona más dulce e inofensiva, pero cuando tocaban a "sus" osos se transformaba en una guerrera temible. Enseguida lo comprobaría.

La muchacha ya había atravesado el riachuelo de un salto y empezaba a ascender directamente hacia el furtivo. Irina la seguía a unos cincuenta metros, incapaz de mantener su ritmo endiablado. Ana se agachó, cogió una piedra y gritó:

—¡Eh, tú, cabronazo!

Pedro negaba con la cabeza mientras observaba la escena con la videocámara. Estaba realmente preocupado por cómo reaccionaría aquel tipo cuando se diera cuenta de que lo habían pillado con las manos en la masa. Vio cómo el grito de su sobrina lo pilló totalmente por sorpresa. Por un instante pareció dudar entre salir corriendo o dar la cara. A Pedro no le gustó nada que optara por la segunda opción. Giró en redondo con la escopeta apuntando a la osada impertinente.

—¡Qué, valiente! ¿Me vas a disparar como a la osa? ¿Y luego qué harás, cargarte también a los oseznos?

Ana podía llegar a ser muy inconsciente. La indignación había desplazado por completo a la prudencia, y en lugar de tratar de calmar la situación estaba a punto de atacar con una piedra a un hombre armado.

—No te metas donde no te llaman, niñata. Si das media vuelta y

te largas haré como que no te he visto.

El cazador había relajado algo el gesto al darse cuenta de quién era su oponente y ahora le dedicaba una desagradable sonrisa de desprecio que nadie podía ver, pues iba encapuchado. Desde aquel lugar se escuchaban perfectamente los gritos desesperados de los oseznos.

—Anda, chata, vuelve a casa con mamá.

El furtivo había cometido un grave error. A Ana le ponía enferma que la trataran como a una niña, pero más enferma aún le ponía asistir al sufrimiento de los animales a los que tanto amaba. Sólo un par de segundos después de haber reanudado la marcha el hombre sintió un impacto terrible en el hombro derecho, que le arrancó un alarido de dolor, le obligó a soltar la escopeta y a protegerse con la mano izquierda.

—¡Serás desgraciada! —exclamó con odio, el mismo que inundaban sus ojos cuando volvió a mirar a Ana.

Hizo amago de recuperar el arma, pero en aquel momento habían llegado junto a Ana Irina y Alberto. Irina la miraba fascinada.

—Con la próxima no seré tan benévola. Me encantaría abrirte la cabeza —le advirtió la joven, con otra piedra a punto para ser lanzada.

—Amigo, se ha metido usted en un buen lío —le dijo Alberto, y señaló a continuación hacia donde Pedro, que había decidido acercarse hacia el grupo, continuaba grabando.

El tipo, enrabiado, optó por recuperar la escopeta con la mano izquierda y huir del lugar. Pero lo que pasó a continuación no lo habría soñado ni en la peor de sus pesadillas. La osa herida surgió, enorme (ya no parecía tan delgada), de entre la maleza, profiriendo un rugido terrible que hizo morir de miedo a todos los presentes, sobre todo al furtivo, que no tuvo tiempo siquiera de asimilar que aquel animal furioso se estaba abalanzando sobre él con las fauces abiertas y la determinación en la mirada de aniquilar a quien se había atrevido a atacarla a ella y a sus hijos. El primer zarpazo le arrancó la capucha y lo hizo caer de boca, el segundo le destrozó la ropa, dejando al descubierto la espalda, donde se marcaban claramente unos surcos por los que empezaba a manar sangre. El hombre profería unos alaridos sobrecogedores.

—¡Sacádmela de encima! ¡Por favor, no quiero morir! ¡No quiero morir!

Estaba aterrado, encogido en el suelo, protegiéndose la cara con las manos. El siguiente ataque, sin embargo, no llegó. La osa notó

un molesto impacto en la cabeza. Había sido muy diferente del que unos minutos antes la había hecho enloquecer de dolor, pero igualmente desagradable. Otro.

—¡Eh, osa! ¡Déjalo! ¡Mira aquí!

Los gritos de Ana, a los que se habían unido Irina y Alberto, llamaron la atención del animal. Pedro, que estaba a punto de alcanzarlos, telefoneaba a emergencias para informar sobre el hombre herido. Ana lanzó una tercera pedrada contra la osa, que esta vez le alcanzó en el cuello. Gruñó sonoramente y enseñó a los intrusos unos dientes que invitaban a alejarse de allí cagando leches, pero la joven no se movía y seguía chillándole, ya con Pedro a su lado, cuyo cerebro trabajaba a pleno rendimiento buscando la manera de calmar la situación. Lamentó no haber cargado en el jeep el rifle con dardos sedantes. La única solución que se le ocurría era espantarla, pero ¿cómo? Estaba herida y se sentía en peligro, pero sobre todo sentía que estaban en peligro sus hijos.

Irina se ocultaba justo detrás de Ana, quien desde hacía cinco minutos se había convertido en la persona a la que más admiraba en el mundo. Se sentía absurdamente protegida. Alberto, por mucho traje de superhéroe que llevara puesto, se debatía entre mantenerse firme junto al resto de humanos, aunque le temblaran las piernas, o salir corriendo por donde había venido. Como si le hubiera leído los pensamientos, Pedro advirtió:

—No hagáis gestos bruscos y no se os ocurra salir corriendo. La situación es muy chunga, así que debemos intentar no empeorarla.

Aquello no tranquilizó a Alberto en absoluto. Tampoco a Irina, que, en cualquier caso, había decidido confiar su suerte a la de Ana.

En aquel momento sucedió algo que nadie había previsto y que supuso un alivio para todos. Los oseznos llegaron trotando ladera abajo, inmensamente felices por haber encontrado a su madre, cosa que definitivamente relajó al imponente animal. El instinto materno se impuso a la rabia y por un momento se olvidó del humano que temblaba en el suelo, apenas a un par de metros. Los oseznos reclamaban toda su atención. Se lanzaron sobre ella con la intención de no volverla a perder de vista jamás. Finalmente, se sentó, con los cachorros revolcándose sobre su regazo. La energía extra que le había otorgado la ira se estaba esfumando y empezó a notar los efectos debilitadores de la pérdida de sangre por el disparo.

Pedro vio la oportunidad de salir de allí, aunque antes habría que rescatar al furtivo. Empezó a desplazarse lentamente hacia la izquierda, sin dejar de mirar a los osos, e hizo una seña a sus

compañeros para que lo imitaran. En unos segundos que parecieron eternos el grupo llegó hasta el cuerpo aparentemente inconsciente. La osa no dejaba de vigilarlos, pero cada vez estaba más débil.

Pedro pensó que si seguía perdiendo sangre el animal acabaría muriendo. Esperaba que la patrulla del Seprona no tardara en llegar para trasladarla a un lugar adecuado donde extraerle el proyectil y curar la herida. También habría que capturar a los oseznos, que sin su madre tenían muy pocas probabilidades de sobrevivir. Odió a aquel desgraciado que acababa de destrozar una valiosísima familia de osos. Todas lo eran. Cada hembra capaz de sacar adelante una nueva camada suponía un éxito para la conservación de una especie lejos aún de poder ser considerada a salvo. Pero aquella osa tendría que ser trasladada a un centro de recuperación y sus cachorros, que acabarían siendo criados en cautividad, habría que ver si podrían ser reintroducidos en el hábitat salvaje. Con gusto habría abandonado al tipo a su suerte. “Espero que al menos le caiga un buen puro”, pensó, sin demasiada convicción.

Si la situación no era lo bastante delicada, a Ana, que le dolía en el alma contemplar el rápido debilitamiento de la osa, no se le ocurrió otra cosa que tratar de ponerle remedio. En uno de sus prontos poco racionales arrancó un buen pedazo de la ropa destrozada del cazador y se acercó al animal herido con determinación y su cara más dulce, sin duda muy dulce desde una perspectiva humana. A Pedro le saltaron de nuevo todas las alarmas.

—¡Anaaaaa! —exclamó sin gritar.

Pero a Ana no la iba a detener la preocupación de su tío. Alberto no podía creer lo que veía e Irina, boquiabierta, tuvo en ese momento la certeza de que estaba enamorada.

Aquella joven delgada y larguirucha, con cara de no haber roto un plato en la vida, pretendía taponar una herida de bala a un depredador salvaje que la doblaba en peso y que acababa de destrozar con la misma facilidad que a un muñeco a un hombre corpulento. Ella era consciente de que acercarse a una osa con crías constituía una de las mayores insensateces que se pueden cometer en la naturaleza, pero, sin embargo, era lo que estaba haciendo. Ana la miraba directamente a los ojos, como si de esa manera fuera a entender que sólo quería ayudarle. El animal apenas gruñía. Estaba cada vez más débil, y cuando la humana alargó una mano temblorosa y la posó suavemente sobre su cabeza, se sintió reconfortada. Tenía sueño, así que se tumbó de costado sobre la hierba. Ana le susurraba palabras dulces mientras los oseznos,

curiosos, la rodearon para ver qué estaba haciéndole a su madre. La joven amontonó la tela sobre la herida, que continuaba sangrando, y presionó con la intención de formar un tapón. A continuación, le hizo un gesto a su tío para que le acercara más pedazos de ropa con los que intentar practicar un torniquete.

La sangre había descendido desde la parte superior del muslo, empapando toda la pata, y llegando hasta el suelo. En el ratito que llevaba allí se había formado un charco considerable. Pedro llegó con más tiras de ropa, que ya había preparado para atar alrededor de la extremidad herida. Mientras lo hacía dedicaba miradas repletas de admiración a su sobrina, en quien la acumulación de emociones empezaba a minar su aparente entereza.

—Vamos a tener que separar a los oseznos de su madre, ¿verdad? —le preguntó, con las lágrimas cayendo desde su rostro al cuerpo relajado del mamífero, cuyo único movimiento era el que producía una respiración pesada.

Pedro asintió a la vez que acariciaba aquella cara que tanto adoraba. Quería a su sobrina como a su propia hija, pero además la quería como se quiere a los amigos de verdad. Un padre se habría enfadado muchísimo por aquella reacción insensata, pero un amigo sólo podía sentir la mayor de las admiraciones ante semejante derroche de amor y de coherencia.

Los oseznos, que miraban a Pedro con desconfianza, se ocultaban ahora detrás de Ana, como si hubieran deducido que ella les iba a ofrecer la protección que ahora su madre no podía. Los pobres no podían imaginar que el precio a pagar por la supervivencia iba a ser no volver a ver a su progenitora.

—El tipo ése parece que está bien. Tiene un arañazo feo en la espalda y otro en la cara más superficial. Yo diría que se ha desmayado de miedo, porque respira bien. ¿Lo despierto? —A Alberto le apetecía bastante propinarle un par de bofetadas.

—Yo esperaría a que llegue la patrulla. No me apasiona la perspectiva de tener que hablar con él —respondió Pedro.

Irina se acercó con cautela. Aunque la osa parecía tranquila y ya había aceptado que dos humanos la tocasen, no acababa de fiarse. En cualquier caso, la atracción que sentía por Ana superaba al respeto que le imponía el animal. Cuando llegó hasta ella se colocó detrás, lo que hizo que los oseznos recularan unos pasos, le lanzó los brazos alrededor del cuello y la besó en la cara, apretándose contra su espalda en un abrazo repleto de amor. Ana cerró los ojos de placer y sonrió, feliz.

Pedro se quedó de piedra. Su cerebro empezó a atar cabos.

Nunca le había hablado de chicos ni le había presentado a ningún amigo. En realidad, no era algo en lo que hubiera reparado con anterioridad. Ahora se daba cuenta de que Ana era una mujer, con las mismas necesidades emocionales que cualquier adulto. Para él siempre había sido la niña feliz que disfrutaba de las vacaciones junto a su tío y su abuela del pueblo. Pero era evidente que aquella niña había crecido y que no sólo pensaba en las montañas, en los osos, en pasarlo bien jugando con los huéspedes.

Pedro se alegró de presenciar aquel abrazo porque era evidente que a Ana le agradaba, pero por otro lado sintió inquietud por cómo reaccionaría Marga. Era una mujer tolerante, sociable y moderna. Debía serlo para ejercer de anfitriona en un establecimiento hostelero. Pero una cosa era ser tolerante y abierta con los huéspedes y otra con tu nieta. También pensó en los vecinos. No tenía nada claro que en una aldea como La Cueta recibieran con normalidad la convivencia con una pareja lesbiana. “No creo que a ellas eso les importe demasiado”, se dijo para cerrar el debate.

La reacción de Alberto fue menos madura y más egoísta. Ser consciente de que las dos jóvenes se querían supuso una sorpresa, pero sobre todo se sintió frustrado. Mientras él había dejado escapar su oportunidad con Rosa, quién sabe si tendría otra, Irina no había perdido el tiempo. Qué pronto había superado una vida terrible para entregarse a la primera jovencita que se le había cruzado en el camino. La envidiaba por ser capaz de sacudirse los fantasmas del pasado con aquella facilidad, y también se sentía excluido, como si Irina hubiera huido de su protección en busca de algo que le convenía más.

Estaba más solo que nunca. Su “misión” allí ya no tenía sentido. Había desperdiciado la ocasión de iniciar un nuevo camino e Irina ya no necesitaba su ayuda, así que tenía que volver a ocuparse de su vida real, tenía que ajustar cuentas de una vez con su pasado para encontrar su futuro.

La osa se había dormido. El tapón y el torniquete parecían haber funcionado, pero tanto Ana como Alberto sabían que se trataba de un apaño muy precario. Pedro se preguntaba cómo iban a trasladarla en aquellas condiciones, porque cargar con ella hasta un coche se le antojaba inviable.

Irina se había hecho amiga de los oseznos gracias al paquete de galletas que llevaba en la mochila. Las devoraban con fruición y a ella se le veía encantada. Alberto, en cambio, esperaba sentado en una piedra junto al furtivo, que ya llevaba un buen rato inconsciente.

Pedro se disponía a llamar de nuevo a emergencias cuando le llegó a los oídos el inconfundible sonido de un helicóptero. Inmediatamente lo vieron aparecer por encima de la montaña donde se habían instalado un par de horas antes. Hicieron señas y gritaron a pleno pulmón, y un momento después lo tenían sobre la cabeza.

Los oseznos huyeron despavoridos a esconderse en el bosque. El cazador despertó sobresaltado por el ruido y dolorido por los golpes y arañazos. Alberto lo invitó a mantenerse en el suelo mientras dos agentes del Servicio de Protección de la Naturaleza descendían de un salto. El helicóptero no podía aterrizar allí, así que se elevó de nuevo a la espera de instrucciones.

Pedro les informó de la situación, y al comprobar el grave estado de salud del animal convinieron que lo más urgente era trasladarlo al hospital veterinario, a Oviedo. Ana lo acompañaría.

Otro helicóptero, que ya aparecía, llevaría al cazador furtivo a un hospital. Los demás tendrían que desplazarse al puesto de la Guardia Civil de Pola de Somiedo para poner la denuncia.

En cuanto a los oseznos, se haría cargo de ellos otra patrulla que se acercaba por carretera. Los pequeños no podían creer que se llevaran a su madre en aquel aparato infernal. Mientras la izaban la llamaban desesperados desde la linde del bosque.

39. La charla

Irina no quería entrar en el cuartel de la Guardia Civil. Sentía tanto desprecio por los cuerpos de seguridad como por Yuri y sus matones. Las veces que había acabado en comisaría no la habían tratado mejor que ellos. Era el precio que se cobraban los agentes corruptos por seguirle el juego al mafioso ruso.

Aquello había sido en Logroño, pero la joven temía el alcance de los tentáculos de Yuri.

—No voy a entrar ahí —le comunicó a Alberto—. No voy a correr el riesgo de que me reconozcan y…

—¿Quién te va a reconocer en un cuartelillo de mala muerte? —Alberto se sentía irritado.

—Me da igual, no voy a entrar.

—Pero si ni siquiera tenemos que hablar. Pedro se va a encargar de todo.

La tierna escena que habían protagonizado Irina y Ana había cambiado la percepción de Alberto. La reacción de la joven le parecía infantil. Ahora que la vida por fin empezaba a sonreírle, su trágico pasado había perdido importancia a ojos de él.

—Va, Irina, no seas cría.

Se arrepintió de sus palabras en el mismo instante de escucharse pronunciarlas, pero el malestar estúpido que sentía le impedía disculparse.

—Vete a la mierda —le escupió Irina con desprecio.

Pasó junto a él chocando a propósito contra su hombro, y entró en el cuartel. Se sentó en un banco que había junto a la puerta y revivió las veces que había hecho lo mismo en Logroño. Recordó las miradas llenas de deseo enfermizo que le dedicaban los “agentes del orden”. Algunos le guiñaban un ojo e incluso le dirigían gestos obscenos. Eran los que un rato después se cobrarían su recompensa en algún cuarto sin cámaras y sin ventanas.

—Señorita…, señorita.

La llamada del agente que estaba atendiendo a Pedro tras un pequeño mostrador la devolvió al presente. Alberto también había entrado, pero se quedó de pie junto a la puerta, en el lado opuesto al que ocupaba Irina.

—Vienen conmigo —intervino Pedro.

—¿Van a declarar?

—No creo que sea necesario. Los tres vimos lo mismo.

—De acuerdo.

El joven agente Sánchez estudió detenidamente a los dos acompañantes. Irina sonrió nerviosa e inmediatamente desvió la mirada. Alberto saludó con un gesto afirmativo.

Era un chico aplicado. Se tomaba muy en serio su trabajo, de modo que siempre estaba atento a los avisos que otros compañeros, tanto de la benemérita como del resto de cuerpos policiales, distribuían por los circuitos internos de comunicación.

Desde siempre había destacado por su capacidad para distinguir rasgos de la fisonomía humana y por una sorprendente facilidad para poner cara a las descripciones. Estaba seguro de que pronto, en cuanto dejaran de considerarlo un simple novato, apreciarían su habilidad para, entre otras cosas, trazar retratos robot.

Aquella misma mañana había releído el aviso de un inspector de León, que había emitido algunos días atrás, en el que agradecía la información que le pudieran facilitar sobre una pareja cuya descripción guardaba una más que razonable similitud con aquellos dos individuos. Rogaba la máxima discreción. Era muy importante que no se sintieran intimidados, y no debían ser retenidos.

El joven agente continuó redactando la denuncia y al acabar solicitó los nombres y el DNI de los acompañantes, por si el juez instructor consideraba necesario interrogarlos.

Alberto los facilitó sin problemas, pero Irina se excusó por no llevar el documento de identidad encima.

—Lo he olvidado en la casa, y me temo que no recuerdo el número —confesó con timidez.

Yuri le había proporcionado un DNI falso, a nombre de Svetlana Korstin, pero no tenía intención alguna de utilizarlo.

El agente no puso problemas. Siguió tecleando en el ordenador un email dirigido al inspector García, que, por supuesto, incluía la dirección de la casa de La Cueta. Cuando pulsó el botón de enviar acabó de completar la denuncia.

—Aquí tiene. Ya pueden marcharse, pero procure estar localizable para cuando se abran las diligencias.

El camino de regreso a La Cueta transcurrió en silencio. Irina estaba dolida por lo que le había dicho Alberto. “¿Cría yo? No tienes ni puñetera idea del infierno que he vivido. No he sido cría ni cuando debería haber tenido el derecho a serlo. No sé qué coño le pasa ahora a este tío. Claro, él es un ciudadano ejemplar, de los que creen que los polis los mantienen a salvo de los malos. Si alguna vez te hubieran obligado a chuparle la polla a uno de ellos ya veríamos lo que dirías”. Quería llegar a casa y abrazar a Ana, oler su aroma a

limpio y perderse en aquellos ojos dulces, ignorantes de la mezquindad que ensuciaba el mundo.

Alberto se debatía entre el arrepentimiento y el orgullo. Había sido muy injusto, pero ya había superado el punto en el que una disculpa habría tenido sentido, o al menos eso era lo que se decía a sí mismo para justificarse.

Llegaron a la aldea en el momento en que empezó a sonar el teléfono móvil de Pedro. Apagó el motor y contestó. Era Ana.

—Hola, sobrina. ¿Qué tal la osa?

—Pues no muy bien, pero no te llamo por eso. —El tono revelaba una mezcla de preocupación e indignación.

—¿Qué pasa? —Pedro se puso en alerta y sus dos acompañantes despertaron del ensimismamiento en que se habían refugiado durante todo el trayecto.

—El cabronazo del furtivo me ha denunciado y ahora estoy a punto de declarar. Me han preguntado si quería llamar a alguien y, la verdad, estoy un poco nerviosa.

—Está bien. No te preocupes. Enseguida voy. Pero no digas nada hasta que yo llegue.

Cuando Pedro colgó, Irina estaba ansiosa por saber qué pasaba.

—Tengo que ir a Oviedo a por Ana. Entrad en casa, comed algo y descansad. Ahora le digo a mi madre que os prepare la comida. No os preocupéis por nosotros, vendremos lo antes posible.

Irina quería acompañarlo, pero estaba claro que Pedro prefería ir solo. Alberto asintió, bajó del coche y siguió a aquel hombre al que siempre habían visto tranquilo, de buen humor y con una expresión recurrente a punto, lo que lo convertía en la persona más hospitalaria que había conocido. En aquel momento, sin embargo, en su rostro no había atisbo de sonrisa.

Pedro se disponía a abrir la puerta de la casa para avisar a Marga cuando la voz de Irina lo interrumpió.

—¿Está bien? —preguntó casi en un susurro, con mirada suplicante.

Pedro la miró y, al ser consciente de su preocupación, dulcificó la expresión.

—Sí, Irina, está bien. No te preocupes, en serio. En un rato estaremos de vuelta y cenaremos todos juntos.

Sintió alivio. Necesitaba escuchar aquello. Sonrió tímidamente y entró en la casa.

Al oír a los recién llegados, Marga salió enseguida a recibirlos.

—¡Hijo! Me tenías preocupada. Pensaba que vendríais a comer. Podrías haber llamado.

—Pero si nunca contestas —se defendió Pedro.

—Ay, hijo, no pongas excusas… ¿Y la niña? ¿Le ha pasado algo? —La cara de Marga había adquirido de golpe expresión de alarma.

—Es una larga historia, mamá. Ana está bien, tengo que ir a buscarla. Alberto, tranquilizad a mi madre, que yo me tengo que ir ya.

—Claro… —balbuceó un Alberto con pocas ganas de dar explicaciones.

—Ah, mamá, sírveles la comida, que deben de tener el estómago en los pies.

—Ay, hijo, un día me vais a matar del susto. ¿Tú no comes nada?

Pedro se hizo con una manzana del frutero y le propinó un mordisco a modo de respuesta.

—En un rato estamos aquí —se despidió.

Marga suspiró resignada y dedicó una mirada bondadosa a los huéspedes antes de dirigirse a la cocina, de donde salía el inconfundible sonido de la radio, compañera fiel de aquella mujer incombustible.

—Y así toda la vida. Santa paciencia. Id a asearos y sentaos a la mesa, que enseguida os traigo la comida. E id pensando qué me vais a contar sobre mi nieta.

Alberto volvía a sentirse intimidado por Irina, aunque esta vez además estaba avergonzado. No se atrevía a hablarle, y ella lo agradecía porque continuaba cabreada. Así que comieron en silencio, hasta que se les unió Marga.

—Está buenísimo —la felicitó Irina mientras devoraba el pastel de puerros.

—Gracias, maja. Si algo sé hacer bien en este mundo es cocinar. Menos mal, porque lo que es criar a mis hijos…

—No exagere, mujer.

—A ver, guapa. ¿Quién me va a contar qué ha pasado para que mi nieta no haya vuelto con vosotros?

Irina cruzó una mirada con Alberto, quien no fue capaz de aguantarla. No sabía a qué respondía tal cambio de actitud hacia ella, pero lo que le parecía más sorprendente era que renunciara a ofrecer la explicación que aquella mujer pedía.

La muchacha dedicó los siguientes minutos a relatar el incidente con el furtivo, procurando evitar las escenas de alto riesgo que había protagonizado Ana, y acabando con su marcha junto a la osa herida.

—Ay, esta niña, siempre pensando en los demás. Es demasiado

buena. Yo me alegro de que lo sea, pero a veces debería pensar un poquito más en sí misma.

Irina sintió una punzada de culpabilidad al escuchar aquellas palabras. Ella se había aprovechado en parte de su bondad. Ana era tan transparente como opaca era ella. En algún momento tendría que afrontar la verdad, ser honesta y hablarle de su pasado, pero de momento prefería no pensar en ello.

Alberto había permanecido en silencio, ajeno a la narración. Acabó de comer, se disculpó con un murmullo y se fue a descansar.

Irina y Marga continuaron charlando. La joven en esta ocasión sí disfrutó de la compañía y de la conversación que tanto le había molestado la noche de su llegada a la casa y que nuevamente giró en torno a la nieta ejemplar. También le habló de Leonor, la pequeña, la hija que Pedro sólo podía disfrutar en los periodos vacacionales. Le brillaban los ojos al referirse a ellas.

Cuando Marga se levantó para retomar las tareas habituales, Irina le ayudó a recoger la mesa y a continuación salió a disfrutar de la soleada tarde, con la esperanza de ver aparecer pronto el coche de Pedro. Mientras esperaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el murete que bordeaba la casa, se preparó un porro y se dispuso a fumarlo con toda la tranquilidad del mundo.

A los cinco minutos Alberto se sentó junto a ella. No lo esperaba, pero en lugar de ignorarlo le ofreció una calada, que él aceptó.

Había tenido tiempo para pensar, tumbado en la cama, y, ahora sí, había tomado una determinación: su tiempo en La Cueta había terminado. Había cumplido la "misión" que quién sabía quién le había impuesto y era el momento de proseguir su viaje. Pero antes debía hacer una última cosa. Intentarlo al menos.

—Perdóname, soy un cretino —dijo, mirando al frente, al tiempo que soltaba el humo por la boca.

Irina no contestó de forma inmediata. Alberto continuó.

—Llevo algunos meses siéndolo, desconfiando de todos, recluyéndome en mi desgracia, evitando la alegría en los rostros ajenos. Desde hace unos meses la vida es para mí una prueba demasiado dura, desagradable a menudo, una prueba que tengo que insistirme a mí mismo que es necesario superar. Y la verdad es que he hecho avances. He aprendido a convivir con el dolor y la incomprensión hacia un destino cruel y muy injusto. Quizás he superado lo peor, pero ello no significa que vuelva a ser el que era. No creo que nunca lo sea. Tengo que aprender a ser una persona diferente, que siempre va a ir cargando con una mochila muy pesada.

Irina escuchaba casi conteniendo el aliento. Habían acordado que no hablarían del pasado, pero allí estaba él, dejando salir a sus fantasmas.

—¿Por qué me lo cuentas? Acordamos que el pasado no importaba, que empezaríamos de cero. Lamento que hayas sufrido en la vida, pero no quiero saber qué te pasó. No voy a compadecerme de ti ni te voy a consolar. Yo ya he sufrido todo lo que puede soportar una persona y no quiero ni puedo cargar con la desgracia de nadie más.

Los dos hablaban y escuchaban sin mirarse.

—Tienes razón. Supongo que te lo cuento más por necesidad de escucharme decirlo en voz alta que por otra cosa. Pero no me he sentado a tu lado por eso —Alberto volvió a hacer una pausa. Irina miraba hacia la carretera, pendiente de la llegada de Pedro y Ana —. ¿Sabes? Es todo muy extraño. Yo tenía una vida muy normal, muy planificada, sin sorpresas ni sobresaltos. Creía que la mayoría de la gente tenía vidas muy parecidas, pero me he dado cuenta de que no existe un modelo de vida "normal". Cada persona es un mundo, pero acostumbramos a estar tan ensimismados que no percibimos la variedad que nos rodea.

A Irina aquella palabrería pseudofilosófica le repateaba bastante. Continuaba molesta con Alberto y no estaba dispuesta a pasar del desprecio a la complicidad como si no hubiera ocurrido nada.

—Te aseguro que nunca he creído que mi vida fuera "normal". En mi mundo sólo había hijos de puta y pobres desgraciadas, algunas también muy hijas de puta, por cierto.

—Veo que no me estoy sabiendo explicar.

Alberto giró la cabeza y por primera vez buscó la mirada de Irina.

—Te gusta Ana, ¿verdad? —A Irina le sorprendió aquel súbito cambio de tema y se puso alerta por lo que pudiera venir—. Me alegro de veras. Esta mañana me ha sorprendido veros y me he sentido mal, peor de lo que suelo estar. Es absurdo, lo sé —se justificó ante la cara de desconcierto que tenía enfrente—. Me he sentido desplazado, incluso traicionado.

—¡Venga, hombre!

—Espera un momento antes de ponerme a parir. Sabía que no tenía derecho y que era una reacción infantil, pero sentía como si un miembro del club de las almas destrozadas lo abandonara de repente, dejando con un palmo de narices a los demás integrantes.

Irina escuchaba atónita.

—¿Sabes que estás peor de lo que crees? ¿Cómo se puede ser tan

retorcido?

—Lo sé. Me jodió mucho que se marchara Rosa.

Aunque no lo habían hablado, Irina sabía que había habido algo entre ellos. Lamentaba que no hubiera salido bien. Alberto calló unos segundos; pensaba en la escritora.

—Me dijo que yo le gustaba, pero la dejé ir sin saber qué hacer. Los recuerdos me paralizaron. —No creía que haberle escrito la dirección de su blog sirviera para nada.

—Lo siento. —Irina no estaba nada acostumbrada a pronunciar aquellas palabras, pero lo hizo de forma sincera.

—Gracias. —Alberto la miró y le dedicó un amago de sonrisa—. No te preocupes, he recapacitado. He asumido que encontrarme contigo debía tener algún propósito.

—Bah, no me digas que ahora me vas a soltar un rollo religioso. Ahórratelo porque no creo en el destino, ni en dioses, ni en ángeles, santos o lo que sea que se te esté pasando por la cabeza.

—Déjame acabar y luego si quieres me mandas a tomar viento.

Irina volvió a mirar al frente mientras aspiraba aquel humo rancio y Alberto retomó el hilo.

—Lo que quiero decir es que desde que inicié este viaje cada persona y cada circunstancia que me he encontrado han ido dejando huella en mí. Ahora sé que tengo que seguir adelante.

Irina lo miró, pero aquellos ojos verdes ya no imploraban ayuda, ya no necesitaban protección. Alberto tenía una cosa más que decir, y sabía que a ella no le iba a gustar.

—Pero antes de cerrar esta etapa del trayecto me queda hacer una cosa. —Tomó aire y sostuvo la mirada expectante de la joven —. Necesito liberar mi conciencia de lo que pasó en el área de servicio.

Irina sospechaba cómo iba a acabar aquello y comenzó a negar lentamente con la cabeza.

—Tengo que acudir a la policía. No puedo cargar con el peso de un crimen, ni aunque aquel tipo fuera el mayor hijo de puta de la historia.

Irina no quería oír hablar de policía.

—Sabes que no puedo hacer eso. No me lo pidas porque sabes que si entro en la comisaría con una confesión así no volveré a ser libre. No te imaginas de lo que es capaz Yuri. De verdad, no tienes ni idea. —Hablaba con calma, con una frialdad que a Alberto le sobrecogía—. Ni con toda la protección policial estaríamos a salvo de él. No sabes lo que dices, Alberto. Eres un estúpido si crees que podemos ir a la poli para limpiar tu conciencia de ciudadano

ejemplar y salir de allí como si tal cosa. —La calma estaba cediendo ante el temor, que ya se reflejaba en sus ojos—. Te lo voy a decir muy clarito, para que lo entiendas de una vez: si vamos a la poli estamos muertos.

Dicho esto, Irina se incorporó, se puso la capucha de la sudadera, metió las manos en los bolsillos, donde tocó el objeto que durante varios días había llevado atado en el muslo, y se largó de allí dando largas y pesadas zancadas. Con cada paso parecía que iba a agujerear el suelo. Alberto se quedó inmóvil, procesando las palabras que acababa de oír, con la sensación creciente de ser un estúpido ingenuo e ignorante.

40. La emboscada

Aquel era el momento que había estado esperando. Irina había tomado el camino que se alejaba de la aldea y discurría paralelo al río. Yuri mandó a los dos matones que lo acompañaban para que, acercándose campo a través, la adelantaran para cortarle el paso cuando él entrara en acción. “Por fin te tengo, mi pequeña niña asustada”, se dijo, saboreando cada una de las palabras mientras también él se ponía en marcha. Sonreía, imaginando la expresión de Irina cuando descubriera, horrorizada, que no tenía escapatoria.

Aunque no era eso lo único en lo que pensaba. Junto a la sed de venganza, a la voluntad de infligir el merecido castigo, luchaba por aflorar un sentimiento que Yuri se empeñaba en mantener enterrado. La realidad era que no sólo quería ver la expresión de horror en el rostro de Irina, sino también contemplar aquellos ojos hipnóticos y su larga melena rubia una vez más. Irina le pertenecía.

El criminal ruso se engañaba a sí mismo, porque sabía que lo que sentía por la joven rebelde no era simple rencor. Debía morir, no había alternativa, pero no porque lo hubiera desafiado, sino por haber traicionado los sentimientos de su amo. Yuri jamás lo reconocería, pero lo que le hacía sentir tan mal, lo que bombeaba aquel odio desde su interior, era la certeza de que ella jamás correspondería al deseo que le provocaba.

Al mismo tiempo llegaba a La Cueta el viejo Renault Mégane azul que conducía el inspector García. Aparcó junto a la iglesia y entró en la taberna de Luis a preguntar por la casa de Pedro Antón. Dos minutos después daba con ella. Había un hombre sentado en el exterior.

—Buenas tardes, ¿es usted el dueño de la casa?

Alberto se sobresaltó. Estaba absorto en sus pensamientos y no había reparado en el visitante hasta que le habló.

—¿Eh…? No, no, sólo soy un huésped.

—¿Sabe si está dentro?

—No está, pero espero que vuelva en un rato.

—Vaya… —García valoró la posibilidad de que aquel fuera el hombre que buscaba, pero quizás hubiera más huéspedes y pretendía ser muy discreto—. Gracias, creo que daré un paseo por aquí mientras espero a que llegue. Esto es muy bonito.

—Sí, mucho.

Alberto se fijó en el aspecto elegante del recién llegado. Era

educado, iba impecablemente vestido y se movía de forma pausada, haciendo gala de una gran seguridad. Daba la impresión de tener mucha confianza en sí mismo.

La intuición le decía a García que allí encontraría lo que andaba buscando. Faltaban sólo unos minutos para que descubriera que si aquella tarde había conducido hasta una aldea remota de la comarca de Babia era porque el Señor, una vez más, había guiado sus pasos.

García pasó junto a Alberto y tomó el camino por donde un rato antes se había ido Irina. Cuando doblaba la esquina, Alberto advirtió que se abría la americana y, durante una fracción de segundo, le pareció ver el destello de un objeto brillante que se le pasó por la cabeza que podía ser una pistola. "¿Será un poli?", se preguntó.

—¡Oiga!

No lo pensó antes de llamarlo. ¿Y si en vez de poli era un esbirro de Yuri? No, no tenía pinta de matón, pero ¿acaso sabía él la pinta que tienen los matones? Aparte, claro, del que había golpeado.

García giró sobre sí mismo y retrocedió unos pasos.

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarle?

Alberto dudaba, pero las ganas de que fuera un inspector de policía le pudieron.

—¿Es usted policía?

García titubeó. No quería llamar la atención ni asustar al que podía ser el hombre que buscaba, pero, por encima de todo, no podía mentir.

—¿Necesita usted a uno?

Alberto seguía dudando. "Si vamos a la poli, estamos muertos". Las palabras de Irina continuaban martilleándole el cerebro. "Pero ¿qué pasa si no vamos? ¿Qué pasa si seguimos como si no hubiera sucedido nada y un día aparece Yuri para cobrarse su venganza?". Decidió arriesgarse.

—Creo que sí —confesó en un murmullo. García se le acercó más.

—Soy el inspector García —se presentó, enseñándole la placa—. Si usted es quien creo que es hace bien confiando en mí.

Alberto suspiró aliviado y sintió que acababan de liberarlo de una pesadísima carga. Además, no había traicionado a Irina porque no había hecho falta acudir a la comisaría. El poli los había encontrado.

—Dígame, amigo: ¿ayudó usted hace dos semanas a una joven que estaba siendo atacada en un área de servicio cercana a León?

A Alberto no le pasó por alto que había dicho “ayudó”. El inspector estaba de su lado. Asintió tímidamente.

—De acuerdo. Otra cosa: ¿continúa la chica aquí, con usted?

Alberto asintió de nuevo.

—Estupendo. Soy un hombre afortunado. —“Gracias, Señor”, pensó mientras lo decía—. ¿Está ella en la casa?

—No, hace diez minutos que se fue por allí. Precisamente le estaba diciendo que teníamos que acudir a la policía, aunque, si le digo la verdad, a ella no le hace ninguna gracia. No ha tenido buenas experiencias en el pasado.

—Entiendo —convino el inspector, en cuya mente empezaba a configurarse una teoría bastante clara respecto a aquellas reticencias.

Un graznido persistente llamó la atención de los hombres. Procedía de la montaña que había al otro lado del Sil, donde Alberto se había sentado a escribir una mañana que ahora le parecía lejanísima, y hacia allá miraron.

—Un cuervo —dijo Alberto.

García ya no miraba al pájaro, sino a la figura que se desplazaba campo a través por la ladera. Fue entonces cuando tuvo la certeza de que Dios había sido el responsable de guiarlo hasta allí precisamente aquella tarde. El sol se ocultaba ya tras las montañas cuando tomó de nuevo el camino. Debía encontrar a la chica antes de que fuera demasiado tarde.

—Quédese aquí —ordenó.

—¿Qué pasa?

—Hágame caso, por favor.

Descartó pedir refuerzos. Era evidente que habían venido a por la chica, y si habían llegado antes que él —porque estaba seguro de que aquel tipo no iba solo— era porque alguien de dentro les pasaba la información. Pobres pecadores, aquellos policías corruptos que habían sucumbido a la codicia traicionando su sagrado deber con la sociedad. Dios todopoderoso no iba a perdonar un comportamiento tan deleznable. “Señor, una vez más, gracias por mostrarme el camino”.

El inspector emprendió la marcha a paso ligero sin apartar la vista de la figura que ya iniciaba el descenso hacia el camino.

Para conocer la historia personal del inspector García, lee ‘El detective piadoso’

41. La guerrera

Irina tenía la cabeza hecha un lío. Hasta entonces no se había planteado su futuro. Nunca lo había poseído, así que ahora que tenía que construir uno no sabía por dónde empezar. No se había planteado que sus decisiones podían influir en las vidas de otras personas y que quizás algunas de esas personas tuvieran puntos de vista distintos al suyo.

La joven no quería pensar en el incidente del área de servicio. Habría deseado que no hubiera ocurrido, no porque aquel desgraciado probablemente estuviera muerto, sino porque los remordimientos de conciencia de Alberto eran casi tan peligrosos para ella como que el propio Yuri acabara encontrándola.

¿Qué iba a hacer? Si Alberto acababa marchándose solo, tendría que tomar algunas decisiones, y seguiría en peligro, porque estaba segura de que Yuri no quedaría satisfecho hasta dar con ella.

Tenía que convencer a Alberto de que acudir a la policía era la peor idea posible, pero no podía impedir que se marchase. Tenía razón, quizás era lo mejor ahora que ella… "¿Ahora que qué?", se preguntó mentalmente. "¿Qué tienes con Ana? ¿Sois pareja acaso? ¿Quieres de veras seguir adelante con eso? ¿Y qué harás cuando tenga que regresar a Madrid? ¿La acompañarás? ¿Te quedarás aquí? ¿Y si te das cuenta de que en realidad no quieres estar con ella? ¿Y si es ella la que descubre que no quiere estar contigo?"

—Mierda —dijo en voz alta.

Pensar en todo aquello la hacía sentir prisionera de nuevo. No quería tener aquella sensación claustrofóbica. Ella sólo quería vivir.

Se había alejado por el camino mientras atardecía. Le gustaban las largas tardes de junio en la montaña. Aunque aún no era de noche, los grillos iniciaban su concierto diario y los pajarillos no cesaban en su exhibición cantora.

Vio una roca plana junto al sendero y se dirigió hacia ella para sentarse. Pero no llegó a hacerlo.

Sin comprender cómo habían llegado hasta allí, de repente se encontró frente a dos matones de Yuri que, satisfechos de la reacción de asombro que habían provocado en su rostro, sonreían de forma siniestra.

A Irina se le hundió el mundo bajo los pies. Instintivamente, dio media vuelta buscando una escapatoria, pero no llegó a girarse del todo. Yuri ya la estaba esperando y la agarró por la espalda,

colocando un cuchillo sobre su cuello, el mismo que había utilizado tantas veces antes para escarmentar a quien se atrevía a desafiarlo.

—Hola, preciosidad. Qué feliz encuentro, ¿verdad?

Las lágrimas silenciosas de impotencia y resignación que empezaron a descender por las mejillas de la joven fueron toda su respuesta.

—No llores, mi niña. Tu familia ha venido a buscarte. Es una pena que el encuentro no vaya a durar mucho. —Yuri le quitó la capucha y no ocultó la decepción que le causó lo que vio—. ¿Pero qué te has hecho? ¿Pretendías pasar desapercibida? —El mafioso hizo un claro gesto de desaprobación—. No sabes las ganas que tenía de acariciar esa melena una última vez…

Entonces la miró a los ojos, aquellos enormes ojos verdes que lloraban abiertos, aquellos ojos hipnóticos que habían recuperado en un instante toda la tristeza que habían ido perdiendo desde que se abrieron de par en par para devorar la belleza del lugar donde había disfrutado de su efímera libertad.

Yuri dudó un instante. Sintió un pellizco en el corazón que no tenía al pensar que no volvería a ver aquellos ojos abiertos. Irina advirtió la duda y eso le dio un minúsculo motivo para agarrarse a la vida.

Yuri sacudió la cabeza para sacarse aquel signo de debilidad de encima, pero entonces sintió una punzada en el costado izquierdo, un poco por encima de la cintura; profunda, sorprendente y dolorosa, que le obligó a soltar a su presa. No comprendía qué estaba ocurriendo, hasta que cruzó otra vez su mirada con la de Irina y percibió en sus ojos verdes un nuevo ingrediente: la tristeza, el miedo y la resignación quedaban ocultos tras un buen puñado de satisfacción, la misma que él sentía cada vez que infligía un castigo.

La veía moverse a cámara lenta. La tenía ahí mismo, al alcance de la mano. Se movía despacio y, sin embargo, se estaba alejando sin que él pudiera hacer nada por impedirlo.

Fueron sólo dos segundos, suficientes para que Irina abandonara la navaja hundida hasta el mango en el abdomen de quien le había llevado a odiar la vida, y saliera corriendo por donde había venido.

Los matones, que habían permanecido a la espera a unos metros de su amo vigilando el entorno, se dieron cuenta de la situación cuando la joven ya había tomado unos valiosos metros de ventaja, pero no salieron tras ella inmediatamente, pues la creciente mancha oscura que se abría paso en la camiseta blanca de Yuri provocó su alarma.

—¡Detenedla, idiotas! —rugió el ruso antes de dejarse caer al

suelo, sin poder creer aún haber sido tan estúpido.

Los matones se miraron un instante antes de lanzarse, pistola en mano, a por Irina, pero no llegaron a accionar el gatillo. Los certeros disparos del inspector García les destrozaron las rodillas, haciéndoles rugir de dolor y caer rodando por el barranco que acababa en las aguas del Sil.

Irina pasó corriendo junto a su salvador. Le dedicó una mirada interrogativa y a la vez agradecida, a la que el policía respondió con un leve asentimiento mientras caminaba hacia el lugar donde agonizaba aquel maldito asesino. La idea de no hacer nada por él empezó a resultarle atractiva, pero, como no podía ser de otra manera, el piadoso inspector la desechó enseguida.

42. La despedida

La mañana en que Alberto reemprendió su viaje lucía un sol radiante. El verano parecía querer augurarle un futuro cálido y luminoso, como cálida y luminosa era la despedida que sus amigos de La Cueta le regalaron.

Aquella mañana volvió a llorar, pero las lágrimas que derramó no tuvieron nada que ver con su tragedia personal. Fueron lágrimas tristes, sí, porque en el momento de la despedida se dio cuenta de cuánto apreciaba a aquella gente que lo había acogido con los brazos abiertos, a él y a la joven a la que un día todavía reciente salvó la vida.

Después de todo, iba a echar de menos a Irina, pero sobre todo lloraba de emoción, la que le producía ver a aquellas dos muchachas sonrientes, abrazadas por la cintura, felices de estar juntas y de saberse queridas por quienes las rodeaban.

Alberto seguía sufriendo. El pasado continuaba acosándolo, especialmente en la soledad de las noches, pero en el horizonte se vislumbraban los primeros rayos de sol. Reanudaba el viaje, triste por lo que dejaba en Babia, pero esperanzado por lo que le esperaba en el Bierzo.

“Hola, soy Rosa. Todavía estoy sobrecogida por lo que he leído. Llevo horas decidiendo si escribirte o no, y si hacerlo aquí o por email. Al final me he puesto a teclear y, si no me arrepiento antes de darle a publicar, sabrás que conservé el papel que me diste. Ahora lo entiendo. Me hago a la idea de lo difícil que debe ser todo para ti. Lo normal habría sido que olvidara el papelito, pero hay algo en ti que me hace querer saber más, descubrir si ese futuro del que me hablaste me resulta atractivo. Con todo lo que arrastras creo que tus avances son admirables. En fin, que si te apetece que volvamos a vernos, la editorial ha organizado una charla el día 17 en Ponferrada. Si todavía estás por la zona, me encantará verte allí”.

Hacía días que había recibido el comentario en su blog, cuando ya no lo esperaba. En realidad, nunca había albergado la esperanza real de que fuera a escribirle. Había perdido la cuenta de las veces que lo había leído. Buscó en Internet la charla y, efectivamente, el 17 de julio Rosa Carmona era la protagonista de un acto en el Castillo Templario de Ponferrada, donde hablaría de las novelas protagonizadas por Nadia Montes y avanzaría el contenido de la

que estaba escribiendo, ambientada en León.

Aún no había respondido, pero aquella mañana de *hastaluegos* en su mente se hacía espacio la sonrisa perenne de la escritora. Cuando subiera al autocar ya no podría dejar de pensar en ella.

También pensaría en Irina, en cómo había tenido que sufrir en unos pocos años infinitamente más de lo que lo harían la mayor parte de las personas a lo largo de toda su vida, y se sentiría orgulloso de ella por la forma como había vencido a su destino.

Sus ojos continuaban reflejando una inmensa tristeza, pero ahora aquel verde hermoso también contenía esperanza. Alberto estaba seguro de que Irina había ganado la injusta batalla que le había planteado la vida, y de que lograría ser feliz, todo lo feliz al menos que alguien con semejante pasado puede llegar a ser.

Ella no lo tenía tan claro. De hecho, el concepto felicidad no había cruzado aún por su mente. Continuaba teniendo la cabeza hecha un lío, intentando asimilar todo lo que le estaba ocurriendo.

De momento, sabía que quería estar junto a Ana en aquella casa. Sentía que lo que había entre ellas era bueno, que le hacía bien, como si fuera una poción mágica que la estuviera sanando del dolor permanente que había marcado su existencia.

No quería mirar más allá. No creía que hubiera otro lugar en el mundo donde la fueran a recibir mejor. A Marga, lejos de escandalizarle la revelación de su nieta, le emocionó saber que Irina era mucho más que una buena amiga.

—Sólo os voy a decir una cosa: sed sinceras la una con la otra. El amor es lo más bonito que hay en el mundo… si es sincero. A mí no me importan las habladurías ni los prejuicios de los demás. Lo único que me importa es que no os hagáis daño.

Y dicho esto, abrazó y besó a las muchachas.

Irina pensaba en las palabras de Marga. No quería herir a Ana, y por eso aquella misma noche, sentadas junto al río, le contó la verdad.

—¿Quieres saber quiénes eran los tíos que me atacaron?

—Unos malditos desgraciados. Yo flipo. Una ya no se siente segura ni en un pueblo tranquilo perdido en la montaña.

—Sí, son unos desgraciados, de eso no hay duda. Pero tengo que ser sincera contigo, tu abuela tiene razón.

—¿Qué quieres decir?

Irina tomó aire antes de responder.

—Me buscaban a mí.

La expresión de Ana denotaba desconcierto. Necesitaba más información y a Irina le resultaba muy doloroso hacer memoria.

—No imaginas cómo me cuesta explicarte esto. Ojalá pudiera borrar mi pasado chasqueando los dedos y empezar realmente de cero. Pero no es posible, y no me queda más remedio que darte una explicación. De lo contrario, lo que sea que hemos empezado a construir juntas se derrumbará sin remedio.

—Estás consiguiendo asustarme. Nunca me habías hablado así.

—Hazme caso si te digo que si te lo contara todo te asustaría muchísimo más. Pero no quiero preocuparte más de lo imprescindible, así que te voy a pedir que confíes en mí. Mi vida había sido horrible hasta llegar a este lugar y ya te digo que me encantaría olvidarla.

Ana era una de las personas más dulces y comprensivas del mundo. Irina estaba segura de ello. Era todo lo que no había encontrado en la maldita gente que se había cruzado en su vida. En su mirada había amor y la resolución de que nada de lo que pudiera contarle iba a cambiar sus sentimientos hacia ella. Así que Irina le explicó quién había sido, sin mentir, pero evitando los detalles escabrosos.

Al acabar, Ana la abrazó con cada una de las células de su organismo e Irina desahogó su alma como nunca antes había tenido la oportunidad de hacer. Sintió que expulsaba todo el dolor y la maldad que se habían acumulado en su interior durante años de inhumanidad, sintió que las lágrimas que brotaban de sus ojos eran como cascadas inmensas que arrastraban todo lo sucio que la contaminaba.

Ana, Marga, Pedro, Alberto… La lista de personas con las que sentirse agradecida había empezado a crecer muy rápido, teniendo en cuenta que había estado vacía durante veinte años. Había una persona más: el inspector García, un poli. Le había salvado la vida, pero no sólo eso, sino que se había encargado de hacer todo lo posible para que no le abrieran un procedimiento de expulsión por ser una inmigrante ilegal.

Alberto pudo liberar su conciencia del peso del remordimiento antes de marcharse. El inspector García le aseguró que saldría indemne del caso porque era evidente que su actuación había sido en auxilio de una persona en peligro y, además, el matón había sido asesinado en el hospital. Estaba seguro de que sería uno más de los muchos crímenes por los que acabaría pagando Yuri Tikhonenko.

Aquella mañana soleada del 14 de julio Pedro, Irina y Ana habían acompañado a Alberto y a su maleta recuperada a Villablino, donde tomaría el autocar que lo llevaría a Villafranca del Bierzo. Se había unido a la excursión Leonor, la siempre risueña

hija de Pedro, que ya llevaba unos días en La Cueta, donde pasaría el verano. Había inundado la casa de su energía incombustible. Su padre y su abuela estaban encantados. A sus ocho años mantenía en plenitud la inocencia infantil, pero estaba desarrollando un sentido del humor sorprendentemente cáustico para una criatura de su edad, lo que la convertía en el centro de atención de toda reunión.

Los días que compartió en la casa con ella, Alberto recordó a Eloy. Siempre que veía a un niño le sucedía, y le producía un dolor intenso pensar que nunca tendría la oportunidad de ver crecer a su hijo.

De todas formas, en aquel momento de despedida, de fundirse en abrazos sinceros con personas a las que sabía que echaría de menos porque se habían hecho un hueco por derecho propio en su vida, fue consciente de que había superado la prueba que cuando inició el viaje no sabía siquiera si quería pasar. Aquel momento de despedida le demostró que en su corazón volvía a haber espacio para otras personas, que era un órgano vivo, muy dañado, sí, pero en proceso de recuperación.

Alberto fue consciente de que, aunque más triste y menos apasionante, su nueva vida también podía llegar a valer la pena.

—Gracias por todo. Nunca olvidaré que fuiste la primera persona que me ayudó en la vida…, "tío".

Irina le guiñó, burlona, uno de aquellos maravillosos ojos verdes, que empezaban a verse enmarcados por una melena creciente de un rubio casi blanco. Se fundieron en un abrazo, Alberto sonrió y notó que los ojos se le humedecían con lágrimas de alegría.

Vida

43. Tomar las riendas

“Por fin he vuelto. Me tenéis que disculpar por haber estado desaparecida tantos días, pero es que últimamente me han pasado muchas cosas y he necesitado un poco de tiempo para asimilar los cambios.

La tercera impresión fue buena. Nunca pensé que pudiera congeniar con alguien tan diferente a mí.

Os tengo que hacer una confesión. El encuentro inesperado que tuve en Tenerife fue con el tipo que provocó que me echaran del trabajo en el aeropuerto. Es difícil de creer, pero prometo que es cierto.

Está tan forrado como sospechaba y es un cabrón, pero no tanto como creía. Tiene salvación.

Hablamos mucho, la noche que escribí el post anterior y los días siguientes. Se disculpó y me ofreció la posibilidad de incluirme en algún proceso de selección de las muchas empresas donde tiene contactos.

¿Sabéis qué? He estado toda la vida puteada, incluso cuando no era consciente de ello. Nunca he tenido enchufe en ningún sitio y se me ha quedado la misma cara de tonta que a la mayoría de los que leéis esto cuando he visto cómo un empleo que parecía hecho a mi medida se lo daban al enchufado de turno. He tenido que trabajar por cuatro duros, un montón de horas todos los días, para salir adelante. No os estoy contando nada que no sepáis por experiencia propia. Vivimos en un país de mierda donde el mérito que más se valora es tener buenos contactos.

Pues bien, yo por fin tengo uno buenísimo. Un tío forrado hasta las cejas, que nunca entenderé por qué ha entrado en mi vida, pero que, desde luego, me la está cambiando.

Hace tres días me hicieron una entrevista para un puesto administrativo en las oficinas de Barcelona de una importante empresa tecnológica. Mi “enchufe” me aseguró que lo único que iba a hacer por mí era conseguir que me incluyeran en el proceso de selección, así que, que me contratasen o no dependería de mis aptitudes. No sé si intercedió o no, si la entrevista y la prueba práctica (muy completita, por cierto) fueron un paripé, pero me da igual. Lo importante es que hoy ha sido mi primer día en mi nuevo trabajo. Por fin tengo un empleo digno, con un sueldo digno, unas condiciones laborales dignas, vacaciones y los fines de semana

libres para disfrutar de mi hijo y hacer lo que nos dé la gana.

Al final resulta que aquel incidente en el aeropuerto fue una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Ya no necesito ni quiero trabajar doce horas diarias, no necesito tres miniempleos para pagar las facturas. Voy a poder ir a buscar a mi hijo al cole y llevarlo al parque todas las tardes.

Estoy muy contenta. Sé que voy a hacer bien mi trabajo porque soy una buena profesional, algo oxidadilla, quizás, en la dinámica de una oficina, pero me voy a adaptar muy rápido.

Le voy a tener que dar las gracias a un tipo al que hace tres semanas me habría encantado escupir a la cara.

Quiero deciros una cosa más. Y es que cuando echo la vista atrás me doy cuenta de lo mucho que he crecido como persona. Ya hace tiempo que dejé de ser una mojigata con la personalidad anulada por un gilipollas del que me resulta incomprensible que llegara a enamorarme. Cuando se largó me convertí en una amargada en batalla constante contra el mundo, pero ya no. Ahora controlo las riendas de mi vida. He decidido pasarlo bien y aprovechar todas las oportunidades que se me presenten para sentirme una mujer poderosa. No sé explicar cómo ni por qué he experimentado esta evolución, pero sí sé que ahora siento que lo que sucede a mi alrededor depende de mí. Soy yo quien provoca los cambios, y ése es un poder inigualable".

44. Obsesión

Rossell pensaba en Lorena a todas horas. Lo había telefoneado para decirle que le habían dado el puesto.

—Enhorabuena. Estaba seguro de que lo conseguirías.

—Ah, entonces…

—No, no, yo no he hecho nada, te lo prometo. Simplemente envié tu currículum al departamento de personal, sin recomendación especial. Ya te dije que ése no es mi modo de actuar.

A Lorena le gustó oírlo. Por mucho que se repitiera a sí misma que se merecía el enchufe, era lo suficientemente orgullosa como para sentirse decepcionada por no lograr algo por sus propios medios.

—Me alegro de saberlo. De todas formas, quería darte las gracias.

—No hay de qué. —Dudó un instante.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí. Estaba pensando —se sentía estúpidamente nervioso— que me lo podrías agradecer en persona cenando conmigo esta noche.

Ahora era ella la que dudaba.

—¿Lorena?

—No he colgado, tranquilo. Estoy pensando la respuesta. Te digo algo en un rato, ¿vale?

Y ahí estaba, veinte minutos después, sentado en su lujoso despacho, con mil asuntos por resolver, pero pendiente sólo del móvil.

Acudían a su mente, una y otra vez, los ratos que habían compartido en Tenerife. Rossell había anulado viajes y reuniones para pasar tres días cerca de una mujer que empezaba a obsesionarlo. Cada minuto que compartía con ella quitada sentido a su vida "real". Se sentía a gusto paseando por la orilla de arenas negras, viendo reír a aquel niño, él, que no los soportaba. "¿Alguna vez fui yo como él? ¿Alguna vez me he reído por el placer de hacerlo y sin pensar en las consecuencias de mis actos?", se preguntaba mientras observaba a Raúl, que jugaba a escapar de las olas, y a su madre, que corría tras él, divertida.

Cada charla con Lorena alimentaba en Rossell el deseo de conocerla mejor, de pasar más tiempo junto a ella. La perspectiva

de regresar a su deshumanizado mundo de impostura, a aquella jungla despiadada donde sólo valía permanecer en lo más alto de la cadena trófica, le resultaba cada vez más desalentador. Estaba conociendo a una persona real, repleta de matices que lo maravillaban.

La sensación de incomodidad que le producía ser consciente de su inseguridad y plantearse tantas preguntas sobre su vida que nunca antes se le habían pasado por la cabeza, se había ido atenuando. El desconcierto y la inquietud habían ido dejando paso a la curiosidad y a plantearse si era posible vivir de otra manera.

El zumbido del móvil que anunciaba la entrada de un nuevo mensaje de *whatsapp* lo sacó de sus pensamientos.

"Ok. Cenamos juntos. Tú dirás."

La sonrisa de oreja a oreja se le dibujó sola. Miró la hora. Las cuatro. Apenas había picoteado de la bandeja de comida que le había traído su secretaria un par de horas antes, pero ahora no tenía hambre. Su cerebro estaba ocupado al cien por cien en planear la velada en Barcelona. Descolgó el teléfono de su mesa.

—Sara, anula todas las citas para esta tarde y resérvame el primer vuelo que salga para Barcelona.

—Señor, la entrevista con el ministro…

—He dicho todas las citas. Ya quedaré con el ministro otro día. Total, le quedan dos telediarios.

45. Villafranca del Bierzo

Alberto necesitó muy poco tiempo para darse cuenta de que Villafranca del Bierzo era un pueblo con encanto, como lo eran la mayor parte de los rincones de la comarca que le ponía apellido. Los lugareños paseaban con orgullo su militancia leonesa, aunque eran gentes sencillas y hospitalarias, acostumbradas a recibir visitantes, pues era parada obligada para los peregrinos que iban de camino a Santiago de Compostela.

Al llegar a Villafranca una de las primeras cosas que llamó su atención fue el goteo constante de caminantes y ciclistas que, cargados con mochilas, seguían la ruta marcada con la inconfundible concha amarilla sobre fondo azul. A principios de julio el Camino de Santiago empezaba a ser muy transitado. No tanto como lo sería el mes siguiente, pero sí lo bastante como para resultarle curioso a un recién llegado.

El turismo peregrino era uno de los sustentos de la economía local. Había varios edificios dedicados a la atención de quienes recorrían el Camino, como el antiguo hospital, que ahora hacía las funciones de albergue.

Aquella tarde Alberto se sentía bien, contento por haber llegado al fin al que había elegido como destino de su viaje. Se notaba ligero, como si hubiera soltado buena parte del lastre que tanto le había estado pesando. Echaría de menos a sus amigos de La Cueta, pero pensaba que para seguir avanzando debía cambiar de aires y relacionarse con otras personas ante las que poder mostrar la nueva versión de sí mismo.

El principal aliciente, lo que lo empujaba adelante, a querer recuperar la espontaneidad y el sentido del humor, era Rosa. Se verían muy pronto en Ponferrada. Tenía ganas de escucharla hablar de su trabajo, pero sobre todo quería calentarse el alma con su sonrisa.

Se dirigió a la Oficina de Turismo, en busca de consejo sobre dónde alojarse. Lo atendió una mujer de energía desbordante, dispuesta a que todo el que entrara por la puerta saliera de allí ardiendo en deseos de recorrer cada rincón del pueblo.

Alberto se acordó de la joven que lo atendió en Nájera, mucho menos efusiva pero igual de eficaz, y de su divertido novio.

Los días en Nájera le quedaban muy lejos, mucho más que el tiempo transcurrido desde que tomó el autocar en Logroño.

Salió del local con tres establecimientos apuntados y el compromiso de que asistiría a una de las visitas guiadas por la villa.

—El pueblo es pequeño y nos vamos a encontrar por la calle, así que no me vas a poder dar largas —lo "amenazó" la mujer.

Decidió probar suerte en el Hostal La Alameda, el primero de la lista, situado en la calle del Agua, que muy pronto descubriría que se trataba de la arteria principal del municipio.

Caminando entre casas señoriales con siglos de historia saludó a varios peregrinos, que apuraban los últimos metros que los separaban del albergue municipal, donde repondrían fuerzas para afrontar la etapa del día siguiente.

A poco más de 150 kilómetros de Santiago, Villafranca era el único sitio, aparte de la catedral de la plaza del Obradoiro, donde los peregrinos podían conseguir el reconocimiento a su proeza. En año santo los impedidos físicamente para continuar el viaje acudían a la Puerta del Perdón de la pequeña iglesia románica consagrada a Santiago, ubicada en la parte alta del pueblo, que era parada obligada para todos los que hacían el Camino.

Alberto entró en el hostal. La campanilla que colgaba del techo anunció su llegada al golpearla la puerta. Accedió a un pequeño recibidor con un mostrador, una silla apoyada contra la pared y una mesita repleta de folletos turísticos. En la pared de detrás del mostrador había colgado un cajón de madera compartimentado donde se depositaban las llaves de las habitaciones. No había nada más, salvo las decenas de fotos antiguas que decoraban las paredes. Alberto estaba absorto en su contemplación cuando apareció por la única puerta que daba acceso al interior un hombre de unos setenta años, que no ocultó la sorpresa de recibir a un visitante que no peregrinaba.

—¿Dónde se ha dejado el mochilón? —preguntó desenfadado, con un vozarrón que amenazaba con derrumbar las paredes.

"Está claro que en este pueblo la gente tiene energía para regalar", se dijo Alberto, que había dado un respingo.

—La mía es otra clase de peregrinación. Con una pequeña maleta de ruedas me basta —respondió, siguiendo el juego del hostelero.

—Muy bien, hombre. Aquí todo el mundo es bienvenido. —Extendió el brazo derecho y, con toda la naturalidad del mundo, le ofreció una mano grande y firme—. Celes, para servirle en lo que necesite.

El buen humor de aquel hombre era contagioso, aunque Alberto ya venía contagiado. Encajó la mano con decisión.

—Alberto. Encantado. Me envía la relaciones públicas que tiene en la Oficina de Turismo.

Celes rió con ganas. Era una de esas personas que, más que estar siempre de buen humor, no tenía problema alguno en exteriorizar su estado de ánimo.

—Lo dices en broma, pero resulta que la Matilde es mi hija —y volvió a estallar en una sonora carcajada.

Alberto también rió. Era imposible no hacerlo. En aquel momento decidió que iba a pasar una temporada en aquel lugar. Qué buena suerte estaba teniendo con los anfitriones. De repente, el hombre se puso muy serio.

—Eso sí, Alberto —redujo considerablemente el volumen—. Te tengo que pedir que no vayas diciendo por ahí que mi hija te ha mandado aquí, que luego me acusan de "enchufao".

Por un momento Alberto creyó que le hablaba en serio, pero los ojos azules que lo miraban mantenían la misma expresión divertida, y el guiño final despejó las dudas.

—Ay, amigo. La realidad es que si no fuera por los peregrinos y el turismo veraniego, este pueblo tan bonito estaría bien muerto. La dichosa crisis nos machaca a todos. Yo porque estoy jubilado, no pago alquiler ni hipoteca, y tener el hostal abierto es más una necesidad de distracción que un negocio, pero hay otros colegas que las están pasando putas. —Celes hablaba mientras buscaba la llave de la habitación y le pedía al huésped que lo siguiera—. Si mi hija te ha recomendado mi casa es porque ha visto que no eres un peregrino y vas solo. A las familias las envía a quienes necesitan cuadrar los números. Parece que julio ha empezado bien. Se ve más movimiento que otros años. A ver si es verdad.

Llegaron a la habitación tras subir dos tramos de escalera.

—Ya estamos. Te he adjudicado nuestra mejor suite —anunció ceremoniosamente, y volvió a reír mientras abría la puerta.

Alberto comprobó que era una habitación modesta, con lo imprescindible para disfrutar de una estancia cómoda. Los muebles eran de madera; la cama, grande; y el cuarto de baño, con ducha, estaba muy limpio. De las paredes colgaban tres cuadros con fotos antiguas, que ponían la nota diferencial.

—¿Es usted el fotógrafo? —preguntó Alberto, señalando a las imágenes.

—Mi mujer —respondió Celes con orgullo—. Estoy casado con una artista.

Aparte de las fotos, lo mejor era el pequeño balcón, desde el que se dominaba toda la calle y se disfrutaba de las vistas sobre los

tejados, con las montañas forradas de verde que asomaban. Alberto supo que iba a estar muy a gusto allí.

46. La cena

Rossell estaba nervioso. Parecía un adolescente en su primera cita. Sentado en uno de los reservados del restaurante del Hotel Arts aguardaba la llegada de Lorena consultando el reloj de forma compulsiva. Había perdido la cuenta de las veces que había salido a preguntar por ella. Ahora la esperaba junto a un gin tonic del que apenas quedaba el hielo. No había querido que la fuera a buscar.

—¿El Hotel Arts? Ya sé dónde está, no me voy a perder. Pero te advierto que es la última vez que dejo que me invites. Creo que ya puedo dar por saldada tu deuda.

El ejecutivo no acababa de acostumbrarse a tratar con una mujer tan independiente y directa. Se sentía magnetizado por ella, pero a la vez era la primera persona que lograba intimidarlo. La sensación de no controlar la situación era muy extraña, tan incómoda como estimulante.

Empezaba a pensar que o bien se había perdido o le había dado plantón, cuando Lorena hizo su aparición en el comedor exclusivo desenvolviéndose con la naturalidad propia de una clienta habitual.

—Menudo coñazo de metro. No sé qué narices pasaba, que hemos estado veinte minutos parados. Perdona que no te haya avisado, pero es que encima me he quedado sin batería en el móvil. Y cuando por fin llego les ha costado un "poquitín" aceptar que una mujer "normal" tuviera una cita aquí con toda una celebridad.

Lorena se acercó a Rossell y lo besó en las mejillas.

—Pues va a ser verdad que tienes el mundo a tus pies —sentenció en tono burlón.

Rossell parecía en estado catatónico. Quizás tuviera el mundo a sus pies, pero no estaba preparado para combatir lo que aquella mujer le provocaba. No podía apartar los ojos de ella. Estaba deslumbrante, con un precioso vestido corto de tirantes, muy ajustado, de un vivo color rojo. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, lo que dejaba al descubierto unos largos pendientes decorados con piedrecitas de colores que destellaban con el reflejo de la luz. No recordaba haberse sentido nunca tan impresionado.

—¿Qué te pasa? —Lorena por fin empezaba a entenderlo. Le gustaba sentirse admirada y sonrió—. ¿Te gusta el vestido? Eres un privilegiado; lo he comprado expresamente para la ocasión. ¿A que es mono?

Abrió los brazos y se exhibió con coquetería ante aquel hombre

que estaba a su merced. Le acudió a la mente la imagen de la mantis devorando a su amante y sonrió, traviesa.

Rossell carraspeó y pensó en una ducha fría para aliviar el calentón que llevaba encima. Por fin consiguió hablar, tratando de no parecer un adolescente gilipollas.

—Me dejas sin palabras. Reconozco que no estaba preparado para semejante espectáculo.

Lorena se sentía halagada. Hacía siglos que no experimentaba algo así. En realidad, no estaba segura de haberlo experimentado nunca. Lo más parecido había sido durante las vacaciones en Tenerife. Rossell se había portado muy bien con ella, pero había logrado controlar las reacciones que esa noche lo delataban. Verlo tan vulnerable a sus encantos la hacía sentir una jovencita juguetona.

Se sentó en la silla dispuesta al otro lado de la mesa redonda y extendió el brazo de forma teatral, ofreciéndole el dorso de la mano para que lo besara. “Me falta el guante de seda”, pensó, divertida.

La cena transcurrió entre risas, flirteos, anécdotas graciosas, bocados exquisitos y vino, mucho del mejor vino. Para cuando llegó el postre Rossell estaba devorando a su invitada con la mirada, ya de forma descarada, y a ella le brillaban los ojos y la piel bronceada, excitada ante la perspectiva de acabar la noche en la suite presidencial. ¿Cuánto hacía que no echaba un polvo? Técnicamente, casi dos años, pero tenía que remontarse algunos más para recordar un revolcón digno. Rossell no era el hombre de sus sueños. No lo encontraba especialmente atractivo, pero la deseaba y estaba haciendo todo lo posible por conquistarla. Era guapo, no lo podía negar. Después de un par de fresones con chocolate y algún traguito más de aquel vino exquisito, seguro que acabaría pareciéndole Brad Pitt.

Rossell se atrevió a besarla después de desear ser el fresón que ella acababa de morder. Lorena lo recibió de buen grado. Le gustó aquel beso dulce, aunque el sabor lo pusiera en realidad el chocolate. Rió, pícara, lo que animó a su pretendiente a atacar de nuevo. Entrelazaron las lenguas, la de ella celebrando el fin de la abstinencia y la de él vibrando de una emoción impropia para un hombre frío y calculador.

Unos minutos más tarde, en la suite presidencial del Hotel Arts, Lorena celebraría el fin de la abstinencia con todo su cuerpo y Rossell descubriría las sensaciones tan diferentes que proporciona el sexo cuando uno está enamorado.

47. La Alameda

La Alameda era un bonito parque romántico, repleto de flores de todos los colores y formas, cuyo principal atractivo patrimonial era la fuente renacentista traída desde el cercano Monasterio de Santa María de Carracedo, uno de los lugares que Celes y su hija habían recomendado visitar a Alberto. "Está en ruinas, pero es uno de esos sitios especiales donde se respira historia", le había dicho Matilde. Otro día lo haría. De momento, en su cabeza sólo había espacio para el encuentro del día siguiente con Rosa. Estaba ansioso por que llegara, pero como no podía acelerar el transcurso del tiempo, decidió pasar el día conociendo Villafranca. Se apuntó a una visita guiada y mientras esperaba a que empezara se sentó en un banco de La Alameda a leer.

Le quedaban unas pocas páginas para acabar *El viaje de Pau*, pero lo dejó muy pronto porque hubo algo que llamó su atención. Una mujer de pelo blanco armada con una cámara réflex se movía despacio por el parque, con la vista puesta en los jardines. De vez en cuando se acercaba la cámara a la cara, ajustaba el objetivo, y disparaba.

Enseguida relacionó a la mujer con las fotos que decoraban el hostal. Ella se dio cuenta de que la estaba observando y saludó levantando ligeramente la cámara al tiempo que asentía con la cabeza.

—¿Ha pasado buena noche?

La pregunta confirmó a Alberto que, efectivamente, se trataba de la mujer de Celes. Le llamó la atención el acento. Se fijó entonces en las facciones de la cara y llegó a la conclusión de que quizás fuera alemana u holandesa.

—Sí, he dormido muy a gusto. Usted debe ser la esposa de Celes. Me ha dicho que las fotos de las paredes son suyas.

—Es lo primero que cuenta a los huéspedes —sonrió—. Más que marido es mi manager.

—Es normal que esté orgulloso, porque las fotos son muy buenas.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

La mujer mostraba una sonrisa fresca y sincera.

—Tengo una duda.

—Dígame.

La fotógrafa se arrodilló junto a un lirio enorme, en cuyo gran

pistilo amarillo un abejorro recolectaba polen afanosamente.

—Muchas de las imágenes que he visto son antiguas, por lo menos de los años 60, e incluso anteriores. No me cuadra que las tomara usted.

La mujer se incorporó y miró a Alberto con expresión cómplice. Se le acercó.

—Es usted muy observador. Soy más vieja de lo que parece. El clima del Bierzo ayuda a que me conserve joven —dijo, sonriendo —, pero tiene razón, no todas las fotos son mías. Algunas las hizo mi madre.

La revelación descolocó a Alberto. Aquella mujer, aunque hablaba un castellano perfecto, tenía un marcado acento extranjero, pero si su madre ya vivía en el Bierzo cuando ella aún no había nacido… La mujer advirtió su desconcierto.

—Sigue sin cuadrarle, ¿verdad? Se pregunta que cómo puedo tener acento alemán si nací aquí.

Alberto no contestó, pero se moría de ganas por saberlo.

—La verdad es que nací en Alemania y no vine al Bierzo hasta los diecisiete años. Mis padres ya habían vivido aquí, por eso hay fotos tan antiguas en el hostal.

—Esa historia tiene que ser de lo más interesante, pero veo que ya hay gente preparada para empezar la visita y, si no aparezco, su hija es capaz de echarme del pueblo.

—¿Matilde? Tiene el genio de su padre, pero es un trozo de pan. Ambos lo son. Está enamorada de Villafranca y de todo León. Se le nota cuando hace de guía. Ya verá cómo le gusta.

Alberto se despidió y la fotógrafa retomó la búsqueda de imágenes que mereciera la pena inmortalizar. Las de esa mañana servirían para ilustrar una publicación sobre insectos alados. Aunque ya estaba jubilada, continuaba colaborando con algunas de las revistas y entidades con las que había trabajado durante tantos años. Igual que su madre, ella seguiría haciendo fotos hasta que muriera.

48. El reencuentro

Alberto llegó a Ponferrada con tiempo suficiente para visitar el famoso castillo templario. Celes, Helga —su mujer— y Matilde le habían asegurado que le encantaría, y no se habían equivocado. Las murallas, con sus características almenas, y la puerta de acceso, flanqueada por dos torres, transportaban al visitante a la época medieval.

El recinto había sido restaurado y tenía un aspecto impecable, pero lo que más le gustó fueron las partes que, aun estando en ruinas, conservaban la esencia original. Entre aquellas piedras antiguas, andando por lo que habían sido los patios del castillo y sus estancias, sintió que viajaba en el tiempo. Se acordó de cuando estuvo en el Castillo de Loarre, en Huesca, con María, en un entorno increíble que dotaba al conjunto de un aspecto majestuoso. Recordó la sensación tan peculiar, mezcla de peligro y emoción, que les producía el empuje del viento mientras recorrían las murallas.

María… Formaba parte de un pasado que estaba superando. El presente lo simbolizaba Rosa, a quien volvería a ver en un rato. Menuda sorpresa se iba a llevar. Alberto no había contestado al comentario que le dejó en el blog, quería ver su reacción cuando lo reconociera entre el público. Se preguntaba si ella albergaría la esperanza de que acudiera. Muy pronto lo sabría.

La sala donde Rosa iba a avanzar los detalles de las peripecias de Nadia Montes por León ya estaba llena cuando Alberto entró. Por un momento pensó que llegaba tarde, pues ya había gente incluso de pie por falta de sillas libres, pero cuando divisó a Rosa hablando animadamente con un hombre y una mujer junto a la mesa donde había dispuestos varios ejemplares de su último libro y tres micrófonos, respiró aliviado.

Se quedó al final de la sala, semioculto entre cabezas, sin apartar la mirada de la escritora que provocaba que se le acelerase el pulso. Se dio cuenta de que ella miraba de vez en cuando hacia la gente, sonriendo educada, pero sin poder ocultar cierto nerviosismo. “¿Será por tener que hablar en público o es que me está buscando y no me encuentra?”. Alberto dudaba que alguien tan acostumbrado a actos como aquel se pusiera nervioso, así que se hacía la ilusión de que lo estuviera echando en falta.

Estuvo tentado de acercarse a la mesa para salir de dudas, pero al final no se movió del sitio durante la hora larga que duró la

presentación.

Rosa se metió a todo el mundo en el bolsillo gracias a su espontaneidad y su capacidad para cautivar con las palabras. Durante todo el rato siguió buscando entre el público y Alberto vio cómo se ponía alerta las tres o cuatro veces que se abrió la puerta de la sala.

Cuando el conductor del acto lo dio por finalizado y los asistentes, tras un caluroso aplauso, empezaron a desfilar, unos hacia el exterior y otros en busca del libro que les dedicara la autora, Alberto permaneció en su sitio. Esperó pacientemente a que la última admiradora, una señora mayor acompañada de su nieta, abandonara la sala con su tesoro entre las manos. Fue entonces, al levantar la vista de la mesa donde había firmado decenas de libros, cuando Rosa lo vio. Su primera reacción fue de estupor, como si hubiera avistado a un fantasma. Alberto levantó la mano a modo de saludo y le sonrió tímidamente, y entonces ella reaccionó. Llevaba días preguntándose si habría leído su mensaje y si asistiría a la presentación. Había estado buscándolo todo el rato, resignada al final con que no volverían a verse. Pero ahí estaba. Sí que había ido, y ahora, superada la decepción y la sorpresa, no podía dejar de sonreír. Se sentía feliz, como una adolescente que tras noches de insomnio y días sin apetito, descubre que el chico por el que bebe los vientos y que parecía inaccesible, en realidad siente lo mismo por ella. Habría corrido a abrazarlo, pero se contuvo. Fue él quien, al fin, se acercó. Llevaba un libro en las manos.

—¿Me lo dedicas? Confieso que no he empezado a leerlo, pero creo que me gustará. He oído que la autora es una tía muy maja.

Rosa se dio cuenta en ese momento de cuánto había echado de menos aquella voz grave pero dulce, pausada, con una nota de tristeza resignada que, sin embargo, ahora quedaba casi oculta del todo por un puntito de creciente entusiasmo.

—Eso son las malas lenguas. Seguro que es sólo fachada. Hay muchos escritores que se hacen los simpáticos únicamente para vender libros, pero en realidad son unos bordes.

—Vaya… Pues menos mal que me adviertes, porque se me había pasado por la cabeza invitarla a cenar.

A Rosa le encantó escuchar aquellas palabras.

—Bueno… Una cena en un buen restaurante es otro motivo por el que una escritora puede hacerse la simpática.

—Vale, me arriesgaré: ¿tienes planes para esta noche?

La verdad era que había quedado con el equipo de la editorial para tomar algo y celebrar el éxito. Barajó la posibilidad de invitar

a Alberto a que se uniera, pero se dio cuenta de que lo que realmente le apetecía era estar con él a solas. Con los de la editorial había pasado todo el día, así que no podían enfadarse porque los dejase plantados.

—Depende de lo que propongas —respondió, coqueta.

A Alberto le divertía aquel juego. Estaba encantado de saberse tan bien recibido. Los dos se atraían mutuamente y, esta vez sí, él se sentía con la entereza emocional necesaria para disfrutar de la compañía sin que lo importunaran los recuerdos, ni remordimientos absurdos.

—¿Qué has hecho con Íñigo?

—No me dejaban entrarlo en el castillo, así que he tenido que buscarle una guardería. Ahora vamos a recogerlo, si quieres.

Por supuesto que quería. Alberto estaba enamorado del Golden Retriever.

Rosa se despidió de sus compañeros, que aceptaron las excusas de la escritora con una mirada poco amistosa hacia quien les arrebataba a su estrella.

—Me parece que no se lo han tomado muy bien.

—Que les den. Llevo todo el día con ellos y me apetece cambiar de ambiente. Así que gracias por rescatarme.

Recuperaron a Íñigo, que saludó con entusiasmo a Alberto, y cenaron en la terraza de un bonito restaurante ubicado en las callejuelas medievales del casco antiguo. Hacía una temperatura ideal para disfrutar de la noche al aire libre.

—Eres toda una experta captando la atención de la gente. No sabía que tuvieras tanto tirón en Ponferrada.

—Los de la editorial son muy buenos en cuestiones de promoción y marketing. Se toman muy en serio su trabajo y siempre que organizan un acto se preocupan de que tenga una buena difusión. Una vez la sala está llena de público predispuesto a escuchar, lo demás es sencillo.

—Sí, sencillísimo. Yo creo que tienes mucho mérito. Hablar en público me parece una de las cosas más difíciles que hay.

—Qué va. Básicamente es cuestión de práctica. Basta con ser lo más natural posible, no intentar aparentar lo que no se es.

—Lo que tú digas, pero yo me moriría de vergüenza.

—Bueno, claro que te tiene que gustar, como todo lo que uno hace, ¿no crees?

—Eso sería lo ideal, pero hoy en día no me parece que haya mucha gente que pueda decirlo. Tu caso es bastante excepcional.

—No creas que tanto. Cada vez son más los que dicen basta, que

no están dispuestos a que los sigan explotando y que se lanzan a la aventura.

—Sí, pero son muchos más los que no se atreven. No es fácil lanzarse a cumplir sueños cuando necesitas un sueldo para alimentar a la familia.

—Pues yo opino que, siendo verdad eso que dices, hay más gente de la que creemos que utiliza ese tipo de argumentos para mantenerse en una situación aparentemente cómoda, aunque en realidad la esté minando por dentro. ¿No te has fijado en la cantidad de amargados que hay?

—Normal, con la que está cayendo…

Rosa bufó y puso los ojos en blanco al tiempo que gesticulaba en clara muestra de rechazo a lo que acababa de oír.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a decir ahora que la crisis es un invento?

—La crisis es una putada, una herramienta muy útil para crear un conformismo patético. Porque una podría entender que alguien se conforme teniendo un sueldo decente y unas buenas condiciones de vida, pero ¿conformarse con la miseria por miedo a perder…., a perder qué? ¿Qué puede perder quien no tiene nada? ¿Cómo alguien puede conformarse con eso?

Alberto estaba descubriendo un nuevo registro de una mujer dueña de su vida y de su destino. Ella se había demostrado a sí misma y a la sociedad que era posible recorrer un camino propio, saliéndose de los márgenes que buena parte de las personas ni consideraba que fuera posible rebasar. A Rosa no le servían los argumentos recurrentes ni las quejas que pretendían eximir de responsabilidad a quien las pronunciaba.

—Tienes razón. Nos hemos vuelto unos quejicas amargados.

—Hay quien sí tiene motivos más que sobrados para quejarse…

Rosa le dedicó una de sus miradas intensas y profundas, cargada de comprensión, y Alberto supo al instante que se refería a él. No sintió que se le fuera a caer el mundo encima ni la necesidad de huir, como habría ocurrido unas semanas atrás. Se empezaba a acostumbrar al peso de la mochila que siempre lo acompañaba y, además, había sido él quien la había invitado a leer su blog. Era la única persona que podía poner cara a quien había desnudado su angustia de forma anónima. De todas formas, le incomodaba hablar del tema.

Rosa comprendió que aún no era el momento para preguntar. Agarró la copa en la que la camarera había vertido un delicioso vino del Bierzo e invitó a Alberto a hacer lo mismo.

—Habrá que brindar por este feliz reencuentro, ¿no crees? —

sonreía de nuevo.

Alberto se relajó y volvió a perderse en aquellos ojos vivos y resueltos.

—Por el feliz reencuentro.

Chocaron las copas y bebieron sin dejar de mirarse. Alberto notó el reconfortante calor del líquido descendiendo por la garganta.

—¿Por qué no respondiste a mi mensaje?

—Pensaba hacerlo, pero después de un par de días decidí que prefería darte una sorpresa.

—Y me la has dado. Pero ¿sabes qué? En el fondo estaba segura de que aparecerías.

Rosa calló y durante unos segundos continuaron hablando con la mirada. Se decían cosas que hacían innecesarias las palabras.

—Me alegro de haber venido —sentenció Alberto en un susurro.

Rosa tenía el rostro iluminado, pese a que ya había oscurecido y que en la calle había más penumbra que luz. Estaba decidida a darle una oportunidad a aquel hombre valiente. Quizás él no se diera cuenta, pero su trayectoria poco tenía que ver con esa gente de la que habían hablado, la que se refugia en la desgracia, en la dificultad, para no tener que actuar. Lo que había hecho él, lo que estaba haciendo, sí que era difícil. Le apetecía decírselo, mostrarle su admiración y prestarle todo su apoyo, pero se había dado cuenta de que él no estaba preparado todavía para hablar abiertamente.

Ella había tenido tiempo para pensar. Cuando entró en el blog y leyó el primer post se asustó. Por un segundo pensó en salir de allí y seguir su camino lejos de complicadas historias personales ajenas. Habría sido lo normal, lo que habría hecho cualquiera. ¿Quién en su sano juicio barajaría la posibilidad de entrar en la vida de un hombre machacado de la forma como lo había sido Alberto?

Sin embargo, continuó leyendo mientras recordaba al hombre que había conocido sólo unos días antes. Entonces comprendió su reacción cuando se besaron, y al mismo tiempo se dijo que aquél no era un hombre hundido en el dolor. Lo había estado, pero había sido capaz de salir del pozo y de iniciar un nuevo camino. Se daba cuenta del enorme esfuerzo que le tenía que haber supuesto. Aquel beso había sido un paso muy importante, aunque el remordimiento hubiera acabado imponiéndose. Rosa pensó en que a la mañana siguiente había sido ella la que se había apartado y se sintió estúpida. Por eso le escribió el comentario. Alberto le gustaba más que cualquier hombre que se hubiera cruzado en su vida. Era absurdo sentirse asustada.

—Te debo una explicación —empezó a decir, después de

saborear un trozo de tomate que sabía a tomate. Pero Alberto no le dejó continuar.

—No me tienes que explicar nada. Estoy cansado de las explicaciones. Las únicas que me importan no las voy a encontrar nunca, así que es hora de mirar adelante. Quiero disfrutar de este momento, sentirme afortunado por estar aquí contigo, y con Íñigo, por supuesto.

Los dos rieron, y el perro, que estaba ocupado royendo un hueso de vaca, ladró contento al oír su nombre.

Durante el resto de la cena hablaron sobre los próximos destinos que Rosa tenía previsto visitar para acabar la novela en que estaba trabajando y sobre los planes que tenía Alberto para su estancia en El Bierzo.

Era una situación extraña, porque Rosa sabía qué había en el origen del viaje de él, y Alberto era consciente de que ella lo sabía, pero en ningún momento mencionaron el tema. Parecía como si, en realidad, sólo fueran unas vacaciones.

Rosa quería entrar en su vida. Él lo sabía, se lo había escrito y, de hecho, también él lo quería. ¿Por qué sino había acudido a su invitación?

Pero ahora que estaban juntos, que se tenían al alcance de la mano, que sólo hacía falta que uno de los dos hablara, parecía que se hubiera instalado una barrera entre ellos que les cerraba el acceso a lo que querían escuchar.

Después de la cena dieron un paseo. Fue ella la que dio el paso.

—Pues si vas a estar por aquí podríamos volver a vernos, ¿no? Si te apetece, claro.

—Eso mismo te iba a decir yo —respondió un aliviado Alberto. Los dos rieron, nerviosos.

—Mañana tenía pensado ir a Las Médulas. ¿Te apuntas?

—Por supuesto. Me han dicho que es un paisaje espectacular. Me encantará descubrirlo contigo.

En realidad quería decir: “Creo que me estoy enamorando de ti. Me has rescatado de las tinieblas y te acompañaría a cualquier sitio”, pero se conformó con una respuesta menos apasionada.

—El único problema es que no tengo coche y no tengo ni idea de si hay combinación de autobuses desde Villafranca.

—No te preocupes, yo te paso a buscar. A Íñigo le encantará tenerte de compañero de viaje.

Rosa albergaba la esperanza de que Alberto quisiera pasar la noche con ella, pero a la hora de plantear en voz alta dónde iba a dormir fue muy poco sugerente:

—¿Y cómo vas a volver ahora? Si quieres te acerco.

Sus ojos decían: "quédate conmigo". Él lo interpretó así, y deseaba hacerlo, pero se reprimió.

—No te preocupes, de verdad. Cogeré un taxi. No quiero que tengas que conducir después de todo el vino que hemos bebido.

"Quédate", insistía la mirada de ella. "No sabes cuánto me gustaría", respondía la de él. Llegaron entonces cerca de una parada de autobús junto a la que esperaba un solitario taxi. El conductor descansaba en el banco de la parada mientras fumaba un cigarrillo.

—Mira qué suerte. Ahí está mi medio de transporte.

En ese momento Rosa no aguantó más y le lanzó los brazos al cuello. Alberto no tuvo tiempo de pensar. Sólo sentía euforia y la lengua invasora que lo besaba con pasión. Ambos se entregaron a aquel beso, como si fuera el primero y el último. Con aquel beso se decían todo lo que no se habían atrevido a expresar con palabras. Esta vez no hubo pensamientos perturbadores, ni culpabilidad, ni remordimientos. Alberto sabía muy bien a qué mujer estaba besando, qué pelo acariciaba, qué manos lo apretaban contra un cuerpo que ardía en deseo. También el suyo lo hacía, como había olvidado que era capaz. Estaba excitado y nada le habría gustado más que acostarse con ella, pero aquello significaba un paso más y tuvo miedo de no estar preparado. Todos sus sentidos le gritaban que se dejara llevar, pero una vez más se impuso la parte racional. Así que tras el largo beso, y maldiciéndose por cada palabra que iba a pronunciar, reunió el coraje necesario para escapar de aquellos ojos que lo devoraban.

—Me tengo que ir. Mañana nos vemos.

Alberto soltó las manos hambrientas de ella y se dirigió al taxi. Rosa estaba atónita y decepcionada a partes iguales. Quiso gritarle, preguntarle si era idiota o si tenía algún estúpido problema…, y entonces cayó en la cuenta de que sí, que tenía un problema bastante gordo que no iba a solucionar insultándole. "Pero su problema no es el tuyo, tú no tienes la culpa de lo que le pasó ni de que no sea capaz de corresponder a tu deseo sexual", se dijo, e inmediatamente se replicó a sí misma: "Sí que es mi problema. A cualquier otro tío lo mandaría a la mierda, pero estoy colada por éste".

Se quedó allí plantada, con Íñigo lamiéndole una mano cariñosamente, como si hubiera percibido su decepción, mientras veía a Alberto entrar en el coche y al taxista hacer lo propio tras tirar la colilla al suelo. El hombre, que había presenciado la escena, le dedicó una mirada compasiva y se encogió de hombros, como

diciendo “qué se le va a hacer”. Desde el asiento trasero Alberto también la miraba. Se disculpaba y se reprochaba su cobardía. “Te quiero, pero entenderé que no quieras volver a verme”, le decía. Cuando el vehículo inició la marcha, se despidió con un gesto tímido de la mano, que fue correspondido por ella.

—Amigo, usted tendrá sus motivos, pero la ocasión de que una mujer como ésa se fije en uno, mucho me temo que sólo se presenta una vez.

Alberto contestó con un lacónico: “A Villafranca, por favor”, y se recostó en el asiento.

A los cinco minutos sintió que le vibraba el móvil. Tenía un nuevo *whatsapp*: “No hemos quedado a ninguna hora. ¿Te va bien a las 10? Dime dónde quieres que pase a buscarte”. Alberto sonrió.

—Yo tendré una segunda oportunidad —murmuró, con expresión triunfal.

49. Las Médulas

Cuando Alberto llegó al parque de La Alameda divisó a Rosa junto a la fuente. Le estaba haciendo fotos con una cámara réflex digital que era la primera vez que le veía. Se acercó a ella.

—Así que también eres fotógrafa.

Rosa sintió un escalofrío al escuchar su voz. Era una sensación fantástica, pero a la vez le preocupaba estar tan colgada por alguien. Era la primera vez que le ocurría algo así.

Se saludaron con dos inocentes besos en las mejillas, como si hubieran olvidado el beso apasionado de la noche anterior.

—Sólo aficionada. El jardín es precioso, y esta fuente aquí en medio me estaba suplicando que la fotografiase. Al ponerme a escribir, las fotos me vienen muy bien para rescatar sensaciones.

—Deberías visitar el hostal donde me alojo. Las paredes están llenas de imágenes preciosas. La dueña es una fotógrafa alemana reconocida.

—¿En serio? Pues sí que estaría bien.

Rosa se imaginó colándose en la habitación de Alberto, y en su cama…, aunque no podía sacarse de encima la incómoda sensación de haber sido rechazada, por muy comprensiva que pretendiera ser.

—¿Has dormido bien? —preguntó Alberto, que en realidad habría querido decir: "Siento mucho haberme marchado anoche, espero que hayas podido pegar ojo. Yo he estado todo el rato dando vueltas en la cama".

—Sí, bien —mintió ella, que no había podido dejar de pensar en lo que sentía por él y en cómo afrontar la situación.

La visita a Las Médulas empezaba en el Centro de Interpretación, donde encontraron todos los detalles sobre la forma como los romanos explotaban las antiguas minas de oro. Un rato después caminaban bajo un sol que anunciaba un día abrasador. Enseguida se vieron rodeados de castaños y divisaron la inconfundible silueta de las colinas desnudas que habían adquirido su impactante aspecto hacía dos milenios.

—¿No es fascinante pensar que hace dos mil años este paraíso natural era un hervidero de actividad? El paisaje tenía que ser muy diferente, empezando por la configuración de los bosques. Los romanos podían ser muy cabrones, pero también eran unos auténticos maestros en ingeniería, capaces de adaptar cualquier entorno natural a sus necesidades.

Rosa estaba entusiasmada mirando a un lado y a otro, haciendo fotos y tratando de imaginar la apariencia del lugar antes de que el hombre decidiera transformarlo.

—¿Siempre que sales por ahí disfrutas tanto?

Alberto estaba tan fascinado por la belleza del paisaje como por la manera en que Rosa se integraba en él.

—¿Tú no? ¿Qué mejor manera de agradecer a la naturaleza el regalo continuo que nos hace que disfrutar de ella a tope y con el máximo respeto? Me encanta viajar, descubrir tesoros como éste y ser capaz de transmitir mediante palabras el bienestar que me proporcionan.

Alberto la miraba maravillado, por lo que decía y, sobre todo, por la pasión con que lo hacía, que acentuaba su atractivo, ya de por sí irresistible, y más bajo aquel cielo luminoso y el marco idílico en que se encontraban.

Íñigo disfrutaba tanto como su dueña. Había montones de olores nuevos que explorar y espacio para correr a sus anchas.

—¿No deberíamos llevarlo sujeto? —preguntó Alberto, sabiendo la respuesta que iba a recibir.

—No puedes hablar en serio… Íñigo es el perro más obediente y dócil del mundo. Ponerle una correa al cuello en un lugar como éste sería un crimen.

—Bueno, bueno, yo sólo lo decía porque las normas…

—Las normas, las normas… —gruñó Rosa—. Estoy hasta el moño de las malditas normas. Mi perro no ha molestado a nadie jamás. Las normas también obligan a recoger las cacas y en cambio hay aceras que parece que se empeñen en transformarlas en huertos a base de abono natural. ¿Tú has visto a algún poli multar al dueño de un perro por dejar sus “regalitos” en medio de la calle? —Alberto se encogió de hombros—. Pues eso, que yo sí las recojo, incluso en pleno campo, así que no lo voy a atar.

—Me has convencido.

Alberto se quedó mirándola con una media sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, algo molesta por el asunto de la correa.

—Nada, no tiene importancia.

Rosa no se iba a quedar conforme.

—En serio, dime en qué estás pensando.

—Está bien. —Se detuvo a la sombra de un castaño precioso—. Pensaba en lo increíble que eres. Envidio esa pasión con la que vives. No desperdicias ni un segundo, y tengo que agradecerte esa manera de ser, porque me estoy dando cuenta de que es contagiosa.

Rosa relajó la expresión, y al cruzar las miradas notó que el calor se apoderaba de sus mejillas. Aquel hombre la desarmaba, le hacía sentir que perdía el control de la situación. Se moría de ganas de besarlo de nuevo y de pegarse a su cuerpo, pero esta vez se controló. Carraspeó de forma torpe y buscó a Íñigo con la mirada.

—¿Dónde se ha metido este perro? ¡A ver si al final voy a tener que ponerte la correa!

A Rosa Alberto la desarmaba, pero él ya estaba rendido. En aquel momento no creía haber sentido tal admiración por nadie, ni siquiera cuando se enamoró de María. Aquello fue gradual. Eran amigos, se fueron conociendo, gustándose cada vez un poquito más, hasta que se dieron cuenta de que entre ellos había algo mucho más intenso que la amistad. Llegaron a tal grado de compenetración que les hacía pensar, a ellos y a la gente de su entorno, que no era posible que no estuvieran juntos. Eran parte de un mecanismo que sólo su unión podía hacer funcionar.

Pero el mecanismo se había roto y no tenía arreglo posible. Alberto había creído que nunca más sentiría una conexión parecida con otra mujer y, sin embargo, ahí estaba Rosa y su entusiasmo contagioso.

—¡Íñigo! ¡Ven aquí!

Habían perdido de vista al animal y Rosa empezaba a preocuparse. Alberto salió de su ensimismamiento y se unió a la búsqueda, pero no tuvieron que buscar mucho. Enseguida lo encontraron, junto a un árbol que les quedaba tapado por unos matorrales.

—¿Qué pasa contigo? ¿Es que no me oyes? —lo riñó Rosa, justo antes de entender qué había sucedido.

El perro se hallaba junto a una niña que estaba sentada en el suelo. Se cogía las piernas dobladas y tenía la cabeza oculta entre las rodillas. Íñigo gemía muy flojito y le daba golpecitos suaves con la pata, pretendiendo llamar su atención.

—Vaya… Hola, ¿estás bien?

Rosa se acercó a la pequeña, se agachó junto a ella, y le puso una mano cariñosa en la cabeza. Estaba gimoteando.

—¿Dónde están tus padres? Nosotros podemos ayudarte a encontrarlos.

Le hablaba dulcemente mientras le acariciaba el pelo largo y negro. Íñigo ahora le daba golpecitos con el morro en las piernas. Alberto contemplaba la escena de pie, a un par de metros de distancia. Finalmente, la niña levantó la cabeza. Tenía los ojos brillantes y un reguero de lágrimas en cada mejilla. Sorbió

fuertemente por la nariz y se pasó un brazo lleno de churretes para limpiarse los mocos.

—Me he perdido —anunció con un hilillo de voz, y volvió a llorar.

Rosa la atrajo hacia sí para abrazarla y le dio un beso en la cabeza.

—No te preocupes, pequeñina. Ya verás cómo encontramos a tus papás enseguida.

La apartó un poco, se sacó un pañuelo de papel de la mochila, y empezó a secarle las lágrimas.

—Yo me llamo Rosa. Este perro tan simpático es Íñigo —le plantó un lengüetazo en la cara y la niña sonrió—. ¡Íñigo! ¿No ves que estoy intentando limpiarla? —Esta vez el lengüetazo se lo llevó ella, provocando más risas en la pequeña—. Serás…

La falsa indignación de Rosa encontró respuesta en los ladridos del perro, contento al comprobar que la niña estaba bien.

—¿Cómo te llamas? —preguntó después de que Íñigo se hubiera sentado.

—Noelia… Tu perro es muy bonito.

—Sí que lo es, y le encanta jugar con los niños. ¿Quieres jugar con él?

—Claro. Seguro que le gusta que le tiren piedras para que las vaya a buscar.

No quedaba ni rastro del llanto.

—Vaya, sí que eres una niña lista. Ya me lo parecía. —Rosa buscó una piedra cercana y se la puso en la mano—. Lo mejor es que lo compruebes tú misma.

A Noelia se le iluminó el rostro, encantada de poder jugar con aquel perro tan bonito.

—Toma, perrito, ve a buscarla.

La piedra cayó a unos tres metros de Íñigo, que de un salto la cogió y volvió a ponerla junto a la niña.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Rosa.

Noelia lanzó la piedra otra vez antes de contestar.

—Siete.

—Ya eres muy mayor, pero no tanto como para ir tú sola, así que, si te parece bien, vamos a buscar a tus papás.

Alberto observaba la escena sin atreverse a intervenir. Le pasaba cada vez que veía a un niño. No podía evitar recordar a Eloy y darse cuenta de lo mucho que lo echaba de menos.

—¿Quién es él? —preguntó Noelia al ponerse en pie y ver a aquel hombre que permanecía apartado. Alberto se sobresaltó al ser

señalado.

—Es Alberto, un amigo mío y de Íñigo. También nos va a ayudar.

—¿Sois novios?

La pregunta hizo sonreír a Rosa. Alberto seguía nervioso. No se sentía cómodo con aquella situación. Le costaba mucho interactuar con niños, y más con los que hacían preguntas impertinentes. Rosa lo miró antes de responder:

—No, sólo amigos, ya te lo he dicho.

"¿Somos novios, Alberto? ¿Lo seremos?", le preguntaba con aquella mirada profunda y transparente. "Me gustaría que lo fuéramos, Rosa, pero necesito un poco de tiempo", le parecía interpretar como respuesta.

Noelia les explicó que estaba de excursión con sus padres y su hermano mayor. Se habían puesto a correr y a jugar a esconderse mientras los adultos seguían andando. Estaban acostumbrados a caminar por la montaña y sus padres confiaban en ellos, pero al parecer Noelia se había escondido demasiado bien y su hermano no había podido encontrarla. Cuando llevaba un rato agazapada empezó a preocuparse y decidió salir del escondite, pero entonces no vio señal de su familia. Los llamó, pero no recibía respuesta, y se asustó tanto que no supo hacer más que sentarse y llorar.

—Seguro que te están buscando, así que si avanzamos por el camino ya verás cómo los encontramos muy pronto —la tranquilizaba Rosa.

Y así fue. Enseguida llegaron a la primera montaña hueca, resto de la explotación minera romana, y escucharon las voces que llamaban a Noelia. La niña salió corriendo hacia el lugar de donde procedían los gritos, llamando a su vez a sus padres y con Íñigo detrás ladrando.

Al momento aparecieron del interior de la antigua galería dos adultos y un adolescente, que respiraron aliviados. La niña saltó sobre su madre, que la recibió con los brazos abiertos.

—¿Dónde te has metido? Menudo susto nos has dado.

—Siempre os decimos que no os salgáis del camino marcado, pero como sois tan valientes… —le riñó el padre.

—¡Ha sido ella! Yo también se lo digo —se excusó el hermano.

—No me repliques. Tú eres el mayor y tienes que vigilar a tu hermana, que todavía no es consciente de los peligros.

—Va, dejadlo ya. Lo importante es que no ha pasado nada. —La madre intentaba poner paz cuando reparó en Íñigo, que permanecía sentado junto a la niña—. ¿Y este perro?

—Se llama Íñigo. Es quien me ha encontrado. Es de esos señores. —Noelia señaló a Rosa y Alberto, que se aproximaban por el camino.

—Pues menos mal. Tendremos que darles las gracias por haber cuidado de ti.

Los padres agradecieron efusivamente que hubieran encontrado a su hija. Rosa le quitaba importancia mientras que Alberto se mantenía en un segundo plano sonriendo educadamente. Su cabeza volvía a jugarle una mala pasada haciéndole preguntarse si su vida habría podido parecerse a la de aquella familia. Volvía a lamentar que él nunca tendría la oportunidad de sentir la angustia que produce perder a un hijo momentáneamente, ni el alivio inmenso que se siente al recuperarlo. Nunca podría agradecer a unos desconocidos que hubieran cuidado de él ni acariciar con entusiasmo al perro que lo había encontrado. En eso pensaba cuando el hombre le apretó la mano y la mujer se atrevió a regalarle dos besos. También la niña lo hizo, y a pesar de que la sonrisa de sus labios decía una cosa, en realidad le dolió. Él quería los besos de Eloy.

Permaneció allí, viendo cómo el hermano adolescente, sentado a unos metros, se debatía entre la alegría por haber recuperado a su hermana pequeña y el sentimiento de culpabilidad por no haber sabido cuidarla. Pero lo que Alberto habría deseado de verdad era huir y perderse entre los castaños para digerir un dolor que se daba cuenta de que continuaba siendo muy intenso.

Se despidieron de la familia y prosiguieron el recorrido. Rosa tomaba fotos y de vez en cuando apuntaba algo en su pequeña libreta.

—No puedo fiarlo todo a la memoria. Las buenas ideas hay que apuntarlas.

Había percibido la incomodidad de Alberto y trataba de relajar el ambiente con comentarios simpáticos y su inseparable sonrisa.

Después de un rato paseando por el interior de la montaña, asomándose a las ventanas que se habían formado en las paredes, desde las que se disfrutaba de unas vistas increíbles, e imaginando cómo había sido aquel lugar en plena actividad, regresaron al coche para subir al mirador desde el que se contemplan Las Médulas en toda su extensión.

Era un paisaje asombroso. Rosa hizo más fotos, tomó más notas, y decidieron comerse allí los bocadillos.

—¿No te sientes privilegiado? Hay mucha gente que nunca tendrá la oportunidad de disfrutar de este paisaje. Unos por falta de

medios y otros por ignorancia. No saben lo que se están perdiendo.

—Ya, pero hay montones de lugares maravillosos. Es imposible visitarlos todos.

—Lo sé. No me refería a Las Médulas en concreto. Bueno, sí… —Rosa rió. Una risa sanadora que devolvía a Alberto a un presente soleado—. Lo que quiero decir es que mucha gente no da la importancia que merece a la riqueza enorme que está al alcance de todo el mundo. Hablo de la naturaleza. Estoy segura de que si apreciáramos como de verdad se merece nuestro patrimonio natural el mundo sería mucho más amable. Esto es belleza. El Pirineo es una belleza salvaje, repleta de rincones que su sola contemplación contribuye a hacernos mejores personas. Hemos perdido el contacto con nuestro origen, así que no es raro que destruyamos bosques, ríos, fauna… Lo vemos como algo accesorio. Le buscamos un provecho económico, y olvidamos que nosotros somos parte de ese mundo que estamos maltratando.

Tuvo que hacer una pausa. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Alberto pensó, una vez más, que era una mujer increíble y que, después de todo, él sí era un privilegiado, por estar allí respirando belleza, pero, sobre todo, por compartir esos momentos mágicos con ella.

—Ya ves, soy tan tonta que me emociono. Otros, en cambio, pasan por aquí, hacen las fotos de rigor y se van, dejando su inconfundible huella en forma de colillas, bolsas de plástico, papelitos de todas las formas y colores…

—Eres una soñadora y la persona más apasionada y vital que he conocido. Eres una privilegiada, no por viajar a sitios fantásticos, sino por ser capaz de emocionarte al llenarte de ellos, al sentir la vida que surge en cualquier rincón.

—Lo sé. Pero también muchas veces me siento impotente por no ser capaz de hacer ver a la gente lo mismo que veo yo, por no poder hacerles sentir la necesidad de disfrutar de la naturaleza como yo y otras personas lo hacemos.

—A mí me has convencido.

Rosa lo miró. Habían acabado los bocadillos, que habían comido sentados en el muro desde el que se admiraban las montañas anaranjadas en todo su esplendor. Hacía calor, pero soplaba una brisa que refrescaba algo el ambiente. Se acercó a él y lo besó suavemente en los labios. Le volvió a sonreír y apoyó la cabeza en su hombro, como aquella primera noche en La Cueta.

—Siento mucho lo que pasó —le dijo, mirando a Las Médulas. Parecían puestas allí a propósito—. Eres muy valiente. No espero

que me hables de ello, pero si algún día quieres hacerlo estaré ahí para escuchar. Hasta ahora no había conocido a nadie como tú, y me asusta reconocer que sentiría mucho perderte.

No dijo más. Se acurrucó contra él y cerró los ojos. Alberto tampoco habló, simplemente la rodeó con los brazos y empezó a acariciarle el pelo.

50. La tormenta

Durante los días siguientes descubrieron rincones muy distintos pero tan mágicos como Las Médulas: entre las pallozas de las aldeas perdidas en Los Ancares, donde parecía que el tiempo se hubiera detenido; respirando la paz y la belleza del Valle del Silencio; callejeando por Astorga, o adentrándose en los misterios de las cuevas de Valporquero.

Rosa avanzaba con su novela a la vez que se preguntaba si por fin había encontrado al hombre con el que valía la pena compartir la vida, cada vez con más ganas de que la respuesta fuera afirmativa.

Alberto había recuperado la seguridad en sí mismo. Se sentía muy a gusto junto a Rosa, sabiendo que era lo que ambos querían. Le reconfortaban su risa y la alegría con la que impregnaba todo cuanto hacía. Se sentía protegido, como si estando a su lado sólo pudieran suceder cosas buenas. Incluso había ratos en los que olvidaba qué lo había llevado a dejar su hogar.

Rosa era una depredadora de conocimiento. Alberto le preguntaba si nunca se cansaba de descubrir y de aprender, y ella siempre respondía riendo. Tenía la energía de una adolescente, lo que resultaba contagioso, pero a veces también agotador. De todas formas, Alberto agradecía aquella sensación de no poder dar un paso más mientras subía la escalera hacia su habitación, deseando dejarse caer en la cama, cansado pero feliz.

Una noche no regresó al hostal. Habían pasado el día por ahí y en vez de devolverlo a Villafranca, Rosa lo persuadió para que cenara con ella en Ponferrada. A él no le costó nada dejarse convencer. Compartieron una cena deliciosa, que lo fue más gracias al vino y al orujo casero que le puso el punto y final.

Alberto estaba dispuesto a regresar en taxi cuando un espectacular relámpago iluminó la población y el trueno ensordecedor que lo acompañó anunció lo que en unos segundos sería una tormenta impresionante. Empezó a soplar un viento huracanado y cálido, y a los pocos segundos una cortina de lluvia y granizo convirtió las calles en canales con tres dedos de agua. Las farolas se apagaron. Íñigo estaba aterrado, pegado a su dueña, sin parar de ladrar desesperado a los truenos.

Alberto había quedado impresionado por el repentino cambio de tiempo y la virulencia de la tormenta. Estaba embobado viendo el

espectáculo mientras trataba de guarecerse, inútilmente, bajo una cornisa que no servía de nada frente a semejante despliegue de las fuerzas de la naturaleza. Rosa cuidaba de Íñigo acariciándole su melena empapada y susurrándole palabras cariñosas, sin dejar de sonreír. De hecho, a medida que la tormenta incrementaba su intensidad reía más, hasta que, en uno de sus arranques de espontaneidad, se plantó en medio de la calle y se puso a dar vueltas sobre sí misma, con los brazos estirados hacia arriba y riendo a carcajadas. Íñigo ladraba y Alberto le gritaba que volviera con ellos:

—¿Qué haces? ¡Te vas a poner como una sopa!

Rosa lo miró y rió aún con más ganas. Alberto ya estaba empapado hasta los huesos.

—¡Ven aquí! ¡Ven y da las gracias a la madre naturaleza por obsequiarnos con un espectáculo tan increíble!

Alberto la miraba incrédulo. ¿Era cierto? ¿Realmente existía aquella mujer? ¿Estaba de verdad allí, delante de él, bailando bajo una lluvia torrencial, feliz de hacerlo? Estaba hipnotizado, víctima de aquella locura deliciosa, y de la belleza física de un cuerpo que, iluminado por los relámpagos, parecía cubierto sólo de agua. La deseaba, sin dudas, sin miedos. Deseaba estar con ella, saborear sus besos y descubrir el resto de delicias que apenas se había atrevido a imaginar. Ahora le resultaba incomprensible no haberlo hecho antes.

Rosa percibió el deseo en su mirada y sintió cómo la electricidad la recorría de arriba abajo. “Por fin”, se dijo. Se acercó a él, lo cogió de la mano, y lo besó en los labios. Sonreía, cómo no.

—Hoy te quedas conmigo. No te imaginas las ganas que tenía de que llegara este momento. Te aseguro que no podrás olvidar esta noche.

Alberto sintió un escalofrío, mezcla de emoción, excitación y algo de inquietud.

Corrieron bajo la lluvia. Rosa estaba exultante y agradecía a la madre naturaleza su generosidad. El pobre Íñigo no estaba muy de acuerdo. Cuando llegaron al hotel huéspedes y empleados estaban pegados a las ventanas, comentando la tormenta a la luz de las velas. Apenas repararon en los recién llegados.

Subieron a la habitación. Armada con una linterna, Rosa secó a Íñigo, le colocó un plato repleto de chuches para perros junto a la alfombra que usaba de cama, y centró su atención en Alberto.

—Hace dos meses que el único sexo que tengo es conmigo misma —le susurró al oído, en un tono que a Alberto le sonó tan

excitante como amenazador.

Cayeron entrelazados sobre la cama, tratando de arrancarse la ropa chorreante al tiempo que se devoraban con todos los sentidos. Estaban impacientes, sobre todo ella. Alberto se dejaba llevar, sintiéndose torpe, como un adolescente ante su primera vez. Realmente ambos parecían muy torpes. La ropa estaba tan mojada que de aquella manera, a tirones, no iban a conseguir desnudarse en toda la noche. Alberto había logrado quitarle la blusa de tirantes, pero el pantalón no bajaba de la cadera. Él ni siquiera había podido quitarse las botas. Rosa resoplaba intentando bajarle los tejanos, hasta que al enésimo esfuerzo, con las lenguas enfrascadas en una lucha sin cuartel, empezó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Alberto, alarmado ante la posibilidad de ser el causante de la risa.

—¿Tú nos has visto? —logró responder, entre carcajadas—. Parecemos dos idiotas, peleándonos con la ropa.

Alberto respiró aliviado y entonces, consciente de la ridícula escena que estaban protagonizando, se unió a las risas de ella.

Rosa se incorporó y, entonces sí, pudo desnudarse con facilidad. Alberto la observaba, fascinado, a la luz de los relámpagos que continuaban atravesando el cielo. Recordó el sexo con María. Eran buenos amantes, capaces de sorprenderse, de convertir cada ocasión en única. Pero enseguida regresó al presente. No sentía nostalgia. El pasado había sido bueno, pero la mujer que se había desnudado para él y que ahora le estaba bajando los pantalones le prometía sensaciones que deseaba experimentar en toda su intensidad. “Adiós, María”, se escuchó decirse a sí mismo mientras atraía de nuevo a la persona que la había desplazado en sus pensamientos. Sintió un escalofrío de placer al notar su pelo mojado recorrerle el pecho. Se miraron un instante, con ojos hambrientos, antes de besarse de nuevo, con ansia, y perderse en el deseo de una noche larga e inolvidable.

51. Renacimiento

“Sé que corro el riesgo de parecer uno de esos gurús que sueltan frases de autoayuda que quedan tan bien junto a una bonita foto en los muros de Facebook. “La vida es lo que tú quieres que sea”. “No pierdas el tiempo lamentando el pasado y disfruta del presente”. “Cuando una puerta se cierra, otra se abre”. “La vida es como un huerto, que nos regala frutos en función de las semillas que hayamos plantado”.

Vale, la última es cosecha propia, pero las hay muy parecidas. Os invito a que dejéis en los comentarios otras que hayáis leído o que se os hayan ocurrido. Luego podemos elegir las mejores… Bueno, que me enrollo. Lo que os quería decir es que no sé si esos gurús tienen o no razón. Yo nunca he leído libros de autoayuda, y mirad que he tenido motivos para hacerlo… La verdad es que posiblemente este blog haya cumplido esa función. Estoy segura de que ha sido así, y creo que a más de uno/a y de dos de quienes lo visitáis también os ha ayudado, de lo cual me siento muy orgullosa.

Que mi propia experiencia pueda ser ejemplo para otras personas que lo están pasando mal me motiva a seguir escribiendo, a explicaros que, por difícil que resulte de creer, sí hay salida. Siempre la hay.

Yo lo he pasado muy mal. Me llegué a sentir anulada como persona, pero eso forma parte del pasado. No hay que olvidarlo para no perder el norte, pero ya está. No podemos refugiarnos en la desgracia ni tomarla como excusa para no actuar.

Os tengo que decir, y no sabéis cuánto me alegro de hacerlo, que me gusta mi vida. He descubierto una Lorena que nunca habría imaginado que existiera, pero no ha surgido como por arte de magia. He sido yo misma, gracias también a todo lo que arrastro, quien la ha moldeado. Soy una persona diferente. Nuestras experiencias necesariamente nos marcan, y en mi caso debo deciros que lo han hecho para mejorar. Ahora soy una mujer orgullosa de serlo; orgullosa de mis virtudes y mis defectos; con la capacidad para elegir qué quiero hacer y con quién quiero hacerlo. Os lo decía el otro día: yo dirijo mi vida y soy la responsable de todas las decisiones que me afectan.

Hoy quiero acabar recomendándoos el blog de otra persona que está tratando de reescribir su camino tras haber sufrido la peor tragedia que un padre pueda temer. Es un hombre que de momento

ha decidido mantenerse en el anonimato. Su blog es un “viaje a alguna parte”, un ejemplo admirable de superación. Tenéis que visitarlo”.

52. Enamorado

Rossell siempre había tenido muy claras las prioridades. Su carrera profesional era lo primero. De hecho, era lo único en lo que había pensado durante años, desde el momento en que decidió que iba a ser un pez gordo, el más gordo de todos. Le había costado muchos sacrificios lograrlo, y muchos más mantenerse en la cresta de la ola. En las altas esferas los cuchillos volaban de un lado a otro, deseando encontrar a una víctima desprevenida.

Nunca se había preguntado qué sentido tenía aquello. Pero, claro, nunca había conocido a una mujer como Lorena. Nunca antes nada ni nadie le había hecho replantearse las prioridades, y lo cierto era que su carrera profesional ya no ocupaba el primer puesto entre ellas. Rossell estaba enamorado. Unos meses antes habría descartado por completo la mínima posibilidad de que le pasara algo así. El amor era incompatible con sus responsabilidades y, además, sus enemigos habrían visto en ello un indudable signo de debilidad que atacar sin piedad.

A un tipo como Rossell lo debían ver acompañado de rubias explosivas o de altas ejecutivas tan cerebrales y desapasionadas como él. La gentuza con la que tenía que tratar debía envidiarlo y temerlo a partes iguales. Admirarlo no, porque a aquellos niveles de deshumanización la admiración era otro signo inequívoco de debilidad.

Cuando empezó a correr la voz de que estaba liado con una exlimpiadora del aeropuerto era inevitable que más pronto que tarde dejaran de temerlo. Nadie podía envidiar semejante estupidez: el todopoderoso Rossell se había vuelto loco. Algunos pudieron pensar que no se trataba más que de una excentricidad pasajera, pero pronto fue evidente que no. Había cambiado el orden de sus prioridades y no tardaría en pagarlo.

Las reuniones y los viajes suspendidos fueron el primer síntoma. Lo siguiente sería dejar pasar oportunidades de negocio por falta de atención y, más grave aún, su pasividad empezó a dar al traste con contratos suculentos que los buitres que revoloteaban a su alrededor en espera de una señal de debilidad no dejaron pasar.

Las primeras en retirarle la confianza fueron las corporaciones más importantes. Un tropiezo en la élite tenía repercusiones inmediatas a nivel mundial, así que Rossell no tardó en quedarse sin los encargos más lucrativos.

Aquello no parecía afectarle demasiado. Al contrario. A mediados de agosto apenas le quedaban en cartera un puñado de clientes modestos, pero él estaba incomprensiblemente feliz. Se sentía a gusto consigo mismo. Disponía de tiempo libre que pasar junto a Lorena y su hijo. Aquel mocoso le caía bien. Era divertido jugar con él y revelarle misterios evidentes para un adulto pero sorprendentes para un niño que empieza a descubrir el mundo que lo rodea.

Rossell se notaba ligero, sin el peso de una responsabilidad que siempre lo había acompañado porque así debía ser. Había llegado a la conclusión de que había estado viviendo una vida que, sí, la había elegido él, pero que en realidad aborrecía. A medida que iba perdiendo de vista los buitres y los moscones que se habían pasado años revoloteando en torno a él, se sentía mejor y podía disfrutar con más intensidad del amor.

"Estoy enamorado". La primera vez que se dijo aquellas palabras inauditas lo invadió la inquietud. "Estoy enamorado", se repitió una segunda vez, y una tercera. La cuarta lo dijo en voz alta, y con cada nueva vocalización se sentía mejor y se le acentuaba la sonrisa.

Después de aquella primera noche en el Hotel Arts hubo otras muchas, en otros hoteles y otras ciudades. Rossell podía perder su trabajo, pero seguía siendo rico, y probablemente lo sería durante décadas sin necesidad de volver a mover un dedo. Además del mejor ejecutivo había sido el mejor inversor. Sólo con lo que generaban sus hoteles ganaba dinero suficiente como para no tener que pensar en ello. Ahora lo que le resultaba incomprensible era vivir sólo para el trabajo, por muy bien remunerado que estuviera y por mucho poder y prestigio que le otorgara.

—He leído tu blog —le reveló Rossell a Lorena mientras desayunaban en la terraza de la suite del hotel de Salobreña donde pasaban el fin de semana. Raúl jugaba en el sofá con los caballeros medievales de Playmobil que le había regalado.

—¿Todo? —le respondió con cierta sorna.

—Pues sí, todo.

—¿En serio? —Lorena se sintió gratamente sorprendida—. Pues no va a hacer falta que te explique nada más sobre mi pasado.

—Antes de conocerte, la vida de la gente me importaba un pimiento. Incluso tengo dudas de si me importaba la mía. Vivía sólo para ganar dinero, y no dudaba en pisotear a quien fuera que se interpusiera en mi camino. —Calló mientras fijaba la mirada en la cucharilla que hacía girar mecánicamente en su taza de café con leche.

—Te lo dije aquella extraña noche en Tenerife: no esperes que me compadezca de tu "desgraciada" vida.

Rossell continuaba moviendo la cucharilla. Lorena, en cambio, respiraba profundamente, llenándose el espíritu de la preciosa vista que ofrecía la terraza. El hotel estaba situado en lo alto del pueblo de casas blancas, rebozadas de flores, y apiñadas en torno a un promontorio desde el que el Mediterráneo se aparecía como una luminosa alfombra azul.

Lorena esperaba que Rossell le replicara, pero no dijo nada, con la vista clavada en la taza.

—Habrás leído en el blog que creía que tenías remedio. —Lo miró, esperando que levantara la vista.

—Sí, fuiste muy considerada escribiendo eso después de llamarme cabrón —respondió, sarcástico—. Me siento feliz sabiendo que soy un cabrón con remedio.

—Pues saber que estás definitivamente "curado" te alegrará aún más.

En verdad, no parecía que Rossell estuviera especialmente feliz.

—¿Qué te pasa?

La miró e hizo el amago de responder "nada", pero, en cambio, desvió la vista hacia el bucólico paisaje. Unos segundos más tarde volvió a mirar a la mujer que amaba. Estaba serio. Suspiró sonoramente antes de preguntar:

—Lorena, ¿tú me quieres?

Era "la pregunta". En algún momento tenía que llegar. Ella lo sabía, pero no por esperada era menos temida. Y sólo existía un motivo posible para temerla: tener que responderla de la forma que él no deseaba escuchar. Porque Lorena no estaba enamorada de Miquel Rossell. Quería estarlo, él lo merecía por todos sus esfuerzos por hacerla feliz. Lo pasaban bien juntos, el sexo era bueno, se reían, tenían conversaciones interesantes, él se portaba muy bien con Raúl, mucho mejor de lo que lo había hecho ningún hombre antes, y el niño lo adoraba, pero ella no estaba enamorada, y no podía mentir sobre algo así.

Sus ojos dieron la respuesta.

—Lo temía —murmuró Rossell con resignación.

—Lo siento… Pero me encanta estar contigo. Eres la persona que más se ha preocupado por mí desde que soy adulta. —Lo miraba y veía en sus ojos tristeza resignada. Le cogió la mano que se empeñaba en marear un café con leche ya helado, y lo miró con dulzura—. ¿No crees que esto que tenemos es bueno? Para mí lo es. Nadie creería que pudiéramos estar juntos teniendo en cuenta cómo

nos conocimos y, sobre todo, que pertenecemos a mundos tan alejados.

A Rossell aquellas palabras no lo consolaban. Él siempre había conseguido cualquier objetivo que se hubiera planteado, pero ahora todo le parecía insignificante comparado con el hecho de no ser capaz de conquistar el amor de la mujer que había revolucionado su vida. No le importaba haber renunciado al éxito profesional por estar con ella. Lo hubiera dado todo por que sintiera lo mismo que él.

—Me gustaría estar enamorada de ti, te lo juro. Pero al corazón no se le pueden dar órdenes. Quizás es que se me ha acabado inmunizando al desengaño y eso afecta también a mi capacidad de amar. Si has leído el blog ya sabrás que mi matrimonio fue un desastre —miró instintivamente a Raúl, que seguía jugando en el comedor—. Él fue lo único bueno de tantos años perdidos junto a un fantasma.

—¿Y qué vamos a hacer?

Rossell nunca se había sentido tan vulnerable e impotente. Lorena lo veía debatirse, buscando un resquicio de esperanza al que agarrarse para escapar de la resignación. Se sentía realmente mal por no poder dársela, pero ya hacía tiempo que había decidido que nunca más supeditaría su voluntad a la de nadie. Sus únicas prioridades eran ella misma y su hijo.

—Yo no puedo ofrecerte más. Tú esperas que compartamos la vida, seguramente quieres que vivamos juntos y quién sabe qué más fantasías se te pasan por la cabeza, pero yo no puedo comprometerme. No sería sincera contigo ni, sobre todo, conmigo misma. Necesito mantener mi independencia.

Se miraban intensamente. Rossell aguantaba, pero no le gustaba nada escuchar la confirmación de sus temores. Lorena supo que, aunque probablemente significara el final del sueño que estaba viviendo, tenía que dejar aquel capítulo bien cerrado, sin dar lugar a posibles malentendidos.

—Si esto no es suficiente para ti, quizás lo mejor sea…

En aquel momento llegó corriendo junto a ellos Raúl, portando dos caballeros Playmobil. Le ofreció uno a Rossell.

—Mira qué chulos. Este es malo y quiere matar al bueno, pero el bueno es muy fuerte y tiene una espada indestructible.

El hombre cogió el muñeco. Raúl sonreía entusiasmado.

—Vamos, juega conmigo. Tú eres el malo. Tienes que intentar entrar en el castillo.

Rossell dedicó una última mirada a Lorena antes de entrar en el

comedor detrás del niño. Era una mirada que pedía un aplazamiento, que decía “te quiero, y quiero que me quieras, pero lo que más quiero es estar contigo, prolongar este sueño sin tener que pensar que estoy condenado a despertar”.

Lorena le concedió el aplazamiento, pero sabía que después de aquella conversación nada volvería a ser lo mismo. Ya no estaban en igualdad de condiciones. Habían matado la espontaneidad, y eso les acabaría afectando.

53. Hay salida

“Que mi propia experiencia pueda ser ejemplo para otras personas que lo están pasando mal me motiva a seguir escribiendo, a explicaros que, por difícil que resulte de creer, sí hay salida. Siempre la hay”.

El texto no es mío. Lo leí hace unos días en ‘Un paseo por la vida’, el blog de Lorena. Muchos de los que pasáis últimamente por aquí la conocéis de sobra. La foto de Louise que pone cara a sus palabras, siempre motivadoras, es toda una declaración de intenciones, aunque me atrevo a decir que ella jamás saltaría desde un acantilado. Seguramente ese era el mejor final posible para la peli (siento chafárselo a quien no la haya visto), pero, como dice Lorena, “siempre hay salida”.

Estaréis de acuerdo conmigo en que es una persona ejemplar. He aprendido de sus textos, y sus comentarios me han ayudado a superar momentos de duda, que los he tenido (muchos) en los últimos meses. Ahora, además, le tengo que agradecer el haber recomendado mi blog. No os encariñéis demasiado con él, porque puede que llegue el momento en que me canse de escribir o que, simplemente, no me quede nada por contar.

“Hay salida”, dice Lorena. Hace tres meses, cuando escribí el primer post, justo antes de iniciar este viaje en busca de la mía, habría leído algo así con una mueca de escepticismo. Pero ahora le tengo que dar la razón.

El pasado no se olvida, viaja en una mochila que puede ser muy pesada y destrozarnos la espalda, pero la vida avanza y quién sabe en qué esquina podemos encontrar a quien nos ayude a cargarla. Yo he encontrado a ese alguien. Jamás imaginé que algo así fuera posible, que volvieran a sorprenderme y a motivarme como lo hace ella.

Enamorarse cuando uno no sabe nada de la vida más que lo que le transmiten los sentidos es fácil, pero cuando la vida te ha destrozado sin piedad lo normal es darse por vencido y pensar que el corazón no se regenera.

Es otra clase de amor, eso sí, quizás del que no esperas más que vivirlo al día. No sé si mi corazón se recuperaría de un nuevo golpe, pero ahora no pienso en ello. Lo que tengo es un regalo inesperado que me ha enseñado a descubrir que hay vida después de la no vida.

Hay salida. La verdad, no sé si siempre. Puede que haya para

quien la salida sea el darse por vencido. No seré yo quien lo critique. Al contrario, lo comprendo porque yo mismo he avistado esa salida en mi viaje a alguna parte.

Que iba a alguna parte lo supe no hace mucho. Al inicio del camino sólo sabía que viajaba. Ni mucho menos estaba descartado el salto desde el acantilado.

Gracias, Lorena, por ofrecerme la mano para mantenerme en pie y ayudarme a trazar mi camino".

54. La propuesta

Alberto y Rosa observaban la lluvia que golpeaba contra la ventana del comedor del Hostal La Alameda mientras desayunaban. Íñigo estaba tumbado junto a la mesa, dormitando víctima del aburrimiento. Había amanecido lloviendo a cántaros, lo que auguraba una jornada de recogimiento, charla y lectura.

Rosa se había mudado a Villafranca hacía dos semanas. Celes y Helga la recibieron con los brazos abiertos, encantados de conocer a la novia de su huésped predilecto. Antes del traslado Alberto se aseguró de que Íñigo sería bienvenido.

—No sé qué les parecerá a los gatos —bromeó Celes—, pero por nosotros no hay problema.

A Rosa le entusiasmaron las fotos y Helga respondió con paciencia y una buena dosis de orgullo a todas sus preguntas. La historia de la madre y la hija fotógrafas emigradas desde Alemania fascinó tanto a la escritora que no dudó en hacerle un hueco en su novela, que ya estaba a punto de terminar.

—Entre la gente de La Cueta y ahora la de Villafranca, vas a acabar escribiendo el doble de lo que tenías previsto —bromeaba Alberto.

Aquella mañana Rosa estaba nerviosa. Tenía algo que proponerle a Alberto, y, aunque le hacía ilusión, también sentía cierta inquietud por lo que pudiera responderle.

Habían acabado de desayunar, pero seguían allí sentados, embobados contemplando el repiqueteo de las gotas contra el cristal. Por fin, Rosa rompió el encantamiento:

—Creo que hoy mismo daré por terminada la novela.

Alberto sonrió.

—Qué bien. Mi más sincera enhorabuena. Ya tengo ganas de leerla. Creo que los escenarios donde se desarrolla la trama me van a resultar muy familiares.

—Puede… —aquella respuesta simpática le ayudó a relajarse—. Lo que es la historia ya la había terminado, pero he hecho algunos retoques que, con el día que hace, seguro que acabo hoy.

—¿Y luego qué?

—Pues enviaré el manuscrito a la editorial y espero que no me pidan muchos cambios.

—Seguro que está perfecta.

Alberto sentía admiración por aquella mujer, además de otras

muchas cosas estimulantes.

—No creas. Tienen una correctora bastante tocapelotas.

Rieron e Íñigo levantó la cabeza, esperanzado por que aquello fuera el anuncio de diversión también para él.

—Quería decirte otra cosa. —Se puso seria y miró intensamente a Alberto. Sus ojos transmitían la inquietud que sentía—. Llevo dando vueltas un montón de tiempo y ahora que he acabado el trabajo quiero regresar a casa.

A Alberto se le nubló el rostro. ¿Era una despedida? No podía ser que estuviera pasando de nuevo. Rosa tomó aire antes de plantear la gran pregunta:

—¿Quieres venirte conmigo a Sevilla?

La cara de Alberto volvió a encenderse. Rosa esperaba su reacción conteniendo la respiración, y entonces él empezó a reír, una risa al principio silenciosa, pero que pronto se transformó en carcajadas. Ella, desconcertada durante un instante, se contagió enseguida, e Íñigo se unió a la fiesta.

Celes y Helga aparecieron enseguida, alertados por el jaleo.

—Vaya, sí que lo pasáis bien. —Celes rió—. Me alegro, hombre.

—Perdona, no sé qué me ha pasado —consiguió decir Alberto entre carcajadas.

La presencia de los dueños de la casa ayudó a sofocar el ataque de hilaridad. Cuando Íñigo dejó de ladrar y Helga y su marido regresaron a sus tareas, Alberto pudo recuperar la compostura para contestar:

—¿Cuándo nos vamos?

Rosa soltó toda la tensión que le quedaba, no mucha después de tanta risa; se incorporó sobre la mesa hasta alcanzar con las manos la cabeza del hombre al que amaba, y la atrajo hacia sí para regalarle un beso repleto de alegría y pasión.

55. La elección

A media tarde el día se abrió, dejando paso a un sol espléndido. Helga anunció que salía a hacer fotos e invitó a Rosa y Alberto a acompañarla.

—Quiero haceros un regalo —les dijo, con una sonrisa enigmática.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —respondió Alberto.

—No hace falta, Helga. Eres muy amable pero… —intentó objetar Rosa; la fotógrafa la interrumpió.

—Va, dejaos de historias. Si queréis saber de qué se trata tendréis que acompañarme.

Todos en la casa ya conocían la feliz noticia y se alegraban de veras porque habían tomado cariño a la pareja. Estaban seguros de que juntos les iría muy bien.

Íñigo fue quien más celebró salir a la calle, después de haber pasado medio día aburrido, comiendo o dormitando, mientras los humanos charlaban, leían o escribían. Cuando vio que Alberto y Rosa se incorporaban se puso a ladrar de alegría, y casi no dejó tiempo a que abrieran la puerta para adelantarlos a toda velocidad.

—Es un perro precioso —dijo Helga, divertida.

—Sí, es una de las mejores personas que he conocido.

Los tres, ya en el exterior, estallaron en una sonora carcajada ante el comentario de Rosa.

Caminaron hasta el parque de La Alameda. El sol del atardecer teñía de tonos rojizos y anaranjados los restos de nubes que se deshilachaban en un cielo luminoso.

—No puedo resistirme a fotografiar el cielo que queda después de la tormenta, y menos cuando coincide con el atardecer. Tengo cientos de fotos de nubes anaranjadas.

Alberto y Rosa escuchaban, pero, sobre todo, miraban embelesados el firmamento.

—Pues yo también voy a hacer alguna foto —anunció Rosa, sacando la cámara digital de la mochila que siempre la acompañaba.

—No hace falta, yo te regalo las que quieras.

—Así que por eso querías que te acompañáramos…

—Me gusta vuestra compañía, pero no es ése el regalo que pensaba haceros. —Helga hizo una pausa y miró a la pareja con ternura—. Va, os lo digo ya. El regalo sí es una foto, pero no del

cielo, sino de vosotros dos juntos.

Alberto y Rosa se miraron y se sintieron como dos adolescentes. Por un segundo olvidaron todos los golpes y las decepciones que habían moldeado las personas que eran. El dolor, la tristeza, la insatisfacción que les habían conducido al punto donde se encontraban y que, por tanto, habían hecho posible que se conocieran.

—Míranos, parecemos dos críos bobos. —Rosa rompió el hechizo.

—Hacéis muy buena pareja y me apetece regalaros algo hecho por mí. Como la cámara es de las pocas cosas con las que me llevo bien y el día se ha conjurado para obsequiarnos con este cielo precioso, no podía dejar pasar la ocasión de retrataros en un marco tan ideal.

Alberto y Rosa estaban encantados con la propuesta, y como no tenía sentido oponer falsa resistencia, se dejaron guiar.

Durante un rato estuvieron posando, atendiendo a las indicaciones expertas de la fotógrafa.

—Ya sé lo que pretendes —dijo Alberto cuando la sesión hubo acabado—. Nos pones el caramelo en la boca con una foto preciosa y luego nos vendes el reportaje completo a precio de oro.

Rosa rió con ganas. Helga, que había captado la ironía, siguió con la broma.

—Vaya, esta vez me habéis pillado rápido. Normalmente, las parejas tardan más en descubrirlo y se encuentran la factura junto con la cuenta de la habitación. Pero, vaya, que no me habéis dejado siquiera prepararos la cena romántica con caviar beluga y Dom Perignon…

—¡Jo, Alberto! Podrías haber esperado a después de la cena. —Rosa fingió una profunda decepción.

Y así, con buen humor y agradable complicidad, regresaron al hostal. A Íñigo no le pareció muy buena idea, pero los humanos, su dueña y el tipo majo que la acompañaba, volvían a tener hambre, no sólo de comida.

Hicieron el amor, felices de estar juntos. Disfrutaban el uno del otro, se llevaban bien, no había exigencias y respetaban sus parcelas de intimidad. Rosa era una mujer independiente y pretendía continuar siéndolo. El amor era un añadido a su vida, no el elemento sobre el que tuviera que girar todo. Para Alberto estar con Rosa significaba la culminación a su proceso de redefinición. Sabía que su corazón nunca llegaría a sanar del todo, pero aquella mujer había conseguido coser la herida dejando una cicatriz muy

marcada, que hacía imposible olvidar, pero aparentemente bien cerrada. Alberto había aprendido a aceptar su pasado, y aquel nuevo e inesperado amor le permitía disfrutar del presente.

Antes de bajar a cenar Alberto encendió el móvil, que había permanecido todo el día "descansando" sobre la mesita de noche. Tenía un par de llamadas perdidas de su hermana y un *whatsapp*: "¿Dónde estás? Llámame cuando puedas, anda. ¡Un beso!"

—¿Vamos? —Una radiante Rosa esperaba junto a la puerta.

—Sí, sí, baja tú. Ahora voy, a ver qué quiere Adela.

—Vale, pues voy tirando y aprovecho para sacar a Íñigo a hacer pis.

—Enseguida bajo —aseguró Alberto, que ya había apretado el nombre de su hermana en la agenda del teléfono.

—Hombre, hermanito, por fin das señales de vida.

Alberto sonrió al oír la voz dulce y cálida de Adela, a la que siempre acompañaba un puntito de preocupación. Su hermana pequeña no podía evitar comportarse con él como una madre protectora, ni siquiera ahora que sabía que volvía a vivir.

—He estado ocupado haciendo… nada —respondió con sorna.

—Qué graciosillo eres. No sé por qué me preocupo tanto por ti.

—Eso digo yo. Imagino que me tienes que contar algo de la máxima trascendencia, como que te has renovado el DNI o que mi sobrina ha ganado la partida de parchís que habéis jugado esta tarde.

—Ya veo que estás de buen humor. Eso está muy bien —concedió Adela—. Pero no, no es nada de eso lo que tengo que explicarte.

Hizo una pausa y Alberto notó que le cambiaba el gesto, como si se preparara para anunciarle algo que quizás no le entusiasmase.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema?

—No, no… Bueno, eso lo tendrás que valorar tú. La verdad es que me siento un poco incómoda.

—Me estás empezando a asustar.

—Va, te lo digo sin rodeos: me ha llamado María. Quiere hablar contigo y me ha pedido que tanteara el terreno.

María… El cerebro de Alberto hizo un reset. El bienestar y el buen humor lo abandonaron de golpe y se sintió vacío, incapaz de procesar lo que aquel anuncio significaba para él.

—¿Alberto…? ¿Me oyes?

—Sí… La verdad es que no sé qué decir.

—Pues en eso yo no te puedo ayudar. Es algo que tienes que decidir tú. No sé qué quiere pedirte o contarte, sólo que parece

bastante consciente de que probablemente hablar con ella no sea lo que más te apetece en el mundo. Me ha dado la impresión de estar preocupada. Su voz no era la alegría de la huerta.

María… Unas semanas atrás habría botado al oír su nombre, al imaginar que sentía su voz. Habría deseado que lo llamara. Pero ahora las cosas eran diferentes. María formaba parte del pasado que había conseguido superar y ya no tenía hueco en su presente. Pero era ella… Quizás quisiera disculparse por cómo se fue para cerrar definitivamente aquel episodio de sus vidas. Quizás ella también había emprendido un nuevo camino y necesitaba saldar cuentas pendientes. Quizás hablar con ella era la prueba definitiva que debía superar.

—Está bien. —Suspiró antes de proseguir—. Dile que puede llamarme.

Adela permaneció en silencio un par de segundos antes de contestar:

—De acuerdo, se lo diré. Alberto…

—Dime, hermanita.

—¿Estás seguro de esto?

—No, pero no te preocupes. Estoy bien.

—Cuídate. Me alegro de que vuelvas a sonreír.

Otra vez el tono protector.

Alberto no quería que María volviera a ocupar en su mente el espacio que por fin había conseguido que abandonara, pero no era algo que pudiera controlar. Ahora que sabía que muy pronto volvería a hablar con ella, su imagen y el recuerdo de su voz lo asaltaron, instalándose de nuevo en su cabeza. Empezó a preocuparse por lo que fuera a decirle.

Cuando bajó al comedor Rosa no había regresado aún de la calle. Se sentó en la mesa que Celes reservaba siempre para ellos y esperó, con el cerebro en ebullición.

Un par de minutos más tarde, Rosa, espléndida y risueña como siempre, se sentó frente a él.

—Hace una noche preciosa. Hay luna nueva y se ven millones de estrellas. Ya sabes cómo me gusta observarlas, así que casi pierdo la noción del tiempo. Y, claro, Íñigo encantado de estar en la calle. —Rió, pero enseguida percibió la preocupación mal disimulada en el rostro de Alberto—. ¿Qué te ha dicho tu hermana?

—Oh, nada importante. La típica conversación entre hermanos.

La respuesta surgió sola, acompañada de una sonrisa forzada. Alberto se sintió mal por mentir a la persona que más confiaba en él, pero presentía que a Rosa no le iba a hacer ninguna gracia saber

que su ex quería hablar con él, y menos que había aceptado. En cualquier caso, ocultárselo significaba aplazar un problema que volvería a presentarse. Se preguntó si su reacción en realidad no estaría cuestionando la aparente seguridad de su relación con Rosa. "Va, déjate de historias", se dijo, tratando de desterrar aquellos pensamientos perturbadores. Se esforzó por recuperar la naturalidad, silenció el móvil y buscó con la mirada a Celes, que al momento se acercó a la mesa, con su sempiterna expresión afable, para tomarles nota.

Rosa sentía que algo no acababa de encajar. Había aprendido a no presionar a Alberto; confiaba en él y en que en algún momento él mismo le contaría lo que todavía le costaba expresar. La precaución en torno a todo lo que tenía que ver con su mundo interior formaba parte del proceso de reintegración.

A veces Rosa se preguntaba cómo habría reaccionado ella a una tragedia similar, y le resultaba imposible imaginarlo. Nada podía ser tan horrible como perder a un hijo. Así que algo de paciencia y comprensión era un precio razonable a pagar por compartir su vida.

Durante la cena charlaron y rieron como siempre, pero a Rosa se le había instalado una punzada de alerta en la boca del estómago. Le mosqueaba que se hubiera sacudido de encima la conversación con Adela de forma tan mal disimulada. Tenía la incómoda sensación de que lo que hubieran hablado podía afectarle, y no le gustaba no saberlo.

—¿Salimos? —sugirió cuando acabaron de cenar.

—Claro —contestó Alberto, ya más tranquilo tras la charla, la comida deliciosa y el vino.

Se despidieron de Celes y Helga, que empezaban a recoger las mesas y prepararlas para el desayuno. Mientras se dirigían a la puerta, Alberto miró el móvil y se encontró con dos llamadas perdidas de un número desconocido, que no tuvo dudas de que correspondía a María. Instantáneamente, los nervios y la inquietud se apoderaron de él.

—¿Me vas a decir qué te pasa?

La voz de Rosa transmitía irritación. Alberto no estaba acostumbrado a aquel tono.

—No pasa nada… —empezó a balbucear, al tiempo que se metía el móvil en el bolsillo trasero de los tejanos.

—No me lo creo. Eres muy malo disimulando. No sé por qué, pero presiento que me ocultas algo importante que tengo derecho a saber.

Se sorprendió a sí misma por el tono de exigencia que teñía sus

palabras.

Alberto no sabía qué hacer. Rosa tenía razón, aquello le afectaba, pero temía su reacción si se lo contaba. No quería estropear lo que tenían. "¿Por qué tienes que hablar con María? No le debes nada, ella te abandonó". "Sí, pero es María…". La batalla que se estaba librando en su interior lo atenazaba, parecía un estúpido incapaz de dar una respuesta convincente.

Notó la vibración del teléfono y se puso aún más nervioso. Sabía que era ella. Su cara revelaba el conflicto que no sabía cómo resolver. Quería contestar, y que no perjudicara a su relación con Rosa, aunque ya la estaba perjudicando. En el silencio de la noche, ella también oía la vibración, y el hecho de que Alberto no se atreviera a contestar era revelador.

—Es ella, ¿verdad? —aventuró, y lo que vio en los ojos de él hizo innecesaria la respuesta.

Casi no habían hablado de la mujer que lo abandonó porque se veía incapaz de afrontar una vida de pérdida y dolor junto a él, pero allí estaba, había regresado sin saber cómo ni por qué, quizás para reclamarlo, para arrebatárselo.

—¿Vas a volver con ella?

Se sentía frágil como nunca antes, vulnerable, sola. Notó cómo, de forma repentina e incontrolable, las lágrimas se desbordaban.

—No me dejes —consiguió decir, con la voz quebrada.

Nunca se había sentido tan impotente, tan triste. Nunca había estado enamorada ni, por tanto, había sentido la angustia que provoca la perspectiva de perder a la persona amada. Íñigo se le acercó y le golpeó cariñosamente con el morro en el muslo.

Alberto se sentía estúpido. "Corre a abrazarla. Olvida a María, tira el móvil y pisotéalo. Ella te quiere y necesita que le digas que quieres estar con ella". Su yo que miraba al futuro trataba de hacerlo reaccionar, pero el otro, el yo cobarde, estancado en el pasado, en la autocompasión, en la vana ilusión de recuperar una vida que ya no existía, después de haber quedado relegado a la irrelevancia, había empezado a ganar presencia. "Es María, tu María, la mujer con la que compartiste los mejores años de tu vida".

El móvil seguía vibrando.

—Tengo que contestar. Necesito cerrar este capítulo de mi vida. Confía en mí —dijo, por fin, con un tono que pretendía ser firme, pero que sonó inseguro.

Rosa no tenía opción. Quería pedirle que no lo hiciera, decirle que ese capítulo ya lo había cerrado y que estaban escribiendo una historia nueva juntos que merecía la pena. Quería decirle que

responder a aquella llamada era un error, que significaba correr un riesgo innecesario. Quería decirle que lo amaba y que estaba aterrada ante la posibilidad de que él decidiera volver al pasado. Recordó la noche bajo el cielo estrellado de Babia, aquel primer beso y la reacción de él, intimidado todavía por el recuerdo de la mujer que tanto lo marcó. “Dejó huella en ti”, le dijo, comprensiva, ignorante aún de sus propios sentimientos, de cómo aquella huella iba a dolerle tanto también a ella.

Pero no dijo nada. Únicamente le dedicó una mirada triste y suplicante mientras él sacaba el móvil del bolsillo. Se dio la vuelta y se alejó calle arriba, llorando en silencio, con su fiel amigo tratando de consolarla a base de lametazos en las manos.

56. La llamada

Alberto respondió al teléfono tembloroso. Descubrió sin entusiasmo que ansiaba volver a sentir la voz de María. Se reprochaba por ello, pero aquel deseo oculto durante semanas se había apoderado de su voluntad. Se imaginó alargando el brazo libre, calle arriba, hasta alcanzar a Rosa, y diciéndole con dulzura: "Espera, será sólo un momento", pero el brazo permanecía allí, colgando inútil sobre su costado izquierdo. Rosa sería pronto sólo una silueta oscura adentrándose en la noche.

—Hola, María.

—Hola. Se hace raro volver a hablar después de tanto tiempo, ¿verdad?

Su voz sonaba a derrota, era la voz de una persona resignada, aunque tratara de aparentar normalidad. La ansiedad desapareció y Alberto se sorprendió sintiéndose relajado. Aquella voz lo transportaba al pasado, sí, pero cualquier deseo por recuperarlo que permaneciera en su interior se desvaneció al escucharla.

—Pues sí. ¿Qué quieres?

Ahora se daba cuenta de lo estúpido que había sido. El haber tratado de ocultar a Rosa lo que estaba pasando podía haber dinamitado lo mejor que le había ocurrido desde el accidente. Su respuesta sonó algo brusca y María tardó unos instantes en volver a hablar.

—Perdóname, Alberto, por marcharme como lo hice y por reaparecer ahora. Entiendo que no te apetezca hablar conmigo, por eso agradezco tanto que hayas aceptado… —Hizo una pausa larga, que Alberto respetó, decidido a escuchar lo que tuviera que decirle por última vez. Tras aquella conversación, María sería definitivamente historia—. Lo he intentado, Alberto. Te prometo que lo he hecho, de todas las maneras que he sabido, pero no puedo olvidarte ni olvidar lo que pasó. —Ahora escuchaba la voz de una persona desesperada—. ¿Tú has podido? Necesito saberlo, porque, Alberto, estoy perdida. Esto no es vida, duele demasiado para poder llamarla así.

Hizo otra pausa. La coraza de papel de Alberto empezaba a resquebrajarse. Sentía lástima por aquella mujer a la que tanto había admirado, a la que había amado con locura, y que ahora no era más que una sombra triste de lo que había sido. No podía desentenderse como si no la conociera.

—Soy cobarde —prosiguió—. ¿Tú has querido acabar con el sufrimiento? ¿Te has visto tentado a poner fin a esta triste existencia? Yo sí. Pero soy cobarde. Me agarro al recuerdo de nuestro hijo y me instalo en él. Me paso días sin salir de la cama, recordando, tratando de volver atrás…, como si eso fuera posible. Soy patética.

Alberto estaba escuchándose a sí mismo unos meses antes. Él se había sentido exactamente como María. Le entristecía que ella no hubiera conseguido salir del pozo, y al mismo tiempo se daba cuenta de cuánto había avanzado él en su nueva vida. Rosa le decía que tenía mucho mérito. Rosa… No podía permitirse perderla. Tenía que explicárselo. Seguro que lo entendería.

—No, no lo eres. Yo he pasado por lo mismo que tú. Cuando salí del hospital deseé morir, pero he tenido suerte y he encontrado nuevos motivos para salir adelante. Siento que lo estés pasando tan mal. Créeme si te digo que me gustaría ayudarte.

—Pues hazlo, Alberto. Ayúdame. Al principio pensé que alejándome de ti, de nuestro hogar, todo sería más fácil. Creí que sería la única manera de superarlo. No sabes cuánto sufrí las semanas que pasaste en el hospital, sola, rodeada de todo lo que me recordaba a la vida que nunca recuperaría. No imaginas lo que fue tener que afrontar el funeral de nuestro hijo… —Se le quebró la voz. Alberto escuchaba los sollozos ahogados a través del teléfono. También a él se le empañaron los ojos. Cómo seguía doliendo el recuerdo de Eloy—. Cuántas veces habré lamentado salir indemne de aquel maldito accidente… ¿Por qué, Alberto? ¿Por qué tuvo que morir?

El dolor de María era también el de él. Escuchándola quejarse amargamente y llorar de impotencia se sentía mal, no sólo por ella, sino porque él había sido capaz de escapar de las garras de la desesperación. “¿No es demasiado pronto para haber pasado página? ¿No debería, como ella, continuar retorciéndome por el recuerdo?”. Sabía que no, que su camino no había sido fácil. Él recordaba a su hijo a diario, seguía sintiendo el dolor firmemente instalado en el corazón; lo acompañaría siempre.

—No sé cómo puedo ayudarte, María, más allá de escucharte. Entiendo que quisieras huir, comprendo que lo pasaras tan mal, y lo siento. Recuerdo los meses que pasé en el hospital como algo irreal. No era consciente de nada. Me hice la absurda ilusión de que al salir de allí todo volvería a la normalidad. Cuando me di cuenta de que ni tú ni Eloy estabais ahí, y que nunca más lo estaríais, el golpe fue tremendo. Suerte que mi hermana sí estaba. A ella le debo… —

Buscó las palabras adecuadas. Adela…, nunca le agradecería lo suficiente que fuera su hermana—. Se lo debo todo. María, durante estos meses me he preguntado si no habría sido más fácil tratar de superarlo juntos. Confieso que me sentí abandonado, y aunque comprenda tus motivos, aún hoy me cuesta mucho perdonarte. Me cuesta mucho aceptar que no lucharas por darnos una oportunidad, por salvar algo de lo mucho bueno que compartíamos.

María seguía llorando, de forma desconsolada. Era incapaz de hablar. En su cabeza se reproducían una y otra vez las mismas imágenes, los mismos lamentos, los mismos deseos de poner fin al sufrimiento. Todo seguía igual que nueve meses atrás, un día tras otro las mismas pesadillas, la misma decepción cada mañana por haber despertado, por tener que volver a deambular sin rumbo, que mirar a la cara a una vida que odiaba.

—Ayúdame, por favor —suplicó, con un hilillo de voz, antes de colgar.

Alberto apartó el móvil de la oreja y se lo quedó mirando, como si en la pantalla fuera a aparecer la respuesta a todas sus dudas. La llamada lo había dejado tocado. Le había abierto una puerta al pasado que trataba de dejar atrás. Estaba siendo capaz de volver a vivir, sin olvidar, pero sin quedar anclado en el lamento. Sin embargo, aquella llamada lo ponía nuevamente a prueba. No podía desentenderse, María necesitaba ayuda, pero ¿estaba preparado para atender a su grito desesperado de auxilio? ¿Y cómo?

La pantalla no le respondía, así que finalmente levantó la mirada y vio la calle en penumbra. “Rosa”, pensó. Tenía que hablar con ella, explicarle la situación, sin ocultarle nada, exponiéndole sus dudas y la obligación que sentía de ayudar a María. Confiaba en que no fuera demasiado tarde. En realidad, más que confiar, deseaba que no lo fuera. La amaba, quería irse con ella a Sevilla o a donde le dijera. Tenía que ir a buscarla.

No tardó en encontrarla. Sentada en las escaleras de la Puerta del Perdón de la Iglesia de Santiago, uno de los puntos más elevados del pueblo, miraba las estrellas. Íñigo estaba tumbado a sus pies, pero en cuanto olió la presencia del hombre fue a saludarlo. Rosa seguía con la vista clavada en el cielo cuando Alberto se sentó a su lado.

—Me pregunto cuántos mundos como el nuestro se ocultan entre esas luces infinitas. —Hablaba sin mirarlo—. ¿Los habitarán seres parecidos a los humanos? ¿Reirán y llorarán como nosotros? ¿Sentirán amor y dolor? ¿Pasarán de la alegría más absoluta a la desolación en sólo un instante, como nos ocurre a las personas?

¿Serán sus vidas igual de complicadas? —Giró la cabeza y sus ojos se encontraron. Alberto pudo apreciar en la penumbra que los tenía rojos e hinchados—. ¿Crees que los seres de esos planetas serán capaces de vivir conforme a sus deseos, olvidando las desgracias y los errores del pasado? ¿Crees que habrán aprendido a vivir sus vidas procurando hacer felices a quienes los rodean y evitándoles decepciones y un dolor innecesario?

Alberto supo que aquella conversación marcaría el futuro inmediato de ambos, pero si en ese futuro tenían que estar juntos, no podía cimentarse en un presente con heridas mal cerradas.

—Tengo que ayudarla, Rosa. —La decepción y la tristeza asomaron de nuevo en el rostro de ella—. Está desesperada y acude a mí como último recurso. Si no lo intento, no podré perdonármelo.

—¿Y cómo vas a ayudarla? ¿Acaso eres terapeuta o es que tienes una varita mágica?

Rosa empezaba a odiar a aquella mujer que lo alejaba del hombre al que amaba, al que había decidido amar a pesar de todo. No le importaban los motivos, ya no. Que Alberto se lo tomara como una obligación humanitaria no lo hacía menos insoportable.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que quiero estar contigo. Te quiero, Rosa. Ella es el pasado, tú eres mi presente y espero que también mi futuro. Sólo te pido que me dejes cerrar este asunto.

Ella se tomó unos segundos para responder.

—Me pides demasiado, Alberto. Recuerdo la primera noche en Babia. No hace tanto de aquello. La mujer a la que dices que tienes que ayudar es la misma que con sólo evocar su recuerdo te impedía besarme. No puedo ni quiero competir con ella.

—Pero entonces no sentía por ti lo que ahora, ni había asimilado que María formaba parte de un pasado que ya no quiero recuperar.

—Formaba…

—¿Cómo?

—Has dicho que formaba parte del pasado. Lo has dicho en pasado, no en presente.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—No lo sé, Alberto. No sé qué importancia tiene para ti, pero para mí la tiene toda. No voy a esperar a ver cómo resuelves tu pasado. Acepté formar parte de tu vida asumiendo los riesgos que ello conllevaba, pero nunca pensé que tendría que superar una prueba como la que planteas. No imaginaba que enamorarse después de los cuarenta pudiera doler tanto, así que no voy a cambiar mis planes, porque me dolería muchísimo más ver con mis propios ojos cómo los fantasmas del pasado te apartan de mi lado.

Mañana me vuelvo a Sevilla. Tú decides si me acompañas.

Alberto estaba atrapado. En los ojos de Rosa había tristeza, pero también determinación. No iba a ceder. Quería marcharse con ella, olvidar a María y mirar adelante. Después de todo, a ella no parecía haberle importado mucho lo que pudiera pasarle a él cuando lo dejó. Pero no podía hacerlo. Habían acumulado demasiadas experiencias juntos como para desoír su súplica. No podía dejar abierta la posibilidad de reprocharse no haberlo intentado, aunque ello significara pagar un precio tan alto como perder a Rosa.

Sabía que lo lamentaría, que se daría cabezazos contra la pared por lo que iba a decir, pero lo dijo:

—No puedo marcharme aún. Ojalá pudieras entenderlo, porque perderte me va a romper el corazón, pero no puedo retenerte conmigo si tú no quieres. No voy a volver con María. Te quiero. Ojalá eso bastara para ti.

—Ojalá…

Rosa lo besó en los labios, un beso dulce, breve y triste, muy triste.

Ella volvió a perderse en la noche y él se quedó contemplando las estrellas, tratando de adivinar dónde se escondía ese mundo maravilloso por el que se había preguntado Rosa.

57. María

Aquella misma noche Alberto recibió un *whatsapp* de María: "No quiero estropearte la vida, pero, por favor, dame la oportunidad de explicarme en persona. Necesito que hablemos cara a cara, ver con mis propios ojos que realmente es posible escapar de este dolor que ya no puedo soportar más".

Mientras veía a Rosa recoger sus cosas se preguntaba cómo era posible que estuviera renunciando a ella sin luchar, pero algo muy fuerte lo atenazaba, una especie de sentido del deber cimentado en los miles de buenos recuerdos acumulados junto a la persona con la que había compartido media vida. "Es pasado, sí, pero no lo puedes borrar de un plumazo", se respondía a sí mismo.

—Adiós, Alberto. Deseo de corazón que te vaya bien en la vida.

Y él, abatido e inmóvil como una estatua, incapaz de reaccionar, la vio salir de la habitación.

—Quédate… —susurró cuando ella ya bajaba por la escalera.

Se detuvo un instante, durante el cual Alberto contuvo la respiración, pero fue sólo eso, un instante. "¡Corre tras ella, imbécil!". Era una orden inútil, porque sus pies estaban firmemente anclados al suelo.

Esa noche apenas descansó. Regresaron las pesadillas, una especialmente extraña y cruel, que reproducía el accidente.

Todo transcurría igual que ocurrió, pero en esta ocasión Alberto no despertó en el momento inmediatamente anterior a la colisión. El choque fue brutal. Notó que se le rompían todos los huesos y que la sangre le brotaba de decenas de heridas, pero no quedó inconsciente. Estaba muy asustado, temía que a Eloy y a María les hubiera sucedido lo peor. Con dificultad consiguió mirar hacia atrás, y lo que vio lo dejó sin respiración. Eloy parecía un muñeco con el que un niño cruel se hubiera ensañado. Sintió que le faltaba el aire y empezó a ahogarse con su propio llanto desconsolado. Quiso morir, pero aún le esperaba otra terrible sorpresa. A su lado se encontraba el cuerpo inerte de Rosa, con el rostro desfigurado y ensangrentado, y los ojos abiertos, inexpresivos.

Alberto nunca había imaginado que tanto horror fuera posible, pero aún fue peor cuando sus ojos inundados de lágrimas se fijaron en el exterior del amasijo a que había quedado reducido el coche. Allí estaba María, de pie, mirándolo sin dejar entrever emoción

alguna.

Despertó tosiendo, al borde de la asfixia, más asustado que nunca. Necesitó un buen rato para asimilar la pesadilla y recuperar la calma. Aunque, como siempre, acababa quedándole el sabor amargo de la cruda realidad. Había sido una pesadilla terrible, sí, la peor que recordaba, pero Eloy realmente estaba muerto.

Por la mañana volvía a sentirse como el alma en pena que meses atrás había aterrizado en Nájera. Celes y Helga le dirigían miradas de compasión. El hombre trataba de mostrarse tan afable y espontáneo como siempre, pero Alberto no podía evitar pensar que producía lástima.

Tras la marcha de Rosa, Alberto había contestado al *whatsapp* y María había insistido en que se vieran al día siguiente. Estaba en Lugo, con su madre, y se acercaría a Villafranca en coche. A mediodía ya estaba allí.

Cuando la vio, Alberto tuvo una doble sensación, aparentemente contradictoria la una con la otra. Por una parte fue como si el tiempo no hubiera pasado. Era la misma María, su María, la mujer de su vida, con su mismo pelo revuelto y la misma expresión vivaz de siempre. Pero también sintió que, en parte, estaba frente a una desconocida. Había algo entre ellos que los separaba; la familiaridad y la complicidad se habían esfumado.

Se saludaron con dos besos. Ella sonreía, pero en la distancia corta Alberto ya pudo percibir las marcas que el sufrimiento había ido dejando en su rostro: la tristeza en la mirada, la expresión agotada de quien ya no espera nada de la vida, la sonrisa forzada de quien no tiene nada por lo que sonreír.

—Pues vaya sorpresa que estuviéramos tan cerca —dijo ella, con la esperanza de que sirviera para romper el hielo.

Estaba nerviosa y algo incómoda, aunque se alegraba sinceramente de volver a ver a Alberto. Notaba, sin embargo, que la incomodidad de él era muy superior. Y tenía razón. Su cabeza estaba allí, preguntándose si aquello tenía sentido, pero también con Rosa, lamentándose una y otra vez por no haberla acompañado. Un tiempo atrás probablemente se habría lanzado a los brazos de María, buscando protección y consuelo mutuo, pero ahora, pese a la involución que creía haber experimentado en tan sólo una noche, había algo que lo frenaba. Ya no veía en aquellos brazos que tantas veces lo habían rodeado para darle calor, alegría y amor, el refugio reconfortante que habían sido. Ahora eran unos brazos extraños, y se dio cuenta de que el abrazo que ansiaba ya no lo recibiría nunca. “Imbécil”, volvió a escupirse.

Se pusieron a andar. Alberto mantenía las distancias. Su yo que miraba al futuro estaba enfadado, y como respuesta a la decisión de renunciar a Rosa, había empezado a desarrollar un sentimiento de rechazo hacia María. Ella, en cambio, se esforzaba por resultar agradable e incluso divertida, aunque no hubiera nada en su vida que le despertase sonrisas. Hacía comentarios sobre el tiempo y preguntaba por los edificios que se iban encontrando, como si Alberto fuera un guía turístico. Cuando llegaron a la altura del castillo, María se sentó en un murete, a la sombra de un fresno.

—No te alegras nada de verme, ¿verdad?

Alberto puso cara de circunstancias, pero no contestó.

—Lo sé, no hace falta que digas nada, y te entiendo. No sabes cómo te agradezco que hayas aceptado. Es extraño cómo personas que han compartido veinte años de sus vidas se sienten tan alejadas. Pienso en nosotros, pero también en esas parejas que después de tanto tiempo juntas deciden separarse y si te he visto no me acuerdo. ¿Tú piensas en nosotros? —Lo miró con aquellos ojos preciosos pero tan cansados.

—A veces. Hasta hace unas semanas cualquier cosa me recordaba a ti, te echaba mucho de menos, pero entonces me di cuenta de que para seguir adelante debía dejar de hacerlo. Y la verdad es que lo estaba empezando a conseguir.

Una mueca de dolor atravesó el rostro de María. Recurrir a Alberto había sido una decisión desesperada, pero había empezado a crearse la ilusión de que quizás existiera una pequeña oportunidad de recuperar el tiempo perdido. Necesitaba agarrarse a algo para salir del pozo de melancolía en que se estaba ahogando.

—Cuando te dejé me fui con mi madre a la casa familiar de Lugo. Creí que sería la mejor forma de empezar de nuevo. Ella tampoco quería seguir en Barcelona. Decía que cada día que pasaba odiaba más aquella ciudad que ya le había arrebatado un marido y un nieto. Cuando le propuse regresar a su pueblo vio el cielo abierto. “Ya verás cómo allí todo será más fácil. La gente es muy amable y nos ayudarán en cuanto necesitemos”. Y así fue. Jamás me había sentido tan atendida. Los primeros días fue bien. La novedad consiguió sacarme de la espiral autodestructiva en que me había metido. Incluso dejé de tomar ansiolíticos y pastillas para dormir. Retomé la pintura y volví a recibir encargos, pero todo quedó en un espejismo. No me apetecía en absoluto dibujar florecillas y retratos de bebés felices, no tardé en aborrecer la maldita lluvia, y a las pocas semanas volvía a ser la misma alma en pena. En fin, que no quiero aburrirte con mis penurias, ya sabes de lo que te hablo.

Alberto escuchaba mientras en su interior se debatía entre darle unas palmaditas comprensivas en el hombro y ofrecerle el suyo para que se desahogara o echarle en cara que lo hubiera dejado tirado cuando más la necesitaba y que se acordara de él ahora, cuando le convenía a ella. Era María. Había estado locamente enamorado de aquella mujer, había sido el centro de su vida, la razón por la que querer ser mejor persona cada día, la madre del niño más maravilloso del mundo… Si la miraba con detenimiento lo veía a él. Tenían la misma sonrisa, la misma mirada inteligente, incluso el mismo pelo rebelde. Eloy no se merecía que sus padres acabaran comportándose como desconocidos. El yo instalado en el pasado volvía a tomar las riendas. El enfado empezaba a difuminarse.

—Y si huiste de mí, ¿por qué crees que yo puedo ayudarte?

A María se le notaba angustiada, le costaba horrores mantenerse serena.

—No lo sé, Alberto. Ya te he dicho que estoy desesperada, que no sé por dónde tirar, y…

—¿Y?

María lo miraba, quería hablar, pero no más de lo que consideraba prudente; no aún, al menos.

—Nada, déjalo.

Alberto había bajado las defensas y por momentos tenía la sensación de estar junto a la mujer que lo había encandilado tanto tiempo atrás, como si su historia en común fuera todavía un libro con páginas en blanco. “¿Ya has olvidado a Rosa?”, gritaba una vocecilla desde tan hondo que ya le resultaba inaudible. María vio cómo la miraba y se sintió segura para decir lo que un minuto antes había preferido callar.

—Te echo de menos.

Se miraron, y el uno vio en los ojos del otro lo que les había llevado a compartir la vida, a sentirse seguros, reconfortados, a ser felices. Obviaron todo lo demás, lo que hacía imposible pensar en reanudar su historia en común. No quisieron verlo, ella empujada por la desesperación, y él presa de un engaño momentáneo, consecuencia de la decepción que se había causado a sí mismo. Necesariamente tenía que valer la pena haber renunciado a Rosa. Qué lejana la percibía en aquel instante.

El resto del día fue como uno de aquéllos, cuando no eran más que una pareja ignorante de la crueldad de la vida, en que salían de excursión por la montaña o iban de visita a algún pueblecito pintoresco. Recuperaron la sensación de estar de vacaciones, hablando, bromeando, recordando buenos momentos,

reconociéndose el uno en el otro, redescubriendo los encantos que les habían llevado a enamorarse. Para María era el primer rato de vida desde el accidente y quiso convencerse de que podía ser así en adelante. No quería pensar en que pudiera estar agarrándose a un deseo tan sólido como una columna de humo. Alberto simplemente estaba hechizado por el recuerdo de un pasado feliz.

Comieron bocadillos en una pradera, en un entorno bucólico, y cenaron en un bonito restaurante que Alberto frecuentaba. Bebieron vino, mucho, y rieron, mucho también. María estaba liberando la tensión acumulada durante meses, volvía a sentirse mujer, una mujer interesante, atractiva y deseada. Y así era. Alberto, presa de la nube del recuerdo, la besó.

Y acabaron haciendo el amor. Fue una noche larga, de sexo ansiado y ansioso, por momentos salvaje, en el que María buscaba el placer olvidado y la curación de sus heridas. Sexo reparador y reconciliador. Dos amantes guarecidos en una burbuja que, inevitablemente, acabaría estallando.

Durmieron poco, pero de forma profunda, y cuando despertaron se sonreían como dos enamorados.

Bajaron a desayunar, y entonces Alberto recibió el primer golpe de realidad: la mirada desconcertada de Celes, que no entendía nada, pero que sirvió el café con leche y las tostadas a la acompañante desconocida de su huésped más querido con su habitual discreción y sonrisa.

En su mente aparecían preguntas que requerían respuesta: "¿Qué haces? ¿Ya está? ¿Un beso, una buena noche de sexo, y ya está todo arreglado? ¿Qué harás ahora?". Las preguntas de ella permanecían ocultas. Había acudido a Alberto en busca de consuelo y lo había obtenido. La sensación era buena, y lo último que quería era que desapareciera.

Pero los hechizos acaban perdiendo todo su poder y, por supuesto, las vacaciones terminan.

Lo que desencadenó el fin de aquel romance de finales del verano fue la propuesta insensata de María:

—¿Por qué no te vienes conmigo a Lugo? La casa tiene espacio de sobra y sería una buena oportunidad para volver a empezar juntos, poco a poco, sin prisas. ¿No crees?

Fue entonces cuando Alberto se dio cuenta de que aquel reencuentro no podía ir a más. La nube de irrealidad se esfumó. Sin embargo, optó por una respuesta ambigua, que ella no pudiera tomarse a mal.

—No sé. Me parece un poco precipitado. Aún hay cosas que me

gustaría hacer en León.

María la aceptó, pensando que no debía atosigarlo, que ya volvería a sacar el tema en otro momento.

Pasearon, visitaron un par de lugares pintorescos, y Alberto se fue transmutando en el de la mañana anterior al mismo ritmo que la sonrisa de María iba desapareciendo.

Por la noche él se acostó temprano. Estaba cansado. Eso fue lo que dijo cuando ella intentó recurrir al sexo para mantener encendida la llama de la esperanza. Antes de caer derrotado por el sueño, Alberto sintió los sollozos que provenían del lavabo. "¿Qué coño haces aquí, estúpido farsante? ¿A quién quieres engañar?", se preguntó justo antes de cerrar los párpados.

Los gritos desgarrados de María lo despertaron de madrugada. Asustado, se incorporó, encendió la luz, y se dio cuenta de que chillaba en sueños.

—María, despierta. Sólo es una pesadilla —le susurró mientras le daba suaves palmadas en el hombro.

Tuvo que insistir hasta que, finalmente, despertó llorando.

—Ha sido horrible —dijo, entre lágrimas—. Lo tenía en mis brazos, los dos reíamos y yo me sentía feliz porque el accidente no había sido más que una pesadilla…, y entonces él empezó a llorar, desconsolado, y sus ojos… Oh, Alberto, no puedo soportarlo más.

Se le abrazó gimiendo de pena. Él le pasaba la mano por el pelo, con ternura, mientras pensaba en sus propias pesadillas y en que reanudar aquella relación conducía a la autodestrucción.

María acabó calmándose, Alberto cerró los ojos, y un segundo después era de día.

—Hola —la saludó con dulzura.

—Vaya, creo que es la primera vez que me despierto abrazada a ti. Resulta que eres una almohada bastante cómoda.

Alberto la miró y decidió ser sincero:

—No va a funcionar, María. Sé que no. Me dolió, pero tengo que reconocer que tomaste la decisión acertada. A lo mejor si no te hubieras marchado lo habría acabado haciendo yo, o no; quizás habríamos aprendido a curar las heridas juntos, pero lo que tengo muy claro es que intentarlo ahora no funcionaría. No tengo la energía necesaria para tirar de ti. Debes ser tú la que encuentre la manera de reinventarte, como he hecho yo, como estoy haciendo, porque lo que sí sé es que se trata de un proceso sin final. —María cerró los ojos de nuevo, quería seguir durmiendo sobre "su" almohada, que no acabara la noche—. Lo siento…

Continuó acariciándole el pelo, aliviado y triste a la vez.

—¿Qué voy a hacer?

Alberto le giró la cabeza con suavidad para que lo mirara a los ojos y, con toda la convicción que fue capaz de reunir, le dijo:

—Vivir.

Aquella mañana no bajaron a desayunar. Se quedaron en la cama, hablando. Alberto decidió contarle todo lo que le había pasado desde que inició su viaje. Le habló de Edurne, la anciana de los gatos; del chico que lanzaba piedras al Najerilla; de la simpática informadora turística y su dicharachero novio; de Miguel Luján, el vendedor de máquinas de café. Le habló de Irina, la valiente joven bielorrusa, capaz de escapar de una vida de pesadilla y de encontrar el amor junto a Ana, otra joven valiente; de Pedro y de Marga, a quienes consideraba casi como una familia. Le explicó la aventura con los osos y sus peripecias como superhéroe, lo que lo llevó a hablarle del inspector García y de su intervención para salvarlos de la mafia rusa. Le habló del blog de Lorena, su consejera vital —"Deberías leerlo, te ayudará mucho", le recomendó—, y aunque le costó decidirse, también le reveló que él tenía otro. Sabía que le dolería leer muchas de las cosas que había escrito en él, pero el ejercicio de catarsis requería la máxima sinceridad. Así que, por último, le habló de Íñigo… y de Rosa.

A medida que relataba su historia sentía cómo todas las piezas iban encajando. Se daba cuenta de cuánto había avanzado, de cómo había construido un relato vital que era mucho más que una huida a ciegas. Sus últimos meses eran dignos de ser recordados, eran las raíces sobre las que crecer. Incluso la dolorosa renuncia al amor.

—No te reprocho que hayas aparecido. No es culpa tuya que Rosa se marchara, sino mía. Fui yo quien eligió. Ella fue muy honesta y yo creí que debía atender tu grito de auxilio. También reencontrarme contigo ha valido la pena. Afrontar de cara el pasado era algo que me quedaba pendiente, y siento que he superado la prueba.

María estaba impresionada por todo lo que acababa de escuchar. Necesitaba tiempo para procesar tanta información, y le costaba admitir que no pudieran volver a intentarlo, pero también ella se notaba más ligera, como si la historia de Alberto abriera una diminuta grieta en la cápsula de desesperanza donde llevaba tanto tiempo aislada.

—Ha tenido que ser duro para ti renunciar a una mujer tan extraordinaria, pero te confieso que me alegro, porque si no, no habríamos pasado estos dos días juntos.

No quería despedirse de Alberto, era el amor de su vida, y se

maldecía por haberlo abandonado. Creía que podía volver a enamorarse de él. Sería un amor diferente, desde luego; un amor triste, melancólico, doloroso incluso, porque mirar a Alberto era ver también a Eloy, y el recuerdo de su hijo le dolería hasta la muerte. Pero había comprendido que no tenía sentido forzar más la situación. Él no iba a volver, había emprendido un camino diferente que quería seguir explorando, y María se había dado cuenta de que prefería dejar en él un recuerdo agradable, no el de una persona desesperada y suplicante. Había sido capaz de conquistarlo, aunque hubiera formado parte de un espejismo, del deseo de un recuerdo irrecuperable, pero también significaba que conservaba su atractivo, que continuaba siendo una mujer interesante, y eso le ayudaría a empezar a reparar su autoestima devastada.

Después de la larga mañana de confesiones, comieron juntos por última vez y se despidieron con la promesa de que seguirían en contacto.

—Puedes llamarme siempre que quieras. Si necesitas desahogarte, o sentir el aliento de una voz amiga.

Alberto sentía que Eloy estaría contento de que sus padres volvieran a ser amigos, y eso significaba hacer las paces con una parte del pasado que había asumido que, en mayor o menor grado, siempre lo atormentaría.

Se abrazaron una última vez, y al separarse los ojos de María estaban húmedos, pero no de angustia, sino a causa de la emoción por despedirse de un ser querido. Se sentía sorprendentemente bien, serena. Seguramente porque el cariño y el amor son sentimientos reparadores.

—Toma, un regalo.

Alberto había sacado un libro de su mochila, que María aceptó con curiosidad.

—Muchas gracias… *El viaje de Pau* —leyó—. ¿Por qué me lo das?

—Léelo. Te gustará. Me lo regaló mi hermana antes de iniciar mi viaje y ha sido un fiel compañero.

—Lo leeré, pero no lo acepto como regalo, sino como préstamo. Así tengo excusa para que volvamos a vernos.

—De acuerdo —aceptó Alberto.

—Por cierto, eres muchas cosas estupendas y tienes algunas habilidades muy destacables, pero no te imagino enfrentándote a un matón armado ni acercándote a una osa enloquecida por el dolor.

A Alberto le gustó quedarse con la imagen de la sonrisa burlona de María antes de verla desaparecer en el interior del coche.

58. La foto

Pasó el resto de la tarde sin hacer nada más que pensar. Estaba relajado. El encuentro con María había sido muy intenso, había removido muchas cosas en su interior, las había recolocado. La verdad era que estaba sorprendido por haber sido capaz de imponerse a la tentación de sucumbir a la nostalgia.

Pensaba en él, en cómo había cambiado, en lo diferente que era del Alberto que convivió felizmente con María, del padre orgulloso de aquel niño cuyo recuerdo tanto le dolía, pero que también volvía a hacerle sonreír, aunque fuera de manera casi imperceptible. También era muy diferente del hombre deambulante que inició su viaje a alguna parte sin apenas esperanza de llegar a ningún sitio.

Ahora ya sabía que sí, que el destino de aquel viaje no era otro que su propia vida, una vida nueva, ni mejor ni peor, pero desde luego muy diferente a la anterior.

Su pensamiento lo llevó entonces a Rosa. Por un instante se hizo la ilusión de llamarla y volver junto a ella…, pero no podía hacerlo. ¿Qué le iba a decir? "Perdona por no haberte acompañado, pero ya está, María es definitivamente cosa del pasado. Vivimos una tarde genial, en la que creí recuperar mi vida anterior. Nos besamos, la invité a una cena romántica e hicimos el amor como si no hubiera mañana, una noche del mejor sexo de mi vida. Luego me di cuenta de que en realidad no podíamos estar juntos, le conté todo lo que me había pasado, y nos despedimos como amigos. Creo que la he ayudado, como ella me había pedido. También ella me ha ayudado a mí. Eh, pero no te preocupes, que a partir de ahora mis pensamientos estarán sólo contigo". No, Rosa no iba a tragar con algo así.

Sentado bajo el mismo árbol donde dos días antes había bajado las defensas frente a María, se vio sorprendido por la llegada de Helga, acompañada por su inseparable cámara colgada del cuello.

—¿Puedo sentarme?

—Sí, claro.

Permanecieron unos segundos en silencio, durante los cuales la mujer pensaba en la mejor manera de decirle lo que quería, sin dejar de mirar el sobre que aguantaba con ambas manos.

—Nunca he juzgado a las personas por las apariencias —empezó a decir—. Creo de verdad que todos tenemos derecho a actuar como nos apetezca mientras no hagamos daño a nadie.

Alberto escuchaba con interés. Los últimos días había tenido la mente lo suficientemente ocupada como para pensar en la sorpresa que debía haber generado la marcha de Rosa y la llegada de María.

—Cuando llegué a Villafranca, siendo una jovencita, no me importó lo que dijeran de mí, y menos aún cuando empecé a salir con Celes, así que no voy a ser yo quien meta las narices en los asuntos de un huésped.

—Se lo agradezco. Es complicado —resumió Alberto, con una mueca que pretendía transmitir algo así como "es una larga historia que ni yo mismo acabo de comprender, disculpe por no contársela".

Helga jugueteaba nerviosa con el sobre, atrayendo la atención de él. Entonces recordó la sesión fotográfica en el parque de La Alameda. "Oh, vaya", se lamentó mentalmente.

—Me preguntaba qué hacer con esto.

Helga abrió el sobre y sacó una preciosa foto del tamaño de un folio en la que aparecían Alberto y Rosa sonrientes, rodeados de flores y bajo un increíble cielo naranja.

Alberto sintió una dolorosa punzada en el pecho. Aquella foto parecía chillarle "¡Idiota!", así que su primer impulso fue de rechazo. Pero cuando iba a decirle a Helga que no podía aceptarla, cambió de opinión.

—Qué foto tan bonita. Me encantaría quedármela.

El de Rosa era un recuerdo feliz. El nuevo Alberto había desterrado, al menos de momento, al yo autocompasivo, el que se regodeaba en el dolor y la melancolía. Había descubierto que recordar, sí, podía doler, pero también había montones de recuerdos que valía la pena rememorar. El de Rosa, sin duda, era uno de ellos. Cuando mirara aquella foto probablemente se lamentaría por haberla dejado marchar, pero también sonreiría recordando a la persona que había curado su corazón, que le había demostrado que la vida nos reserva sorpresas agradables que vale la pena vivir.

Helga le dio la foto. Le sabía mal que la relación de aquellos chicos tan majos no hubiera prosperado, pero, sobre todo, se moría de ganas por saber qué había pasado. Su expresión lo decía todo y Alberto se vio obligado a dar una explicación.

—Hace un par de meses me habría aterrado la perspectiva de hablar de mí con un extraño.

Recordó la conversación con la anciana de Nájera. Aún a veces dudaba si no la habría soñado. Pensó que hablar con Helga quizás le ayudase ahora a reafirmarse en las decisiones tomadas. Parecía una persona razonable, de las que transmiten confianza.

—No, por favor. No me tienes que dar ninguna explicación. La foto es tuya. Quiero que te la quedes. —Se sentía avergonzada por no haber sido capaz de ocultar su curiosidad—. Y haz el favor de tutearme, que no soy tan vieja.

Alberto sonrió.

—Verá… Verás —corrigió—, María era mi pareja. Lo fuimos durante veinte años.

Alberto liberó el relato que se agolpaba en su cabeza, y mientras se oía a sí mismo explicándoselo a otra persona le pareció que no sonaba tan mal, que incluso era coherente. Helga escuchaba atenta. Le gustaba leer, las buenas historias conseguían transportarla a aquellos escenarios inventados, pero pocas veces había llegado a esa conclusión tan manida y sin embargo tan cierta que afirma que la realidad supera a la ficción. La historia de aquel chico era un buen ejemplo. Su propia historia y la de su familia lo eran.

Cuando calló, Alberto volvía a sentirse más ligero. Cada vez que se sinceraba daba un paso más en el proceso de desintoxicación, se desenganchaba un poco más del pasado.

—Ya ves, soy una caja de sorpresas. —Helga rió—. Creo recordar que el día que nos conocimos, en La Alameda, tú dejaste pendiente una historia que prometía ser muy interesante.

Helga dejó escapar una carcajada. No podía librarse.

Si quieres conocer el relato completo de Helga, lee 'La fotógrafa'

Al escuchar el relato, Alberto pensó, una vez más, en la admirable capacidad de adaptación del ser humano. Aquella mujer de aspecto permanentemente relajado había nacido en un campo de concentración. Había sobrevivido de forma milagrosa gracias a la voluntad inquebrantable de una madre que, pese a lo desesperado de su situación, pese a haberlo perdido todo, se agarró a aquella criatura para sacar de no se sabe dónde la fuerza necesaria para salir adelante.

—Cuando una persona no ha experimentado el dolor en su vida piensa que no sería capaz de sobreponerse a algo tan terrible como la pérdida de un ser querido. Yo lo vi en mi madre. Vi cómo sufría a diario porque le arrebataron a su marido, el padre al que nunca conocí. Sentí su dolor inmenso al regresar a Dachau, quince años después. El tiempo quizás logre esconderlo, pero siempre está ahí, y cuando reaparece lo hace con la misma intensidad. Sobreponerse no es quizás la palabra adecuada. Yo pienso que nos adaptamos, aprendemos a vivir en las circunstancias que sea, por muy inhumanas e insoportables puedan parecernos cuando no nos

afectan.

Helga miraba al horizonte, a las montañas que rodeaban el pueblo, aunque en realidad lo que veía se hallaba muchos años atrás.

—¿Cómo pudo sobrevivir mi madre? Si ya era difícil siendo una mujer sola, embarazada, imagínatela teniendo que criar a una bebé. Estoy convencida de que en aquel momento ni se planteaba la inhumanidad de su situación, mucho menos la de sus compañeros. Años después, sí; al regresar a aquel infierno tomó conciencia plena de lo que había tenido que soportar. El instinto de supervivencia es fascinante.

Alberto sabía de lo que le estaba hablando. Cuando perdió a Eloy sintió que el mundo, que su vida, dejaban de tener sentido. Pero allí estaba, sólo unos meses después, haciendo planes de futuro. Allí estaba Helga, una mujer que relataba su nacimiento en un campo de concentración nazi como si no tuviera nada de extraordinario, que había crecido rodeada de pérdidas y, sin embargo, había tenido una vida plena.

Alberto permaneció unos días más en Villafranca, los que le bastaron para decidir qué hacer a partir de entonces.

“Estos últimos días han sido intensos. He aprendido nuevas lecciones de vida que he incorporado a esta nueva versión de mí mismo que se ha ido definiendo desde que emprendí el viaje. Hay una cosa, sin embargo, que me queda pendiente, y que creo que, ahora sí, estoy preparado para afrontar: volver a conducir.

He decidido alquilar un coche para disfrutar de unas pequeñas vacaciones recorriendo el Norte. Ahora sé que puedo volver a viajar por placer. Me apetece hacerlo. No necesito apenas equipaje, pues voy con la vida a cuestas, y con eso me basta”.

En el blog no escribió la segunda parte del plan: regresar a La Cueta.

59. La ruptura

A Rossell le dolía el corazón. Era la primera vez que sentía algo así. Había querido aplazar el momento, alargar la agonía, hacer como si nada hubiera pasado, pero a la vuelta de Salobreña Lorena le soltó un discurso sobre la honestidad y la sinceridad como prólogo a lo que realmente importaba: lo dejaba.

—No hace falta que me quieras. A mí no me importa mientras podamos estar juntos. No debería haber sacado el tema. Soy idiota. Perdóname, no hablaremos más de ello. Yo quiero que estemos juntos, aunque para ti sólo seamos amigos. Te prometo que no me importa.

Las palabras brotaban a borbotones de la garganta de un, por primera vez en la vida, angustiado Miquel Rossell. A Lorena le dolía verlo así, pero no podía, no debía, ceder a las súplicas.

—Yo te quiero, pero no de la manera que tú esperas. Ahora dices todas esas cosas fruto de la desesperación, pero pronto te darás cuenta de que separarnos es lo mejor para los tres —pensaba en Raúl, en cuánto se enfadaría al saber que su amigo Miquel no volvería a jugar con él.

—Y una mierda —murmuró Rossell.

—Te vuelvo a repetir que lo siento, lo siento de verdad. Te voy a echar de menos, pero tenemos que cortar esta relación antes de que nos hagamos daño.

—Yo jamás… —Rossell reaccionó indignado.

—Lo sé, no me refería a daño físico, ¡por Dios! —Le sorprendió la mala interpretación—. Ahora estás cegado por tus sentimientos, y lo entiendo. —Lo miró, intentando transmitirle serenidad—. Una relación en la que uno de los dos espera mucho más que el otro está condenada al fracaso. Yo quiero dejarla aquí, ahora, cuando nos apreciamos lo bastante como para guardar un buen recuerdo y, si quieres, poder seguir llamándonos y viéndonos de vez en cuando.

—Como amigos. Menudo topicazo.

Rossell estaba irritado.

—No iba a decirlo. Para mí es evidente que lo somos, pero no tengo intención alguna de forzar las cosas.

Lorena no tenía nada más que decir, y esperaba que él aceptara la situación. Rossell suspiró, dejando liberar tensión.

—Está bien. Por primera vez en la vida voy a aceptar una derrota con deportividad. —Le alargó la mano con un gesto teatral

—. ¿Amigos?

Lorena encajó el apretón, aliviada por cómo había reaccionado.

—Amigos.

—¿Sabes qué?

—Dime.

—Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

—No empieces…

—No, deja que me explique. Te adelanto que voy a pasar unos días jodido, espero que pocos. Creo que tendré que retirarme a Tenerife a llorar las penas. —Lorena sonrió—. Pero aunque en esta ocasión no haya ganado, estoy en deuda contigo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, recuerda que tú eres quien me ha curado de mi "cabronería". —Ambos rieron—. En serio, me has abierto los ojos. Durante estas semanas he experimentado sensaciones que siempre creí que eran accesorias, irrelevantes, impropias de la gente seria, la que mueve el mundo. Ahora sé que estaba muy equivocado, porque la vida es esto.

Lorena sonreía, inmensamente satisfecha de escuchar aquellas palabras.

—Definitivamente, estás más que curado, y quizás no debería decírtelo, pero, va, lo digo: la mujer que acabe cayendo rendida a tus encantos será muy afortunada.

—Dudo que haya otra como tú.

—¿Ves cómo no tendría que haberlo dicho?

—Vale, ya paro. De todas formas, no vayas a pensar que a partir de ahora me voy a convertir en un filántropo o, peor aún, en un comunista de esos modernos o un perroflauta. Tus poderes milagrosos no conseguirán que deje de creer que el dinero sí da la felicidad.

—Bueno, bueno, no hables tanto, porque tu caso era de los graves. Incluso yo me sorprendo de haber conseguido salvarte.

—Muchas gracias.

Se las daba de verdad y, ciertamente, la mirada de aquel Rossell poco tenía que ver con la del hombre arrogante e insensible al que Lorena se enfrentó en el aeropuerto. Estaba contenta y le regaló un dulce beso de despedida.

60. Honestidad

“Cuando una decide ser consecuente y guiar su vida en base a unos valores y unas reglas determinados, corre el riesgo de perder cosas muy buenas.

Al principio puede parecer absurdo, te puedes arrepentir y repetirte que estás siendo estúpida, pero a la larga ser consecuente siempre es la mejor opción.

Las últimas semanas he estado viviendo en una burbuja, parecía la protagonista de una historia de cuento. Me sentía una especie de Cenicienta o de Julia Roberts en ‘Pretty woman’ (obviando la parte prostituta del asunto). El problema es que yo no estaba enamorada del príncipe azul. Me sentía, más bien, su mejor amiga, con derecho a roce, sí, pero la magia se rompió cuando supe que él bebía los vientos por “su princesa”.

He sido honesta y consecuente, así que vuelvo a estar disponible. ¿He sido estúpida? Si fuera una persona superficial, de las que sueñan con sacrificar su dignidad por una vida de lujo, sin duda. Pero yo no volveré a sacrificar mi dignidad. No volveré a autoengañarme ni a engañar a quien confíe en mí, y mantener esa relación habría sido un enorme engaño. No va conmigo; ya, no.

Quiero construir un relato sólido, que contraste con la mojigata que era, que sirva de ejemplo para mi hijo, no para que lo copie, sino para que crea de verdad en que el mejor camino es siempre el del respeto a uno mismo”.

61. Feliz coincidencia

Alberto se despidió de Villafranca un bonito día de mediados de septiembre. Helga y Celes le obligaron a prometer que pronto volverían a tener noticias de él, cosa que no le iba a suponer sacrificio alguno porque los apreciaba de verdad.

Tomó el bus a Ponferrada, donde alquiló un pequeño Citröen que previamente había reservado por Internet.

Cuando se sentó al volante por un instante pensó que no sería capaz de ponerlo siquiera en marcha, pero al accionar el contacto, poner primera, y pisar el acelerador, el coche empezó a avanzar y sus nervios fueron desapareciendo.

Fue inevitable que lo importunara el recuerdo de aquel fatídico día de invierno, camino del Montseny. Seguía doliendo, mucho, pero ya no lo paralizaba. Sus manos continuaron firmemente agarradas al volante, y su determinación, intacta. En esta ocasión no abandonaría el vehículo en un área de servicio.

Conducía sin prisas, contemplando el bonito paisaje mientras rememoraba lo vivido desde su llegada a Babia. Le hacía ilusión regresar. Había decidido hacerlo después de que comprobara que, efectivamente, podía disfrutar de unos días tranquilos en un entorno que le había maravillado muchos años atrás, en una de las primeras vacaciones que compartió con María. Quería viajar por el Norte por el simple gusto de hacerlo, sin marcarse rutas ni límites temporales. Y así lo hizo.

Comenzó su recorrido turístico alojándose en Ribadeo, en el límite entre Lugo y Asturias, donde paseó por la espectacular playa das Catedrais. Visitó los bellos pueblos cantábricos: Tapia de Casariego, Colunga, Lastres, Llanes, Cudillero…, y se atrevió a darse algún baño en sus frías aguas, aprovechando los últimos coletazos del verano. También se adentró en el paraíso natural de los Picos de Europa: la ruta del Cares, los lagos de Enol, los puertos de Áliva, la Cueva del Soplao… Incluso se animó a hacer el descenso del Sella en canoa.

Hizo muchas fotos y escribió en el blog sobre todos aquellos sitios preciosos, siempre acompañando sus impresiones con reflexiones personales. Los seguidores aumentaban día a día.

Después de varias jornadas de montaña, decidió regresar a la costa a través del desfiladero de la Hermida, lo que lo llevó a San Vicente de la Barquera. Pasó allí la noche, y al día siguiente quiso

visitar las playas de un pequeño pueblo cercano, Pechón, que le habían recomendado.

Desde el pueblecito partían los caminos que descendían a las playas, pero antes de tomar alguno de ellos se sentó en la terraza de un hotel-restaurante a disfrutar de las vistas acompañado de una cerveza.

—¿Qué va a tomar, amigo?

Aquella voz alegre, que le resultaba tan familiar, lo sacó del ensimismamiento en que había caído contemplando el paisaje.

—Una cerveza, por favor.

—No me lo puedo creer…

El hombre estalló en una sonora carcajada y a Alberto se le abrieron unos ojos como platos al darse cuenta de que tenía delante a Miguel Luján, el sonriente vendedor de máquinas de café.

—¡Miguel! ¡Qué sorpresa! Pero ¿cómo…?

Los dos hombres se abrazaron, contentos por tan inesperado reencuentro.

—Ay, amigo. Ya ve, tantos años después he decidido sentar la cabeza. La verdad es que ya estaba cansado de ir de aquí para allá, cada vez con menos ilusión por hacer mi trabajo.

—Entonces, ¿está usted trabajando aquí, como camarero?

Miguel Luján rió con ganas.

—Sí, y no. —Se le veía divertido ante la cara sonriente pero desconcertada de Alberto—. Trabajo aquí, pero no estoy empleado. El negocio es mío —y mientras lo decía se señalaba el pecho con los pulgares, visiblemente complacido.

—Vaya, pues eso está muy bien.

—El antiguo propietario, cliente mío, me dijo que iba a jubilarse y me ofreció el hotelito por unas condiciones inmejorables, así que llegué a un acuerdo con mi empresa, y con la liquidación pagué el traspaso. De momento me da para ir tirando, el verano no ha ido mal. Además, así estoy cerca de mis hijas. Precisamente, a la mayor la tengo aquí este fin de semana.

—Me alegro mucho.

Lo hacía de corazón. Aquel hombre inmune al desaliento, alegre y desprendido, merecía que la vida le devolviera todo lo que él había invertido en ayudar a otras personas, aunque hubiera sido con cosas aparentemente tan insignificantes como la compañía, palabras de ánimo o el desplazamiento en su viejo Mercedes.

—¿Y usted qué, amigo? Lo veo muy bien.

—Sí, estoy mucho mejor que cuando nos conocimos. De hecho, ahora mismo estoy de vacaciones.

—Pues entonces los próximos días no va a tener que preocuparse por el alojamiento, porque ahora mismo le voy a asignar mi mejor habitación, por supuesto, invitado por la casa.

—No puedo dejar que…

—No se admiten protestas. Usted se queda aquí y no hay más que hablar.

—Miguel, así no va usted a hacer mucho negocio.

—Ah, compañero, ¿no ha oído nunca eso de que no se debe hacer negocios ni con la familia ni con los amigos?

—De acuerdo, pero sólo me quedo si me deja pagar las comidas.

—Lo que usted diga. Voy a por su cerveza.

Durante la estancia en Pechón conoció a la hija de Miguel Luján, que estaba allí con su novio. Era una pareja muy maja. Al exvendedor se le veía feliz, orgulloso de su familia y de él mismo. Era un anfitrión ideal, siempre alegre y atento, se desvivía por el bienestar de sus huéspedes.

Fue allí donde Alberto tuvo la idea de invitar a su hermana a que se encontrasen durante las vacaciones de Navidad en La Cueta. Hacía ya demasiado tiempo que sólo hablaban por teléfono, y las fotos que se enviaban hacían crecer en él, cada vez más, la necesidad de reencontrarse con su familia. Se moría de ganas de abrazar a Adela y transmitirle todo el cariño que merecía.

Se despidió de Miguel con un abrazo afectuoso e inició el camino hacia Babia dando un rodeo por el interior de Cantabria y León.

62. El regreso

Conduciendo por la carreterita que moría en La Cueta, Alberto notaba en el estómago el cosquilleo de las grandes ocasiones. No había avisado de su llegada y estaba emocionado tratando de imaginar las caras de sus amigos cuando lo vieran aparecer. ¿Se pondrían tan contentos como Adela cuando le propuso pasar juntos las Navidades en Babia?

No dejaba de rememorar la conversación telefónica en que su hermana no pudo contener la emoción. A él le hacía mucha ilusión que Adela conociera el lugar donde había empezado a rehacer su vida y donde pensaba seguir construyéndola. A ella, de repente, las vacaciones le parecían lejanísimas, más de dos meses que se le antojaban años.

Aquella mañana de octubre hacía frío y había niebla. "No he tenido en cuenta que el invierno aquí debe ser tremendo", se dijo mientras cruzaba el puente sobre el Sil y entraba en la aldea. Le vino a la mente la mañana de mayo, no hacía tanto tiempo, en que hizo lo mismo dejándose llevar por una joven guerrera que huía de su terrible existencia. ¿Cuánto quedaba de aquel Alberto? Seguramente sólo el dolor del recuerdo. Ahora prefería pensar en el presente. Por difícil que le pareciera, lo había logrado. Su vida avanzaba y quería vivirla.

Aparcó en la placita junto a la iglesia y se dirigió a la casa. No tuvo que llamar al timbre. En el momento en que iba a hacerlo se abrió la puerta y se encontró con la cara, incrédula primero y feliz un segundo después, de Irina.

—¡Alberto! —exclamó, y se abalanzó sobre él.

Se fundieron en un abrazo repleto de amor y alegría. A Alberto se le humedecieron los ojos.

—Míralo, qué tontorrón —se burló la joven, divertida, mientras se secaba sus increíbles ojos verdes con la manga de la sudadera.

—Estás guapísima. Eso es que te están cuidando bien.

En ese momento apareció Marga, alertada por las voces.

—¡Ay, qué alegría! ¡Pedro, ven, corre, mira quién ha venido!

Los siguientes minutos transcurrieron entre abrazos, besos, emoción y risas. Alberto había vuelto a casa.

—Ana imagino que está estudiando.

—Sí… —Los ojos de Irina se iluminaban al pensar en su novia y a la vez se entristecían por no poder estar con ella—. El viernes

subirá. Viene casi todos los fines de semana, y además éste es largo, que el lunes no tiene clase.

—Estamos muy orgullosos de nuestras niñas. —Marga la acarició con cariño en la espalda y le dio un dulce beso en la mejilla; la consideraba otra de sus adoradas nietas—. Irina me hace mucha compañía y me ayuda tanto que me va a dejar sin trabajo —rió con ganas.

—Y además nos va a salir investigadora —añadió Pedro.

—¿Y eso? ¿Acaso te vas a pasar al lado oscuro?

—Digamos que pactaría con el mismísimo diablo para que Yuri y sus matones acaben pudriéndose entre rejas.

—Muy convincente, sí señora.

Pasaron al comedor y unos y otros se pusieron al día. Alberto explicó sus peripecias recorriendo el Norte. También habló sobre su aventura con Rosa, pero se ahorró los detalles de la ruptura, porque ello habría supuesto tener que hacerles partícipes de su trágica historia. Que hubiera salido del pozo no significaba que le apeteciera ir contando por ahí sus miserias. Además, no quería que lo miraran con lástima.

—Qué pena. Era una chica muy maja —apuntó Pedro.

En La Cueta también había habido bastantes novedades.

Fue una suerte que el poli encargado de resolver el incidente en el área de servicio fuera el inspector García. Era un tipo muy respetado gracias a un largo expediente de casos resueltos. El enfrentamiento de Irina y Alberto con el matón le permitió empezar a tirar de un hilo que desembocó en el desmantelamiento de la red de trata de blancas y tráfico de drogas que encabezaba Yuri Tikhonenko. Pero no sólo eso, sino que la operación lo condujo a esclarecer docenas de crímenes sin resolver y a destapar una red de policías corruptos que daba apoyo al criminal ruso. Fue la guinda que completaba una carrera brillante.

Nadie le iba a negar, pues, el pequeño favor de concederle un permiso de residencia a la joven bielorrusa que sería la testigo clave para completar la operación con éxito y meter entre rejas a Yuri y a buena parte de sus socios y subordinados.

Durante semanas Irina trabajó codo con codo con García para ayudarle a atar todos los cabos.

—¿Vas a testificar cuando juzguen a toda esa chusma? —Por muy buen policía que fuera el inspector, a Alberto le preocupaban las represalias que pudieran tomar, sobre todo, los polis corruptos.

—Por supuesto. Ya no les tengo miedo. No sabes cuánto disfruté cuando García me enseñó imágenes de Yuri. Parecía un zombi.

“Dios es justo, no va a permitir que ese hombre deje este mundo sin una buena dosis de sufrimiento”, le aseguró el inspector.

—No, si te acabarán dando una medalla…

—Pero ¿sabes cuándo voy a disfrutar más todavía? —Sus ojos no ocultaban el deseo de venganza—. Cuando vea a todos esos cabrones de uniforme sentados en el banquillo, con cara de no haber roto un plato en la vida. García me ha jurado que no parará hasta que los encierren durante una buena temporada. Y ese hombre, te lo aseguro, Alberto, no jura en vano.

Para regularizar su situación legal Irina tuvo que encontrar trabajo. Pedro se ofreció enseguida a contratarla para que ayudara en la casa unas horas a la semana. Marga no le habría perdonado no hacerlo.

—Es la mejor idea que hemos tenido desde que abrimos la casa.

—Qué exagerada eres, Marga.

—Tú que sabrás, niña. Va siendo hora de tener a alguien que pueda sustituirme cuando mis piernas no den para más. Lo que pasa es que parece que te has empeñado en retirarme ya mismo… —Marga estalló en una de sus carcajadas contagiosas y se abrazó a Irina.

La joven se había adaptado muy pronto a aquella nueva vida, en la que las personas se comportaban como seres humanos, con sus virtudes y sus defectos, y no como salvajes sin corazón.

—¿Y cómo ha acabado el asunto del cazador furtivo?

—¡Buf! Menuda movida hemos tenido. —Pedro resopló antes de continuar—. Resulta que el tipo es un ganadero asturiano con buenos contactos políticos. Tuvo el morro de presentarse como víctima y, de hecho, denunció a Ana por la pedrada. Hizo todo lo posible por evitar que el vídeo que grabé pudiera utilizarse en su contra, y casi lo consigue. Al final, el asunto se resolvió con un juicio rápido que acabó en paripé. Le impusieron una multa económica casi simbólica y la prohibición de portar armas durante seis meses, mientras que a Ana le han prohibido acercarse a menos de doscientos metros de él durante dos años.

—Como si me apeteciera mucho verle esa cara de gilipollas —dijo Irina, impostando la voz.

—¿Cómo?

—Es lo que murmuró Ana al escuchar la sentencia —aclaró Pedro, riendo.

—Bueno, murmurar, murmurar…, se enteró todo el mundo —rectificó Irina, divertida.

—Me lo creo, me lo creo —asintió Alberto—. ¿Y la osa?

—Se ha recuperado del disparo, pero ha quedado coja, y teniendo en cuenta el tiempo que ha tenido que pasar atendida por humanos y su edad, algo mayor ya para un oso salvaje, se ha desestimado su reintroducción en la naturaleza, por lo que acabará sus días en un cercado en semilibertad. —Se notaba que a Pedro no le hacía ninguna ilusión—. Los oseznos, en cambio, espero que sí acaben siendo devueltos a su hábitat.

—Lo bueno de todo —añadió Marga—, es que el tema ha sido bastante comentado en los periódicos y las teles regionales, así que hemos tenido más turistas que de costumbre.

—Sí, madre, pero también nos han tocado bastante las narices todos esos que no quieren saber nada de los osos. Bueno, sí, les encantaría cargárselos a todos. Eso sí —miró a Alberto—, lo tienen claro si esperan que renunciemos a nuestros proyectos.

Al día siguiente Pedro acompañó a Alberto a Ponferrada para devolver el coche, y éste aprovechó para explicarle la idea a la que había empezado a dar vueltas. Quería volver a trabajar. Aunque aún le quedaban bastantes meses de paro y el alquiler del piso de Barcelona le daba para cubrir gastos, necesitaba volver a sentirse activo y útil. El blog, al que cada vez dedicaba más tiempo, le ayudaba a mitigar la sensación de no estar haciendo nada, pero necesitaba sentir que formaba parte de un proyecto.

Tenía bastante claro que quería instalarse en La Cueta. Había empezado a valorar la posibilidad de vender el piso, para lo cual tendría que ponerse de acuerdo con María, y comprar una casita en el pueblo, de las varias que había para reformar. No tenía prisa. Tampoco tenía muy claro cómo ganarse la vida. En caso de ser necesario no tendría problema en emplearse en cualquier trabajo, quizás algo relacionado con el turismo.

Pensando en ello fue como se le ocurrió que por qué no invertir en el negocio de Pedro y en su proyecto de turismo natural sostenible. Seguro que él y Ana estarían encantados de tener un socio.

Pedro se mostró muy receptivo al ofrecimiento y quedaron en irlo madurando.

La llegada de Ana fue una fiesta. Entró en la casa con el mismo desparpajo y la energía de siempre, lanzando puyas a su tío y a su abuela, y recibió la presencia del recién llegado con una sonrisa de oreja a oreja, que se acentuó aún más cuando se abrazó con Irina.

Alberto vio la felicidad en aquellas dos caras sonrientes y enamoradas. Fue entonces cuando Irina le pareció por vez primera una muchacha de veintiún años, ajena a la maldad de los hombres,

a un pasado de pesadilla que, definitivamente, había quedado atrás. Sus ojos transmitían alegría, amor y vida, toda una vida por descubrir.

Sin duda, era la persona más fuerte que Alberto había conocido. Recordó su enfado infantil con ella, cómo había envidiado su manera de agarrarse a la vida, de ser capaz de descubrir el amor. Se sintió ridículo, porque lo que de verdad le producía aquella joven era admiración. “Capaz de enfrentarse a un asesino sin escrúpulos y a sus matones, y ahora, mírala, es la viva imagen de la dulzura”, pensó mientras la veía acurrucarse, relajada y feliz, junto a Ana.

63. El niño

Un mediodía soleado de diciembre Alberto regresaba de una vigorizante caminata por la montaña, durante la cual había estado dándole vueltas a uno de los comentarios que había recibido a la última entrada de su blog. Era breve, del todo inesperado y le había hecho muy feliz leerlo: "Esos paisajes que nos enseñas son preciosos. Voy a tener que escaparme algún día a Babia para admirarlos en persona. Un beso. Rosa". Estaba seguro de que era la Rosa que él pensaba, y aquel acercamiento después de la manera como se despidieron había despertado en él la ilusión por recuperar el contacto. Tenía que pensar bien en cómo responderle. Después de todo, parecía que la escritora mantenía un buen recuerdo de él.

Cuando ya llegaba a La Cueta, fantaseando aún con la posibilidad de un reencuentro, quedó petrificado. No podía ser, sus ojos lo estaban engañando. Aquel niño que chutaba una pelota contra el muro no podía ser Eloy. Lo invadieron dos sensaciones simultáneas y contradictorias: una alegría irracional por recuperar a su hijo —"Todo ha sido una monumental pesadilla", llegó a pensar —, y la tristeza más despiadada al ser consciente de que el cerebro le estaba jugando una mala pasada.

—Hola, ¿quieres jugar?

La voz del pequeño lo devolvió a la realidad. Sintió alivio y a la vez una pena inmensa. "No es él", se dijo. Antes de responderle, necesitó un par de segundos para recuperar la serenidad.

—Vale —contestó, aún algo trastornado.

—¿Cómo te llamas?

—Alberto —"Se parece tanto a él…"

—¿Vives aquí? Hace mucho frío, pero es chulo.

—Sí, vivo aquí con unos amigos, y sí, hay que abrigarse bastante.

Era la primera vez que mantenía una conversación a solas con un niño desde la muerte de Eloy.

—Tu portería es ésa y la mía, ésta. Tenemos que chutar para marcar gol. ¿De qué equipo eres?

—La verdad es que no me gusta mucho el fútbol.

—¡Qué dices! Yo soy del Barça. Messi es el mejor.

—Sí, me han dicho que es muy bueno, pero también hay quien dice que Cristiano…

—¡Messi es el mejor! ¡Cristiano es un chulo!

—Bueno, bueno, lo que tú digas.

—Ya verás qué gol te marco.

El pequeño chutó mucho más fuerte de lo que Alberto esperaba y el balón pasó de largo.

—¡Gooooollll!

Lo celebró como si acabara de ganar la Copa de Europa. Alberto sonrió y recordó que a Eloy el fútbol no le llamaba apenas la atención. Él era más de dibujar y jugar con cochecitos.

Alcanzó la pelota, y cuando se dio la vuelta para volver a su puesto y chutar, el niño ya no estaba solo.

—Hijo, ya veo que no has tardado en encontrar un compañero de juegos.

—Te has perdido el chutazo que le he metido. He marcado gol —relató con entusiasmo.

—Es verdad, está hecho todo un futbolista —confirmó Alberto.

—Ay, sí, me tiene loquita con el dichoso fútbol. Me hace jugar con él, pero yo es que no soy capaz ni de acertar a darle a la pelota. Algún culetazo me he llevado y todo.

—Ah, sí, mamá no sabe jugar a fútbol.

El pequeño reía mientras su madre ponía cara de falso reproche, y Alberto envidió aquel momento de complicidad.

—¡Venga, chuta! Ya verás cómo la paro.

Alberto golpeó la pelota con suavidad, tanta que llegó a los pies del portero prácticamente parada.

—Buf, qué malo eres. Hasta mamá chuta más fuerte que tú.

La mujer rió y Alberto tuvo que reconocer que el niño era bastante ingenioso.

—Ya te he dicho que no me gusta el fútbol.

—Pues qué rollo. A ver a quién encuentro para jugar.

—Va, no seas exagerado, seguro que en la casa hay algún niño más.

—¿Tú tienes algún hijo que sepa jugar a fútbol?

No estaba preparado para recibir una pregunta tan directa y la sintió como una patada en el estómago. Era la primera vez que tenía que responder a algo así desde el accidente y sería la primera vez que tendría que responder “no”. “No tengo hijo, ya no”, pensó, sin ser consciente de que había palidecido y que el pequeño y su madre lo miraban extrañados.

—Mamá, ¿qué le pasa?

—No sé, hijo. Quizás no se encuentra bien.

Alberto logró sobreponerse sin tener que huir. Esbozó una sonrisa algo forzada y, mirando al niño, contestó:

—Estoy bien, no te preocupes. Y no, me temo que no voy a poder proporcionarte un compañero de juegos. —Cómo dolía—. La buena noticia es que tu madre tiene razón, creo que estos días hay alojadas varias familias con niños.

—¡Bien!

La mujer miraba a Alberto intrigada. Se le pasó una idea por la cabeza y quiso salir de dudas.

—Disculpa —empezó a decir mientras se le acercaba—. Tengo un hijo muy poco diplomático. Me gusta que sea tan sociable, pero a veces se pasa tomándose confianzas.

—No tiene importancia, es un niño muy majo. Aquí lo pasará muy bien. Ya veréis que la gente de la casa es muy simpática.

—Sí, lo sé. —Dudó un instante, pero enseguida levantó la mirada y decidió comprobar si su suposición era acertada—. Como es muy probable que Raúl te importune más veces hasta que nos vayamos, permíteme que me presente —lo miró intensamente—: soy Lorena.

Alberto volvió a quedarse de piedra. Ella sabía quién era él; su mirada y la forma como había pronunciado su nombre no dejaban lugar a dudas. Estuvo tentado de hacer como si fuera la primera vez que tenía conocimiento de la existencia de aquella mujer que tanto lo había acompañado en la distancia, pero qué sentido habría tenido. No tenía nada que esconderle, no quería hacerlo, él no era ya aquel Alberto.

—No me lo puedo creer… ¿Eres la Lorena que yo creo que eres?

—Sí.

La emoción la había invadido de golpe. La certeza de estar junto al hombre al que había querido ayudar desde un frío teclado, cuya reinvención había seguido con interés y admiración, le hacía estar más segura que nunca de que la vida tiene sentido.

Cuando a través del blog supo que había regresado a La Cueta, tuvo el impulso de pasar unos días en aquel enclave de postal que tan bien vendía con sus preciosas fotos y textos. Decidió hacer la escapada en el puente de diciembre y dudó sobre si escribirle un email para anunciárselo, pero al final no lo hizo. Pensó que quizás se asustaría y no quería que creyese que era una acosadora. Después de todo, si él había decidido mantener el anonimato seguramente no le apeteciera revelar su identidad a una conocida virtual, y menos en persona.

De todas formas, Lorena llegó a Babia con la secreta esperanza de poder conocer a aquel viajero anónimo que sentía tan cercano. Lo que no imaginaba era que acabara ocurriendo tan pronto.

—Yo soy Alberto.

La abrazó, contagiado por la emoción, y contento. No se había planteado conocer en persona a ninguno de sus seguidores virtuales, ni siquiera a Lorena, cuyas palabras tanto lo habían ayudado, incluso en los peores momentos. Ahora las palabras ya no eran necesarias.

—Gracias —le susurró al oído.

Aquel sería otro de los abrazos que recordaría para siempre.

FIN

Otras vidas a cuestas

El vendedor

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Miguel Luján era representante en España de la firma italiana que fabricaba las prestigiosas máquinas de café Astoria, presentes en establecimientos hosteleros de todo el mundo. Su carácter afable y su sonrisa contagiosa le habían abierto muchas puertas y le habían ayudado a progresar profesionalmente, hasta el punto de ser uno de los empleados mejor valorados por la compañía y el más veterano de todo el departamento comercial. Treinta años de fidelidad y dedicación máxima. Treinta años de duro trabajo, de un trabajo que era su vida, no por vocación, sino porque viajar de aquí para allá vendiendo máquinas de café era lo que mejor sabía hacer. En realidad, prácticamente era lo único que había hecho desde aquel día en que su tío Julián lo había llevado con él, recién cumplidos los dieciocho, a que viera cómo era eso de ganarse el pan.

A Miguel le habría gustado escribir novelas como las de Agatha Christie. Se le daba bien inventar historias policíacas, con tramas misteriosas de resolución incierta, pero desde aquel día en que acompañó a su tío, los blocs donde las escribía ya no salieron más del cajón del escritorio.

Treinta años después seguía dejando volar su imaginación desbordante durante las largas horas al volante, pero aquellas historias acababan perdiéndose entre los recuerdos.

El vendedor no tenía hogar. Lo más parecido a uno era el viejo Mercedes que conducía. Comprado en los años de bonanza, ahora, con cerca de 300.000 kilómetros acumulados, empezaba a pedirle una merecida jubilación. Pero Miguel Luján le tenía cariño y para posponer la decisión se decía a sí mismo que no era el momento de comprar otro coche, que no podía permitirse uno nuevo y que jamás encontraría uno de segunda mano que se acercara siquiera a las prestaciones de su Mercedes. Así que iba tirando con él, haciéndole pequeñas reparaciones, cada vez más frecuentes, hasta que llegara el día en que dijera basta.

Aquel coche era su principal herramienta de trabajo, casi su hogar y lo más cercano a un amigo que tenía. Hubo un tiempo en el que disfrutó de un hogar de verdad y de una familia real. A los veinticinco años se casó con Isabel, una asturiana que trabajaba de camarera en un restaurante de Llanes donde solía parar siempre que

iba por el Norte. Les vendió una de las joyas de Astoria, no una máquina de café cualquiera, sino "la" máquina de café, la que todo hostelero querría pero que sólo unos pocos se aventuraban a permitírsela, y después de aquello se "llevó" a Isabel. Cuatro años menor que él, la joven quedó cautivada por la simpatía y la hipnótica y ocurrente labia de aquel hombre elegante que, tan joven, ya había viajado por toda España y que únicamente con la palabra era capaz de convencer a un tipo tan agarrado como Ramón de que invertir una fortuna en una simple máquina de café era el mejor de los negocios.

Miguel, que por aquel entonces ganaba un buen sueldo gracias a las jugosas comisiones que conseguía por colocar las mejores Astoria, convenció a Isabel de que dejar su empleo para dedicarse a "sus labores" era lo mejor que podía hacer, que con sus ingresos vivirían los dos —y los que vinieran— bien. Además, servir mesas y recogerlas era un trabajo muy sacrificado y con poca recompensa. A Isabel no le costó mucho dejarse convencer, y durante los primeros años de vida en común todo fue rodado. Compraron una casa en Llanes, cerca de sus padres, tuvieron dos hijas preciosas y sanas, y Miguel, que no pasaba fuera más de dos días seguidos, podía permitirse permanecer junto a su familia el tiempo suficiente como para tener la sensación de estar disfrutando de ella.

Llego el día, sin embargo, en que vender máquinas de café empezó a ponerse difícil. Las de gama alta se resistían cada vez más. Quienes se las podían permitir ya tenían una. La competencia crecía y, por tanto, los precios y el margen de negocio bajaban. Miguel tenía que invertir más horas para mantener el mismo nivel de ingresos, así que comenzó a ser habitual que pasara varios días, incluso semanas enteras, fuera de casa.

Isabel se mostró comprensiva ante la nueva situación, confiando en que fuera un bache pasajero, pero cuando además de a su marido empezó a echar en falta el dinero que no ganaba, las cosas empeoraron. Ella y las niñas se habían acostumbrado a un tren de vida que requería cierto nivel de ingresos, pero Miguel ya no se lo podía proporcionar.

A Isabel no le faltaban pretendientes. Hijos de buena familia que tenían el dinero por castigo y, por tanto, no necesitaban perder el tiempo trabajando. Si acaso, algún negocio por aquí y por allá para seguir acumulando cifras en las cuentas bancarias. Hizo buenas migas especialmente con el padre de una amiga de su hija mayor, Rosa María, a la que acompañaba a las clases de tenis. Abogado divorciado, buena planta, lo suficientemente inteligente para saber

sacarle el jugo a la vida sin esforzarse más allá de lo estrictamente necesario. Un buen día, al regresar a casa, Miguel se encontró con la frialdad de su esposa y los papeles del divorcio.

La separación fue “amistosa”. El abogado preparó un acuerdo que el vendedor no podía rechazar: la casa para ella, el coche para él, sin cargas económicas que atender y dos fines de semana al mes con las niñas. El día de la firma Miguel selló el documento con una de sus sonrisas, aunque por dentro estaba roto y su cerebro continuaba dándole vueltas a la situación, sin entender qué había pasado. Se despidió con dos civilizados besos de su ya exesposa y con un civilizado apretón de manos del usurpador de su hogar. Aquella misma mañana había acompañado por última vez a sus hijas al colegio, una concesión del amable abogado. Las abrazó y se despidieron con un “nos vemos pronto” y una sonrisa, aunque en su interior Miguel notara un mar de lágrimas. ¿Cuándo habían dejado de sentir que aquel hombre era su padre? Probablemente para ellas la situación no cambiaba demasiado. La realidad era que más o menos seguirían viéndose con la misma frecuencia.

Miguel se montó en el Mercedes y reanudó su ya definitiva vida nómada. Ni siquiera se molestó en buscar una nueva vivienda. Todo lo que tenía en la casa de Llanes cabía en dos maletas, que lo acompañarían en su deambular de restaurante en restaurante, de hotel en hotel, de pensión en pensión, siempre con la sonrisa a punto.

Vuelve al capítulo 5

La bruja

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

A Edurne la encarcelaron el mismo día que mataron a su marido. Su único consuelo fue saber que no habían podido atraparlo vivo. Por mucho que exhibieran el cadáver en la plaza principal del pueblo para que los buenos vecinos lo apedrearan, le escupieran o hicieran lo que quisieran con él, aquél ya no era Aritz. Nada de lo que le hicieran a aquel trozo de carne que colgaba en el cadalso infame podía causarle dolor alguno.

El destino de Aritz estuvo escrito desde el día en que los fascistas entraron en Elizondo. También el de ella. Ambos lo sabían, así que decidieron continuar luchando por su libertad ocultos en los insondables bosques del Baztán. Él se unió al maquis con la esperanza de llevarse por delante a unos cuantos malnacidos antes de que la muerte viniera en su busca. Edurne se fue con él. Una "bruja" no tenía oportunidad alguna entre aquellos asesinos de conciencias, y no estaba dispuesta a doblegarse ante la barbarie que decía estar guiada por la mano de Dios. No faltarían voluntarios en el pueblo que la delatasen con la esperanza de ganarse así una existencia indigna. Sabía que de repente tantas súplicas para que utilizase su "magia" para curar, tantas noches en vela, tantas vidas salvadas y las consiguientes alabanzas y muestras de agradecimiento perderían todo valor. Aquellas gentes supersticiosas e incultas harían cualquier cosa por salvar el pellejo. No todas, claro, pero bastaba con que alguien diera su nombre: "Edurne, la bruja".

Poco tenía que ver con la magia y la brujería lo que ella hacía. Si acaso, eran las plantas, los minerales, los frutos de aquella tierra sabia, que lo era por ser hija de la más sabia de las madres, la naturaleza, los que curaban y procuraban el bienestar gracias a un inmenso e indescifrable poder. Su único mérito había sido aprender a interpretar una mínima parte.

El día del asalto Edurne no tuvo valor para quitarse la vida. La Guardia Civil los sorprendió en su refugio justo al amanecer. Las órdenes del mando militar eran capturar al mayor número posible de "bandoleros" con vida, pero con la primera andanada de disparos cayeron varios hombres. Aritz y otros cinco consiguieron armarse y oponer una feroz resistencia antes de ser alcanzados por

las balas o, peor aún, capturados. Vendieron cara su derrota: mataron a ocho de los asaltantes y obligaron al resto a acabar con ellos, ya que en ningún caso permitirían ser apresados.

Solamente sobrevivieron dos mujeres, las únicas que no habían sido capaces de apretar el gatillo en el momento oportuno. Edurne no temía a la muerte, pero cuando tuvo que haber dado el paso algo se lo impidió. Pronto se arrepentiría…

Que la raparan al cero con un machete, que la insultaran, le arrancaran la ropa y la golpearan por todas partes no fue lo peor. Ni siquiera ser violada repetidamente por aquellos salvajes que descargaban toda su furia y frustración sobre ellas lo fue. Lo peor fue sentir una impotencia absoluta para impedirlo. Amaia no lo soportó y acabó muriendo sobre un charco de sangre. Edurne nunca entendería por qué ella sobrevivió.

Cuando llegaron al pueblo colgaron los cadáveres y a ella la ataron con una cadena junto al cuerpo que había pertenecido a su compañero. Apenas tenía fuerzas para entreabrir los párpados y escuchar como en sueños los comentarios jocosos de los asesinos; también para percibir las miradas huidizas, avergonzadas, de quienes habían sido sus vecinos, incluso amigos.

A medianoche la encerraron en una celda del cuartel de la Guardia Civil. No volverían a tocarla, suponía que a causa de la repulsión que debía de provocar su aspecto grotesco. Perdió la noción del tiempo y durante días estuvo tirada sobre el suelo frío, húmedo y sucio, delirando, abandonada toda esperanza. Pero no murió, y nunca supo por qué no la ejecutaron.

Unos días después la asearon, le proporcionaron ropa razonablemente limpia y la llevaron ante un tribunal militar, que la condenó a cadena perpetua. La trasladaron a la cárcel de Pamplona, donde sobrevivió al inhumano sonido de las ejecuciones sumarias de los primeros años, hasta completar dos décadas. Un buen día la llevaron ante el alcaide y éste le comunicó que ya era libre.

Edurne nunca sabría que un ilustre vecino de Elizondo, con muy buenos contactos dentro del régimen, a cuya familia había atendido durante años, igual que anteriormente lo habían hecho su madre y su abuela, había intercedido por ella, primero evitando la pena de muerte y luego reduciendo la condena. Un “buen” cristiano que de esa manera limpiaba su conciencia.

Con cuarenta y siete años tenía toda una vida por delante. ¿Qué iba a hacer con ella?

Cuando Edurne salió de la cárcel no tenía nada, ni siquiera ganas de vivir. Los últimos veinte años los había pasado como un alma en

pena, pero si no había sido capaz de quitarse la vida cuando tuvo que hacerlo, cuando habría tenido sentido hacerlo, ahora debía aceptar la condena por su cobardía.

La soltaron, pero no le dijeron qué hacer a partir de entonces. Estaba sola y perdida, en medio de una ciudad que no conocía, lejos de su casa, donde sospechaba que se encontraría igual de sola y perdida.

La mañana soleada de junio en que quedó libre se puso a andar hasta llegar a un parque donde había animales en un foso que recorría todo el perímetro. Se sentó en un banco para observar a los patos y las ocas y al poco rato se le acercó un famélico gato negro tan solitario y perdido como ella, que se le enroscó en las piernas. Aquel sencillo gesto de solidaridad animal significó para la mujer descubrir un motivo por el que empezar de nuevo. Cuidar al gato sería su primera misión.

Durante semanas estuvo vagando por Pamplona, pidiendo caridad en las tiendas, rebuscando en la basura, soportando los desprecios de los ciudadanos respetables, la indeferencia de los miserables como ella y el maltrato de los agentes del orden, que parecían divertirse insultándola y golpeándola. Toda su preocupación, sin embargo, era que no le hicieran daño al gato; toda la violencia que pudieran ejercer sobre ella quedaría muy lejos de cualquiera de las horribles experiencias que había tenido que soportar desde aquel infame día de octubre de 1942.

El único alimento que podía ser calificado como tal lo conseguía en el comedor de la beneficencia, pero a la segunda semana de presentarse cada mediodía en busca de una ración de comida caliente le negaron la entrada por insistir en querer colar al gato. Los primeros días las monjas no se dieron cuenta, pero los maullidos del hambriento animal acabaron por delatarlo. Le advirtieron que no podía volver a entrar con él, pero Edurne insistió, de modo que la segunda vez la echaron del comedor y le prohibieron volver. Regresó un par de veces más, con la esperanza de que algún usuario tuviera un corazón lo suficientemente cristiano como para conseguirle algo que llevarse a la boca y que compartir con su gato. Pero la esperanza se esfumó con la misma velocidad que fue concebida. A aquellos miserables despreciados por la sociedad la cristiandad les importaba en la medida que les proporcionara alimento y un techo bajo el que guarecerse. Corazón tenían el justo para que les bombease la sangre que recorría sus venas.

Edurne decidió regresar a Elizondo. Si allí también era recibida

como una pordiosera despreciable por lo menos podría vivir en el bosque que ya había sido su hogar. Así que se puso a andar, con el gato pegado a sus pies. Un par de días después eran tres los felinos que la acompañaban. Al quinto día llegó al pueblo y de su cerebro brotaron a borbotones los recuerdos que durante años le habían parecido producto de alguna pesadilla infame. Sentada en aquella plaza se vio a sí misma, una criatura indefensa, irreconocible por la violencia salvaje que habían descargado sobre su cuerpo, tirada en el suelo, atada a un poste del que colgaba el cuerpo inerte de su compañero… ¿Había existido realmente Aritz? ¿Habían combatido realmente a los fascistas desde su escondite en el bosque?

Paseó la mirada por el entorno y sólo percibió indiferencia, alguna mirada curiosa, pero nadie desde luego que la reconociera. Permanecer allí le provocaba un dolor intenso que no había sentido en veinte años. Se sentía una extraña, como si el propio lugar la considerara una presencia hostil que había llegado para rescatar del olvido recuerdos que nadie quería rememorar. No le dio tiempo a marcharse por su propio pie. Antes de poder hacerlo llegó una pareja de guardias civiles. Aquel uniforme era para ella sinónimo de violencia y muerte, de la maldad más cruel. Al verlos, su mente activó el mecanismo del recuerdo y reaccionó con espanto. Se puso a chillar sin poder controlarse. Volvía a sentir la brutalidad en su cuerpo, los golpes, las embestidas, las risas salvajes… Esta vez no la golpearon ni la violaron, pero sí la apresaron y la lanzaron contra el frío suelo de un oscuro calabozo. “¡Aquí vas a pasar la noche, para que aprendas, pedazo de loca! Y mañana te largas, que en este lugar no queremos a sucios mendigos”.

Edurne recuperó las sensaciones vividas veinte años atrás. Estaba segura de hallarse sobre el mismo suelo donde la abandonaron entonces sin que nadie esperara que sobreviviera. La pesadilla era muy real. Fue entonces cuando derramó las lágrimas que llevaban dos décadas esperando a salir.

Vuelve al capítulo 13

Edurne

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

"La bruja ha vuelto". La certeza se fue extendiendo por el pueblo. Eran bastantes los que todavía la recordaban, los que estaban en deuda con ella. Supersticiosos y miedosos como eran, creían que había vuelto para vengarse. No podían permitirlo, de modo que había que echarla de allí. Aquélla no era ya su casa; allí no quedaba nadie que la echara de menos. Pero ¿cómo hacerlo? Ella conocía muy bien aquellos bosques sobre los que se contaban tantas historias, no sería fácil encontrarla y hacerle entender que debía marcharse. ¿Y quién iba a hacerlo?

El miedo. Una vez más el miedo dominaba los instintos. El miedo que paraliza es malo, pero es mucho peor el que saca la parte menos humana de las personas, el que las lleva a reaccionar de manera ruin y las insensibiliza al dolor ajeno. Aquella mujer formaba parte de un recuerdo que nadie quería recuperar, así que si ella desaparecía también lo haría un pasado perturbador.

Durante las dos primeras semanas las cosas se mantuvieron tranquilas. Edurne, "la bruja", vivía en paz en el bosque junto a sus gatos, que se le acercaban en número creciente. Un día empezó a notar que la espiaban. Era más de una persona, y a horas diferentes. Al principio sólo observaban, pero pronto empezó el acoso. Le lanzaban piedras, desaparecían cosas… Pero el asunto se puso realmente feo cuando una mañana se encontró con un gato muerto colgado de una rama y con una nota clavada que decía: "Lárgate, bruja".

Edurne sabía que eran sus propios vecinos quienes la echaban. Aquellos seres cobardes que ya habían olvidado por completo todo lo que hizo por ellos tantos años atrás. Pero decidió quedarse. Tarde o temprano tendrían que dar la cara. No lo hicieron. No los vecinos. Igual que veinte años atrás, fueron los grises quienes se encargaron del trabajo sucio mientras los cobardes se tapaban los ojos, la boca y los oídos. Aparecieron de madrugada, deslumbrando con sus linternas, asustando con los ladridos rabiosos de sus perros, disparando al aire. Edurne se despertó sobresaltada, y otra vez rememoró el pasado. No tenía miedo, no, estaba aterrorizada. Agarró a Carbón, el gato que dormía junto a ella, y salió de allí corriendo. Por nada del mundo permitiría que volvieran a hacerle lo

mismo que aquella otra mañana.

En esta ocasión, sin embargo, se conformaban con asustarla lo suficiente como para que se marchara de allí para siempre. Y lo consiguieron.

Vuelve al capítulo 13

La niña de los ojos verdes

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Irina se crió en una aldea bielorrusa cercana a la frontera con Ucrania. Su familia, como todas las de aquel lugar castigado por la tragedia de Chernóbil y olvidado por la realidad oficial, era tan miserable que cada noche varios de los siete hermanos se iban a dormir antes de que el sol se pusiera porque no había cena suficiente para todos. Los padres ya hacía años, desde aquella maldita explosión, que se habían resignado a hacer una única comida diaria, los mismos años que no aparecía el más leve rastro de una sonrisa en aquellos rostros maltratados y endurecidos por las inclemencias del clima y de la vida.

Irina atesoraba una belleza fuera de lo común. Ni la suciedad incrustada en aquel cabello casi blanco de tan rubio, ni la tristeza perpetua de unos ojos tan verdes como la pradera en primavera lograban disimular lo que era una realidad incuestionable: la belleza extraordinaria de aquella niña era el único patrimonio digno de ser considerado de aquella familia y, por tanto, estaba escrito que significaría la perdición de su poseedora.

Al cumplir los catorce su padre la llevó a Minsk, donde le esperaba el empleo que daría de comer a toda la familia dos veces al día. Un hombre de aspecto siniestro se hizo cargo de ella a cambio de una suma de dinero que por ridícula que fuera era más de lo que cualquiera de las miserables familias de la aldea conseguiría reunir en décadas de mísero trabajo esclavo y estéril.

A Irina la instalaron en una bonita habitación donde la lavaron, le cepillaron con cuidado aquella larguísima melena enredada, y le proporcionaron vestidos que ni en sus sueños más fantasiosos había logrado imaginar. Durante dos días recuperó la sonrisa que no recordaba haber tenido nunca, y su belleza se multiplicó de forma exponencial. La tercera noche descubrió cómo iba a ser su nueva vida, una vida donde nunca más habría motivo para sonreír.

El tipo de aspecto siniestro, en cambio, sí sonrió al contar los billetes que le había entregado aquel magnate del petróleo ruso, que multiplicaban por cincuenta la inversión realizada en la campesina de ojos verdes.

Después de la primera noche la joven ya no sería tan rentable. No habría más magnates dispuestos a pagar ni la décima parte de lo

desembolsado por el primero, así que la enviaría a España, donde eran menos exquisitos y una bonita cara adolescente del Este siempre era bien recibida. Eso sí, antes del viaje tendría que probar la mercancía personalmente. Él no tenía prejuicios.

Vuelve al capítulo 18

La niña rusa

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Julián y Andrea rescataron a Ana de un orfanato de Moscú tras dos años de gestiones, papeleo, mucho papeleo, y bastantes billetes desviados del circuito oficial. El deseo de ser padres pudo más que la razón, y cuando se dieron cuenta de que aquello era un negocio, pese a lo nauseabundo de hacer negocio con los sentimientos de parejas bienintencionadas y niños inocentes, no tuvieron la fuerza de voluntad necesaria para desistir y abandonar a su suerte a aquel ángel que llevaban tanto tiempo esperando. "Ana nos necesita, Julián. No podemos dejarla en ese sitio horrible". La habían visitado una vez, al poco de iniciar los trámites. Pronto quedó claro que aquella era la estrategia infalible de los funcionarios corruptos para asegurarse unos buenos ingresos extra, pues los ingenuos que establecían contacto con sus anhelados "hijos" (las niñitas rubias de ojos claros eran el mejor gancho) raramente renunciaban a ellos.

Los primeros meses en Madrid fueron difíciles. Aunque eran leoneses las oportunidades laborales los habían llevado a la capital. Cirujano él, profesora universitaria ella, disponían de una cómoda situación económica que les permitía ofrecer a Ana la mejor educación, las mejores atenciones y un ambiente doméstico envidiable. Pero la niña se mostraba ajena a todo aquello. No daba problema alguno, era obediente, educada y su rendimiento académico enseguida fue óptimo. Pero no sonreía ni daba muestras de afecto.

Sus padres pensaban que sería cuestión de tiempo que se abriera. Después de todo, sus primeros siete años de vida habían sido traumáticos. Pero no. Todo siguió igual. Ana parecía una autómata, incapaz de expresar sentimientos. La llevaron a la consulta de una prestigiosa psicóloga infantil, que no encontró disfunción alguna. "Necesita cariño, sobre todo cariño y paciencia. Cuando se adapte a su nueva situación todo cambiará". La colmaban a atenciones, aunque sus ocupaciones laborales no les permitían pasar con ella todo el tiempo que les habría gustado. Los días de fiesta la llevaban al cine, a conciertos, al teatro…, incluso al fútbol. Andrea y Julián buscaban casi con desesperación aquello que la hiciera reaccionar. Nada.

Un día de julio Andrea le anunció a su hija que iban a visitar a

su abuela Marga y a su tío Pedro, que vivían en un pueblecito de montaña, en un sitio llamado Babia. Como siempre, Ana asintió y dejó hacer a sus padres. Su expresión se mantuvo invariable…, hasta que llegaron a La Cueta. En realidad, ya durante el trayecto había empezado a mostrar interés por lo que veía: el lago, las montañas, aquel cielo luminoso… Ana sentía curiosidad por cómo sería aquel pueblo de un tío y una abuela de los que no sabía nada.

Cuando bajó del coche empezó a experimentar sensaciones desconocidas hasta entonces. Se sentía diminuta rodeada de aquellas montañas, pero a la vez única, como si fuera protagonista de un enorme privilegio. Le faltaban ojos para captar tanta belleza y oídos para no perderse ni uno solo de todos aquellos nuevos sonidos. Por primera vez vio vacas y ovejas. Las quería tocar. No era la primera vez que veía perros, pero sí como aquéllos, que salían a saludarla. Dejó que se le acercaran y les revolvió las melenas desaliñadas con gran placer.

Una sombra que se movía veloz por el suelo llamó su atención. Instintivamente levantó la mirada hacia el cielo y lo que vio la dejó boquiabierta: una enorme águila real que planeaba apenas a veinte metros de altura. Jamás había visto un pájaro tan espléndido.

Julián y Andrea asistían a la escena emocionados; por nada del mundo querían romper la magia del momento. Bastó una fracción de segundo para que comprendieran que habían encontrado lo que con tanto ahínco habían estando buscando para su hija. Los ojos de la niña lo decían todo. Por fin brillaban, y Andrea no pudo reprimir las lágrimas de felicidad al presenciar por primera vez lo que más ansiaba en la vida: la sonrisa de su hija.

Vuelve al capítulo 26

El primer desengaño

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Fue a los dieciséis, un caluroso mes de agosto en el que tuvo que invertir más horas de las que le hubiera gustado en estudiar la maldita Estadística, la única asignatura que se le había atragantado de verdad. Allí estaba ella, con los codos clavados en el escritorio, intentando entender y memorizar fórmulas absurdas mientras su mirada se perdía por la ventana, rumbo a aquellos montes y praderas que la reclamaban con insistencia. Ciertamente, no era un buen método de aprendizaje.

Fue mirando por la ventana que descubrió la llegada de los nuevos huéspedes. Y allí estaba Yolanda. La vio salir del coche, con su larga melena morena agitándose al ritmo de sus movimientos alegres y riendo mientras hacía rabiar a su hermano pequeño. Aquella misma noche, cenando, ya parecían amigas de toda la vida, y cuando Ana supo que, como ella, vivía en Madrid, el cosquilleo que se había activado atendiendo a una señal invisible se intensificó. Durante dos días fueron compañeras inseparables. Le descubrió sus rincones especiales, charlaron animadamente sobre multitud de temas, desayunaron, comieron y cenaron juntas, e incluso compartieron habitación. La tercera noche Ana se dejó llevar por sus sentimientos y confesó a Yolanda que la quería.

—Yo también te quiero. Eres la mejor amiga que he tenido en la vida. Me parece increíble que eso sea posible teniendo en cuenta que nos acabamos de conocer.

—Pero… —dudó un instante porque estaba claro que Yolanda no había entendido lo que pretendía decirle. Estaban cogidas de la mano, cada una en su cama. Ana se la apretó un poco más y siguió hablando—. Verás, lo que intento decirte es que no sólo te quiero como amiga.

En la penumbra de la habitación, Ana no se dio cuenta de que a su nueva amiga le habían saltado todas las alertas y ahora estaba en tensión, esperando a escuchar algo que no quería saber.

—Me gustas —sentenció Ana—. No me había pasado nunca hasta ahora, pero creo que me he enamorado de ti.

Yolanda apartó la mano instintivamente. Estaba nerviosa. Nunca se había encontrado en una situación así y no sabía cómo reaccionar. Lo que sí sabía era que no quería seguir allí,

compartiendo habitación y casi cama con una chica que había malinterpretado por completo su relación. No hizo falta que hablara. Ana ya estaba tragándose las lágrimas y la vergüenza. Sabía que lo había estropeado todo y que no había solución. El sonido de la puerta al cerrarse fue un alivio para ella.

Yolanda y su familia pasaron dos días más en La Cueta, durante los cuales Ana hizo lo posible por evitar cualquier contacto. Además de tener el corazón destrozado estaba muerta de vergüenza, así que se conformó con presenciar su marcha desde la ventana de su habitación. Rodeada de apuntes y libros de estadística asistió a aquella última mirada llena de tristeza e incomprensión.

Vuelve al capítulo 26

Marga y Pedro

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Como Alberto, Pedro rondaba la cuarentena. Era un hombre apasionado, absolutamente convencido del camino que había tomado en la vida. Estaba resuelto a conseguir el objetivo de hacer de Babia un lugar idílico para el turismo sostenible, que tuviera en la riqueza natural y en la integración respetuosa con el entorno sus principales atractivos. Hablaba con una pasión contagiosa de sus proyectos, de los avances logrados en los últimos años, y lamentaba con igual contundencia los obstáculos que se encontraban, básicamente la incompetencia de las administraciones y de ciertos sectores económicos tradicionales para los que la innovación era una cosa muy complicada, que implicaba demasiado trabajo. Se sulfuraba especialmente cuando hablaba del rechazo frontal que los ganaderos mostraban a cualquier iniciativa que pretendiera la convivencia pacífica con el lobo y el oso. “Se creen que el monte es sólo suyo, que si no fuera por ellos este lugar estaría muerto”.

Probablemente esa misma honestidad había sido la causa de que su matrimonio fracasara. Por nada del mundo iba a abandonar aquella tierra y a una madre que sabía que en cuanto dejara aquella casa empezaría a marchitarse como una flor en un jarrón.

Su pareja había aceptado las condiciones, pero cuando la euforia propia del enamoramiento empezó a remitir, se dio cuenta de que ella no podía pasar el resto de su vida en aquella aldea de mala muerte donde los inviernos se hacían eternos e insoportables. Vicky no podía vivir allí y Pedro no se iba a marchar, así que la única salida era la separación.

A Pedro le costó horrores renunciar a su hija, pero no quiso iniciar una batalla legal por su custodia, así que ahora contaba los días que faltaban para volver a disfrutarla. Dos meses enteros durante los cuales Leonor perseguiría a los perros del pueblo, chapotearía en el río y acompañaría entusiasmada a su padre y a su prima por la montaña. Luego regresaría con su madre a León, donde iniciaría un nuevo curso escolar, y su padre tendría que asumir que sólo volvería a verla unos días en Navidad y en Semana Santa.

El verano era la época del año más feliz para Marga. Porque los días eran largos y cálidos y podía salir a pasear, pero sobre todo porque la energía inagotable de sus nietas, sobre todo de la

pequeña, le hacía rejuvenecer y rellenar el depósito de risas del que se alimentaría el resto del año.

No concebía la vida lejos de La Cueta. Allí nació y allí moriría cuando el cuerpo dejara de responder a sus órdenes. Se lo decía así a sus nietas, y mientras la mayor le respondía “Ay, abuela, no pienses en eso, si estás hecha una moza, anda que no te queda cuerda”, la pequeña era bastante más ocurrente: “Entonces, ¿eres como los elefantes, que cuando se van a morir se marchan solos al lugar donde están los huesos de sus antepasados?”, le preguntaba.

Le gustaba aquella imagen, pero ella sabía que moriría en su casa, trabajando, haciendo lo que había hecho siempre, en el mismo sitio donde murió Vicente, su marido, tantos años atrás. El pobre no tuvo una salud tan privilegiada como la de ella. Su madre le decía que por qué había elegido a un hombre tan flojucho, pero a Marga el único músculo que le impresionaba se encontraba bajo el cráneo, y Vicente lo tenía muy desarrollado. Demasiado. Un hombre con ideas y conciencia tenía todos los números para acabar con los huesos en las frías cárceles franquistas, donde se retorcían las almas de tantas mentes silenciadas por la fuerza de la sinrazón. Y así fue. Diez años que significaron la puntilla a aquella salud precaria.
Cuando regresó a casa quedaba poco de aquel hombre inquieto y vivaz, que suplía con ingenio su inferioridad física. Era una sombra a la que Marga dedicó los mejores cuidados. Le duró tres años. Tres años tristes, melancólicos, en que, sin embargo, fueron capaces de crear vida. Dos veces. Cuando Pedro nació, su padre llevaba seis meses muerto. A su hermana mayor tampoco le dio tiempo a acumular recuerdos sobre él. Marga fue la encargada de fabricárselos a ambos.

Vuelve al capítulo 32

La escritora libre

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Rosa Carmona era una periodista sevillana a la que la crisis había obligado a reconvertirse. Como tantos otros periodistas, se quedó en paro después de que el periódico en el que trabajaba tuviera que echar la persiana. A sus treinta y tantos y una larga carrera profesional desarrollada íntegramente en el ámbito de los medios de comunicación, decidió buscar empleo de lo suyo, pero lo que le ofrecían era basura. No estaba dispuesta a aceptar basura, ni se resignaba a buscar trabajo de "lo que fuera", de modo que se planteó un nuevo reto: encontrar la manera de vivir de lo que más le gustaba hacer, que era escribir.

Inundó las redacciones de los diarios tradicionales y de los digitales de artículos de opinión y reportajes que publicaba en su blog, con la esperanza de que alguien considerase una buena inversión pagar por sus escritos. Consiguió alguna colaboración en un par de medios locales, que le reportaban unos ingresos ridículos.

A los pocos meses llegó a la conclusión de que por ese camino estaba condenada a comerse los mocos, así que se reunió consigo misma para plantear una nueva estrategia.

"Te gusta escribir. Lo haces bien. Te gusta viajar. Te gusta escribir sobre lo que ves cuando viajas. No tienes ninguna obligación que te ate a tu vida actual. Estás cobrando el paro. Es el momento de liarse la manta a la cabeza". Y eso hizo.

Dedicó el siguiente año a viajar por España de la manera más económica posible y a explicar la aventura en su blog de forma novelada, desde el punto de vista de un personaje ficticio. Así fue como cobró vida Nadia Montes, una investigadora muy especial que acabaría llamando la atención de una editorial especializada en guías de viaje.

Sus responsables vieron en Nadia un filón para hacer más atractivas las típicas guías. Apostaron por convertirlas en libros de aventuras cuya trama se desarrollaba en escenarios reales. Y el experimento funcionó, de forma que Nadia consiguió una colección propia.

Rosa había sido bastante modesta con Alberto, pues ya había publicado cinco novelas, y en aquel momento estaba inmersa en la sexta, ambientada en buena parte en la provincia de León.

La escritora se había adaptado bien a aquella vida, siempre viajando, descubriendo nuevos lugares y gente interesante; siempre escribiendo, y acompañada por su peludo amigo.

No echaba de menos el hogar, ni las cosas que tradicionalmente van ligadas al hecho de tenerlo. No se arrepentía, por ejemplo, de haber dejado pasar la oportunidad de ser madre. No había sido una decisión consciente, pero tenía claro que no quería ser madre soltera y nunca había encontrado a la persona que le hiciera despertar el instinto maternal. Ahora, a los cuarenta y dos años, se consideraba demasiado mayor para criar a un hijo, ni aunque las circunstancias fueran diferentes.

De hecho, nunca había encontrado a la persona que le hiciera sentir que se estaba perdiendo algo que mereciera la pena por no tener una relación. Cuando comparaba a los tíos que se cruzaban en su vida con Íñigo, siempre salían perdiendo. Cómo iba a tomar en serio a hombres que eran menos interesantes que un perro, por mucho que el suyo fuera el mejor perro del mundo.

Durante su etapa en el periódico había tenido varias parejas. Entonces no tenía perro, pero de haberlo tenido la conclusión habría sido la misma.

Total, que había acordado consigo misma que, salvo sorpresa inesperada, los hombres servían para satisfacer sus necesidades sexuales… y a menudo no lo conseguían.

Rosa era un espíritu libre, que disfrutaba de su independencia. A la vida no le exigía más que la oportunidad de vivirla, y era así como lograba exprimirla para saborear hasta la última gota de jugo.

Vuelve al capítulo 34

El detective piadoso

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Meses de intensa investigación llegaban por fin a buen puerto. Aquella mañana el inspector García iba a sentir una oleada de satisfacción cuando colocara las esposas al maldito demonio que durante demasiado tiempo había sembrado el terror entre las mujeres madrileñas. Un respetable empresario que no podía imaginar que los siguientes treinta años los iba a pasar entre rejas.

La investigación, que se había llevado con la máxima discreción, conducía de forma inequívoca hasta aquel tipo despreciable que, sin embargo, era tomado como modelo en las escuelas de negocios.

Nadie sospechaba que tras aquel rostro agradable y amable, con presencia constante en los medios de comunicación, que tras la educación exquisita que siempre exhibía, se escondía en realidad un ser depravado que mostraba su verdadero aspecto al caer la noche, aunque lo ocultara detrás de una máscara.

Un mínimo de diez mujeres, todas pelirrojas, de edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y tres años, habían caído en sus garras en los últimos dos años. A todas las había sedado antes de trasladarlas al garaje que la investigación policial había descubierto dos días atrás, tras haber rescatado a la última víctima. Era una joven de veinticuatro años, a la que encontraron desnuda y acurrucada en una cuneta, tiritando de frío, en estado de shock, y con los síntomas de la droga que el violador le había inyectado para trasladarla sin contratiempos.

Ocho de las nueve víctimas anteriores continuaban bajo tratamiento psicológico. Con todas había procedido de igual manera. Aún sedadas, les colocaba una venda en los ojos, las tumbaba en la cama, donde las inmovilizaba mediante cuerdas, con los brazos y las piernas abiertos, y esperaba a que despertasen para arrancarles la ropa despacio y dar rienda suelta a sus deseos enfermizos. Le excitaba verlas sufrir y escuchar sus gritos de impotencia.

García temblaba de rabia tratando de imaginar el terror que debían sentir aquellas mujeres. Y temblaba imaginando a su hija Inés, una preciosa adolescente pelirroja, atrapada en aquel lecho infernal. Semejantes demostraciones de crueldad ponían a prueba su fe, así que cuando obtuvo las pruebas definitivas y el auto

judicial para detener a aquel hijo de Satán en su despacho de las oficinas centrales del conglomerado empresarial que dirigía, entendió que había superado con éxito la dura prueba a la que el Señor lo había sometido.

Cuando por fin le colocó las esposas y lo empujó hacia la salida, bajo la atónita mirada de todos los que se encontraban en el concurrido edificio, se sintió bien. Nunca antes había mostrado con tanta satisfacción una orden judicial, ni había leído con tanto entusiasmo los delitos que se le imputaban al sospechoso.

—Señor —pronunció la palabra con desprecio— Roca, queda detenido por los delitos de violación, secuestro y agresión, cometidos contra diez mujeres entre abril de 1998 y febrero de 2000.

El maldito violador no dijo una palabra ni varió su gesto impasible. Sí lo hizo su abogado, allí presente, quien puso el grito en el cielo por "semejante atropello". Pero enseguida lo dejó, sólo hizo falta un firme "aquí no" de su incomprensiblemente relajado amo.

Roca se mantuvo en silencio ante el juez mientras el abogado recurría a todas las estrategias a su alcance para tratar de impedir su ingreso en prisión. La contundencia de las pruebas era tal que el magistrado no dudó un instante en firmar su encarcelamiento.

De todas formas, García tenía la mosca detrás de la oreja. Su intuición le decía que había quedado un cabo suelto, y no tardó en confirmarlo.

Le sonó el móvil. Era su hija, pero cuando descolgó la llamada ya se había cortado. Volvió a sonar unos segundos después, y otra vez se cortó. García intentó devolver la llamada, pero el teléfono comunicaba.

Miró la hora: las 17.10. Inés acababa de salir del instituto. El inspector salió volando hacia allí, no sin antes pedir a la unidad de telecomunicaciones que rastreara el móvil de su hija, en el que, como padre policía responsable y precavido que era, había instalado un chip de seguimiento. Él también lo tenía en el suyo, así que desde la central podrían guiarlo hasta ella.

Se montó en el Mégane recién estrenado en el momento en que le llegó un SMS: "SOS". Si una virtud destacaba por encima de las muchas que atesoraba el inspector de homicidios y crimen organizado Jesús García, era su capacidad para mantener la sangre fría y la mente despejada en cualquier situación, pero en aquel momento la ansiedad se apoderó de él. El sudor frío lo empapó por completo y las manos, que agarraban el volante, temblaban. "Señor,

ayúdame a mantenerla a salvo".

Durante el trayecto marcó el número de Inés una vez tras otra, pero la respuesta era siempre la misma: "El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura".

No había estado nunca tan aterrado. Se sentía impotente, falto de recursos para reaccionar. Ni siquiera la intuición parecía dispuesta a ayudarle.

—Lo tienes. Según el radar, el teléfono de tu hija está ahí mismo, a no más de diez metros a la redonda —le anunció la radio.

García recuperó por un momento la lucidez. Detuvo el coche junto a la acera y observó detenidamente a su alrededor. Allí no estaba, a no ser…

—¡García, se está desplazando hacia el Este!

El inspector miró al frente y vio la furgoneta blanca que se alejaba. Ocupaba el carril central de los tres que discurrían hacia el Este, como él antes de detenerse. Había otros vehículos, pero él sabía que su hija iba en la furgoneta.

—De acuerdo. Lo tengo. Es una Renault Transit blanca. Desde aquí no distingo la matrícula, pero ya no se me va a escapar.

La ansiedad había desaparecido. Seguía estando todo lo preocupado que podía estar, pero ahora sobre todo sentía ira. "Perdóname, Señor, por ser un pecador", murmuró mientras se santiguaba.

Ya era de noche. Una noche fría y hostil del mes de febrero. Había empezado a nevar, lo que reducía considerablemente la visibilidad. Pero García no perdía de vista su objetivo. Cuando tomó el desvío de un polígono industrial en construcción, ya solitario a aquellas horas, apagó las luces. El trayecto llegaba a su fin.

La Renault Transit se detuvo junto a una nave al final de la carretera. Era una de las pocas que parecía acabada. García había estacionado unos cien metros antes y ahora se acercaba a pie con la pistola en una mano, una linterna apagada en la otra, y los copos de nieve golpeándole en el rostro. Agradecía aquel tacto gélido que contrarrestaba el fuego que lo estaba abrasando por dentro.

Un tipo encapuchado descendió del vehículo, abrió el doble portón trasero y, no sin esfuerzo, arrastró hacia el exterior el cuerpo inmóvil de Inés. El inspector tuvo que hacer un ejercicio de autocontrol sobrehumano para no abalanzarse sobre aquel desgraciado. Logró que su cerebro razonase como policía antes que como padre, de modo que esperó a que abriera la puerta de la nave, y cuando dejó a la chica en el suelo para volverse y cerrarla, se encontró con el haz de luz de la potente linterna a medio metro de

la cara. La ceguera momentánea que le produjo le dio a García el tiempo necesario para tomar el mando de la situación.

Empujó al tipo con la fuerza suficiente para tirarlo al suelo, lejos de su hija. De un salto se situó entre los dos, apuntando con la linterna y la pistola al maldito desgraciado que había puesto en peligro aquello que más quería en el mundo. Pero el secuestrador no se iba a rendir sin pelear, así que, con un movimiento sorprendentemente rápido, consiguió escapar de la trayectoria del haz luminoso antes de que García fuera capaz de reaccionar. Lo buscó con la linterna, pero no dio con él hasta que fue consciente del imperdonable error que había cometido. En realidad fueron dos los errores: haber olvidado el teléfono en el coche y, el más grave, no haber puesto a salvo a su hija en cuanto perdió de vista a su raptor.

Giró entonces sobre sus talones, sabiendo lo que iba a encontrar. Allí estaba, el mismísimo diablo, ya sin capucha, sonriente, con un cuchillo sobre el cuello de una Inés aún medio sedada. "Señor, ayúdame", fue el pensamiento que cruzó su mente una milésima de segundo antes de apretar el gatillo.

"Gracias", murmuró entre lágrimas al escuchar "¿Eres tú, papá?".

Inés era una chica lista. El inspector García siempre había estado muy orgulloso de ella, pero después de escuchar su relato lo estuvo mucho más, si es que algo así era posible.

Aquella tarde desapacible emprendió el camino de vuelta a casa sola. Sus amigas tenían clases extraescolares o habían decidido tomar el autobús. Ella prefería andar. Tenía la ilusión de que por fin nevara y quería notar los copos cayendo sobre su cabeza. Además, su casa estaba muy cerca del instituto.

Pronto se arrepintió de no haber esperado el autobús.

El primer intento de capturarla del tipo de la furgoneta fue fallido. Inés tuvo los reflejos suficientes para escapar de su abrazo traicionero, no lo bastante rápidos, sin embargo, como para evitar un leve pinchazo en el cuello.

Salió corriendo todo lo rápido que era capaz, pero pronto empezó a notar que algo iba mal. Se estaba quedando sin energías y tenía sueño. Centró entonces la atención en llamar a su padre, pero las dos veces que lo intentó tuvo que colgar antes de que contestara. Se había escondido entre los arbustos de un parque solitario —"qué mala elección", pensó—, desde donde vio aproximarse al encapuchado. Por nada del mundo quería llamar su atención, así que al final optó por el SMS de auxilio. Finalmente, cuando se

sentía desfallecer, quitó la tapa trasera del móvil para extraer el chip de rastreo y metérselo en el calcetín.

Se quedó dormida notando los primeros copos en la cara y suplicándole al Dios en quien no creía no ser descubierta.

El inspector García regresó a casa con su hija después de haber pasado varias horas en el hospital, donde las pruebas confirmaron que se encontraba bien. Allí se encontró con Amalia, quien tras soportar años de sufrimiento, noche tras noche temiendo la llamada fatídica, tomó la decisión menos dolorosa.

Lo peor fue renunciar a Inés. La niña ya era mayor, tenía su vida hecha en Madrid y amaba a su padre con locura. Se conformó, pues, con ser la que recibiría con los brazos abiertos a su hija en vacaciones y los fines de semana alternos.

García tuvo que tragarse el dolor que lo inundó por sentirse abandonado, pero era una persona lo bastante empática para comprender la angustia de ella y lo difícil que había tenido que ser renunciar al amor de su vida. También para él lo era, y sabía con total certeza que nunca más amaría a otra mujer.

Aquella noche en el hospital tuvo plena conciencia de que había sido elegido por Dios para cumplir una misión que estaba por encima de cualquier deseo personal.

Compartir un par de horas de charla con Amalia y saber que no volverían a estar juntos le dolía en el alma, pero él no tenía derecho a renunciar al papel para el que había sido designado.

Su hija había estado a punto de morir, pero García sabía ahora que Dios no lo habría permitido. El secuestro, por doloroso que fuera, había sido necesario. De otra manera quizás nunca habría descubierto a las ocho mujeres, todas pelirrojas, que permanecían encerradas e incomunicadas en el sótano de la nave.

Había sido excavado y compartimentado con el macabro propósito de albergar a aquellas cautivas, que el respetable empresario y su cómplice, un traficante sin escrúpulos, utilizaban para sus repulsivos juegos sexuales.

García sintió una punzada de culpabilidad por no haber hallado aquella casa de los horrores antes. De haberlo hecho quizás habría podido salvar a las cuatro mujeres que hallaron muertas en la última estancia.

Tampoco pudo evitar lamentar, aunque sólo hubiera sido durante un segundo, no haber disparado a aquel monstruo entre ceja y ceja. “Perdóname, Señor, por no liberarme a tiempo de este sentimiento de venganza”, se dijo mientras esperaba junto a la cama de su hija a que se durmiera.

—Léeme algo de lo que solías cuando era pequeña. ¿Cómo se llamaba aquel cuento tan gordo? Ah, sí, ya lo recuerdo: 'La Biblia'.

García acabó la noche con una sonrisa de satisfacción al comprobar que Inés era la misma adolescente irreverente de siempre, la que ponía la salsa y daba sentido a su vida.

Vuelve al capítulo 41

La fotógrafa

Si te apetece, puedes escucharlo aquí

Helga nació en el campo de concentración de Dachau, en plena Segunda Guerra Mundial. El régimen nazi empezaba a dudar de la victoria y había puesto en marcha la exterminación masiva de los judíos, gitanos y oponentes políticos. Ante la perspectiva de una cada vez más probable derrota, Hitler optaba por recrudecer el castigo contra los "enemigos" del pueblo alemán transformando los campos de concentración en centros de exterminio.

El padre de Helga, un respetado médico de origen judío, consiguió cortarse las venas antes de ser conducido a la cámara de gas. Sabía que sólo podía elegir entre morir dignamente o hacerlo como las ratas.

Helga no lo descubriría hasta años más tarde. Su madre se haría a la idea mucho antes, al poco de ser rescatadas, milagrosamente con vida, por las tropas aliadas. Una mujer esquelética y su bebé de un año, que habían logrado sobrevivir a la epidemia de tifus causada por el hacinamiento de miles de personas en condiciones infrahumanas.

La madre había conseguido alimentar a la criatura sin saber cómo, pues nada más que una leche que apenas era agua y cariño desesperado había podido ofrecerle.

Pasaron semanas en el hospital hasta que Regina fue capaz de recuperar la masa muscular suficiente para volver a andar. Sus pechos marchitos fueron, poco a poco, ganando solidez, y el líquido con el que amamantaba a su hija empezó a parecerse a la leche. En cualquier caso, Helga no dejó de mamar ni un solo día.

El nuevo gobierno alemán proporcionó a la que había sido una de las fotógrafas más prestigiosas un hogar humilde en el que poder criar a la niña, quien jamás sería consciente de haber nacido en el infierno.

Pero Regina echaba de menos a su marido. Recordaba los días felices en España, fotografiando la belleza de los paisajes del Bierzo y a sus luchadores habitantes. La pareja de aventureros alemanes acabó instalándose en una casa de Villafranca, donde pasaron cinco años muy felices. El pueblo estaba encantado de contar con un médico extranjero entre sus paisanos.

Al producirse el levantamiento fascista les costó tomar la

decisión de marcharse, pero acabaron haciendo caso de los consejos de sus vecinos. “Cuando las cosas vuelvan a la normalidad os recibiremos de nuevo con los brazos abiertos”. Pero escaparon de una guerra para caer en un infierno. En Alemania Hitler se había hecho con el poder absoluto y empezaba a atemorizar a la población no fanática. Edgar y Regina no tardaron en verse recluidos en un gueto de Berlín. La huida era la única salida, pero nunca tendrían la oportunidad de llevarla a cabo.

Malvivieron durante meses interminables, hasta que a finales de 1943 los separaron. Ella acababa de quedarse embarazada. Fue consciente de que el bebé jamás conocería a su padre y de que esa criatura que crecía en su interior sería el único recuerdo físico que le quedaría del hombre al que amaría por siempre. Nadie ni nada podría arrebatárselo.

Helga adquirió en poco tiempo un aspecto saludable y tuvo una infancia tan feliz o desgraciada como la de la gran mayoría de los niños alemanes de la postguerra.

Regina le hablaba de su padre, le enseñaba fotos, y le explicaba cosas de España. Con la vieja cámara que había rescatado de un anticuario siempre a cuestas, enseñaba sin proponérselo a su hija el oficio con el que se ganaba el pan, despertando en Helga la misma curiosidad que había sentido ella al descubrir aquel aparato mágico que capturaba instantes de vida.

A finales de los 50 National Geographic contactó con Regina para proponerle el trabajo más difícil de su carrera. Su trágica historia era conocida y la prestigiosa revista pensó que nadie como ella, una fotógrafa reconocida mundialmente, sería capaz de captar a través de su cámara el drama vivido en los campos de concentración. Le propusieron, pues, regresar a Dachau.

Tuvo que pensarlo mucho. La sola idea de volver a pisar aquel suelo manchado con la sangre de tantos inocentes, el lugar que era su peor pesadilla, pero que también había visto nacer a su tesoro más preciado, le producía escalofríos. Aceptó, pero antes de cruzar la primera verja ya se había arrepentido de la decisión.

Helga la acompañó. Regina no pudo prohibírselo. Era una quinceañera testaruda que no iba a permitir a su madre pasar sola aquel mal trago. “Tengo derecho a conocer el lugar donde nací, por horrible que sea”.

Hizo el trabajo, con las lágrimas resbalándole por la cara y la sensación de que cada disparo del obturador era un puñal que se le clavaba en el corazón.

Helga estaba sobrecogida. El silencio de aquel lugar macabro era

ensordecedor. Le parecía escuchar los gritos desesperados de miles de víctimas muertas en vida.

Dicen que la mejor manera de superar un trauma es exponerse a lo que lo ha provocado. En el caso de Regina no funcionó. Abandonó Dachau con la determinación de no volver jamás, de no querer ver, leer ni escuchar nada relacionado con el horror nazi. Ni siquiera vio su reportaje publicado. Entregó los negativos y se olvidó de ellos.

—Nos vamos, hija. No soporto por más tiempo la pesadumbre que impregna el ambiente de este país. Necesito ver el sol, sentir que me calienta el alma. Quiero enseñarte la tierra donde fui feliz junto a tu padre.

La idea de viajar a España cautivó a Helga al instante. Ella también respiraba la tristeza a la que se refería su madre, también le pesaba la realidad gris de una Alemania aún militarizada, que intentaba resurgir de unas cenizas que seguían oliendo a sufrimiento.

Y sí, en España encontraron sol y el calor de la gente, pero en el ambiente se respiraba la misma pesadumbre con un ingrediente añadido de aroma insoportable: el miedo. Regina echó en falta a varios vecinos, muertos en la guerra o represaliados, y enseguida se dio cuenta de que los que quedaban preferían no hablar. Como a ella, les dolía el recuerdo, pero sobre todo tenían miedo a que las paredes escuchasen.

Habían pasado veinte años desde el fin de la guerra, los jóvenes no tenían recuerdos que les pesasen ni sentían el miedo que atenazaba a sus padres y abuelos, así que Helga se acostumbró muy pronto a la vida en Villafranca, aunque le costara aceptar las normas y prejuicios de una sociedad controlada por el fundamentalismo católico.

Había aprendido español con su madre y, una vez instaladas en el pueblo, recibió clases particulares en casa de un viejo maestro, ya jubilado, que veinticinco años atrás había enseñado el idioma a sus padres.

Acudía a su casa todas las tardes, y todas las tardes se encontraba allí a Celes, el nieto del profesor, que desde la primera vez que la vio había quedado fascinado por ella.

A muchos vecinos les llamaba la atención que dos alemanas se hubieran trasladado a España, cuando lo normal era que fueran los españoles quienes emigraran a Alemania. La joven alta y rubia atraía las miradas de todos los muchachos y las envidias y reproches de las muchachas, que desaprobaban su modo de vestir

descarado, siempre con pantalones y botas, y el que fuera por ahí fotografiándolo todo.

Era esto último lo que más fascinaba a Celes. Había visto muy pocas cámaras de fotos y, desde luego, nunca eran mujeres quienes las manejaban. No podía evitar observarla a escondidas mientras recorría las calles y los alrededores del pueblo buscando pequeños tesoros que retratar. Le maravillaba ver cómo, una vez elegido un objetivo, ella se preparaba. Era algo mucho más complicado que apretar un botón. Celes observaba cómo buscaba el ángulo mejor para tomar la imagen, cómo se fijaba en la luz y en las sombras, cómo manipulaba la cámara, se la acercaba a la cara, la alejaba, volvía a fijarse en el encuadre, retrocedía un paso o se desplazaba un poco hacia un lado, se agachaba, ponía una rodilla en el suelo…, hasta que, por fin satisfecha, pulsaba el botón.

Un día, en casa de su abuelo, Celes se atrevió a hablarle. Se acercó a la mesa donde leía un libro, la saludó tímidamente y, observando la cámara que descansaba junto a ella, le preguntó:

—¿Es muy difícil aprender a hacer fotografías?

Helga levantó la mirada de la página y le sonrió. Se alegraba de que por fin el chico que la esperaba cada día en casa del maestro y que después la seguía se hubiera atrevido a hablar con ella.

—No mucho. ¿Quieres que te enseñe?

—Estaría bien —consiguió responder, disimulando a duras penas que el corazón le latía desbocado.

A partir de entonces se harían inseparables. Cada tarde, después de la clase, salían juntos a hacer fotos. Era verano y Celes tenía vacaciones en el instituto. Por las mañanas ayudaba a su madre con las vacas. Su padre trabajaba en la mina, donde también trabajaría él cuando acabara el curso siguiente. Sus padres habrían querido que estudiara, pero la universidad era un sueño prohibitivo, así que acabaría en la mina, como buena parte de los jóvenes de la comarca.

Helga descubrió enseguida que Celes era un chico muy simpático y vital. Tenía una energía desbordante, siempre dispuesto a aprender y a hacer cosas nuevas. Era diferente de los otros muchachos, para quienes las actividades intelectuales eran cosas de “nenazas”. A Celes no le importaba lo que dijeran. De hecho, sabía que en realidad muchos lo envidiaban por ser amigo de la alemana. Y pronto lo envidiarían aún más, cuando se enteraran de que eran más que amigos.

Helga se sentía a gusto a su lado. Le hacía reír y le explicaba montones de historias sobre el pueblo y sus vecinos. La llevaba a

conocer rincones fantásticos para hacer fotos. Fue en uno de esos rincones donde, una tarde, mientras contemplaban la preciosa puesta de sol, se besaron por primera vez.

Vuelve al capítulo 58

Agradecimientos

Es la segunda vez que redacto el apartado de agradecimientos en una novela mía. Si ya me parecía una proeza publicar la primera, todavía no tengo muy claro lo que significa haber repetido. Bueno, algo sí tengo claro: le he cogido gustillo a esto de escribir historias, y estoy bastante seguro de que habrá más.

Lo estoy porque, además de que me apasiona trasladar al papel esas vidas ficticias que se desarrollan en mi cabeza, siento muy cercano el calor de tanta gente que me está acompañando en la aventura literaria.

Cuando me planteé esta segunda novela tuve muy claro que el mundo de los blogs debía jugar un papel importante. En la blogosfera he encontrado el apoyo y la complicidad de personas estupendas, hasta el punto que puedo decir que *Con la vida a cuestas* es una realidad gracias, en buena parte, a ellas (a vosotr@s).

Las redes sociales pueden ser una jungla bastante despiadada. No son pocos quienes las utilizan para, sirviéndose del anonimato que otorga una identidad virtual, mostrar lo peor de sí mismos. Afortunadamente, yo sólo he encontrado calor. Así que mi primer agradecimiento es para todos aquellos que, con más o menos entusiasmo, muestran interés por mi trabajo a través de 'la recacha', Facebook, Twitter y el resto de redes sociales; para quienes han leído *El viaje de Pau*, mi primera novela; y para la familia bloguera, a la que últimamente visito con menos asiduidad de la que me gustaría.

Internet es un medio de comunicación fabuloso y una herramienta de difusión fundamental para quienes hemos aceptado el reto de la autoedición. Pero una persona sola poco trecho puede recorrer en el camino de la notoriedad, así que quiero agradecer de corazón cada mención, cada reseña, cada entrevista, cada mensaje de ánimo y las invitaciones a participar en eventos editoriales, como Liber y Bookcamp Kosmopolis, que hace muy poco tiempo ni soñaba.

La razón última de un escritor es vender libros, y los libros (en papel) continúan vendiéndose en las librerías, así que vaya mi agradecimiento para todas las que han cedido su espacio a *El viaje de Pau* y harán lo propio con su hermano recién nacido.

Escribir es un ejercicio solitario, pero yo no me he sentido solo ni durante el proceso creativo ni, sobre todo, en el momento

culminante: la edición/corrección. Jamás podré agradecer lo suficiente a mis queridísimos “lectores cobaya” el haber dedicado su tiempo a leer con ojo crítico el manuscrito de esta novela, porque gracias a sus aportaciones puedo asegurar, con una convicción absoluta, que el resultado final mejora sensiblemente la versión que ellos recibieron. Núria González, Mónica Sánchez, María Suárez, Rosa Manuel, Nuria Soriano, José Manuel Sánchez, Mònica Roig, Julia Santibáñez y Toni Cifuentes: gracias.

Para Toni el agradecimiento es doble, además de por su meticuloso trabajo diseccionando la novela, por haberse convertido en mucho más que un compañero de inquietudes y sueños literarios. Es un escritor fabuloso, al que un buen día de junio, en un momento de dudas, lié para que nos “carteáramos” con el objetivo de expresar en voz alta todo aquello que rodea al proceso creativo. Esas ‘Cartas a un escritor’ (que próximamente se convertirán también en libro y que se pueden leer en ‘la recacha’ y en ‘Autotomía relatos’), me han ayudado muchísimo, a conocerme mejor como autor y a descubrir otras formas de afrontar la creación de una obra tan compleja como es una novela.

Berta Carmona, Josep García, María Suárez y Mónica Sánchez también se han ganado un agradecimiento enorme por prestarme sus preciosas voces para llevar la experiencia lectora en la versión digital a otro nivel. El *ebook* puede ser más que un libro que se lee; también uno que se escucha, por ejemplo. Y esas voces tan ricas en acentos y matices invitan a ello.

Asimismo, gracias a los compositores independientes que me han permitido utilizar su música para acompañar los audios: Tomás Batista, Ansgar Schmidt, Lionel Desmondt Schmidt, Musway Studio, Vicente Bueso y su proyecto Science Teheran, Blinoff y Waysons.

No puedo olvidarme de mi hermano Fran, el mejor artista que conozco, como corroboran los diseños de cubierta tanto de *El viaje de Pau* como de *Con la vida a cuestas*.

Y un último agradecimiento, a Luci, mi compañera en el camino de la vida, porque sin su comprensión y su apoyo probablemente estas dos primeras novelas seguirían habitando sólo mi cerebro.

Nací en Badalona en 1974, me licencié en Periodismo en la UAB y durante dos décadas he trabajado en radio, televisión, prensa escrita y comunicación institucional.

En 2012 inicié un nuevo camino en la literatura, con mi primera novela, *El viaje de Pau*, que autoedité. Redacté después el guion de *Memorias de Lázaro Hunter*, novela gráfica ambientada en el *Far West*, que ilustra Fran Recacha, y que verá la luz próximamente. *Con la vida a cuestas* es, pues, mi segunda obra publicada.

Después de tres años de incursión en el mundo editorial considero que mediante la autoedición se puede desarrollar una carrera literaria sólida.

Desde enero de 2013 escribo en el blog 'la recacha', que utilizo como herramienta de difusión de mi trabajo y canal de expresión para mis opiniones personales.

Además, soy profesor de refuerzo escolar en la academia Ser & Estar de Badalona.